

buscando al amor perfecto

JENNIFER PROBST

PLAZA  JANÉS

BUSCANDO AL
AMOR PERFECTO

JENNIFER PROBST

Traducción de
Ana Isabel Domínguez Palomo y
M.^a del Mar Rodríguez Barrena

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Este libro está dedicado a todos mis lectores, que me han inspirado y apoyado, a los que les han gustado mis libros y han despertado en mí el deseo de hacerlo mejor. Y a todos aquellos que necesiten creer que son merecedores... de encontrar el amor, el perdón, el éxito, la amistad o la felicidad.

Lo sois.

Lo más difícil de hacer en la vida, y lo más asombroso, es renunciar a la perfección y empezar el proceso de convertirse en uno mismo.

ANNA QUINDLEN

Nathan Ellison Raymond Dunkle no tenía un momento de respiro.

Salió a la carrera de su laboratorio, otra vez tarde, con la cabeza un poco abotargada después de la intensa sesión en la que intentaban encontrar una innovadora fórmula física capaz de mejorar la tecnología avanzada de propulsión. Cogió su coche, se incorporó al tráfico de la ciudad y trató de mantener la calma. Ese evento podía cambiar su vida y no estaba dispuesto a perderse. ¿Y si su posible futura esposa se encontraba allí y había conocido ya a otro hombre porque él se había retrasado en el trabajo? De nuevo.

Puso freno a su impaciencia y avanzó unos metros más. Estaba cansado de que su vida social girara en torno a su compañero de investigación, Wayne, y su hermano Connor. Desde que dejó la NASA para trabajar en el sector privado de la ingeniería aeroespacial, sus días se habían convertido en una larga sucesión de fórmulas e investigaciones. Las escapadas para jugar al golf con sus amigos se habían acabado. Su vida sentimental, por lo general poco activa, estaba ahora bajo mínimos. Hacía tres meses que había cumplido los treinta y dos años, y fue entonces cuando se dio cuenta de que no tenía a nadie a quien invitar. En el laboratorio lo celebraron con una tarta pequeña y, después de que Wayne tarareara el *Cumpleaños feliz*, volvieron al trabajo.

Patético.

En aquel momento tomó la decisión de cambiar.

Vio el cartel que daba la bienvenida a Verily y comenzó a buscar aparcamiento en la calle. Las iluminadas tiendas que se alineaban en las aceras estaban orientadas hacia el río Hudson y tenían un encanto pintoresco que atraía al visitante, de manera que el lugar resultaba acogedor. Su hermano se había burlado de él cuando le habló del evento, dedicado a las citas rápidas, pero Connor no tenía ninguna intención de sentar la cabeza con una mujer. Durante años había estado viendo a su hermano salir con mujeres sin querer comprometerse y eso lo deprimía. Ese interminable desfile basado en la conquista y el abandono le parecía... vacío.

Él ansiaba un vínculo real con una mujer, alguien con quien compartir su vida. No le interesaba ir de copas ni saltar de cama en cama. El matrimonio equivalía a todas las cosas que él buscaba: estabilidad, sexo y compañerismo. Una vez que tomaba una decisión, empleaba todo su tiempo y su energía en dar los pasos necesarios para alcanzar el objetivo, y su más reciente idea no iba a ser una excepción. Después de seis semanas de intensa investigación, estaba preparado.

Aparcó en un espacio libre y apagó el motor. Rebuscó en la guantera hasta dar con un paquete de caramelos de menta y se metió uno en la boca, tras lo cual se limpió las manos en los pantalones chinos. Mierda. Se había olvidado de quitarse la bata blanca, que esa misma mañana se había manchado de café en toda la pechera. Se mojó un dedo con saliva y trató de frotar la mancha marrón, pero lo único que consiguió fue empeorarla. ¿Y si se quitaba la bata? Tiró de un hombro, pero vio que debajo llevaba una camisa de algodón arrugada y finalmente decidió dejársela puesta. ¡Qué más daba! De todas formas, no quería una mujer a la que solo le importaran la ropa y las apariencias.

Se subió las gafas por la nariz y se echó un vistazo en el retrovisor. El favorecedor tono bronceado que esperaba lucir era un desastre. Dichoso

autobronceador. La temporada de golf no había empezado todavía y esa mañana se había dejado llevar por el pánico al comprobar lo pálido que estaba. Sabía que a las mujeres les gustaban los hombres de aspecto saludable, así que había comprado un bote de autobronceador a la hora del almuerzo y se lo había aplicado en el trabajo. Había seguido las instrucciones al pie de la letra, pero en vez de lucir un moreno natural, tenía la cara de color naranja. Se la frotó con frenesí e intentó rebajar un poco el tono zanahoria. No estaba tan mal. Después del almuerzo le había preguntado su opinión a Wayne, y este, tras mirarle un instante, le dijo que estaba bien. Claro que estaba ocupado con las pruebas de velocidad, así que a lo mejor no le había prestado demasiada atención.

Reprimió un suspiro, salió del coche y se dirigió al Cosmos, el restaurante donde se iba a celebrar el evento. Al menos no era un bar. Apretó el paso y, después de tropezar con la acera porque no estaba bien nivelada, por fin alcanzó su destino. Nada más entrar sintió el aire caliente del local y llegó hasta él el olor a ajo, a tomate y a pan recién horneado. El restaurante estaba decorado con los elegantes colores de la Toscana y las mesas del comedor estaban suavemente iluminadas. En cada una de ellas se había dispuesto un cronómetro y la gente conversaba mientras bebía y picaba algo de comer.

Se quedó paralizado.

Luchó contra el impulso de dar media vuelta y salir de allí, pero no era de los que se echaban atrás cuando tomaba una decisión y no tenía intención de empezar a hacerlo ahora. Se había preparado para eso. Ese era su momento.

—¿Puedo ayudarte?

Bajó la vista y vio a una chica joven que sostenía una carpeta y lo miraba con una sonrisa.

—Sí. Soy Ned Dunkle. Estoy registrado para participar en el evento.

—Por supuesto. —La chica tachó su nombre de la lista y le ofreció un

tíquet—. Bienvenido a las citas rápidas de Kinnections. Tienes tiempo para pedirte una copa en la barra. Aquí está tu número. Empezarás en la mesa nueve. Cinco minutos como máximo en cada mesa. Aquí tienes un listado con todas las participantes. Si te gusta alguien, anota el nombre y al final del evento presentaremos a las personas que están mutuamente interesadas.

—Genial.

Aceptó el tíquet y se abrió camino hasta la barra. Se oían carcajadas y conversaciones fluidas, aderezadas con el olor a perfume y a algo más fuerte. ¿Era él? Pues sí, se había pasado con la colonia. En casa le gustó el olor, pero en ese momento parecía estar ahogándose entre las notas de madera que prometía la etiqueta. En fin, confiaba en que nadie lo notara.

Echó un vistazo a su alrededor dispuesto a entrar en acción. Y entonces fue cuando la vio.

La perfección.

La mujer se movía por la estancia irradiando energía y aplomo. Se detenía de vez en cuando para charlar con unos y otros, y llamaba la atención de hombres y mujeres por igual. Unos ojos ambarinos destacaban en su rostro, enmarcado por una melena castaña ondulada. Llevaba un traje de color rosa chicle a juego con el pintaúñas. Sin embargo, Ned se sintió atraído por los zapatos. Tacón de diez centímetros, puntera abierta, de color rosa y adornados con pedrería. El anillo de plata que llevaba en un dedo enfatizaba el intenso color rosa chicle de sus uñas.

Saltaba a la vista que esa mujer podría tener a cualquier hombre que deseara, controlaba su sexualidad y dominaba la situación. Su risa ronca reverberó en los oídos de Ned, se coló en su interior y le atenazó las entrañas. Era un sonido lleno de vida y que prometía diversión. Lo invadió un repentino anhelo y tuvo que contener una carcajada. Sí, claro. En la vida la conseguiría. Sin embargo, si estaba allí para participar en las citas rápidas,

podría conocerla y hablar con ella cinco minutos. Solo por eso la velada habría merecido la pena.

Claro que no solo buscaba una mujer que fuera guapa. Había aprendido bien esa lección y no necesitaba repetirla. Nunca más.

De repente sonó un timbre y todo el mundo se apresuró a sentarse a su mesa.

El espectáculo comenzaba.

Se encaminó a la mesa número 9 y se acomodó en la silla con una copa de vino de la casa que no le gustaba, pero que fue lo único que pudo servirle el camarero rápidamente. Su bebida habitual requería una explicación demasiado larga. Una rubia menuda se sentó frente a él, alzó la vista y retrocedió unos centímetros. Ned intentó no frotarse la cara, porque así solo conseguiría que se notara más el tono anaranjado.

El cronómetro se puso en marcha.

—Hola, me llamo Naomi.

Ned respiró hondo.

—Hola, Naomi. Yo me llamo Ned.

—Hola, Ned. Bueno, ¿a qué te dedicas?

—Mmm... soy ingeniero aeroespacial.

—Ah, ¿te gustan los aviones? ¿Tienes un avión?

Negó con la cabeza.

—No. Cohetes.

La mujer abrió los ojos como platos.

—¿Tienes un transbordador espacial de verdad?

—No, no. Quiero decir que trabajo con transbordadores. Bueno, más bien con prototipos. Realizo trabajos de investigación. Pero no tengo ninguno.

—Ah. —Parecía decepcionada—. A mí me gusta volar. ¿Y qué me dices de los aviones privados? ¿Tienes alguno?

Aunque intentó concentrarse, la conversación había adquirido tintes surrealistas y ya había pasado un minuto entero.

—Eh, no, lo siento. Solo un coche.

Eso la alegró.

—Me encantan los coches caros. Lamborghini, Ferrari, Hummer. ¿Has visto la película *A todo gas*? Vaya cochazos salen.

—No, esa me la he perdido.

—¿Hueles eso? —Hizo un mohín con la nariz y echó un vistazo a su alrededor—. ¿Es colonia?

—Supongo que alguien se habrá echado más de la cuenta.

—Uf, qué poco me gusta eso.

—A mí me pasa igual.

Por desgracia, retomó el tema de conversación surrealista.

—El coche de un hombre dice mucho de él. La gente se fija todo el rato en esa chorrada de los horóscopos, pero nadie se da cuenta de que el coche elegido define a la persona.

—Creo que no me había dado cuenta de que fuera tan importante.

—¿Qué coche tienes, Ned?

—Un Tesla. Ganó el premio al coche más seguro de Estados Unidos y entra en la categoría de cero emisiones. Está a la vanguardia de la eficiencia energética y el ahorro.

Naomi suspiró.

—Pues yo tengo un Mitsubishi Eclipse descapotable de color rojo cereza. No me veo capaz de salir con un hombre que tiene un coche económico. Careceríamos de la energía compatible necesaria en una relación, sobre todo en la cama. —Le ofreció una radiante sonrisa—. Eso sí, encantada de conocerte.

Ding.

Ned se dirigió a la siguiente mesa, un tanto azorado. Una morena alta con gafas lo observaba con atención mientras esperaba el aviso del cronómetro.

—Me llamo Sandra. Soy maestra de primaria, divorciada, sin hijos y vivo sola.

Ned se relajó cuando la mujer guardó silencio. Podría controlar la situación. Una conversación directa e inteligente para descubrir si existía química o alguna conexión.

—Hola, yo soy Ned. Trabajo como ingeniero y nunca me he casado.

—¿Tienes algún trauma?

Se echó a reír, encantado con ese sentido del humor, hasta que se dio cuenta de que la mujer lo miraba con el ceño fruncido.

—Bueno. Seguramente. ¿No los tenemos todos?

—Yo no. Llevas una mancha en la solapa.

Ned la restregó y la cubrió con el brazo.

—Lo siento. He venido a toda prisa porque he salido tarde del laboratorio.

La mujer lo señaló con un dedo.

—Eres un adicto al trabajo.

Ned se movió en la silla.

—Trabajo mucho, sí, pero mi intención es mejorar en ese aspecto. ¿Te gusta... te gusta tu trabajo?

—No mucho. La nueva normativa académica se lo ha cargado todo. Los alumnos de sexto están en plena revolución hormonal y es imposible controlarlos, y encima nos quieren quitar todos los derechos adquiridos.

—Lo siento. ¿Estás pensando en cambiar de profesión?

—¿Tal y como están las cosas? —Lo miró como si su bata estuviera ardiendo de repente—. Ni hablar. No tengo más remedio que aguantarme, así que he trazado un plan para minimizar los conflictos. Quiero quedarme embarazada dentro de dieciocho meses para poder extender la baja a un año

entero y tener el segundo niño catorce meses después, para que no haya mucha diferencia de edad entre ellos. Pero no me interesan los adictos al trabajo. Mi padre lo era, y él y mi madre acabaron divorciándose. ¿Siempre has sido egoísta?

—¿Eh? No. Si tuviera familia no trabajaría tanto. Déjame preguntarte...

—Lo siento, no me arriesgaré contigo. Creo que el tiempo ha acabado.

Ding.

En la mesa 11, volcó el cóctel de su acompañante y le manchó el bonito vestido rojo que llevaba. En la mesa 12 conoció a una modelo de catálogo que lo despachó al instante y le dio una lección sobre los peligros del sol y el cáncer de piel. Apuró el vino malo, pero no le dio tiempo a pedir otra copa porque los cinco minutos se alargaron interminablemente y se solaparon con otros cinco tan espantosos como los anteriores.

El éxito lo aguardaba, por fin, en la mesa 15.

Debra tenía una sonrisa dulce, una larga melena pelirroja y era muy blanca de piel. Ned se presentó.

—Un placer conocerte, Ned. Hoy en día es muy difícil conocer a gente, así que no tenemos más remedio que forzar encuentros mediante métodos bochornosos.

Ned relajó un poco los hombros.

—Sí, estoy de acuerdo. Aunque me sorprende que tú tengas problemas.

Ella rio y ladeó la cabeza.

—Gracias. Bueno, en vez de pasar estos cinco minutos haciendo preguntas tontas, he ideado un método divertido para ver qué tipo de personalidad tenemos.

—Eres muy creativa. —Ned había leído sobre esos métodos en la revista *Cosmopolitan* y había hecho un montón de test relacionados con el tipo de

hombre que las mujeres buscaban de verdad. Sintió un hormigueo en la piel a causa de la emoción—. Pregunta lo que quieras.

—¡Genial! —Debra sacó un montón de tarjetas y una expresión juguetona se dibujó en su rostro—. Primera pregunta. ¿Qué tipo de cita organizarías para impresionarme la primera vez que saliéramos?

Sí. Esa se la sabía de memoria. Trató de refrenarse para no mostrar una expresión triunfal.

—Te llevaría a la Biblioteca Pública de Nueva York, en Manhattan, para descubrir qué clase de libros te gusta leer. Y después haríamos un picnic en el parque.

La desilusión se reflejó en sus ojos marrones.

—Vaya, Ned, la entrada a la biblioteca es gratuita. Y un picnic es muy barato. ¿Nada de limusinas? ¿Ni una obra de teatro en Broadway? ¿No has pensado en el restaurante giratorio del último piso del Marriott Marquis? ¿Te da miedo gastarte dinero en una mujer?

¿De qué estaba hablando? *Cosmopolitan* afirmaba que un hombre tenía que ser romántico. Único. Que el dinero no impresionaba. Que lo importante era ser considerado y original.

—Lo siento. No lo he pensado mucho. ¿Cuál es la próxima pregunta?

Ella se animó de nuevo y pasó a la siguiente tarjeta.

—Si tuvieras que destacar una parte de mi cuerpo, ¿cuál elegirías?

¡Esa se la sabía! *Marie Claire* no paraba de hablar del tema.

—Tu sonrisa —contestó.

Ella torció el gesto.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Me paso los días enteros en el gimnasio para que tú te fijes en mis dientes?

Ned parpadeó, confundido y sintiendo el bombeo de la sangre en los oídos. Era imposible que le estuviera pasando eso. La última vez que siguió el

consejo de Connor y elogió el cuerpo de una mujer, solo consiguió que le arrojaran la bebida a la cara.

—Pensaba que a las mujeres no les gustaban los cumplidos de ese estilo.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Qué ridiculez! Nos encantan.

Ned se recordó que debía volver a los piropos tradicionales.

—¿Tengo otra oportunidad?

—La última. Esta es la más importante. Si discutiéramos por algo, ¿cómo te disculparías?

Por fin. Era imposible que fallara en esa cuestión.

—Te diría directamente que lo siento y que me esforzaría por cambiar para no tener el mismo problema en el futuro. —Ese era el consejo de la revista *Self*. La comunicación y una disculpa sincera en voz alta eran la prioridad número uno para las mujeres.

Debra guardó las tarjetas en el bolso y lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Y a mí qué más me da que lo sientas? Los hechos dicen más que las palabras. Quiero joyas. Lo siento, Ned, no eres mi tipo.

Ding.

Cuando llegó a la mesa 20 se sentía ofendido, cansado, sediento y desilusionado. Casi todas las mujeres con las que había conversado le daban importancia a la apariencia física y al dinero, y parecían estar buscando un hombre superficial cuando lo único que él quería era una relación seria que dejara atrás todas esas tonterías. Pese a las semanas que había pasado leyendo revistas femeninas, había fracasado en todos los encuentros de cinco minutos.

Por fin llegó al último. La mujer parecía agradable, pero ya no se fiaba. Ni hablar. Esta vez sería él quien controlara la conversación.

—Hola, soy Bernadette.

Ned se inclinó hacia delante, apoyó los codos en la mesa y entornó los

ojos.

—Hola, yo soy Ned. ¿Cuándo estarás lista para casarte y tener hijos?

La mujer echó el cuerpo hacia atrás, ligeramente sobresaltada. Parecía sorprendida, pero él estaba seguro de que fingía. Ni una sola de las mujeres que había conocido durante la noche carecía de un plan bien ideado.

—Mmm, no sé. Primero quiero enamorarme de la persona adecuada. Ya vendrán después el matrimonio y los niños.

Buena respuesta. Ned subió las apuestas.

—¿Cuánto tiempo después? ¿Un mes? ¿Dos? Ya debes de tener más de treinta años y, según las estadísticas, cuando tus óvulos pasen de los treinta y cinco, tu tasa de fertilidad decrecerá y la probabilidad de tener un bebé sano disminuirá al cuarenta por ciento.

¿Eso había sido un gemido? Solo estaba citando estadísticas de *Glamour* o de *Self*. No recordaba exactamente en qué revista lo había leído. El labio inferior de la mujer temblaba, pero no dejaba de mirarlo.

—Solo tengo veintinueve años —susurró ella.

—Justo al borde del precipicio. Yo que tú reevaluaría el plan si quieres tener dos hijos por lo menos. Porque quieres niños, ¿verdad?

Otro gemido.

—Sí, siempre he soñado con tener hijos.

Por fin. Una mujer que sabía lo que quería. Ned se relajó.

—Yo también. Creo que tenemos filosofías de vida similares. Ha sido una noche dura, pero me alegro de que por fin nos hayamos conocido. Se supone que debo esperar hasta el final, pero ya que este encuentro ha ido tan bien, ¿qué te parece si cenamos el viernes por la noche?

Ding.

La mujer se llevó una temblorosa mano a los labios. ¿Tenía lágrimas en los ojos? ¿Qué le pasaba?

Ned abrió la boca para preguntárselo, pero una figura vestida de rosa apareció en su campo de visión.

La mujer de sus sueños.

De cerca era más impresionante si cabía. Se fijó en el brillo labial con que hidrataba sus labios y no tardó en captar el perfume a sándalo y canela que la envolvía. La recién llegada colocó una mano en el brazo de Bernadette y le dijo algo al oído. Ella asintió con la cabeza, se enjugó los ojos y se levantó. La mujer de sus sueños le dio unas palmaditas en la espalda, le indicó que se marchara en la dirección opuesta y la observó mientras se alejaba.

—Oye, que estábamos quedando para cenar.

La mujer de sus sueños se dio media vuelta y enfrentó su mirada sin flaquear. Ned se quedó de piedra. Esos ojos dorados lo atraparon y lo inmovilizaron. Se esforzó por seguir respirando, hipnotizado por la pasión candente y la ira que irradiaba. Con total deliberación, la mujer apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Quiero hablar contigo.

Ned se emocionó.

—Genial. ¿Ya ha empezado el tiempo?

—Olvida el cronómetro. Tengo que acabar unas cuantas cosas y después me gustaría que tuviéramos una charla. Nos vemos en el restaurante de aquí al lado dentro de diez minutos.

«Venga ya», pensó. ¿Estaba interesada en él? Qué raro. Se había mostrado demasiado seria si lo único que pretendía era quedar, pero estaba dispuesto a ir a cualquier sitio con ella. A lo mejor esa espantosa noche acababa bien.

—¿No tengo que rellenar antes el formulario?

¿Cómo era posible que la mujer pareciera incluso más enfadada después de la pregunta? Su expresión lo fascinaba, con esos rasgos tan marcados y esa piel tan suave. Era curioso, porque si se miraban sus facciones por separado,

daba la impresión de que su cara era demasiado grande para su cuerpo; pero cuando se observaban en conjunto, parecía una actriz. Como Julia Roberts. De complexión delgada y atlética, tenía unos pómulos marcados, las cejas gruesas y unos ojos enormes.

—Estoy segura de que no necesitaremos rellenar ningún formulario. Nos vemos en el restaurante. —Se enderezó, dio media vuelta y se alejó caminando sobre sus tacones rosas de diez centímetros.

Ned soltó el formulario. Salvo por Bernadette, la velada había sido un desastre. Claro que la cita con la mujer de sus sueños era algo increíble. ¿Quién necesitaba una relación a largo plazo cuando podía disfrutar de una noche perfecta con ella? Tenía el tiempo justo para meterse otro caramelo de menta en la boca y pasarse un pañuelo de papel por la cara para intentar rebajar un poco el tono anaranjado.

Así que se dirigió al restaurante.

Kennedy bebió un sorbo de café mientras observaba al hombre que estaba al otro lado de la mesa. ¡Era un completo desastre!

Le había costado mucho tranquilizar a su clienta, pero había convencido a Bernadette de que ese hombre solo estaba bromeando y después la había emparejado con Brian, que se había pasado la noche mirándola con ojitos de cordero degollado. Las veladas de citas rápidas eran un poco... especiales. A algunos clientes les encantaban el ritmo frenético y la toma de decisiones instantáneas. Muchos daban lo mejor de sí mismos gracias al estrés y a la adrenalina, y conseguían subir así a los primeros puestos y sacar las mejores puntuaciones en cuanto a una primera impresión.

Otros, en cambio, se hundían.

Como ese.

Ella se tomó su tiempo y dejó que él sopesara la situación. Seguramente creía que iba a ligársela, pero lo que tenía ella en mente para esa reunión era algo muy distinto. Como reclutadora principal y experta en cambio de imagen de la agencia de citas Kinnections, se había topado con varios tipos de hombres y había aprendido el difícil arte de la paciencia. Los ayudaba a encontrar el verdadero amor con una mezcla de ánimo, motivación y empatía, al tiempo que les enseñaba a modificar su comportamiento.

Pero ese imbécil se había saltado todas las reglas y no pensaba permitirle

que volviera a actuar sin intentar al menos proteger a otras mujeres. Las brillantes luces del restaurante resaltaban el espantoso tono de su piel. Por el amor de Dios, ¡si era naranja! Estaba esperando con paciencia a que ella hablara, pero Kennedy se percató de que cogía varias servilletas para limpiar el tablero de formica blanca antes de apoyar los codos. Genial, encima tenía fobia a los gérmenes.

—¿Cómo te llamas?

—Ned.

—Hola, Ned. Yo me llamo Kennedy. ¿Te puedo preguntar algo?

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Qué esperabas conseguir esta noche?

Lo vio parpadear varias veces tras los cristales de las gafas de gruesa montura negra. Por regla general, le gustaban las gafas de diseño con un toque extravagante, pero esas eran demasiado exageradas. Eran excesivamente grandes y cuadradas, tanto que le ocupaban toda la cara y los ojos apenas se veían.

—No te entiendo. Quiero conocer a una mujer adecuada para mí.

—Vale. ¿Tienes por costumbre hacerles a las desconocidas las mismas preguntas que le has soltado a Bernadette?

Su única ceja se enarcó tanto que la asustó. El deseo de depilarle el entrecejo con una tira de cera era difícil de reprimir.

—Estaba conociéndola. Creía que conectábamos.

Kennedy empezó a golpear la desportillada taza con una uña.

—¿Creías que estabais conectando? La has insultado, has minado su confianza y has conseguido infundirle miedo a quedarse sola y sin hijos. ¿De verdad te parece que la cita ha sido un éxito?

Él se enderezó y meneó la cabeza, confundido.

—No, no era mi intención hacer nada de eso. Me he limitado a ser directo.

—La edad y el peso son dos temas que jamás hay que sacar. Es una regla no escrita, Ned. ¿No lo sabías?

Lo vio pasarse una mano por el pelo. Los sucios mechones castaños casi le llegaban a los hombros y le tapaban parte de la cara. Kennedy se preguntó si alguna vez había pisado una peluquería. No llevaba un corte definido y ni siquiera iba peinado. Le recordaba un perro ovejero descuidado.

—Sí, claro que lo sé. Se me ha olvidado por completo porque estaba alterado. He tenido que sufrir veinte sesiones de tortura con mujeres interesadas en el dinero, en los lugares donde planear las citas o en cuántos aviones tengo.

—¿Tienes un avión?

—¡No, ahí está el asunto! Creía que el objetivo de esto era encontrar una mujer con una forma de pensar parecida a la mía, pero solo les importa el dinero.

Kennedy lo observó con más detenimiento. Parecía alterado de verdad y no irradiaba esa vibración negativa que había esperado. Lo vio agarrar la taza con las manos naranjas, como si buscara consuelo. La bata blanca de laboratorio resultaba ridícula con esos pantalones que parecían sacados de los años ochenta, de una tela brillante de color caqui, sin bolsillos y sin forma aparente. La enorme mancha de café que tenía en la solapa le recordaba un anuncio de lejía blanqueadora. Ese hombre necesitaba un buen quitamanchas.

Pero fue el protector de bolsillo lo que lo delató.

No había duda. Empollón friki a la vista. Desde las gafas hasta su incompetencia social, pasando por su forma de vestir, ese hombre pedía ayuda a gritos. ¿Sería verdad? Le picó la curiosidad.

—¿Qué buscas? ¿Echar un polvo? ¿Unas cuantas citas?

Ned enderezó los hombros. Un hilo colgaba de la bata de laboratorio.

—Quiero encontrar esposa.

—¿Por qué?

No se inmutó ante la pregunta. Se limitó a mirarla a los ojos con una expresión franca que la sorprendió.

—Porque estoy harto de estar solo. El trabajo siempre ha sido lo primero durante los últimos diez años. No me interesa un desfile de mujeres que no quieren sentar cabeza. Quiero formar una familia. Tener una compañera. ¿Es demasiado pedir? —Soltó la taza de café y apretó los puños.

Kennedy se dio cuenta de que tenía las uñas en muy mal estado de tanto mordérselas. Irradiaba frustración por los cuatro costados. Era raro encontrar a un hombre tan interesado en el matrimonio. En otras circunstancias, se habría puesto a dar saltos de alegría y lo habría fichado para Kinnections en el acto. Era una lástima que pareciera tan perdido. A lo mejor solo necesitaba unos cuantos consejos.

—No hay nada de malo en ese objetivo, pero las personas necesitan un poco de juego preliminar. Coqueteo. Una conversación en la que dar y recibir información para ir ganando confianza. Eso es lo que lleva a una primera cita.

—Lo sé. Me he preparado para esto.

Enarcó una ceja al oírlo.

—Tío, estás naranja.

—Me he puesto un autobronceador para tener un aspecto saludable. Supuse que a las mujeres les gustaba.

—Tienes una mancha enorme de café en la solapa, llevas una bata de laboratorio, no te has cortado el pelo desde el año 2000 y me siento como si acabaran de arrastrarme por el bosque para enterrarme viva bajo un pinar. ¿Es tu colonia?

Ned no pudo negarlo y empezó a mordisquearse una uña.

—Está demostrado que las mujeres son susceptibles al poder de los aromas. Un paseo por el campo evoca sentimientos de felicidad.

—Solo no si te echas medio bote. Ahora mismo tengo la sensación de estar corriendo por el bosque mientras me persigue un oso negro con ganas de matarme.

—Se me ha ido la mano. He tenido que trabajar hasta tarde. Además, no me interesa una mujer que le dé importancia al aspecto o a la ropa.

Kennedy suspiró.

—La apariencia es importante. Una primera impresión te ofrece la oportunidad de demostrarle a la otra persona que te importa. No es necesario que lleves ropa de Calvin Klein, pero sí que esté limpia, bien planchada y que te sienta bien, porque así aumentas la probabilidad de conocer a la persona adecuada.

—Lo he intentado. —Se le iluminaron los ojos—. ¿Te gustaría cenar conmigo el viernes por la noche?

—No.

—No me has traído a este sitio para concertar una cita, ¿verdad? Querías leerme la cartilla.

Kennedy contuvo una carcajada. ¡Qué pena! Las buenas intenciones en los hombres eran una mina de oro, sobre todo en uno que quería encontrar el amor verdadero y no ocultarse tras el sexo casual y unos cuantos ratos agradables.

A menos que...

La idea tomó forma, creció y floreció como un ramo de rosas. A menos que lo tomara bajo su protección. Que le enseñara a relacionarse con las mujeres. Que le hiciera un cambio de imagen radical. Que le explicara cómo pasar de un primer encuentro a una cita real en vez de lanzarlo a las aguas infestadas de tiburones sin ayuda alguna. Una emoción que hacía mucho tiempo que no sentía empezó a correr por sus venas. Veía frente a ella muchas posibilidades.

Ansiaba transformarlo.

Era muy buena en su trabajo y tenía a sus espaldas una buena cantidad de emparejamientos exitosos que le daban confianza. Sin embargo, llevaba un tiempo preguntándose si estaba atravesando un bache. Ya nada la emocionaba. Los hombres con los que quedaba eran tan previsibles que iba de decepción en decepción. Los amantes que se llevaba a la cama la satisfacían durante un par de horas, pero al día siguiente no tenía ganas de seguir en contacto. Su trabajo era satisfactorio, pero no había hecho nada espectacular ni original desde hacía tiempo. Estaba estancada, mientras que a su alrededor todos parecían avanzar con rapidez. Sus amigas estaban prometidas o tenían una relación estable. Por lo general le encantaban las citas: le resultaba atractivo lo desconocido y las posibilidades que se le presentaban con cada una de ellas. Pero estaba agotada y llevaba una temporada dedicando la mayor parte del tiempo a Kinnections o a sus amigas.

Ese hombre representaba todo un desafío.

Kennedy cambió de táctica y adoptó una pose profesional. En primer lugar, necesitaba más información antes de comprometerse. Él seguía quieto en el asiento, sin mover los dedos ni hacer gestos nerviosos. Definitivamente trabajaba pegado a un escritorio.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—Nathan Ellison Raymond Dunkle.

Fascinante. La cosa mejoraba por momentos.

—Seguro que no hay dos como el tuyo, Ned.

La expresión seria de su cara no varió en absoluto.

—Lo sé. Si mi madre siguiera viva, le preguntaría en qué estaba pensando cuando me lo puso.

—Sabes que las iniciales de tu nombre dan como resultado la palabra *nerd*, ¿verdad? Así que empollón y friki...

La ceja se arqueó de nuevo.

—Si quieres hacerte la graciosa, te diré que incluso los más lerdos de primaria lo dedujeron enseguida. Vas a tener que esforzarte más si quieres impresionarme.

Kennedy contuvo una sonrisa. Bien. Había sentido del humor bajo toda esa inteligencia. El sentido del humor era algo que no se aprendía: o se tenía o no se tenía. En el caso de Ned, había material en bruto con el que trabajar.

—*Touché*. ¿A qué te dedicas?

—Soy ingeniero aeroespacial.

Kennedy se llevó un dedo a los labios y sopesó la increíble imagen que iba tomando forma delante de ella. ¿Se podía pedir más?

—Eres un científico aeronáutico.

La impaciencia se apoderó del cuerpo de Ned, aunque seguía inmóvil.

—Sí, también. Pero ya no usamos ese término. Está pasado de moda.

Kennedy miró el protector de bolsillo y su atuendo.

—Perdona.

El comportamiento de Ned cambió y la miró con recelo.

—¿Qué quieres en realidad? Ya me he disculpado por haberle hablado así a Bernadette. Si no quieres salir conmigo, ¿por qué sigo aquí?

Kennedy intentó con todas sus fuerzas no relamerse los labios ni pedir un bol de leche. Un científico aeronáutico rico que quería conocer a su media naranja y casarse. Era su canto del cisne, su Eliza Doolittle, la joya de la Corona y el mayor desafío que jamás había encontrado.

—Quiero ofrecerte un trato.

—¿De qué tipo?

Sonrió al oírlo.

—Del mejor. Voy a conseguirte todo lo que siempre has deseado. Voy a encontrar a la mujer de tus sueños. Y tú solo tendrás que hacerme caso.

Ned parpadeó. Sopesó sus palabras. Y se inclinó hacia delante.

«Ya eres mío», pensó Kennedy.

Ned dejó de mordisquearse las uñas y la observó con mirada inquisitiva.

—¿Cómo vas a hacerlo? ¿Quién eres?

—Kennedy Ashe. Soy copropietaria de la agencia de citas Kinnections, junto con mis dos socias. Organizamos citas rápidas como las de esta noche para nuestros clientes, pero también queremos ir más allá. Nuestro objetivo es el de formar parejas con relaciones estables. Tenemos unas estadísticas impresionantes y puedo darte información de sobra para que la analices. Me da en la nariz que eres un hombre de cifras. De resultados. ¿Es así?

La imagen completa pareció cobrar forma delante de ella. Ned se subió las gafas hasta el puente de la nariz.

—¿Has organizado tú el evento? Eres una comercial.

—Reclutadora. Quiero hacerte una oferta, Ned. Me gustaría ayudarte a encontrar esposa.

La expresión de su cara mostró su decepción. Kennedy lo vio encorvar los hombros.

—Entiendo. Quieres que contrate los servicios de tu agencia de citas. ¿Cuánto va a costarme?

La cabeza empezó a darle vueltas al oír la respuesta. La mirada dubitativa y acusadora de Ned confirmaba su inteligencia. Iba a ser divertido.

—Vaya, diría que me has tomado por una timadora, ¿no? Crees que voy a convencerte de que hagas una transferencia cuantiosa mientras te prometo la luna y que después desapareceré sin dejar rastro, ¿verdad?

—Se me ha pasado por la cabeza, sí.

—Si no fuera así, me llevaría un chasco. Creo que puedo ayudarte. Mi trabajo en Kinnections consiste principalmente en ofrecerles a los clientes las herramientas necesarias para conocer y conectar con el sexo opuesto. Las

personas tenemos complejos. El mundo es cruel, sobre todo a la hora de conocer a personas nuevas. A veces, hay que aprender a superar las barreras sociales para presentar la mejor versión de uno mismo.

A Ned se le escapó una sonora carcajada.

—Ya entiendo. Quieres que mienta y que finja ser otra persona para conseguir pareja. Eso no va a funcionar en la vida.

—¿Por qué no?

—Porque es un espejismo. No puedo cambiar mi esencia. No quiero.

—Ni yo tampoco. Mira, si no consigues que una mujer vea quién eres en realidad, nunca vas a conocer a la mujer de tus sueños. No voy a cambiar quién eres, no necesito hacerlo. Pero trabajaremos algunos aspectos superficiales para aumentar tus posibilidades. La primera impresión es crucial. Me refiero a adecentarte un poco. A pulir tu conversación. ¿Te parece sensato?

Ned se rascó la cabeza. El pelo grasiento se despegó y luego volvió a caerle alrededor de la cara como una cortina.

—¿Qué ganas tú con esto?

—Satisfacción por un trabajo bien hecho. Si tengo éxito, a lo mejor más clientes para Kinnections. Y la oportunidad de ayudar. Nada más.

—¿Cuánto cuesta?

—La cuota de ingreso es de mil dólares. Incluye asesoramiento, cambio de estilo y dos citas.

—Y si accedo, ¿qué gano yo?

Kennedy ya percibía la rendición, pero debía aceptar sus propias condiciones. Iba a ser un proyecto que consumiría todo su tiempo y energía.

—Si accedes, encontraré la pareja ideal para ti. Pero tendrás que ponerte en mis manos por completo.

—¿Cuánto dura el contrato?

—Un año. Por supuesto, si no obtenemos resultados o no te satisfacen, puedes rescindirlo en cualquier momento, aunque perderías la cuota de ingreso. Está todo bien detallado en el contrato.

—¿Por dónde empezamos?

Kennedy sacó el móvil.

—Dame tu dirección de correo electrónico y te mandaré el contrato e información adicional. Avísame en cuanto te decidas. Organizaremos la primera sesión y empezaremos a trabajar a partir de ahí.

Ned le dio su dirección. Kennedy la tecleó en el teléfono acompañada por el golpeteo de sus uñas.

—¿Por qué yo?

Alzó la vista. Esa pregunta tan directa la golpeó como un puño y las emociones la abrumaron. ¿No era ya bastante duro intentarlo continuamente y enfrentarse siempre al fracaso con la certeza de que tu media naranja estaba ahí fuera? Ese hombre de pinta desastrosa, gafas enormes y piel de color zanahoria quería tener fe. Era el mayor desafío que se le había presentado en la vida y confirmaría su creencia en los finales felices.

Para algunas personas, al menos.

Cuando contestó, lo hizo con un tono decidido.

—Porque creo que existe esa persona que encarna el amor perfecto para cada cual. Quiero ayudarte a encontrarla.

Ned la miró un buen rato, observándola sin pestañear siquiera. Después asintió con la cabeza.

—Vale.

—Lee el contrato. Si estás de acuerdo con las condiciones, llámame y te prepararé una sesión para esta semana. Me muero de ganas de trabajar contigo. —Apuró el café y metió la mano en el bolso para sacar dinero.

Ned extendió el brazo y le agarró la muñeca con fuerza.

—Pago yo.

Kennedy habría esperado que tuviera unas manos suaves y húmedas, pero eran fuertes y muy cálidas. Se apartó enseguida.

—Gracias. Espero tu llamada.

Se levantó del asiento y salió del restaurante. Se dirigió con paso ligero a su coche, envuelta en el frío aire de marzo, que parecía estar repleto de posibilidades.

Kennedy levantó la vista en cuanto sus dos socias y amigas entraron en tromba en su despacho.

—¿Qué pasa? ¿Han llegado los extractos con los beneficios trimestrales?
—preguntó Kate, rebosante de emoción.

—Mejor todavía.

—¿Arilyn por fin se ha acostado con el chico que trabaja en FedEx?

Arilyn negó con la cabeza, un gesto que agitó su larga melena rubia, mientras fingía una seriedad desproporcionada.

—Su paquete es más pequeño que el del hombre con el que estoy saliendo, así que no, gracias.

Kennedy largó una carcajada.

—Suéltalo.

Kate dio una palmada.

—¡Jane y Tim van a casarse!

Kennedy se levantó de un salto de su sillón y se unió al abrazo colectivo entre chillidos. Jane era una clienta de Kinnections que se había esforzado mucho por encontrar al hombre adecuado. Todas habían trabajado con ella para aumentar su confianza, mejorar su aspecto físico y encontrarle pareja. Por supuesto, cuando su hermano mayor, Slade, intentando protegerla,

amenazó con denunciar a la empresa por fraude, Kate lo aceptó como cliente, dispuesta a demostrar la legitimidad de Kinnections.

Y lo hizo. Encima se enamoraron en el proceso, de manera que a esas alturas estaban comprometidos y a punto de casarse. Además, sabiendo que su hermana era feliz, su propia boda se transformaría en algo mucho más dulce. Por supuesto, tampoco les hacía daño que Kate, la dueña principal y fundadora de Kinnections, poseyera el «toque», un don especial que le permitía notar el vínculo que unía a dos almas gemelas en cuanto se encontraban. Ese don le había permitido saber que Slade era su media naranja y también la había ayudado a unir a Jane y a Tim.

Kennedy guardó silencio de repente, mientras las abrazaba.

—¿Podemos usarlo como anuncio? Es genial. Dos hermanos que encuentran pareja gracias a Kinnections... Una boda doble. ¡Consigue tu pareja!

Kate y Arilyn la miraron y negaron con la cabeza.

—Ni hablar. Será una celebración privada —le recordó Kate—. Por supuesto, formarán parte de las estadísticas, lo que significa que debemos añadir dos bodas más. Nos acercamos a unas cifras de resultados espectaculares, así que deberías alegrarte.

Kennedy hizo pucheros, un gesto que siempre funcionaba con los hombres. Según ellos, ese movimiento del labio inferior, resultaba muy sexy e irresistible.

—No usaré nombres. No podemos pasar por alto algo tan genial ni perder la oportunidad de superar a ese ridículo programa de la cadena Bravo. ¿Quién necesita un millonario cuando puedes descubrir que el hombre de tu vida es tu vecino de al lado?

Arilyn resopló con delicadeza.

—Ni hablar. Además, creo que necesitas mejorar tu estrategia. Los

pucheros ya están muy vistos. ¿Y si te muerdes el labio? Es lo que suelen hacer en las novelas eróticas.

Kennedy puso los ojos en blanco.

—No soy un estereotipo. Y de momento el gesto no me ha fallado. Vale, olvidad lo del anuncio. De todas formas, me alegro muchísimo por Jane y por ti.

Kate sonrió.

—¿Noche de chicas? ¿En Mugs?

—Por supuesto. ¿El viernes por la noche? Aparta a Genevieve de su hombre y lo celebraremos. No me puedo creer que haya tres prometidas en el grupo.

Una extraña emoción le desgarró las entrañas, pero la aplacó. De todas maneras, no le interesaba el matrimonio. Se aburría con facilidad y, que ella supiera, no existía un hombre capaz de mantenerla atada. Pero sus amigas se merecían toda la felicidad del mundo y pensaba apoyarlas al cien por cien.

—De acuerdo. —Kate estudió de arriba abajo el traje negro de Chanel de Kennedy—. ¿Tienes una entrevista con algún cliente?

La emoción la asaltó de repente.

—Sí, debe de estar por llegar. Este sí que es un desafío de los buenos. Voy a encargarme de él.

Kate ladeó la cabeza.

—Mmm... llevas un tiempo sin trabajar directamente con los clientes, sobre todo del sexo masculino. ¿Está buenorro?

Kennedy sonrió.

—No. Es un desastre con patas. ¿No es genial?

Arilyn suspiró. Era la terapeuta y programadora informática de la empresa.

—Haré un hueco en mi agenda.

—Os reclutaré a las dos para este caso.

—¿Cómo es?

Kennedy estaba a punto de dar botes de alegría.

—*My Fair Lady*. No os digo más.

Kate jadeó.

—¡Venga ya!

Hasta Arilyn pareció algo emocionada en vez de pensativa.

—¿Tan mal? ¿Dejadez absoluta?

—Sí. Imagínate. Empollón friki. Gafas de pasta enormes. Pelo largo y grasiento. Ropa de Walmart. Y piel naranja por haberse puesto un autobronceador.

Kate parecía encantada según se iban incrementando las características de la lista.

—¿Solo la apariencia?

—No, es mucho peor. Durante las citas rápidas le dijo a Bernadette que le quedaba poco para los treinta y que sus óvulos estaban envejeciendo. Después trató de quedar con ella.

Arilyn dio un respingo.

—Pobre Bernadette. ¿Acabó llorando?

—Casi. La salvé por los pelos. Me llevé al cerebritito al restaurante de al lado para echarle la bronca y descubrí que el pobre está en Babia. Lo único que quiere es encontrar una mujer con la que casarse, pero no sabe cómo hacerlo. Y decidí que tenía que ser mío.

—¿Qué será lo primero? —quiso saber Kate—. El pelo, ¿verdad? Un buen corte de pelo lo arregla todo.

Arilyn meneó la cabeza.

—No podrá hacer nada mientras tenga la piel naranja. ¿Se le nota mucho?

En ese momento sonó la campanilla de la entrada. Todas se volvieron para mirar.

Ned acababa de entrar. Llevaba la bata de laboratorio, unos pantalones anchos de tweed y su fiel protector de bolsillo. Los zapatos, con aquella suela tan gruesa, parecían ortopédicos. También se había hecho algo raro en el pelo. En vez de caerle lacio a ambos lados de la cara, se lo había peinado hacia atrás con gel fijador, lo que le daba el aspecto de un psicópata medio tonto con cresta.

—Buenas. —Guardó silencio a la espera de que ellas hablaran, pero tardaron más de un minuto en asimilar el peinado—. Soy Ned.

Kate le puso fin al silencio adoptando el papel de anfitriona.

—Bienvenido a Kinnections, Ned. Estamos encantadas de tenerte con nosotras. Soy Kate, la socia de Kennedy.

Arilyn meneó la cabeza para salir del trance.

—Yo soy Arilyn. Terapeuta y programadora informática. Me alegro de conocerte.

Él se llevó una mano al pelo para comprobar su estado. Por supuesto, no se había movido ni un milímetro.

—Gracias.

Kennedy carraspeó.

—¿Peinado nuevo?

Ned esbozó una sonrisilla.

—Sí, me dijiste que parecía un poco descuidado, así que he decidido peinarme un poco. ¿Te gusta?

Kennedy intercambió una mirada con sus amigas.

—No. Pero ya lo arreglaremos.

Kate tenía una sonrisa instalada en los labios mientras susurraba por lo bajini:

—El pelo debería ser lo primero.

Arilyn se acercó un poco más para añadir:

—Lo dices en broma, ¿verdad? ¡Si está naranja! Tienes que llevárselo a Ming.

Kate se estremeció.

—¡Por Dios! ¿Estás segura? ¿Tan mal lo ves? Es posible que no se recupere nunca si lo dejamos en manos de Ming.

Kennedy suspiró.

—No queda otra. Necesita una exfoliación para librarse de ese pigmento.

Arilyn olisqueó el aire.

—¿A qué huele? Tengo la impresión de haberme metido de cabeza en el océano.

Kennedy contestó en voz baja:

—La última vez era un pinar. No sabe cuánta colonia es la apropiada.

—¿Hola? Que estoy aquí. Os estoy oyendo, aunque penséis que no puedo hacerlo —saltó Ned, que parecía un poco molesto.

Arilyn chasqueó la lengua.

—Perdónanos, Ned. Lo que hacemos es por tu bien.

Kate asintió con la cabeza.

—Kennedy te tratará con mucho esmero y nosotras estaremos por aquí si nos necesitas.

—Vamos a la sala de consultas —le dijo Kennedy—. Hasta luego, chicas.

Kate y Arilyn se despidieron entusiasmadas y Kennedy se llevó a Ned a la sala morada. En la mesita la aguardaba una carpeta de piel que contenía los formularios, el contrato y sus notas personales. Los mullidos sillones morados descansaban sobre una gruesa alfombra. El mobiliario era de madera oscura y las paredes de color crema estaban decoradas con acuarelas. Un jardín de piedras con una burbujeante fuente de agua ayudaba a crear un ambiente relajante en el que compartir sueños y deseos. La estancia estaba diseñada para inspirar confianza y libertad, un paraíso del feng shui creado

por Arilyn, cuyo amor por el yoga, la meditación y los aspectos místicos del universo ayudaban a equilibrar tanto el enfoque obsesivo de Kate por el trabajo como la ambición de Kennedy por hacerse con el control de las reuniones sociales y aumentar su clientela.

Le hizo un gesto para que tomara asiento.

—¿Por qué no te pones cómodo? He repasado el cuestionario inicial que ya rellenaste, pero lo primero que tengo que hacer es mantener una charla contigo, que será confidencial, para hacerme una idea de la mujer ideal con la que emparejarte. Después decidiremos qué es lo mejor.

—Nada de citas rápidas.

Ella sonrió.

—Estoy de acuerdo. Pero tenemos cientos de opciones.

Ned se acomodó en el mullido sillón morado.

—Te he traído una botella de agua, pero si prefieres un té o un café mejor...

—No, el agua está bien, gracias —le aseguró él.

Kennedy cruzó las piernas y echó un vistazo a su ficha.

—¿Por qué no empezamos con tu trabajo? Tu currículum es impresionante. ¿En la NASA?

—Trabajé muchos años allí, sí. Después me cambié al sector privado. Sector Space X es una empresa nueva enfocada al mercado de los transbordadores civiles. Ahora mismo estoy investigando sistemas de propulsión avanzados.

—Lo que hace que el cohete despegue, ¿no?

—Correcto. Por supuesto, el nuevo motor Vortex utiliza un propulsor de gel, algo fascinante, pero yo estoy investigando un método más eficiente, aunque es un poco controvertido.

Kennedy quería preguntarle más cosas sobre su trabajo, pero ese no era el

tema primordial de la entrevista. A decir verdad, la mecánica siempre le había interesado, aunque no tuviera el menor talento al respecto. En cuanto se interesaba por el mecanismo que ponía algo en funcionamiento, se estropeaba. Sin embargo, un hombre capaz de hacer que las cosas funcionaran irradiaba un aura un tanto erótica, y Kennedy necesitaba acentuar esa aura para atraer a las mujeres. Añadió una nueva nota.

—Tienes un cuerpo perfecto —comentó Ned—. ¿Practicas ejercicio a menudo?

Kennedy dejó de escribir.

—¿Acabas de hacer un comentario sobre mi cuerpo?

Ned frunció el ceño.

—Sin ánimo de ofender. Solo quería hacerte un cumplido.

La parte halagadora del comentario se desvaneció debido a su absoluta vulgaridad. Kennedy se inclinó hacia delante y le dirigió una mirada de reproche.

—Regla número uno: nada de preguntas, comentarios o pensamientos en voz alta sobre alguna parte del cuerpo femenino. ¿Entendido?

—¿Por qué?

—A las mujeres nos afecta mucho que nos traten como objetos. Muchas de nosotras tenemos problemas de autoestima y no necesitamos que nos recuerden nuestros defectos.

Ned se pasó los dedos por el pelo, pero se le quedaron trabados por culpa del gel fijador extrafuerte.

—¡Caramba, justo lo que aconseja *Cosmopolitan*! Seguí sus consejos al pie de la letra, y una de las mujeres con las que hablé en las citas rápidas me dijo que a vosotras os encanta que os echen piropos sobre el cuerpo. Me dijo que no se mataba en el gimnasio para que me gustara su sonrisa.

Kennedy contuvo un suspiro. Pobrecillo. El ambiguo modelo de sociedad

en el que vivían podía destrozar a un hombre, sobre todo a uno como ese.

—*Cosmopolitan* tiene razón. Y esa mujer es una excepción.

—No sé yo. Mi hermano dice que a las mujeres os encanta que los hombres admiremos vuestros cuerpos. Dice que si os decimos que tenéis unas tetas, un culo o unos labios bonitos, cantamos gol.

Kennedy se puso tensa, asaltada por los recuerdos. Escondida detrás de las taquillas, por temor a pisar el pasillo donde él la esperaba. Las risas, los empujones y los insultos que la tachaban de «gorda» y que resonaban en sus oídos incluso por la noche. Sus pechos eran más grandes de lo normal debido a su exceso de peso, y las miradas lascivas y los tocamientos todavía le provocaban náuseas. Se recordó con firmeza que todo eso pertenecía al pasado; tomó aire y se concentró en el presente. Ese hombre no tenía la menor idea sobre cómo hablarles a las mujeres, y por ahí debía empezar a trabajar. Apostaría lo que fuera a que nadie había intentado educarlo antes.

—Tu hermano se equivoca, Ned. Y mucho. La mejor manera de hacer feliz a una mujer es halagar su inteligencia. Su sentido del humor. El brillo de sus ojos o su preciosa sonrisa. La amabilidad de sus gestos. Queremos que nos valoren más allá de nuestro aspecto físico y solo entonces nos sentimos seguras para dar un paso más.

Ned parecía mirarla con un interés abrasador que traspasaba los gruesos cristales de sus gafas y le atravesaba el alma. De repente, se imaginó a Clark Kent. Un cerebritito torpe y aparentemente sin encanto, pero que en el fondo era todo ardor. Ella era capaz de lograrlo: percibía un gran encanto debajo de esa fachada y se moría de ganas de desenterrarlo. Pero eso no sucedería si él seguía empeñado en tratar a las mujeres de determinada manera y se negaba a cambiar. Esperó su respuesta porque presentía que iba a ser crucial.

—Lo entiendo. Tiene sentido, sí. Esa es la opinión generalizada de las revistas.

—¿De las revistas?

—Sí. Cuando decidí que había llegado el momento de buscar una pareja en serio, estudié a fondo todos los aspectos culturales para hacerme una idea de lo que las mujeres esperan y buscan en los hombres.

Kennedy abrió los ojos como platos.

—Así que has leído *Cosmopolitan*. ¿Qué más?

Ned fue contando con los dedos a medida que recitaba los nombres.

—*Marie Claire, Self, Glamour, Oprah y Men's Health*. Me he leído todos los artículos y he hecho todos los tests. Por eso siento tanta frustración. Porque las reacciones que me devuelven no se ajustan a los datos.

Joder, ¿alguna vez se había encontrado con un hombre que hubiera llegado a esos extremos a la hora de buscar pareja? Se le ablandó el corazón. Lo suyo tenía mérito. Sí, era un desastre con patas, pero sus intenciones eran buenas.

—Para eso estoy yo aquí. Para ayudarte a entenderlo. Vamos a hablar de tu familia. ¿Tu hermano está casado?

—Qué va, no le interesa sentar cabeza. Dice que hay muchas mujeres ahí fuera como para limitarse a una sola.

Ajá. Un hermano mayor dando malos consejos era una pesadilla.

—Vale. ¿Y estáis muy unidos?

—Sí, ahora vivimos juntos. Me cuidó cuando nuestra madre se fue. Nuestro padre estaba demasiado agobiado como para encargarse de nosotros, así que mi hermano se hizo responsable de todo.

Kennedy se percató de que exponía los hechos con serenidad, como si estuviera haciendo una presentación con PowerPoint. Sintió una punzada en el pecho. Apostaría lo que fuera a que su inteligencia siempre lo había apartado de los demás, y estaba segura de que le habría beneficiado contar con el apoyo de una figura materna cariñosa.

—Lo siento.

Él se encogió de hombros.

—No es necesario. No hemos acabado mal. Podría haber sido peor.

Y lo decía en serio. Muchos hombres enterraban el pasado o lo usaban como una excusa para justificar malos comportamientos. Ned había aceptado sus circunstancias y había seguido con su vida. Kennedy sintió una oleada de admiración por él. Sí, ese hombre tenía carácter. Podría sacarle partido a eso.

—¿Qué me dices de las relaciones sentimentales?

Ned volvió a encogerse de hombros.

—Poca cosa. Me gradué pronto, la NASA me fichó y estuve trabajando muchos años sin descanso. Conocí a algunas chicas, pero no pasaba de dos o tres citas con ellas. A casi todas les aburría mi profesión cuando descubrían que no era astronauta. Me ha costado acostumbrarme de nuevo al ritmo de vida de Nueva York. Me mudé con mi hermano y me lancé de cabeza al nuevo proyecto, así que todavía no he tenido tiempo de conocer a nadie.

Kennedy trató de contener el impulso de preguntarle por su vida sexual y acabó tachándolo de la lista. Era algo demasiado personal para los inicios. Dudaba que fuera virgen, pero tenía la impresión de que su experiencia en la cama era un tanto... limitada.

—No soy virgen.

No recordaba la última vez que se había puesto colorada, aunque estaba segura de que esa no había sido ni mucho menos la primera.

—No he preguntado.

Ned esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Te he leído el pensamiento. He tenido algunas experiencias sexuales. Pero casi siempre hemos ido alejándonos porque teníamos distintos estilos de vida. Si sintiera alguna deficiencia en ese aspecto, me encargaría de solucionarla.

Kennedy notaba los nervios a flor de piel. Era raro oír a un hombre hablar

de sexo con tanta franqueza y sin ponerse a la defensiva. Apostaría lo que fuera a que estaría abierto a cualquier sugerencia que persiguiera un solo objetivo: el placer femenino. De la misma manera que sucedía con su trabajo o con su vida, el dormitorio solo sería un obstáculo a superar. Lo anotó en el cuaderno y carraspeó.

—Vale. Vamos a hablar un poco sobre mujeres. He leído las respuestas de tus formularios. No parece tener un criterio estricto. ¿Qué te sugieren temas como la raza, la edad o el estatus social? ¿Con qué tipo de mujer te imaginas compartiendo tu futuro?

—Con cualquiera.

Kennedy lo miró en silencio. Había aconsejado a cientos de hombres y siempre desplegaban una lista de requisitos. Un tipo concreto. Alguien a quien evitar a toda costa.

—¿Estás dispuesto a salir con cualquiera? Querrás que tu esposa tenga algunas cualidades concretas, supongo.

Ned empezó a morderse las uñas, aunque se contuvo al instante y dejó caer los brazos en los apoyabrazos del sillón.

—Claro. Puedo perder el tiempo enumerándote una lista de cualidades del alma gemela con las que todos soñamos. Generosidad, sentido del humor, atractivo físico, inteligencia, química sexual. Pero no significarán nada hasta que la conozca, ¿verdad? Si la quiero, estoy dispuesto a hacer concesiones. Pretendo compartir mi vida y formar una familia. Así que la respuesta sigue siendo la misma. Estoy abierto a todo. Lo único que necesito es encontrar a la mujer de mi vida.

Qué raro, su forma de expresarse era sensata. Con ese hombre no habría malentendidos ni jueguitos. Era directo, sincero y tajante. Solo necesitaba encontrarle una mujer que poseyera esas mismas cualidades, o una que fuera

el polo opuesto. O bien conectaba de igual a igual, o bien necesitaba el equilibrio de los contrarios.

Sin duda era el candidato perfecto para una cita múltiple. Tal vez un grupo variopinto de cuatro o cinco mujeres, una mezcla en la que fuera capaz de integrarse. Pero no funcionaría a menos que hiciera grandes cambios en su aspecto.

Kennedy sonrió.

—Una respuesta genial.

—Si es así, ¿a qué viene esa expresión? Me estás poniendo nervioso.

Ella se echó a reír.

—Ya te he dicho que no quiero cambiarte, pero tenemos que hacer algunos retoques en tu fachada. Durante las próximas dos semanas, no pienso separarme de ti. Salvo las horas que estés en el trabajo, claro. Pasaremos juntos las noches y los fines de semana. Cuando considere que estás preparado, te organizaré la primera cita múltiple. ¿Te parece bien?

La ceja única se enarcó.

—¿Qué vas a hacerme?

Kennedy sintió un cosquilleo en las palmas de las manos, una señal que presagiaba éxito asegurado. Contestó en voz baja:

—De todo.

Ned estuvo a punto de dar un brinco en el sillón al oír esa voz ronca y sensual. Era como de terciopelo y gravilla a la vez. La respuesta de Kennedy se coló en su cerebro y empezó a dar vueltas, provocando un sinfín de imágenes deliciosas.

Sí. Definitivamente esa mujer suponía una distracción.

La tildaría de coqueta sin remedio, pero dudaba mucho de que fuera

consciente siquiera del efecto que ejercía sobre él. Más bien lo veía como una ameba con la que iba a realizar un experimento científico. La falda de tubo negra que llevaba marcaba sus torneadas piernas, que lucían un bronceado precioso. La chaqueta se ajustaba a la plenitud de sus pechos y los realzaba como si fueran un regalo. Ese día llevaba una pulsera de plata en el tobillo con relucientes abalorios que tintineaban cada vez que movía la pierna, cosa que hacía que sus ojos se clavaran en unas sandalias de tiras con plataformas que nadie debería llevar a juzgar por el frío que hacía en marzo. Aunque irradiaba una sensualidad innata que era evidente que sabría usar a conveniencia, Ned suponía que la mayor parte del tiempo ni siquiera era consciente del increíble atractivo que poseía. Daba la impresión de que algo la frenaba, como si ocultara un oscuro secreto. Sería interesante explorar esos límites y comprobar lo que había detrás. Pero eso no sucedería jamás.

Kennedy estaba mirando de nuevo los documentos. Lo había despachado sin tener la menor idea del efecto que ejercía esa voz ronca sobre un hombre.

—Vamos a hablar de tus pasatiempos fuera del trabajo. Veo que te gusta el golf.

Pronunció la palabra con absoluto desdén. Ned sintió un deseo vehemente de explicarle lo emocionantes que podían ser las sutilezas y los desafíos mentales que representaba el juego, pero saltaba a la vista que ella era más de baloncesto o de fútbol americano.

—Sí, juego al golf.

Su mirada analizó lo que había debajo de la bata de algodón para hacerse una idea del tamaño de sus bíceps. Tal vez no tuviera un cuerpo de infarto, pero no tenía pinta de blandengue. Llevaba una dieta sana, jugaba al golf y hacía flexiones regularmente para mantener fuerte el abdomen. La rabia se apoderó de él. ¿Qué se sentiría si fuera el hombre que ella deseara? Esos preciosos ojos le recordaban a una leona fuerte y atlética, eran puro oro con

un toque de ámbar. Nublados por el deseo, seguro que adoptaban una mirada dulce y soñadora. Tal vez se mordiera y se humedeciera el labio inferior, con el que tenía tendencia a hacer pucheros. Estaba convencido de que había practicado para provocar la respuesta masculina que necesitaba en cada momento. Era una mujer tan alejada de su órbita como comparar a Butch Harmon con Happy Gilmore, el protagonista de *Terminagolf*. Se movió en su sillón y trató de concentrarse en la conversación. Golf.

—El golf es bueno. ¿Algo más?

Ned enderezó los hombros.

—Libros.

Ella anotó algo.

—Leer es estupendo. ¿Cuáles son los últimos libros que has leído?

—El *Kama Sutra*, *El rapto de la Bella Durmiente* y *Cincuenta sombras de Grey*.

El bolígrafo se detuvo. Ella entreabrió la boca y se humedeció el labio inferior. Ah, sí, por fin había suscitado una respuesta femenina. Se vio obligado a disimular su satisfacción. Kennedy era su celestina, la persona dispuesta a buscar a su alma gemela. No le convenía enredar las cosas enamorándose de ella como si fuera un colegial. Sin embargo, le gustó ser testigo de cómo se le dilataban las pupilas a medida que analizaba su respuesta.

—Interesante. ¿Ahondando en la investigación?

—Sí. Por la investigación.

Una vez que se llevara a una mujer a la cama, su intención era la de retenerla allí. Parte de su estudio para entender a las mujeres incluía la lectura de libros eróticos y de guías a fin de conseguir que su vigor y su técnica sexuales fueran perfectos.

Kennedy recuperó la compostura y unió las manos, dejando los índices

estirados. Ese día llevaba las uñas pintadas de morado oscuro. Un anillo de plata labrada brillaba a la luz. Se preguntó si tendría un amante. Se preguntó si tendría muchos.

—Me gustaría cambiarte el nombre a Nate.

Ned guardó silencio un instante.

—Me llamo Nathaniel. Pero me apodan Ned.

Kennedy pareció elegir sus palabras con cuidado.

—Ned sugiere una imagen concreta. Míralo como si fuera una reinención. Ya que tienes un nombre tan bonito, creo que deberíamos usar el diminutivo, Nate.

Ned sopesó su razonamiento. Siempre había preferido su nombre de pila, pero sus compañeros de colegio no le habían permitido que lo usara. Les encantaba torturarlo llamándolo «Ned el Empollón». Nunca se le había ocurrido recuperar y reclamar su nombre de pila cuando acabó el instituto. Asintió con la cabeza.

—Es una buena idea. Me quedo con Nate.

Ella sonrió. Tenía un incisivo un poco torcido, un rasgo que aumentaba su atractivo y que enfatizaba esos labios pintados de rosa. Era tan... vistosa.

—Estupendo. Creo que con eso hemos acabado el cuestionario, así que puedo empezar a buscar parejas potenciales. Me gustaría quedar mañana a las seis. En esta dirección. —Le entregó una tarjeta de visita con una dirección, un número de teléfono y la palabra «Ming».

—¿Quién es Ming?

—Alguien que obra milagros. Sé que tu horario laboral es agotador, pero necesito que estés disponible unas horas después del trabajo durante las próximas dos semanas.

¿Podía hacerlo? ¿Podía ponerse en manos de una desconocida y confiar en que ella encontrara su felicidad?

Sí. No había llegado tan lejos para echarse atrás en ese momento. Si lograba mantenerse en el camino, al final merecería la pena.

—Vale.

La sonrisa de Kennedy se ensanchó y Nate admitió que haría cualquier cosa con tal de verla de nuevo. Definitivamente era una bruja y al parecer poseía el poder de hechizarlo con un simple gesto o expresión de su rostro.

—Genial. Confía en mí y llegaremos hasta el final.

El doble sentido de la frase estuvo a punto de arrancarle un gemido. Pero se negaba a dejarse vencer en el primer asalto. Bajó la voz y fingió controlar la situación.

—Estoy deseándolo, Kennedy.

Captó el recelo en sus ojos, antes de que pudiera adoptar su fachada de directora formal. Pero Nate sospechaba que había mucho más detrás de esa fachada. Y quería descubrir exactamente qué ocultaba bajo todas esas capas. Tal vez pudiera enseñarle a esa preciosa mujer mucho más de lo que ella se imaginaba.

Tal vez.

Se puso en pie.

—Hasta mañana a las seis.

Se marchó sin mirar atrás, al tiempo que se preguntaba cómo saldría todo.

Nate miró la brillante puerta roja con expresión suspicaz, pero la ansiosa guía que lo conducía esa noche no le dejó tiempo para pensar. Se limitó a empujarlo hasta que lo llevó a una sala de espera vacía. Las luces eran tenues y solo había un mostrador alargado. Ni revistas, ni agua, ni aperitivos. Cuando se enteró de que iría a un spa, se dijo que unos cuantos mimos no le vendrían mal. Se había imaginado toallas calientes, largos masajes con aceites perfumados y una hermosa mujer masajeándole los pies. Pero aquello era un cuchitril.

Situado en los límites de Verily, oculto en una empinada colina donde no se veía ni un alma, no era más que un edificio medio derruido con una puerta roja brillante. Desde luego, no era una sede de Elizabeth Arden. ¿Cómo conseguía clientes un sitio como ese?

Kennedy le indicó que se sentara mientras ella se acercaba al mostrador. La mujer la miró con el ceño fruncido en lugar de saludarla con una sonrisa y empezó a hablar con un fuerte acento chino. Kennedy la escuchó en silencio y asintió con la cabeza repetidas veces; básicamente, parecía estar haciéndole la pelota. ¿Qué clase de sitio era ese? Si ese era el tipo de servicios que contrataba Kinnections, tal vez había cometido un tremendo error.

Kennedy hizo una especie de reverencia y regresó junto a él. Tenía la frente perlada de sudor.

—Menos mal. Ming nos atenderá.

—¿Quién es esa mujer? Aquí no hay servicio de atención al cliente. No hay detalles bonitos. Y parecen muy groseros. Deberíamos irnos.

Kennedy bajó la voz hasta convertirla en un susurro furioso.

—Ni se te ocurra decir algo negativo. Si te quejas una sola vez, nos echan de aquí. Ming es la mejor y te devolverá a tu aspecto normal. No, mejorará tu aspecto normal. Nunca volverás a ser el mismo.

La inquietud de Nate fue en aumento. Tiró de la bata de laboratorio y se dio cuenta de que tenía mostaza en la solapa porque se había quedado a tomar el almuerzo en su mesa y se había manchado. Otra vez. Había tenido que hacer un esfuerzo titánico para salir a tiempo, pero estaba ansioso por emprender el camino que lo llevaría hasta su futura esposa. ¿Quién le iba a decir que comenzaría en un asqueroso sótano con una mujer llamada Ming?

—¿Qué me va a hacer?

Kennedy lo señaló con un dedo.

—Lo que le dé la gana. Tienes que seguir sus órdenes al pie de la letra. Es muy importante.

—No soy idiota.

—No, pero te gusta discutir y eso hará que nos echen.

Nate no tuvo tiempo de replicar. La puerta que había detrás del mostrador se abrió sin hacer ruido. Le pareció distinguir una criatura élfica ataviada con una bata tradicional china, envuelta en sombras. Un largo y huesudo dedo surgió de allí y le hizo un gesto para que se acercara.

—Ve —susurró Kennedy.

Vaya, ¿por qué tenía miedo? Una viejecita no podía hacerle daño, y si algo no le gustaba, se marcharía y punto; qué importaba lo que dijera Kennedy. Cuadró los hombros y cruzó la puerta.

La mujer lo condujo por un pasillo en penumbra. Para ser tan menuda, se

movía muy deprisa, casi flotaba sobre el suelo cuando torcieron a la derecha y se internaron todavía más en un laberinto interminable de pasillos. Le entraron unas ganas tremendas de dejar un rastro de miguitas de pan o de marcar la pared para encontrar el camino de regreso, pero no tuvo tiempo. Se tropezó dos veces por las prisas para no quedarse rezagado. Por fin, la mujer se detuvo y entró por una puerta sin ninguna señal.

Una camilla de piedra caliza alargada y lisa ocupaba el centro de la habitación. Había toallas por todas partes y también una lujosa ducha de cristal en un rincón. Las paredes estaban pintadas de un blanco níveo y no tenían más decoración que unos cuantos estantes con botes de cristal. Una suave música brotaba de los altavoces. Identificó una flauta, el trino de los pájaros y el borboteo del agua. El ambiente resultaba húmedo y en él flotaban el aroma del jabón y un leve toque de lavanda. Ming se acercó a un escritorio de bambú sobre el que había un enorme lavabo blanco y empezó con los preparativos. Nate la observó mientras se afanaba, como un médico preparando inyecciones y alineando enormes recipientes que, acto seguido, llenaba de líquido. Cuando acabó, se volvió hacia él y dijo:

—Tú desnudas.

—¿Cómo?

La coronilla de la mujer ni siquiera le llegaba al pecho. Los pies descalzos asomaban por debajo de la bata blanca que parecía tragársela entera. Llevaba el pelo negro muy corto y sus ojos oscuros lo miraban impacientes y exigentes a la vez.

—Digo que tú desnudas. Luego tumbas en la mesa.

Nate se agarró la bata de laboratorio e intentó controlar el pánico. ¿Desnudo? ¿Delante de ella? Ni loco.

—Esto... ¿Puedo dejarme la camiseta y los calzoncillos? Me incomoda un poco quedarme desnudo por completo.

La mujer escupió en su dirección. El desdén más absoluto asomó a su cara.
—¿Tú nenaza? ¿Tú no desnudar para vieja? ¿De qué tener miedo?

Nate se irguió.

—¡No tengo miedo! Pero me parece innecesario.

Ming dio un paso hacia Nate mientras agitaba un dedo en el aire.

—Tú naranja. Tú pareces zanahoria. Yo te arreglo, pero tú haces caso a mí.
Ahora desnudas y tumbas en la mesa boca abajo.

Las palabras de Kennedy resonaron en su cabeza. Se trataba de su primera prueba. ¿Cómo iba a fracasar tan pronto? Y estaba de color naranja. Incluso Wayne le había dicho ese mismo día que hiciera algo al respecto porque lo desconcentraba. Suponía que el efecto desaparecería con el tiempo, pero habían pasado cuatro días y seguía igual. ¿De verdad lo ponía nervioso que una profesional lo viera sin ropa? No, se negaba a permitir que ella ganara ese asalto por comportarse como un niño. Las mujeres lo hacían con frecuencia, ¿no?

—De acuerdo.

Se quitó la ropa, la dobló con pulcritud y la dejó en un estante vacío. Sintió la camilla muy suave y fresca cuando se tumbó boca abajo y apoyó la cabeza en una toalla mullida. Volvió la cara hacia la derecha, cerró los ojos e intentó no pensar en que tenía el culo al aire, a la vista de Ming.

Esperó un rato, respirando profundamente mientras escuchaba la música de la flauta, y comenzó a relajarse. El vapor empezó a llenar la estancia y a abrirle los poros. Tal vez no fuera tan malo después de todo. La verdad era que necesitaba un buen masaje en la zona de los omóplatos y el cuello. Pasar tantas horas quieto le dejaba la espalda hecha un asco. A lo mejor hasta echaba una cabezadita. Supuso que...

—¡Ayyyyy! —Un buen chorro de líquido helado se deslizó por la espalda y al poco resbalaba por el trasero. Antes de poder asimilar la sensación, un

millar de duras cerdas empezó a recorrerle la piel con fuertes movimientos de un lado a otro que le rascaban el cuerpo y le provocaban una mezcla de cosquillas y dolor, tanto que se volvió y le dio un manotazo—. ¡Que eso duele!

—Silencio.

Nate jadeó. La mujer lo frotó con más fuerza sin hacer el menor caso a los chillidos que él soltaba mientras se aplicaba en cada centímetro de piel, desde las plantas de los pies hasta las axilas, pasando por el trasero, la espalda y los hombros. La piel le ardía y le escocía, y las microcápsulas de gel provocaban tal abrasión que estaba convencido de que le dejarían marcas de por vida. ¡Por el amor de Dios, iba a acabar con cicatrices! Esa mujer no tenía ni idea de lo que estaba haciendo e incluso parecía soltar una risilla amenazadora siempre que él respingaba e intentaba apartarse del cepillo de la muerte.

La tortura se le hizo eterna, hasta que Ming masculló algo y por fin se detuvo. Nate apoyó la frente en la camilla y jadeó. Muy bien, prueba superada. Seguro que el naranja había desaparecido. Tal vez podría recuperarse y usar esa magnífica ducha. Lo peor ya tenía que haber pasado. Oyó unos cuantos chasquidos y otro sonido metálico, y estaba a punto de levantar la cabeza para ver qué ocurría cuando el chorro lo golpeó de lleno.

Un chorro gélido y paralizante, claro.

—¡Dios!

Se incorporó de un salto, pero Ming lo obligó a tumbarse en la camilla con sus fuertes manos. El chorro no se parecía precisamente a una fina llovizna, no, era más como el que se usa para apagar incendios, mezclado con cubitos de hielo, y lo estaba golpeando a toda presión. Se estremeció bajo las agujas heladas y gimió entre dientes. En ese instante comprendió que iba a ser una noche muy larga. Ming lo regó a conciencia, sin saltarse un solo centímetro, y la presión del agua no le dio cuartel en ningún momento.

Cuando por fin terminó todo, se incorporó y luego se dejó caer sobre la camilla. Debería largarse. Salir de allí, llamar a la oficina de atención al consumidor y denunciarla por agresión. Comenzó a pensar en todas las posibles venganzas a su alcance mientras Ming revoloteaba a su alrededor preparando algo más. Nate contuvo el aliento.

Ah. Un reguero de aceite, fragante y cálido, se deslizó por la espalda y resbaló por la columna. El paraíso. Por fin se relajó. Tal vez lo anterior hubiera merecido la pena si llegaba la parte buena. Se imaginó unos dedos fuertes y hábiles que deshacían los nudos musculares de la base de la espalda y del cuello y...

Unos cuarenta y cinco kilos le cayeron de repente encima acompañados de un alarido espeluznante. Espantado, se dio cuenta de que Ming se había colocado encima de él y de que le estaba pisoteando la espalda con los pies desnudos.

—¿Qué hace? —gritó, pero Ming no hizo ni caso y empezó a ejecutar una diabólica danza consistente en clavarle los dedos y las plantas de los pies en su sensible espalda en carne viva.

Ming le recorrió el cuerpo de arriba abajo, clavándole los talones con saña y retorciéndolos en los diferentes nudos con que se topaba hasta que Nate se mordió el labio para no gritar de dolor. De hecho, también se mordió la lengua mientras la ponía verde en su mente y se acordaba de toda su familia, rezaba pidiendo venganza y suplicando clemencia. Se juró que no iba a vencerlo, que no lograría doblegarlo. Sobreviviría a esa tortura con la cabeza bien alta y luego se reiría de ella por haber creído que podía destrozarlo.

A medida que los segundos se convertían en minutos, Nate se sumió en el estupor. Al final, ella se bajó de la camilla con agilidad, lo que hizo que la bata se agitara a su alrededor, y se inclinó sobre él. La deslumbrante sonrisa que le ofreció le recordó al Jóker antes de que Batman recibiera un golpe.

—Date la vuelta.

Nate negó con la cabeza, que apenas sostenía su cuello casi roto.

—No, no hay vuelta.

Ming soltó una carcajada y el brillo enloquecido de sus ojos oscuros le puso los pelos como escarpas.

—Tú nenaza. Yo arreglo. Yo hago delante ahora.

—No.

Ming hizo una mueca desdeñosa y soltó algo en chino.

—¡Vale! Pero como me hagas daño otra vez, ¡te quedas sin propina!

La mujer lo ayudó a colocarse boca arriba. Nate clavó la vista en el techo en cuanto su parte más sensible del cuerpo estuvo a la vista, preparado para la tortura, mientras rezaba para que todo acabase de una vez.

El tiempo pasó volando. Cuando Ming saltó sobre su estómago, Nate agradeció que no le tocase el pene, que seguramente no volvería a levantársele después de que esa mujer terminase con él. Se rindió al oírle decir que habría un asalto más por cada lado. Perdió el sentido en algún momento durante el segundo asalto.

Una vez que terminó con el cuerpo, Ming se trasladó a la cabecera de la camilla y se puso manos a la obra con su cara. Al menos no podía pisársela. Aun así, esos hábiles y fuertes dedos no dejaron un solo rasgo sin explorar hasta dejarle las mejillas y la mandíbula doloridas.

Estaba estrujado y agotado cuando por fin le permitió levantarse. Se sentía tan vulnerable, expuesto y débil como un gatito recién nacido. Se apoyó un poco en ella mientras Ming lo guiaba hasta la ducha y abría el grifo. El chorro de agua caliente le resultó maravilloso, suave y calmante, y Ming le dio un jabón de olor almizcleño que lo envolvió en burbujas. Después se tomó su tiempo para secarse con una mullida toalla. La mujer se acercó a él y lo cubrió con un albornoz, cuyo cinturón ató con fuerza. Acto seguido, lo

condujo a un banco. Nate hizo una mueca en cuanto vio que cogía un cepillo, pero ella se limitó a apartarle los largos mechones de pelo de la frente con pasadas suaves que le masajearon el cuero cabelludo. Se relajó bajo sus cuidados. La música lo envolvió y ninguno de los dos habló. Cuando por fin abrió los ojos, se la encontró delante de él. Ming sonrió, pero para entonces no le pareció una mueca tan malvada.

—Tú buen chico. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Ya no naranja. Tú sientas aquí y luego sales cuando listo. —Soltó el cepillo y se fue.

Antes de permitir que el cerebro se desconectase, aunque fuera un minuto, una idea sobrevoló su cabeza.

No había duda de que Ming había ganado.

Nate le dio un bocado a la hamburguesa y admitió que Mugs podría convertirse en su nuevo local preferido. El restaurante tenía un ambiente informal y cierto toque rústico gracias a los reservados de madera, un contraste notable en comparación con la enorme barra moderna. En la sala de billar adyacente había mesas, dianas para dardos y otros juegos. La carta de cervezas era impresionante para un pueblo tan pequeño en el que imperaban los productos orgánicos y el té chai con leche. Mojó una patata frita en el ketchup y se deleitó con el sabor salado.

Kennedy le había echado un ojo a su expresión después de pasar por las manos de Ming y declaró que necesitaba comida. La siguió de vuelta a Verily sin protestar y, después de una cerveza artesana bien fría y un poco de carne roja, por fin se disipó esa extraña sensación de estar flotando.

—¿Por qué has pedido una toallita desinfectante para la mesa? —le preguntó ella—. ¿No te fías de que las limpien como es debido?

Nate se concentró en la hamburguesa.

—Las camareras están muy ocupadas y no limpian con bayetas estériles. La comida se cae del plato y la recoges sin pensar, te la comes y así acabas con una intoxicación por E. coli.

—Eres un misóforo de manual, ¿verdad? ¿Hasta qué punto?

—No voy a imitar a Jack Nicholson en *Mejor... imposible* si es lo que te preocupa. Pero me gusta asegurarme de mantener la higiene debida en los cuartos de baño y en los restaurantes públicos. —Decidió cambiar de tema para no tener que hablar de otra de sus manías—. Esa mujer es horrible —dijo—. ¿Alguna vez os ha demandado un cliente por su culpa?

Kennedy lo miró con una sonrisa ufana.

—Le tienen demasiado miedo como para poner una demanda. Además, Ming es la mejor. Mírate. No hay ni rastro del naranja y la piel casi te brilla de lo sana que está. Seguro que ahora sientes los músculos como si fueran de goma.

—Pues no. —Agachó la cabeza para que no detectara la mentira en sus ojos—. Pero al menos ya parezco normal.

Comieron en silencio durante un rato, pero un estruendo en el exterior hizo que varios clientes levantaran la vista.

—Parece que hay tormenta.

—Sí, ya hace tiempo que no llueve.

Una gota de ketchup le cayó en los pantalones para hacer juego con la de mostaza que llevaba en la solapa. Nate se cabreó por su torpeza habitual y cogió un puñado de servilletas. Kennedy no dejaba de darle vueltas a la lechuga que tenía en el plato.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Mmm, se la veía molesta. Qué raro, porque parecía estar bien hasta que

llegó su hamburguesa. Como de costumbre, Nate abrió la boca y las palabras salieron sin pensar.

—¿Por qué te has pedido eso?

Ella puso los ojos en blanco.

—Porque es saludable.

—En realidad, una ingesta excesiva de fibra puede desestabilizar el sistema digestivo. ¿Quieres un poco de mi hamburguesa? —El deseo iluminó los ojos de Kennedy y él se removió en el asiento. Joder, esa mujer quitaba el hipo. Se preguntó qué pasaría si alguna vez lo miraba de esa forma. Sí, ya...—. Seguramente necesitas proteínas.

La vio agarrar el tenedor con fuerza. Luego bebió un sorbo de agua con limón.

—Tengo atún como fuente de proteínas.

Nate examinó el montón de lechuga y vio unos trocitos de pescado seco diseminados por el plato.

—Ah, ¿sin mayonesa?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Eres vegetariana? ¿Alérgica al gluten o algo así?

Kennedy se metió una hoja de lechuga en la boca y masticó. Nate sintió pena por ella. Su habitual vitalidad desaparecía en cuanto se acercaba a la comida. Como si su elección de alimentación sana le robase la alegría.

—No. Sigo una dieta muy estricta y equilibrada para asegurarme de que obtengo todos los nutrientes. Por favor, no me digas que siempre comes eso.

Nate se terminó la hamburguesa y acompañó el último bocado con un sorbo de cerveza.

—No. No me importa comer sano siempre que me permita algunos caprichos. Intento no probar la comida rápida, pero soy pésimo en la cocina, así que como fuera muchas veces. No necesitas hacer dieta.

Un sonido muy raro brotó de los labios de Kennedy.

—No estoy a dieta.

Almacenó esa escueta información en su conciencia. Sumando ese tipo de detalles podría resolver el enigma que representaba esa mujer.

—Me alegro. Tienes un cuerpo espectacular.

La oscuridad que se cernió sobre su cara pareció apagar su luz interior por un instante.

—Gracias.

Nate se dio cuenta de que no lo creía. Ni una sola palabra. Y había algo más gordo de fondo, algo enterrado tan profundo que se preguntó si alguien lo había descubierto alguna vez. Al igual que una fórmula física, Kennedy estaba suplicando una solución, y él ansiaba ser quien la encontrase. Era evidente que por eso se le daba tan mal relacionarse con la gente. No tenía tacto y tampoco seguía las reglas. Excavaba hasta dar con el tesoro, y a esas alturas la persona en cuestión ya estaba tan cabreada con él que se largaba. Sí. Era la bomba.

—¿Nunca te dejas llevar y te zampas algo que es malo para ti?

Los carnosos labios de Kennedy adoptaron un rictus contrariado mientras mascullaba:

—¿Por qué no nos olvidamos de las patatas fritas y nos centramos en ti? Ahora que vuelves a tener el color de piel adecuado, debemos practicar el arte de la conversación.

—No veo nada de malo en llegar al fondo de una persona. Así no se pierde tiempo. —El pelo húmedo le caía una y otra vez sobre la cara, de modo que sacó una gomilla del protector de bolsillo y se lo recogió.

—La confianza inicial se establece durante el primer contacto. Lo echarás todo a perder si hablas de sexo o de partes del cuerpo, o si juzgas a la otra

persona por su edad para tener hijos, el miedo al compromiso o la elección de trabajo.

Nate frunció el ceño.

—¿Y de qué puedo hablar entonces?

Kennedy sonrió. Se le había quedado un trocito de lechuga en un colmillo. Había borrado el pintalabios con la servilleta. Su cuerpo irradiaba oleadas de vibrante intensidad. Ese día llevaba una camisa negra de encaje, una minifalda roja y zapatos de tacón del mismo color. Se había quitado la chaqueta roja y Nate distinguió un brazalete por encima del codo, un aro dorado que le recordó a los que llevaban las esclavas. Reparó en el sujetador de encaje negro debajo de la camisa. Una vez leyó una historia en la que el héroe le chupaba los pezones a la heroína durante una hora hasta que ella se corría. Se preguntó si alguno de los amantes de Kennedy le habría prodigado esas atenciones. Quería saber si sería avariciosa, ruidosa, activa. Si fuera suya, se concentraría en borrar todas las palabras del diccionario de su mente para que solo pudiera gemir y susurrar su nombre.

Sintió tal tirantez en los pantalones que acabó dolorido. «Tranquilo, chico. No va a pasar en la vida.» Sería mejor que se convenciera de ese hecho. Y que dejara de leer esos dichosos libros.

—Hay miles de temas que sacar a colación —contestó ella—. Vamos a practicar ahora mismo. Finge que acabamos de conocernos y que hemos decidido cenar juntos. ¿Qué me dirías?

—Tienes lechuga entre los dientes.

Kennedy se puso blanca y luego se pasó la lengua por los dientes antes de tragar con fuerza.

—¿Ya?

Joder, era increíble.

—Sí, ya.

—Vale, a eso me refiero. Está claro que debes avisar a una mujer si le pasa algo de lo que podría avergonzarse, pero tienes que aprender a hacerlo con tacto. Llévate la servilleta a los labios. Sonríe un poco y date un golpecito con el dedo en los dientes.

Nate puso los ojos en blanco al oírla.

—Vale. Pero si ves que tengo algo entre los dientes o papel higiénico pegado en algún sitio, no pierdas el tiempo. Dímelo sin más.

—Tomo nota. ¿No te vas a comer las últimas patatas?

—No, para ti. —Nat deslizó el plato por la mesa—. Solo quedan tres. Desmelénate.

Kennedy se removió en el asiento como si estuviera a punto de tomar la decisión más importante de su vida. A continuación, cogió las tres patatas fritas y empezó a comérselas poco a poco. La sal parecía hacerla feliz. La envolvió un halo de satisfacción. Rendirse a sus deseos parecía complacerla. A Nate se le ocurrió un sinfín de maneras con las que le gustaría provocarle esa expresión, pero impidió que su mente las analizara... Al fin y al cabo, ella se había negado en redondo a salir con él. ¿Por qué esperaba obtener una respuesta diferente con respecto al sexo?

—Gracias —dijo Kennedy señalando las patatas—. Y ahora volvamos a los roles. Acabamos de sentarnos y hemos pedido. Vamos a hablar.

Kennedy chupó una patata frita como si quisiera extraer hasta el último gramo de sal de la patata muerta. Por desgracia, la distracción de esa lengua rosada, de ese diente torcido y de esos largos dedos creó una imagen totalmente distinta en el cerebro de Nate. ¿Qué le pasaba? Tenía que echar un polvo, y rapidito, o acabaría humillándose delante de ella.

—Mmm, ¿vives por aquí?

—En Manhattan. ¿Y tú?

—En Westchester. Mmm, ¿tienes alguna afición?

Kennedy chupó con más fuerza.

—Sí, voy al gimnasio tres veces por semana. ¿Y tú?

—Me gusta el golf.

—Ah, nunca he jugado al golf.

Nate se enderezó en el asiento.

—Es una combinación perfecta de habilidad y desafío. El swing es la clave para dominar el juego, pero se puede adaptar y cambiar para que encaje con cada jugador. De hecho, Tiger Woods se pasó un año entero modificando su swing para convertirse en otro tipo de jugador. ¡Imagínate el subidón cuando ves la pelota surcar el aire y aterrizar justo donde tú querías en el green! Emocionante, ¿verdad?

Ella se terminó las patatas y jugueteó con la pajita que tenía en el vaso.

—No mucho.

Nate la fulminó con la mirada.

—No me gusta esta conversación. Admitamos sin más que una relación a largo plazo no es viable entre nosotros.

—¡Ahí lo tienes! —Kennedy se levantó de un salto y lo acusó con un dedo—. Aquí es donde se va todo al garete. ¡Nate Dunkle, eres un conversador egoísta!

Él se subió las gafas por la nariz.

—¿Cómo? He hecho preguntas. ¡Ella no tenía el menor interés en mi persona! Se ha aburrido con mi explicación del golf.

—Igual que yo. Eso no implica que no podamos ser la pareja perfecta. Es que no quieres dedicar el tiempo necesario para ir más allá de lo superficial. Tenemos que conseguir que te desentiendas de tu ego y que te centres en ella.

La rabia se apoderó de él.

—Haces que parezca un capullo. Sí que me esfuerzo. ¡Saqué la máxima puntuación en los tests de *Cosmopolitan*!

Kennedy resopló.

—Esos tests son falsos y no proporcionan información útil. Si una mujer no te da la razón durante los primeros cinco minutos, la descartas para una relación formal. No le gusta el golf. Qué tontería. ¿Qué tal si le preguntas qué le gusta y por qué? ¿No disfrutas en tu trabajo cuando tienes que averiguar las cosas? Con las personas es igual. Son rompecabezas, están hechas de varias piezas que hay que analizar y comprender. Descartas a las mujeres con demasiada facilidad si no encajan en la imagen que te has formado de una esposa, y al final te arrepentirás.

Captó la expresión fugaz que pasó por los ojos de Kennedy. ¿Un recuerdo? ¿Hablabas de sí misma?

—Vale. Volvamos al principio. Pero ahora quiero que seas tú misma. No finjas ser otra persona.

—No me parece...

—A mí sí. —La observó un rato. Se fijó en la frente ancha y en el pelo castaño con reflejos de color caramelo que caía hasta más abajo de los hombros. Su cara era una mezcla de ángulos interesantes que lo tenía fascinado. Tenía las pupilas dilatadas, como si su escrutinio se asemejara a una caricia física, y el color de sus ojos adquirió un tono más oscuro, como el del whisky envejecido—. ¿Por qué decidiste convertirte en una casamentera?

Esperó en silencio a que contestara. Al final, ella se rindió y bebió otro sorbo de agua.

—Kate y Arilyn eran mis mejores amigas en la universidad. Después de licenciarnos, nos fuimos cada una por su lado, pero una noche nos emborrachamos y se nos ocurrió la idea de montar nuestra propia agencia de citas. Kate es la directora general, Arilyn se encarga del tema informático y del asesoramiento, y yo me ocupé de reclutar a los candidatos y de los eventos sociales.

—Casi todas las ideas que se tienen durante una borrachera se olvidan al día siguiente.

El recuerdo le provocó una sonrisa.

—No en nuestro caso. Pasamos la resaca como pudimos y empezamos a investigar enseguida.

—Qué listas. Cuesta mucho montar un pequeño negocio en los tiempos que corren. ¿Tenéis éxito?

—Sí. Nuestra ratio de matrimonios aumenta cada día y por fin estamos obteniendo beneficios.

Nate sonrió al captar el orgullo que destilaba su voz. Tenía agallas. No mucha gente era capaz de lanzarse de cabeza a la piscina, por no hablar de nadar sin ahogarse.

—¿Por qué en Verily?

—No queríamos competir con las grandes agencias de Manhattan. Verily es lo bastante pintoresco para ser un pueblo pequeño, pero también es cosmopolita. Además, nos centramos en una horquilla demográfica concreta. Solo entre los veinticinco y los cuarenta años.

—Interesante. ¿No limitáis así la cantidad de clientes?

—No, fue una jugada arriesgada, pero queríamos asegurarnos una cuota de mercado específica. Estudiamos las posibilidades y nos hemos hecho famosas por nuestra clientela exclusiva.

—¿Solo millonarios?

Kennedy puso los ojos en blanco.

—¿Tú también? ¿Es que todo el mundo ha visto ese programa? No, mientras estés contento con tu trabajo y tengas un objetivo en mente, eres apto. El dinero no es el objetivo, pero el amor, sí.

Le encantaba ese brillo que aparecía en sus ojos cuando hablaba de Kinnections. Adoraba la seguridad en las mujeres. Kennedy hacía algo más

que amar su trabajo, buscaba un objetivo superior. Se creía capaz de hacer del mundo un lugar mejor. Tal vez fuera un tópico, pero a él lo ponía a cien.

—¿Alguna vez has tenido a un cliente como yo? ¿Has trabajado con él de forma tan directa?

—No, eres el primero.

Kennedy lo miró fijamente y algo crepitó en el ambiente. Vio que la mano que sujetaba el vaso le temblaba, pero controló la reacción.

La rabia que sintió Nate al escuchar su respuesta lo pilló desprevenido. Estaba sentado enfrente de una mujer preciosa que también era inteligente y divertida, y que estaba fuera de su alcance. Las palabras salieron en tropel de sus labios.

—¿Por qué? ¿Porque te doy pena?

Kennedy se encogió un poco cuando el deje acusatorio, que él apenas se había molestado en ocultar, le golpeó los oídos. Observó a Nate con detenimiento, esos ojos castaños brillantes por la furia, ocultos tras esas ridículas gafas. Una mancha de mostaza bien visible en la solapa. El protector de bolsillo con sus dos lápices perfectamente afilados, un minúsculo cuaderno de notas y una calculadora, parecía sacado de una película que combinase *The Big Bang Theory* y *La revancha de los novatos*. Estaba totalmente inmóvil mientras esperaba que le contestase.

Una extraña mezcla de emociones cobró vida en el estómago de Kennedy. Qué raro. Su forma de mirarla, con esa expresión tan intensa, la instaba a decirle la verdad. Podría soltarle un montón de frases hechas de su arsenal y no dejar que se le acercara. Pero algo había cambiado y, además, esa pregunta se merecía una respuesta sincera. Se esforzó por mantener el tono superficial.

—No, claro que no.

—Y un cuerno. —Nate se inclinó hacia delante, y esa muestra de mal genio masculino le confirió un aire que no le había visto antes—. ¿Soy un

proyecto personal para que no te aburras, Kennedy? ¿Una transformación especial al estilo de la Bella y la Bestia? ¿Debería darte las gracias por haberme escogido, cerrar la boca y seguir a ciegas el programa?

—¡No! —Semejante acusación hizo que le hirviera la sangre y le costó la vida misma mantenerse en el asiento—. No me entra en la cabeza que pienses tan mal de todo el proceso.

—No soy un proceso.

—¡Lo sé!

—Ya vale de respuestas estándar. Ahora dime la verdad. ¿Por qué yo?

—¡Porque necesitaba alguien en quien creer!

Nate abrió la boca y sus ojos refulgieron, y de repente Kennedy se sintió aprisionada, como si él la hubiera envuelto con su energía y la estuviera estrechando con fuerza. Intentó apartar la mirada para alejarse de esa intensidad, pero él no se lo permitió, porque enseguida extendió la mano por encima de la mesa y entrelazó sus dedos.

—Gracias por decírmelo.

El pulgar de Nate le acariciaba la palma de la mano. Se le aceleró el pulso, pero sentía el cuerpo adormilado. Sacudió la cabeza mientras intentaba asimilar su reacción, pero en ese momento llegó la camarera para dejar la cuenta en la mesa y, menos mal, Nate le soltó la mano.

—Tengo que irme —dijo ella.

—Sí, yo también. Te acompaño fuera. —Nate dejó unos billetes en la mesa y silenció sus protestas antes de que ella pudiera abrir la boca.

Kennedy dejó que él pagara de nuevo antes de salir por la puerta lateral, que estaba más cerca del aparcamiento.

Llovía a cántaros y el cielo ennegrecido se iluminaba con cada relámpago que lo atravesaba. Kennedy se miró los zapatos de tacón y contuvo un

gemido. Genial. Adiós a sus zapatos de marca. Cuando llegara al coche, estarían llenos de barro.

Nate estaba junto a ella al borde de la acera cubierta por el toldo.

—Será mejor que esperemos hasta que escampe —le gritó él para hacerse oír por encima de la tormenta—. Te vas a empapar y no tenemos paraguas.

El agua del canalón rebosó y le cayó a Kennedy en la cara. Soltó un grito y retrocedió de un salto, pero para entonces Nate la había aproximado más a la puerta y bloqueaba lo peor de la tormenta con el cuerpo. Kennedy sentía la pared de ladrillo contra la espalda. La lluvia golpeaba el toldo y se estremeció por la humedad y el frío. Nate se apresuró a quitarse la bata de laboratorio y a rodearla con ella, y luego ató las mangas por delante y se pegó a su torso. Su maravilloso calor corporal la envolvió y ella se amoldó a su cuerpo.

—¿Mejor así?

—Sí, gracias.

—No veo un pimiento. Dichosas gafas. —Se las quitó y las metió en el protector de bolsillo—. Seguro que escampa enseguida. Nunca llueve con tanta fuerza durante mucho rato.

—Supongo.

Ese día Nate no olía a pino ni a océano. En cambio, su olor masculino natural le inundó las fosas nasales y le nubló los sentidos. Jabón, lluvia y un toque especiado. ¿A clavos de olor? Levantó la cara para alabar su gusto al cambiar de colonia, pero se quedó helada.

Nate no tenía los ojos castaños como había creído en un principio, sino de un verde musgo oscuro, con motitas doradas. Con el pelo echado hacia atrás, se percibían mejor las marcadas facciones de su cara, fusionadas con una simetría maravillosa que había pasado por alto. Tenía los labios perfectos, el superior un poco más delgado y bien definido, mientras que el inferior era carnoso. Su boca parecía dulce. Se preguntó qué sabor tendrían.

—¿Ken?

Su nombre brotó de esos labios con un gruñido ronco. Kennedy parpadeó e intentó recuperar el equilibrio, sorprendida por el hecho de que la hubiera llamado con un diminutivo tan íntimo, pero sin saber muy bien si eso la molestaba.

—¿Qué?

—¿Qué pasa con nosotros?

Alerta cerebral. Intentó romper ese extraño hechizo, pero Nate le tomó la cara entre las manos mientras un trueno hacía que el suelo retumbara y, de alguna manera, sintió su cuerpo pegado al suyo. Su intensa y silenciosa presencia la envolvía, exigiéndole una respuesta. En ese preciso momento, su cuerpo cobró vida y le suplicó más. Sintió que se humedecía y se le endurecieron los pezones. Su empollón científico aeronáutico la había puesto cachonda en cuestión de segundos.

—No hay un nosotros. Soy tu celestina.

La lógica respuesta cayó en saco roto. Esos pulgares la acariciaron por debajo de la barbilla y empezaron a seguir el contorno de sus labios. La expresión intensa y fascinada de su cara la excitaba. ¿Alguna vez la había mirado un hombre con tanta... ansia? Como si quisiera devorarla durante horas. Se estremeció.

—Eliza y el profesor Higgins acabaron juntos al final de la película.

¿De qué hablaba? El corazón le latía tan deprisa que podía oír sus latidos por encima del estruendo de la tormenta. Ah, de *My Fair Lady*.

—¿La has visto?

Nate esbozó una sonrisilla.

—Claro. He visto un montón de musicales y de películas de las llamadas románticas para estudiar la psique femenina y descubrir qué os parece romántico.

Por Dios, sería incapaz de entenderle por más que lo intentase. Se humedeció los labios secos con la lengua y observó el brillo que aparecía en los ojos de Nate. Uf.

—No se compenetraban en absoluto. Él no la respetaba lo suficiente.

—Sí que lo hacía. En cuanto ella le propuso que fueran pareja, él no tuvo que hacer nada. La quería desde el principio, pero no se había dado cuenta.

Vaya, estaba en un aprieto. Se aferró a la cordura, pero el pulgar de Nate le acarició los labios húmedos y se coló un poquito en su boca para rozarle la punta de la lengua. Aquel gesto era tan sensual que se le olvidó la réplica mordaz que tenía preparada. Kennedy era una experta coqueteando, había salido con un montón de hombres distintos y se conocía como una campeona todas las argucias para esquivar un beso o una caricia. Sin embargo, allí estaba, en la puerta de Mugs como una virgen desvalida, a la espera de que él hiciera algo que ella no quería.

—¿Ken?

—¿Mmm?

—Quiero besarte.

—No me parece una buena idea.

—Cierto. —Él agachó la cabeza hasta que sintió su aliento en los labios—. Me da igual.

Su beso derribó todas las barreras sin violencia, presiones ni pasión desbordada. Nate se limitó a apoderarse de su boca sin preguntar. Sus enormes manos le rodearon la cara y le metió la lengua en la boca, como si ese fuera su sitio natural. Esos labios suaves se pegaron a los suyos y bebieron de su esencia, saborearon los envites de su lengua y exploraron cada rincón oculto prodigándole placer. Kennedy gimió bajo ese asalto sensual y pidió más. Nate le enterró los dedos en el pelo y la instó a echar la cabeza hacia atrás al tiempo que bebía, saboreaba, exigía y entregaba. A Kennedy

empezó a darle vueltas la cabeza y se le aflojaron las rodillas, y en ese momento cayó rendida a sus pies.

Nate se apartó despacio, pero antes de alejarse totalmente, le mordisqueó el labio inferior.

Kennedy se aferró a sus brazos. ¡Por Dios!

¡Por Dios!

La mayoría de los hombres se habría aprovechado del momento y habría sacado tajada de su momentánea debilidad. Nate esperó con paciencia a que ella recuperase el equilibrio. La observó con detenimiento, como si estuviera memorizando su cara, y ella volvió a tener la sensación de que estaba envuelta en un capullo de seguridad y de calidez.

—¿Estás bien?

—Ajá. Ha sido un error.

—De los errores se aprende mucho. ¿Lo repetimos?

La pregunta de Nate le arrancó una carcajada. La mente se le despejó por completo y la lluvia se convirtió en una llovizna. Se esforzó por recuperar la compostura. Controló el impulso de agachar la cabeza y, en cambio, enfrentó la mirada ardiente de Nate.

—No, no salgo con clientes.

—Dejaré Kinnections.

—De eso nada. No te convengo, Nate. No me va lo de «felices para siempre». Ahora mismo no estoy interesada en casarme, ni en la seguridad o los hijos. Solo me interesa el... presente.

—Me gusta el presente.

Una sonrisa auténtica apareció en los labios de ella. Hacía muchísimo tiempo que un hombre no le caía bien. Se le había olvidado lo maravillosa que era esa sensación.

—No. A veces las líneas se difuminan en el ámbito de las citas, pero no

permitiré que vuelva a pasar. Hemos sucumbido a un impulso, pero se acabó. Y voy a encontrarte una esposa. Alguien a quien puedas querer toda la vida. Alguien perfecto.

Nate parecía estar analizando sus palabras, diseccionándolas para estudiarlas antes de volver a componerlas y descubrir el rompecabezas al completo. Al final, él retrocedió un paso y asintió con la cabeza.

—No te presionaré. Respeto tu decisión. Pero tampoco voy a disculparme.

—Bien, porque no quiero que lo hagas. —El deseo resurgió entre ellos, pero ya estaba preparada para ignorarlo—. Ha dejado de llover. Será mejor que me vaya. No te olvides de que tenemos una cita mañana por la tarde en la peluquería. A las seis en punto. Te he mandado la dirección por correo electrónico.

—Vale. Buenas noches.

Nate le había dado la libertad y ella la había aprovechado. Cuando llegó al coche y arrancó el motor, miró hacia atrás, pero Nate ya se había ido. Recorrió el corto trayecto hasta su hogar y por fin entró en el moderno apartamento. El silencio calmó sus nervios destrozados y fue de una habitación a otra encendiendo las luces, de modo que no quedara ni una sombra. Se quitó los zapatos de tacón y hundió los dedos en la mullida moqueta. A pesar de que los suelos con tarima flotante eran la última moda, ella no tenía mascotas ni niños, así que podía disfrutar de la acolchada sensación de la moqueta bajo los pies descalzos. El color vainilla oscuro combinaba con el de las paredes y contrastaba con el blanco níveo de los muebles. Siempre había preferido los ambientes limpios y despejados, y el cristal moderno y las mesas de madera de cerezo equilibraban las coloridas acuarelas que tanto le gustaban.

Cogió un vaso y lo llenó de agua fría con el dispensador del frigorífico de acero inoxidable. Le gustaba cocinar cuando tenía tiempo, y las atrevidas

encimeras de granito en color azul acero, con los armarios a medida y el antiguo botellero, reflejaban esa imagen de la mujer que siempre había querido ser. Hermosa. Inteligente. Al mando.

Bebió un sorbo de agua y pensó en Nate. Un error garrafal. Tal vez hubiera sido el mejor beso de su vida, pero había cruzado unos límites inquebrantables. ¿Lo más gracioso? Había salido con un montón de hombres, se había acostado con bastantes y nunca había tenido la sensación de que alguno la estuviera mirando de verdad. La forma en que Nate lo hacía, con tanta intensidad, le dejó claras sus intenciones. Su beso no le había permitido contenerse en ningún aspecto, fue como una fuerza imparable que exigía una rendición absoluta. La había devorado con la mirada. El verdadero peligro con Nate era que veía más allá de su brillante superficie hasta llegar a la verdad.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Menuda tontería. No había visto nada que ella no hubiera querido mostrarle. Al fin y al cabo, toda su vida se centraba en convertirse en la persona que siempre había querido ser. Como si la guiara una fuerza irresistible, clavó los ojos en el espejo de cuerpo entero con un antiguo marco plateado para enfrentarse a su mirada. Lo había comprado como decoración, pero era su némesis. Un recordatorio. Una advertencia.

Y en ese momento...

—Hola, gorda... —El sibilino susurro le revolvió el estómago y le heló la sangre en las venas. Echó un vistazo al pasillo desierto, pero no había nadie. Intentó retroceder unos pasos, pero la voz tomó tintes más desagradables y amenazadores—. Como te vayas, te encontraré. Y entonces será mucho peor.

Se juró que no lloraría ni demostraría miedo. Con el corazón acelerado, subió la escalera.

Él olía fatal, a tabaco y alcohol. Era un estudiante mayor al que expulsaban

a menudo, pero siempre conseguía encontrarla.

—Tengo que ir a secretaría. Me están esperando.

Le temblaba la voz, y él sonrió.

—Ven. No vamos a tardar mucho. Anda, ¿te has arreglado para mí? ¿O quieres enseñar esas enormes tetas para pescar un novio?

Se le formó un nudo en la garganta a causa de las lágrimas. Apretó con dedos torpes la blusa nueva que se había comprado después de mucho ahorrar. Siempre le había gustado la ropa y se pasaba horas mirando las revistas de moda, seleccionando sus modelos favoritos. Cuando vio la blusa en el centro comercial, se imaginó qué aspecto tendría con una prenda tan femenina. Era negra y con encaje, larga por delante para ocultarle la barriga, y creía que con ella estaba sexy. En ese momento, vio cómo él le miraba los pechos y odió la blusa. Le tembló el labio inferior.

—Déjame en paz.

—Enséñame las tetas y lo haré.

El espanto la embargó. Se dio media vuelta para echar a correr, pero él la agarró de la muñeca y se la retorció con fuerza. Sintió su fétido aliento en la cara.

—Estoy intentando ayudarte, gorda. No puedes echarte novio si eres gorda y fea. Pero a los tíos nos gustan las tetas y el culo. Cuanto más las enseñes, más nos gustarás.

Con la mano libre, él empezó a tirarle del escote para bajarle el elástico. La humillación se apoderó de ella. Sus dedos parecían serpientes frías y grasientas en la piel. Se tragó las lágrimas y lo apartó de un empujón.

—¡No me toques!

Él le agarró un pecho con tanta fuerza que le arrancó un sollozo, pero consiguió apartarse de él y retroceder trastabillando. La carcajada que soltó

resonó en sus oídos mientras se inclinaba para taparse el pecho y echar a correr hacia el aseo de las chicas.

—Nos vemos luego, gorda. Te estaré esperando...

Kennedy se estremeció al salir de sus recuerdos y se llevó una mano a la cara mientras se recordaba a sí misma que aquello pertenecía al pasado. Ese chico la había torturado un año entero, y hasta había llegado al punto de vomitar todas las mañanas cuando imaginaba qué intentaría hacerle aquel día. Los insultos y las agresiones eran una tontería al lado del silencio letal de esa escalera, ya fuera después de clase, en los cambios o durante el almuerzo. Después, él empezó a esperarla a la salida de clase y ya no quedó un solo lugar seguro. Nadie la ayudó jamás.

La obligó, una y otra vez, a humillarse delante de él con amenazas de que la cosa empeoraría si no hacía exactamente lo que él quería. De modo que lo hizo. Pero dio igual.

Las cosas empeoraron de todas formas.

¿Cuánto tiempo tardó en darse cuenta de que había empezado a perder peso porque ya no comía? La comida siempre había funcionado como fuente de consuelo, pero se había convertido en su enemigo, en el arma que usaban contra ella. Nunca intentó perder peso adrede. La comida se fue convirtiendo poco a poco en algo que conllevaría más abusos y torturas, de modo que fue fácil dejar de comer.

Abrazó la sensación de vacío de su estómago hasta que fue lo único que le resultó agradable. Tal vez si se volvía invisible, si se convertía en una sombra de lo que era, por fin estaría a salvo de ese chico y de su pandilla.

Su madre había celebrado que perdiera veinte kilos, a pesar de que a ella le resultó muy doloroso el hecho de que presumiera de hija en las galas benéficas, delante de sus amigos, cuando antes fingía que ni siquiera existía. Cada vez que su padre la animaba a comer, su madre chasqueaba la lengua y

le hacía un gesto para que la dejara tranquila. Su madre incluso la incitó a seguir un estricto ayuno y le aseguró que todas las mujeres lo hacían porque el cuerpo femenino era su arma más poderosa. No el cerebro.

Bajó la mano. Le dio la espalda a su reflejo y espantó esos recuerdos. Detestaba pensar en todo eso, aunque su psicóloga siempre le recordaba que las cicatrices eran una muestra de las batallas que se habían librado y ganado. Aunque fueran heridas que no se podían ver en la piel. De repente, el silencio le pareció ensordecedor y lleno de susurros. Cogió el mando a distancia, encendió el televisor y subió el volumen. Se acabó. Había trabajado muy duro para encontrar un equilibrio saludable y poder disfrutar del cuerpo del que tan orgullosa se sentía. Había tardado años en librarse de los fantasmas y poder ver su reflejo como era en realidad y no como la imagen distorsionada de una adolescente gorda. Sin embargo, los espejos seguían riéndose de ella, seguían burlándose en su cara, gritándole cosas. Nunca sabía cuándo la mujer del espejo aparecería distorsionada. Gorda. Sola.

Las voces estridentes del programa de entrevistas la calmaron. Apuró el vaso de agua y se puso su pijama preferido, de algodón, de color rosa fuerte. Apoyó la cabeza en uno de los mullidos cojines, cerró los ojos y se durmió con las luces encendidas y el televisor a todo volumen.

Lo último que le pasó por la cabeza fue la cara de Nate mientras se inclinaba para besarla.

Nate entró en el salón y echó un vistazo al panorama. Botellines de cerveza en las mesas. Una peli porno en la tele. Una bolsa de patatas y otra de aros con sabor a cebolla abiertas en el sofá, rodeadas de un montón de migajas. Y su hermano tirado en ese mismo sofá, con los pies en alto y una mano metida en los calzoncillos, acariciándose el paquete.

—Hola, colega. ¿Qué tal?

Nate saludó a Connor con un gesto de cabeza y empezó a recoger. Cerró las bolsas y las aseguró con una pinza. Recogió las botellas vacías y las echó al cubo del plástico para reciclar.

—Bien. ¿Has sacado la basura para que la recojan mañana?

—Qué va, se me ha olvidado. ¿Por qué vienes tan tarde? ¿Has mojado? —
Movió las cejas como si fuera Groucho Marx.

Por regla general, Nate se echaría a reír. Esa noche, estaba un tanto irritado.

—He quedado con mi asesora sentimental. Me he registrado en Kinnections, ¿no te acuerdas?

—¿Está buena?

«Sí», pensó, aunque se encogió de hombros.

—Pues no. Escucha, esta semana voy a llegar tarde todas las noches.

¿Puedes sacar la basura por la mañana y hacer la compra? Estamos bajo mínimos.

—Claro, tío, claro.

En la pantalla, una rubia tetona gimió y movió las caderas. A Nate se le revolvió el estómago. ¿Por qué tenía la impresión de que, según pasaban los años, la actitud de su hermano empeoraba? En el instituto no le parecía mal. Durante los años de la universidad tampoco le molestaba. Pero a esas alturas, con treinta y seis años, era un poco... triste.

—¿Quieres ver la película conmigo?

—No, gracias. Estoy cansado.

Su hermano sacó la mano de debajo de los calzoncillos y se levantó del sofá. Siempre bromeaban diciendo que Connor se había llevado los genes buenos del físico, y que a Nate le habían tocado los del cerebro. Nate superaba el metro ochenta, pero su hermano era más alto que él y lucía un cuerpo musculoso. Tenía el pelo castaño claro, lo llevaba largo y había animado a Nate a hacer lo mismo, porque afirmaba que a las mujeres les encantaba. Su vista era perfecta y había tenido la suerte de heredar los enormes ojos verdosos de su madre y sus largas pestañas. Cabrón. Había dejado la universidad para trabajar en la construcción y se ganaba bien la vida, salvo durante los meses de invierno, cuando se producía el parón.

—Pareces distinto. Ah, ya no estás naranja.

—Sí, me han hecho una exfoliación corporal para quitármelo.

—Qué moñas, tío. Hay que ser más macho.

—Era un spa muy masculino. —Se concentró para programar la cafetera de manera que el café estuviera listo a las 5.45 y evitó la mirada de su hermano. Connor siempre lo pillaba cuando mentía.

—Oye, Ned, ¿puedes prestarme dinero para el resto de la semana? Los chicos quieren quedar mañana para tomar unas cervezas y estoy sin blanca.

Frunció el ceño.

—Te presté dinero la semana pasada.

Connor agitó la otra mano en el aire.

—Ya, ya, te lo devolveré pronto. He pillado otra obra, así que haré horas extra. También he decidido solicitar el puesto de supervisor. Soy el que tiene más antigüedad. ¿Qué te parece?

Nate dejó de medir la cantidad perfecta de café y lo miró.

—Que vayas a por todas. La gestión se te da bien.

Su hermano sonrió de oreja a oreja y Nate sintió la culpa que siempre lo invadía cuando pensaba en los sacrificios que Connor había hecho por él. La universidad resultaba cara, aun con la ayuda de las becas, y después de que sus padres los dejaran prácticamente huérfanos, Connor se buscó tres trabajos para que él pudiera estudiar.

—Sí, eso creo yo. Las entrevistas empiezan la semana próxima. Pero la despedida de soltero de Stan me ha dejado tieso. Qué pena que no pudieras venir. Las *estríperes* estaban buenísimas.

—Siento habérmela perdido.

—Supongo que enviar a la gente a Marte es más importante, ¿no? — Sonrió, se llevó una cerveza a los labios y la apuró de un trago—. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Claro. —Nate cogió la cartera, sacó unos cuantos billetes y los dejó en la mesa—. Oye, me he cambiado el nombre a Nate. Ya no soy Ned.

Connor soltó una carcajada.

—¿A qué viene eso? Todo el mundo te llama Ned.

—Digamos que he pasado página. Estoy introduciendo ciertos cambios para encontrar esposa.

—Mieeerda, colega, sigo sin entender por qué estás tan empeñado en el

matrimonio. Después de unos cuantos polvos, se te pasa. ¿Por qué no me haces caso?

¿Su hermano se había vuelto más vulgar o solo era cosa del cansancio?

—Tú llámame Nate, ¿vale?

—Claro, como quieras. Pero ten cuidado con este asunto de la agencia matrimonial.

—Lo tengo controlado. Me voy a acostar.

—Buenas noches.

Nate salió de la cocina. Cuando su hermano le pidió que fuera su compañero de piso, pensó que sería genial. Disfrutaba mucho de la compañía de Connor y tenía la impresión de que estaba en deuda con él. Su hermano era, simple y llanamente, su héroe. Cualquier otro adolescente en la edad del pavo habría pasado de su hermano y se habría preocupado de sí mismo. Pero Connor fue quien lo llevó a las clases extraescolares de ciencia y de matemáticas. Lo protegía de los chulos del colegio que querían pegarle. Se sentaba a su lado en la cama por las noches mientras él lloraba porque el dolor que sentía por el abandono de su madre era insoportable y el silencio de su padre le había arrancado el corazón.

Pero ya habían crecido y no le disgustaría tener una vida propia. Una esposa. Niños. Un perro. Quería a su hermano, pero a esas alturas estaba preparado para que se mudara. Aunque la promesa inicial fue la de quedarse unos cuantos meses, ya había pasado un año y no hacía el menor intento por buscarse un apartamento. El refugio de Nate se había convertido en un piso de solteros donde él era el criado, el cocinero y el consejero de Connor y de sus compañeros de trabajo. Debía mantener una conversación con él pronto. Si quería encontrar esposa, no podía llevarla a semejante antro. Había llegado la hora de que su hermano mayor buscara piso y se mudara. El cambio sería bueno para los dos.

Nate llegó a su dormitorio arrastrando los pies, se quitó la ropa y se preparó para acostarse. Cuando por fin estuvo entre las limpiísimas sábanas blancas, pensó en Kennedy. Pensó en ese beso tan dulce y demoledor que jamás olvidaría. Era una mujer que sabía a sal, especias y pecado. En la vida había deseado tanto a una mujer como a ella, tanto que podría vender a los chinos la patente que estaba investigando con tal de tener la oportunidad de besarla otra vez.

Clavó la mirada en el techo. Lo mejor de todo era que ella también había participado. De alguna manera, había logrado que respondiera y durante ese momento había sido suya. Pero había llegado la hora de apartarse del abismo antes de que el plan se fuera al traste. Buscaba una mujer con la que mantener una relación a largo plazo y carecía de la habilidad para escalar unas defensas protegidas con el mejor sistema de seguridad y erigidas para mantener alejados a hombres, incluso a los mucho más experimentados que él. Si se mostrara receptiva, moriría tratando de conquistarla. Pero no era el caso. Y a él podían acusarlo de cualquier cosa menos de ser tonto.

Porque tendría que ser tonto, pero muy tonto, para pensar que Kennedy Ashe podría desearlo para siempre. Era demasiado guapa. Demasiado perfecta. Y esa era una combinación letal, lo sabía.

Tardó un buen rato en dormirse.

—Ni hablar.

Kennedy intercambió una mirada con el estilista. El hombre enarcó una ceja e hizo una mueca. Benny tenía un ego enorme, aunque bien merecido, y la idea de que Nate se negara a seguir sus indicaciones suponía un insulto tremendo. Era un tipo alto y delgado, con el pelo oscuro perfectamente cortado y con algunos reflejos rojos para darle más vida, y con un diamante

en la oreja izquierda. Siempre vestía de negro y se hacía la manicura. Tenía la nariz larga y un tanto aguileña, un rasgo que le facilitaba la labor de mirar a cualquiera con desdén cuando la situación lo requería. Como sucedía en ese momento.

Kennedy apoyó las manos en los hombros de Nate, que estaban cubiertos por la capa de plástico, y enfrentó su mirada en el espejo.

—¿Cuál es el verdadero problema?

—¿Estás de broma? ¿Quieres hacerme mechas? ¿Que me haga la cera en la cara? Deja que te lo repita. Ni hablar. Me voy a casa.

Benny levantó las manos, rendido. Hablaba inglés con un acento británico forzado, porque Kennedy sabía que era del Bronx.

—No puedo trabajar en semejantes condiciones. Soy un artista. Acepto a tus clientes para hacerte el favor, pero no voy a tolerar insultos.

—Mira, tío, leo la revista *Glamour* y sé que hay que retocar las mechas cada dos semanas. No pienso ir a la peluquería con esa frecuencia, así que ya puedes pensar en otra cosa.

Benny resopló. Y después dijo a regañadientes:

—Tiene razón. Me niego a hacerle mechas a alguien que no va a cuidarlas. Nate se enderezó en el sillón e hizo ademán de levantarse.

—Eso es. ¿Quién es el experto ahora? Me largo.

Benny torció el gesto y lo miró con desdén.

—Nate, por favor, escúchame. —Kennedy le puso una mano en un brazo para detenerlo, un gesto que captó su atención al instante—. Benny va a pulir tu apariencia para aumentar tu confianza natural. No tienes oportunidades con mujeres interesantes porque no te has tomado la molestia de ofrecerles una buena primera impresión. Te prometo que no será un cambio drástico.

—Quieres cortarme el pelo.

—Imagina que es la época de muda y ya está —se burló el estilista.

—¡Benny!

El aludido se quitó una cutícula, harto ya del episodio. Nate lo fulminó con la mirada y cruzó los brazos por delante del pecho. Kennedy suspiró para sus adentros. Mierda. Lidar con la apariencia de un hombre siempre era un tema delicado, sobre todo cuando se trataba de uno que requería tanto trabajo. Sentía en su interior el hormigueo provocado por el deseo de dejar al descubierto lo que sabía que escondía: esa extraña atracción que despertaba un friki inteligente y que podía picar la curiosidad de las mujeres hasta ayudarlo a encontrar el amor.

La ceja única se arqueó.

—¿Y cómo es posible que la confianza no sea mutua? ¿Por qué no me crees cuando te digo que estoy bien tal como estoy? Me niego a convertirme en Ken, el novio de Barbie.

Kennedy se mordió el labio inferior para contener la risa. Benny puso los ojos en blanco.

—Como si pudieras —replicó el estilista por lo bajini.

Nate volvió la cabeza al instante.

—Te he oído.

—Vale, muy bien. Si haces esto por mí, yo haré algo por ti.

Benny parecía interesado.

—No sé yo..., cariño.

Kennedy puso los ojos en blanco.

—Tranquilo, Benny. No voy a acostarme con él. Y tú, Nate, podrás elegir algo aunque se salte mis normas. Es cierto que no acostumbro a exigirles a mis clientes algo que yo no estaría dispuesta a hacer. Qué se te ocurre, dime.

Nate fingió desinterés.

—Ya eres guapa.

Sintió una punzada de vanidad y orgullo femeninos.

—Gracias. A ver, esta es una oportunidad que no se va a repetir. Elige algo y lo haré. La oferta caduca dentro de un minuto.

—Déjame enseñarte a jugar al golf.

Kennedy dio un respingo. Menudo espanto. No entraba en sus planes que la arrastraran hasta una inmensa extensión de césped para darle a una pelota y andar cuatro kilómetros para golpearla de nuevo. Además, la ropa que llevaban los golfistas era horrorosa. Esos polos tan feos y los pantalones de cuadros tobilleros. Una vez vio a un jugador de golf en la tele con unos pantalones naranja fosforito, y él tan tranquilo. Una pesadilla. Por no mencionar el interminable rollo que iba a soltarle sobre hándicaps y golpes.

—¿Qué te parece si de momento guardamos el favor? Piénsalo con tranquilidad y ya me dirás algo que de verdad te apetezca. ¿Vale? —Puso su mejor puchero y entrecerró los ojos. Solo un hombre le había dicho que no después de enfrentarse a semejante expresión. Sabía que llevaba las de ganar.

Nate la miró con gesto obstinado.

—No. Golf. Y no solo una vez. Necesito unas cuantas sesiones para enseñarte como es debido.

Kennedy se estremeció. Analizó sus opciones en busca de una salida. Podía amenazarlo, pero él acabaría negándose, y si no cambiaba de aspecto, ella llevaría desventaja. A saber cómo se decía eso en el golf.

—Vale. Tú ganas. Pero deja de quejarte y de provocarle dolores de cabeza a Benny. Vas a seguir nuestras instrucciones, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Benny?

El estilista pasó los dedos por el pelo de Nate y puso cara de asco.

—De acuerdo. Esto es demasiado horroroso para no meterle mano.

—Gracias.

Kennedy ojeó sus mensajes de texto mientras Benny preparaba una

mascarilla hidratante y empezaba a obrar su magia. Entretanto, ella se tomó un café, contestó mensajes de correo electrónico e intentó pasar por alto los gemidos y los resoplidos de espanto de su cliente a medida que Benny le frotaba el cuero cabelludo con la mascarilla. Sin muchos miramientos. Acto seguido, sacó una navaja de un cajón y le colocó una toalla caliente en la cara. De repente, Benny gritó.

—Dios mío, soy el mejor. Este hombre necesita un puntito canalla.

Kennedy se acercó y oyó que Nate decía por debajo de la toalla:

—¿Cómo?

—¿Crees que será capaz de llevarlo bien? —preguntó ella.

Benny se dio unos golpecitos en la barbilla mientras meditaba y debatía sus opciones.

—Es arriesgado. Si lo hago bien, puede convertirse en mi mejor creación.

—Pero bueno, ¿es que soy el puto Frankenstein o qué? Me largo de aquí.

—Calla —le soltó Benny.

—Joder. Me afeito todos los días, ¿algún problema?

—Calla —le dijo Kennedy—. Benny está pensando.

El aludido asintió con la cabeza.

—Lo haremos. Pero debe ser un proceso sutil. Yo daré el primer paso y le proporcionaré instrucciones precisas que tendrá que seguir. La barba ha de ir creciendo de la forma adecuada para que este hombre no acabe pareciendo un camello de mala muerte.

Nate se quitó la toalla de la cara.

—¿Un camello? ¡No quiero barba de canalla! Soy un ingeniero aeroespacial.

Benny ladeó la cabeza.

—Mmm... estoy haciéndole un cambio de aspecto a un científico aeronáutico, ¿eh? No está mal.

—Ingeniero aeroespacial.

—Silencio —dijeron Kennedy y Benny a la vez.

Benny agitó la navaja a modo de amenaza. Nate se acomodó de nuevo en el sillón. Kennedy se puso a trabajar, contenta mientras Benny obraba su magia.

—¿Qué me estás poniendo en los ojos?

Kennedy apretó los labios. Benny no contestó; se limitó a aplicar la cera templada en el entrecejo.

—Está caliente y es pegajoso. ¿Qué haces?

—Deja de protestar.

Kennedy contuvo una carcajada y dijo:

—Benny tiene que arreglarte las cejas.

—¡Son cejas, por el amor de Dios! ¿Qué se puede hacer con ellas?

Benny presionó la tira y después le dio un tirón.

—¡Mierda!

—Deja de lloriquear. Las mujeres se enfrentan al dolor todos los días. Quédate quieto, que aún no he acabado.

—Acabas de hacerme la cera en la cara. Y soy un tío.

—Un tío peludo. Necesitas depilarte con frecuencia.

—Vete a la mierda.

Kennedy contuvo un jadeo. Qué interesante. Nate apenas soltaba tacos. El dolor extremo hacía que abandonara los buenos modales. Se preguntó qué otro efecto tendría, pero silenció ese pensamiento de inmediato.

Una hora después, Ben reveló el corte final, pero mantuvo a Nate de espaldas al espejo para que no pudiera verse. Sintió un extraño escalofrío en la espalda mientras contemplaba al nuevo y mejorado Nate Dunkle.

Sí, señor.

Ya no parecía Frankenstein. Su pelo castaño y sin brillo había cobrado

vida, y estaba lustroso y sano, con reflejos dorados que resaltaban el color verde oscuro de sus ojos. El corte, tan profesional, hacía que se le ondulara un poco el flequillo, que le llegaba justo a las cejas. Llevaba la parte de atrás muy corta para que se le notara la forma de la cabeza y le diera un punto de malote. Por fin se le veían bien los rasgos de la cara. Kennedy admitió que taparlos con todo ese pelo era un crimen. Se imaginó el aspecto que tendría cuando la barba de dos días le oscureciera el mentón y el labio superior, aumentando su atractivo. Sintió un nudo en las entrañas.

—Me estás mirando con cara rara. ¿Tan mal estoy?

Kennedy sonrió.

—Estás increíble. Date la vuelta.

El sillón giró y Nate abrió los ojos como platos mientras observaba el peinado nuevo.

Kennedy y Benny esperaron sin decir palabra. Ella estaba acostumbrándose a sus silencios y respetaba el funcionamiento de su mente, que procesaba todos y cada uno de los detalles del mundo que lo rodeaba.

—Pasable.

Benny resopló.

—Sí, claro. Soy la caña. Deberíamos haber hecho esto para algún programa de telerrealidad. Me habría hecho famoso.

—Sí, claro —murmuró Nate.

Kennedy lo miró enfadada a través del espejo mientras abrazaba a Benny.

—Eres un genio, gracias.

—Por ti, cualquier cosa, cariño. Tiene que hidratarse semanalmente y venir una vez a la semana hasta que yo vea que es capaz de mantener la barba de dos días. ¿Has pensado en la depilación láser para la espalda?

—Oye, Ben, ¿no has leído ese artículo de *Esquire* donde afirman que un

diamante en la oreja izquierda denota desesperación? ¿Ligas mucho en los bares últimamente?

La nariz aguileña adoptó la pose desdeñosa.

—Deja de ser un heteropetardo y saca tu culo de mi salón.

—¿Un qué? ¿Qué narices es eso?

—Un tío muy plasta. ¿Vives encerrado o qué? Aprende vocabulario, tío.

Nate se quedó pasmado.

—Esa palabra no existe y no está recogida en ningún diccionario.

—Si vives la vida siguiendo al pie de la letra los diccionarios, te lo perderás todo. Espabila.

—Creo que me he tomado un tripi y estoy alucinando. Soy capaz de cuidarme la barba.

Benny bajó la voz.

—Como me cabrees, ingenierillo aeroespacial, te vas a arrepentir toda la vida.

—Venga, a ver de qué eres capaz.

Ken se interpuso entre ellos.

—¡Se acabó el tiempo, niños! Vámonos. —Firmó el comprobante de pago de la VISA, cogió la mascarilla hidratante y sacó a Nate del salón de belleza.

—¿Cómo encuentras a esta gente? Primero Ming y ahora Benny. ¿Quién vendrá después, el asesino de *La matanza de Texas* para enseñarme cómo debo relacionarme con los demás?

Kennedy contuvo otra carcajada y echó a andar hacia el coche.

—No, ya nos encargamos de eso en Kinnections. Lo siguiente será el gimnasio. Tengo un plan. Nos vemos allí el miércoles por la noche. Te mandaré un mensaje de texto con la dirección.

Nate puso cara de sufrimiento.

—Qué gracia, de repente me parece divertida la idea de hacerme la cera.

—No seas tan exagerado. ¿Este es tu coche? —Le echó un vistazo al elegante Tesla negro y llegó a la conclusión de que eso aumentaba los puntos de Nate—. Es bonito.

Él esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Gracias. Totalmente eléctrico y cero emisiones.

—Es una maravilla —reconoció ella, y contuvo una sonrisa—. Bueno, ¿nos vemos mañana?

—¿Adónde vas?

Kennedy frunció el ceño.

—A casa.

—Hace una noche preciosa, me has torturado durante horas y merezco una recompensa.

Kennedy bajó de la acera de un salto. No iba a permitir que se repitiera la escena del beso robado; el primero había estado a punto de derretirla. Nate se echó a reír.

—Tranquila. No voy a abalanzarme sobre ti. Vamos a tomarnos un helado.

—La cogió de la mano y echaron a andar por la acera.

La sorpresa la dejó paralizada un instante.

—¿Un helado? Estamos en marzo. Además es de los antojos que más engordan. Ni hablar. Llevo una temporada sin probar los lácteos.

—Pues estarás amargada. Estamos en la última semana de marzo, así que oficialmente ya es primavera. Comer helado a solas es un delito, de modo que... te vienes conmigo. Figúrate que eres mi canguro. Puedes mirarme mientras me lo como y asegurarte de que no me meto en ningún lío.

Se le ocurrieron un sinfín de protestas, pero él no le dio tiempo a expresarlas. El sol estaba casi oculto en el horizonte sobre el río Hudson, ese momento preciso entre el día y la noche, y su luz rosácea teñía el mundo tras reflejarse en el agua. Con paso relajado, siguió a Nate por la acera de Main

Street, acompañada por el repiqueteo de sus tacones. Las tiendas empezaban a encender las luces plateadas para mostrar orgullosas sus productos, desde objetos de cerámica o esculturas, hasta las distintas variedades de dulces, panes o cafés que prometían las cafeterías. Kennedy se relajó y saludó con la mano a Julia, la librera del pueblo, y luego se detuvo un rato para hablar con Charlie, un anciano que todos los días a las cinco en punto se sentaba en el mismo banco del parque hasta que su amigo Frank salía del trabajo e iban juntos a Mugs para tomarse su cerveza Coors Light diaria. Emma los detuvo también para ofrecer a Kennedy una galleta sin gluten para el perro de Kate, Robert, que la ayudaba a probar las nuevas recetas de la pastelería canina. Nate parecía cómodo mientras ellas charlaban. Emma los miró con curiosidad, y fue entonces cuando trató de zafarse de la mano de Nate, pero él se la aferró con más fuerza, así que claudicó. ¿Desde cuándo no paseaba de la mano con un hombre por la calle? Sus dedos eran cálidos y fuertes, y le resultaba agradable fingir por un instante que tenía una relación normal, como el resto del mundo.

Un grupo de niños en monopatín pasó junto a ellos, perseguidos por otro grupo de niñas que no paraban de reírse. De repente, Kennedy cayó en la cuenta de que Nate parecía conocer bien el pueblo.

—No sabía que conocieras Verily.

—No lo conozco.

Kennedy volvió la cabeza para mirarlo. Tenía un perfil marcado y elegante a la luz del crepúsculo, aunque esas gafas espantosas lo estropearan.

—Entonces, ¿cómo sabes que hay una heladería abierta?

—Estamos en la calle principal de un pueblo pintoresco y artístico pegado a Nueva York. ¿Estás de broma? Lo lógico es que haya una heladería.

Ella meneó la cabeza.

—Ni siquiera has cenado.

—Soy un rebelde.

Kennedy sonrió.

Llegaron al pequeño establecimiento, Xpressions, que prometía refrescos gourmet y helado casero lleno de calorías, grasas y un sabor inigualable. Nate tardó un rato en elegir el sabor y pidió probar el helado de frambuesa y el trufado de chocolate. Kennedy sopesó la idea de tomarse uno de yogur desnatado, pero lo descartó porque quedaría de lo más patético. Nate se volvió para mirarla con el ceño fruncido.

—¿Qué sabor pedirías tú?

La asaltó un repentino malhumor.

—¿A qué viene eso de agregar fruta a un helado? No tiene sentido.

Él se golpeó los labios con la cucharilla de plástico.

—Una conclusión brillante. Quiero un cucurucho de dos bolas, una de trufado de chocolate y otra de mantequilla de cacahuete.

Kennedy oyó el rugido de su estómago. Intentó recordarse que en casa le esperaba una porción perfecta de salmón hervido y judías verdes sin mantequilla.

—La mantequilla de cacahuete también tiene mucha grasa. Acabas de pedir la mezcla ideal para obstruir tus arterias.

Él jadeó con fingido espanto.

—¿Peor que si hubiera pedido el helado de bizcocho o el de galleta?

—Vale. Tú mismo.

—Ah, y que sea uno de esos cucuruchos de galleta casera, por favor. ¿Seguro que no quieres? Tienen de yogur.

Kennedy lo miró echando chispas por los ojos.

—No, gracias.

La expresión de Nate adoptó la alegría de un niño mientras atacaba el helado, cuyo cucurucho había envuelto con un montón de servilletas.

—Vamos a sentarnos un rato.

—Tengo que irme a casa.

—No tardaremos mucho.

Kennedy resopló, pero lo guio hasta el banco labrado, situado junto al parque para perros. Observaron a los animales mientras corrían y jugaban con total libertad, sentados bajo un olmo retorcido. Junto a la verja de hierro, un hombre abrazó a su pareja y le robó un beso. Ken se relajó. Hacía mucho que no salía a pasear. Era agradable sentarse un rato y disfrutar del entorno de Verily.

—Me encanta Nueva York. Siempre me sorprende que puedas subir montañas, montar a caballo o disfrutar de una obra en Broadway. Además solo se tarda una hora en ir de un sitio a otro. ¿Has vivido siempre en Verily?
—le preguntó Nate.

—No, todas fuimos a la Universidad de Nueva York y vivíamos en Manhattan. Arilyn, Kate y yo vinimos un fin de semana al pueblo y nos enamoramos de él. Decidimos abrir Kinnections y nos instalamos aquí. ¿Y tú?

Nate bufó sin apartar la boca del helado.

—Fui a parar a California, al Centro Dryden de Investigaciones de Vuelo. Mi objetivo siempre fue la NASA, pero no sabía en qué base acabaría. Soy un hombre de ciencias. Siempre me ha fascinado la física y el desafío de manipular información y fórmulas para incrementar la eficiencia. Mis profesores eran incapaces de seguirme el ritmo, así que la NASA no tardó mucho en llamar a mi puerta. Cuando desmantelaron el programa de investigación, el sector privado despegó. Así que regresé a Nueva York y no lo paso nada mal trabajando para la empresa tecnológica de un solitario multimillonario que quiere jugar a los viajes espaciales. Eso sí, los astronautas y los pilotos se llevan toda la gloria. Y a todas las chicas.

Kennedy vio que le caía un churrete de helado en la impecable bata blanca y contuvo una carcajada. Él miró hacia abajo y soltó un taco.

—Mierda, casi había conseguido acabar el día sin mancharme. Me estoy quedando sin batas limpias. Sujétame esto. —Le puso el cucurucho en las manos e intentó limpiarse la mancha con las servilletas.

Kennedy contempló el precioso, brillante y chorreante cucurucho de helado que tenía delante. Llevaba trocitos de chocolate y también vio un pegote de mantequilla de cacahuete que la tentaba. Estaba a punto de perder la cordura cuando oyó un rugido de Nate que la pilló desprevenida.

—¿Qué pasa?

—Me duele el estómago —contestó él.

Kennedy enarcó una ceja.

—No me extraña. Mira cómo ruge ese bicho. Ya te advertí que no habías cenado.

—Termínalo tú.

El corazón se le aceleró y empezaron a sudarle las palmas de las manos.

—¡No! No puedo comerme esto. Me quitará cinco años de vida y engordaré cinco kilos.

—No seas tan exagerada. Me niego a desperdiciar un cucurucho tan rico. Ya me he comido casi todo, prueba un poquito para que yo no me sienta tan culpable.

—Pero...

—Hoy me han arrancado la parte superior de la cara. Cómete el cucurucho, Kennedy.

—¡Madre mía, vale! —El primer lametón le provocó un diminuto escalofrío de placer que recorrió todas sus terminaciones nerviosas—. Esto es ridículo. Yo tampoco he cenado.

—Vale, pues así nos pondremos malos los dos.

El segundo mordisco le provocó un infarto. El tercero fue su muerte.

La invadió la felicidad.

Se le escapó un gemido, pero le dio igual. Atacó el cucurucho con más entusiasmo. Al fin y al cabo, le estaba haciendo un favor a Nate.

—Bueno, si investigas métodos de propulsión, estarás investigando también la velocidad. ¿Estás tratando de manipular la fórmula para incrementar la eficiencia?

Él se volvió con brusquedad y la miró con una expresión rara. Kennedy oyó que su cerebro emitía campanas de alarma, pero estaba demasiado atontada por el subidón de azúcar. Nate habló muy despacio, como si estuviera sopesando sus palabras, pero fue como si su mirada la estuviese desmigajando e intentara analizar cada pedazo.

—Sí, pero todo funciona en conjunto. Para cambiar la velocidad, se necesita un impulso que acelere el momento. La ecuación de propulsión depende del flujo de masa que atraviese el motor y de la velocidad de salida.

—Lo entiendo. ¿Crees que los motores de propulsión química son los más eficientes?

Dios, la mantequilla de cacahuete acababa de mezclarse en su boca con el trocito de chocolate y la explosión de sabor era como un orgasmo múltiple.

Nate carraspeó.

—No, creo que lo mejor es acelerar el propelente que genera la propulsión mediante un sistema basado en una fuente externa de energía eléctrica. Pero si logro avanzar en la investigación, la fórmula en sí y el uso que se haga de ella cambiarán, y eso nos dará más opciones. —De repente, pareció percatarse del entusiasmo de Kennedy por el cucurucho y sonrió—. Está bueno, ¿verdad?

—Buenísimo.

—Tienes un poco en la barbilla. No te muevas. —Nate extendió una mano

y le pasó la servilleta por la boca, la barbilla y el cuello.

Ella siguió relamiendo el helado hasta llegar por fin a la galleta crujiente, que mordió. Aquel trozo se le deshizo en la boca. Era el paraíso. Un mordisco más y tiraría el resto. Ya había comido lo suficiente como para contentarlo.

—Es curioso cómo los avances cambian las fórmulas, ¿verdad? —comentó dando otro mordisco al helado—. Se puede aplicar también a las personas. Alguien sigue un impulso, lo que acelera el momento y provoca un cambio en la vida. Pero si se es demasiado impulsivo, la velocidad del momento puede acabar en desastre. Supongo que la vida se basa en el equilibrio.

—Pero si uno se queda estancado y nunca sigue un impulso, el cohete no despegará.

Kennedy se comió el resto del cucurucho. El subidón de azúcar le aceleró la circulación y le provocó una sensación de felicidad.

—Sí, supongo que tienes razón. A menos que estés muy feliz, tal como se te ve ahora, porque en ese caso, ¿quién necesita un viaje en cohete?

De repente, alzó la vista y se lo encontró más cerca de lo que esperaba. Se había ido aproximando por el banco hasta que sus hombros se rozaron. Esos oscuros ojos verdes le recorrieron los labios y le acariciaron la cara, y ella deseó rozar su piel y apartarle el flequillo que le caía sobre las cejas. El subidón que le había provocado el helado se desvaneció, reemplazado por una electrizante y arrolladora descarga sexual.

—¿Ken?

—¿Sí? —respondió con voz aguda.

Los perros ladraron. Se oyó el golpe metálico de la verja al abrirse y cerrarse. La brisa agitó la melena de Kennedy y la despeinó. Captó un olor a menta, jabón y chocolate. Todo se desdibujó a su alrededor, como si estuvieran en un set de rodaje que se hubiera quedado a oscuras. Nada importaba salvo esos labios que se acercaban despacio a los suyos.

—Prométeme una cosa —dijo Nate.

El cuerpo de ella vibraba y se derretía, listo para jugar. El deseo de que le acariciara la piel desnuda, de sentir de nuevo su lengua en la boca, de oírlo susurrar su nombre con tanta ternura como nunca antes lo había oído le atenazó las entrañas.

—¿Qué cosa? —murmuró ella.

Nate le apartó el pelo con una delicadeza que contrastaba enormemente con el deseo que ardía en sus ojos.

—Come helado más a menudo. Estás preciosa cuando lo haces.

Kennedy contuvo el aliento. Y esperó.

Él apretó los dientes, masculló algo y se levantó del banco.

—Vamos. Te acompaño hasta tu coche.

En esta ocasión, no la cogió de la mano. Dolida, pero dispuesta a disimular, Kennedy no se permitió pensar en la ausencia de caricias ni en ese beso que no había llegado a producirse. Caminaron en silencio de vuelta al coche.

—Buenas noches, Ken. Conduce con cuidado. —Dicho esto, desapareció calle abajo.

Kennedy se negó a mirar atrás.

Se negó en redondo.

Kennedy observó a su cliente mientras cruzaba la estancia. Le había enviado un mensaje al móvil para que se reuniera con ella en el gimnasio Tuck-N-Pack, pero solo accedió a ir después de un tira y afloja. Supuso que hacer ejercicio no era lo suyo. La camiseta y los pantalones de deporte eran las prendas de ropa más normales que le había visto llevar hasta el momento. Tenía las piernas bien torneadas y, a pesar de su metro ochenta de estatura, no resultaba amenazante; además era perfecto para su complexión. Tenía los hombros y los bíceps bastante marcados. ¿Los habría desarrollado con el golf? No, imposible, era el deporte más tonto del mundo y no servía para nada. Era increíble cómo había cambiado con un simple corte de pelo, un aspecto aseado y un tono de piel normal. Su Eliza estaba floreciendo ante sus ojos.

Se había pasado la noche dando vueltas en la cama, pensando en ese intento de beso, hasta que llegó a una conclusión. Su relación sería estrictamente profesional a partir de ese momento. Nada de helados, de cogerse de las manos ni de confesiones. Era lo más normal del mundo establecer un vínculo cuando se trabajaba codo con codo. Arilyn había tenido problemas con eso muchas veces; Kate había acabado con uno de sus clientes, por favor, y en ese momento le tocaba a ella. Pero cuando por fin

amaneció y dejó la cama después de una noche en blanco, tenía clara la senda. Se acabaron las diversiones.

Nate se detuvo y la miró por encima del marco de las gafas con expresión suspicaz.

—Buenas.

—Hola. ¿Qué tal en el trabajo?

—Wayne se ha bloqueado, así que he tenido que levantarle la moral.

—¿Tu compañero de laboratorio?

—Odio estos sitios. Y menudo nombrecito, ni que fuera la cadena de jugueterías esa.

—A mí me parece muy imaginativo. Por cierto, te noto muy gruñón.

Nate la fulminó con la mirada. Kennedy tuvo que contener una sonrisa. Su científico estaba monísimo con el ceño fruncido recién depilado y los dientes apretados.

—Acabemos con esto de una vez. ¿Qué vamos a hacer? ¿Pesas? ¿Bicicleta? ¿Cinta de correr? ¿O solo quieres subirte a mi espalda mientras hago cien flexiones para echarte unas risas?

—Hoy no. Tienes unos bíceps estupendos. Y las piernas también. ¿Sales a correr?

—No, es del golf.

Ella se rio entre dientes.

—Ya, claro. Hoy vamos a asistir a una clase para ampliar tus horizontes. ¿Has bailado alguna vez?

Algo parecido al espanto asomó a los ojos de Nate.

—¿Has jugado al golf alguna vez?

—Supongo que no. Un hombre que se siente cómodo con el baile es dueño de su cuerpo. El baile proporciona elegancia, equilibrio y cierta sensualidad. Tú sueles habitar en tu cerebro. Te pierdes la conexión con tu cuerpo físico y

creo que esto te ayudará a que eso cambie. También es un ejercicio fantástico.

A Nate se le deslizaron las gafas por la nariz. Se las recolocó con un gesto brusco.

—¿De qué clase estamos hablando?

Ella se dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta de cristal tintado situada al fondo. Puso la mano en el tirador.

—Zumba. —Esbozó una sonrisa, abrió la puerta y entró.

Nate se quedó helado y la puerta se cerró en sus narices. Kennedy esperó un momento, pero él seguía inmóvil y se negaba a moverse. Kennedy contuvo un suspiro, abrió la puerta y se asomó.

—Nate, confía en mí.

Él esperó un segundo. Dos. Y luego se alejó. Kennedy se plantó delante de él.

—¿Hay algún problema?

Nate bajó la voz hasta convertirla en un susurro furioso.

—¿Sabes lo que significaban las clases de educación física para mí? Todavía tengo pesadillas. ¿Y ahora pretendes humillarme delante de más gente? Dar saltos al ritmo de música mala con una monitora con pintas de animadora no es lo que yo considero un buen ejercicio.

Kennedy dio un respingo. Dios, no contaba con que él recordase los malos momentos pasados en el instituto. Parecía que ambos habían padecido las mismas desgracias adolescentes. Y ella tardó muchos años en sentirse lo bastante fuerte como para entrar en un gimnasio con la cabeza bien alta y hacer ejercicio sin preguntarse si alguien empezaría a corear «gorda». Le cogió la mano y le dio un apretón.

—Nunca haría nada para humillarte. Jamás. Todo lo que hago es por un bien mayor, para encontrarte esposa, Nate. Hablo de tu mujer. He traído a

todos mis clientes a este gimnasio y aquí nadie los juzga. Dale una oportunidad, no te cierres en banda. Por favor.

Contuvo el aliento mientras él tomaba una decisión. Sintió una extraña oleada de calor en todo el cuerpo al notar la intensidad de su mirada, como si quisiera traspasarle la piel para descubrir lo que había detrás. Nate se las apañaba para hacerla sentir que era la persona más importante del mundo cuando la miraba de esa manera.

—¿Estás segura de que la clase de zumba me ayudará a conseguir esposa?

—Es una pieza fundamental del rompecabezas. Cada paso te conduce al siguiente nivel.

Nate le devolvió el apretón. Qué raro, tenía la sensación de que encajaban a la perfección. Parecido a estar en casa. La idea se deslizó en sus pensamientos y Kennedy se apresuró a apartar la mano. Profesional. Relación meramente profesional.

—Vale, le daré una oportunidad.

La emoción la embargó.

—Gracias. No te arrepentirás.

—No te creo, pero le daré una oportunidad de todas formas —masculló él.

Kennedy lo arrastró al interior de la clase antes de que cambiara de opinión.

El aire frío la golpeó de lleno y le puso la carne de gallina en los brazos y en las piernas, que llevaba al descubierto. La clase estaba medio llena. Condujo a Nate hasta el rincón del fondo. Había enormes pantallas en las que podían seguir al monitor desde cualquier ángulo y casi todos los presentes hacían ejercicios de calentamiento ligero. Nate se cruzó de brazos y observó la estancia con desdén. Kennedy se inclinó hacia él.

—En primer lugar, nadie te está mirando. No le importas a nadie. Intenta dejarte llevar por una vez en la vida y no quieras controlar el resultado. No

racionalices los movimientos. Diviértete y olvídate de los resultados durante una hora.

Nate se tensó, pero una morena pizpireta se colocó en el centro del estrado y habló por el micro que llevaba puesto.

—¿Estáis listos para hacer zumba?

Los presentes gritaron:

—¡Sí!

—¡Pues vamos a mover el esqueleto!

La música empezó a sonar desde las paredes y el techo, envolviéndolos con un ritmo latino que aceleraba el corazón y calentaba el cuerpo. Kennedy se concentró en la monitora mientras disfrutaba de los pasos del calentamiento y observaba a Nate en el espejo con los párpados entornados. Se movía adelante y atrás con movimientos precisos y la nariz fruncida por la concentración. Sabía que sería un gran reto para él admitir que tal vez no se quedara con los pasos, pero era importante derribar esa barrera de control que tenía erigida a su alrededor a todas horas. Ninguna mujer querría por pareja a un perfeccionista, ni a alguien con tantos prejuicios. Tenía que traspasar su rígida estructura mental y conseguir que sintiera sin más.

El calentamiento dio paso a un movido hip-hop. Kennedy se saltó un montón de pasos, pero lo compensó con su entusiasmo y el movimiento de las caderas. Echó otro vistazo a Nate en el espejo. Tenía la frente perlada de sudor, las gafas en la punta de la nariz y la mueca frustrada de sus labios. Casi podía distinguir cómo le salía el humo por las orejas mientras intentaba seguir el frenético ritmo de la monitora. En cuanto Nate se hacía con una rutina de pasos, la chica cambiaba a otro baile frenético que no parecía obedecer a ritmo ni estructura ninguna. Era justo lo que quería que él experimentase.

—¡Vamos a mover las caderas! Un, dos y tres. Deslizar en cuatro. ¡Mueve

ese culo, guapa, así, muy bien!

Tras cuarenta minutos de clase, Nate Ellison Raymond Dunkle se rindió.

Fue una rendición digna de ver. Kennedy percibió el momento exacto en el que Nate decidía que era incapaz de seguir adelante. Por más que lo intentase, el baile se le escapaba, y no conseguía hacer caso a las instrucciones de la monitora, rodeado como estaba por el ritmo desquiciado de la música, el olor a sudor y el estruendo de los pasos sobre el suelo. Los movimientos de las luces le conferían un halo verdoso.

Kennedy se enorgullecía de derrotar a los hombres. Arilyn la ayudaba a identificar el obstáculo preciso que necesitaba su presa para llevarla más allá de sus límites. Ella carecía de la formación como terapeuta, pero disfrutaba siendo testigo del crecimiento personal de los demás. Bien sabía Dios que había tenido que lidiar con mucha rabia en el pasado. De todas formas, el dolor conformaba la personalidad. El crecimiento personal ayudaba al amor. Quedarse inmóvil y presa del miedo solo conseguía bloquear las buenas vibraciones que producía una relación sana.

Al menos, siempre lo había creído así.

Nate dejó de bailar. Se limitó a mirar los cuerpos en movimiento, que fluían y giraban, algunos al compás de la música y otros no. Ella no dejó de moverse. Esa experiencia pertenecía a Nate, la decisión tenía que tomarla él. Ella solo podía conducirlo en la dirección adecuada. De modo que giró, se agachó y luego rotó con un movimiento de cadera que hizo que se sintiera traviesa y poderosa. Una vez. Y otra.

Nate entrecerró los ojos mientras asimilaba lo que sucedía a su alrededor y luego hizo algo que ella habría jurado que un hombre era incapaz de hacer.

Bailar.

Empezó a girar, a agacharse, a rotar y a mover las caderas. Fue como si la preocupación por parecer idiota, por que los movimientos no fueran perfectos

o por recordar la pesadilla del instituto desaparecieran por completo. Se saltó la mayoría de los pasos, pero no paró de bailar. Se rindió y luego se dejó llevar, de modo que su cuerpo se hizo con el control.

Ella fue incapaz de apartar la vista de su reflejo. Se le había subido la camiseta de algodón y atisbó una preciosa tableta de abdominales. Esa serenidad innata que poseía fluía hacia el exterior con una elegancia casi poética, mientras sus pies se deslizaban por el suelo y agitaba las caderas con tal potencia que la dejaba sin aliento. Igual que una oruga que emprendiera el vuelo ya convertida en mariposa, se lanzó de cabeza y se apoderó de ese momento. Irradiaba oleadas de una energía casi sexual que se mezclaba con el ritmo frenético, convirtiéndolo en un hombre que reflejaba poder. Por un instante, Kennedy sintió que le ardía la piel y que se quedaba sin aliento. Por un breve lapso, la atracción que sentía por él le resultó irresistible.

La música cambió a un ritmo más relajado. Comenzó la parte final de la clase, con tranquilos movimientos de piernas y de brazos. Aquel instante se desvaneció, como si se tratara de un sueño extraño. La clase terminó y los alumnos se quedaron un rato para beber líquido, charlar o hablar con la monitora. Kennedy lucía una sonrisa orgullosa en los labios cuando se acercó a su cliente, que sudaba a chorros.

—¿Qué te ha parecido?

Nate se colocó bien la ropa, bebió un sorbo de agua y la miró por encima de las gafas.

—Dime que es una sola sesión.

Ella negó con la cabeza.

—Tenemos clase de zumba los lunes, los miércoles y los jueves. Cada vez te gustará más.

—Creo que prefiero otra cita con Benny o con Ming. —Su mirada la

atravesó—. ¿Torturas a todos los hombres de Kinnections antes de conseguirles su final feliz?

Kennedy se echó a reír.

—El amor y las relaciones exigen esfuerzo. Siempre aconsejamos realizar un sacrificio previo para así convertirlo en una costumbre y que de esa manera la relación final resulte más satisfactoria.

Nate meditó esas palabras y ladeó la cabeza.

—¿Sigues los consejos que das?

La pregunta la pilló desprevenida, pero se recuperó enseguida.

—Sí. He trabajado mucho en mi persona. Creo que eso me ha ayudado a establecer mejores relaciones.

Nate asintió con la cabeza.

—¿Cuándo tuviste la última?

—¿La última qué?

—Relación a largo plazo.

La irritación la puso de los nervios. Se obligó a esbozar una sonrisa educada.

—No hace mucho. Pero ya estoy preparada y predispuesta para la siguiente.

—Dijiste que las relaciones formales no eran lo tuyo.

Bebió un sorbo de agua para no tener que contestar. Aun así, Nate esperó a que le diera una explicación; su mirada le exigía la verdad.

—Cada persona tiene una definición de lo que es una relación formal. La tuya es el matrimonio. La mía es unos cuantos meses.

Los alumnos seguían charlando mientras sacaban las esterillas para la siguiente clase, pero la voz grave de Nate resonó en sus oídos como una caricia sensual.

—A lo mejor te mereces algo más.

Abrió la boca con la intención de ponerlo en su sitio, pero una voz femenina y dulce se lo impidió.

—Hola, solo quería darte la bienvenida a las clases de zumba. Da gusto ver a un hombre por aquí. Casi ninguno tiene lo que hay que tener.

Kennedy se fijó en la coleta alta, el ombligo al aire y la mirada interesada. ¡Vaya! Nate le gustaba mucho a juzgar por la avidez de sus ojos, que lo recorrían de arriba abajo. La carne fresca siempre era bien recibida en un gimnasio. Nate no se movió. No respondió. Ella carraspeó y le dio un golpecito en el hombro. Era la oportunidad perfecta para analizar cómo se comportaba en la toma de contacto. Tal vez había aprendido algo de la desastrosa noche de citas rápidas y de sus encuentros.

—Esto... Nate, ahora vuelvo.

Se alejó para que tuvieran cierta intimidad y empezó a jugar con el iPhone.

«Vamos, chato, puedes hacerlo. Habla. Di algo. No, espera, di algo que no sea una imbecilidad.»

—Encantado de conocerte. Me llamo Nate.

Kennedy se relajó. Perfecto. A lo mejor debería indicarle que fuera directo desde el principio. Nada de tópicos, de comentarios relacionados con el físico ni preguntas inquisitivas. Solo información pura y dura.

—Hola, yo soy Heidi. No te había visto antes por aquí. ¿Tu primera vez?

—Sí, juego al golf, pero me apetecía probar algo distinto. Oye, me encanta tu... —Kennedy apretó el móvil con fuerza— sonrisa.

Soltó el aire que había estado conteniendo. ¡Le había prestado atención! A lo mejor sería más fácil de lo que creyó en un principio. ¿Estaba listo para salir al mundo? Pronto habrían renovado el armario y, por supuesto, vendría la sesión de rol con Arilyn y con Kate, pero siempre dejaba eso para el final.

Desde luego que podría apañárselas con una cita múltiple. Había infinidad de opciones.

—Muchas gracias. Voy al bar a tomarme un batido. ¿Te apuntas?

—Claro. —Nate miró a Kennedy, que le levantó los pulgares con sutileza. Él aceptó el gesto con una inclinación de cabeza y echó a andar. Sus voces resonaban en la sala—. ¿A qué te dedicas, Heidi?

—Estoy estudiando para convertirme en esteticista especializada en uñas.

—¿Hay que ir a la universidad para aprender a pintar las uñas?

Heidi se detuvo y lo miró de repente.

—Es un trabajo muy serio. ¿Qué pasa? ¿Eres científico aeronáutico?

Nate se puso tenso. Kennedy hizo una mueca. Ay, no. No, no, no, no...

—En realidad, soy ingeniero aeroespacial. Ya no usamos eso de científico aeronáutico.

Heidi ladeó la cabeza.

—¿Hablas en serio, tío?

Nate le dirigió esa mirada tan suya. Cargada de desdén y prejuicios.

—Pues claro. Oye, no creo que podamos iniciar una relación formal, pero estoy abierto a tener una aventurilla. ¿Qué te parece?

Uf, mierda.

Heidi suspiró.

—Eres un capullo. —Se alejó con paso vivo, mientras su coleta se agitaba en el aire, y desapareció por la puerta de cristal tintado.

Él parpadeó. Su cara era la viva imagen de la estupefacción. Regresó junto a Kennedy con las manos extendidas y las palmas hacia arriba.

—¿En qué me he equivocado?

De acuerdo, nada de citas múltiples. No en un futuro cercano, al menos. ¿Por qué narices no había respetado la elección laboral de esa chica? Tal como estaba la situación económica, cualquier trabajo era motivo de orgullo.

¿Cómo se atrevía a juzgar las decisiones de otra persona solo porque él tenía éxito? La decepción se apoderó de ella. Se acercó a él y le clavó un dedo en el pecho. El olor a sudor masculino y a algodón, junto con una nota almizcleña, le inundó la nariz.

—En demasiadas cosas como para decírtelas ahora mismo.

—He sido franco y directo. A las mujeres os gusta eso, ¿no? No la estaba rechazando, solo he cambiado de objetivo porque he comprendido desde el principio que el matrimonio nunca sería una opción.

—No quiero oír una sola palabra más ahora mismo. Sígueme.

Lo condujo hasta las escaleras de servicio.

—¿Adónde vamos?

—Saldremos por la puerta trasera. Creo que es mejor evitar el bar de batidos hasta que Heidi se tranquilice, ¿no te parece?

Nate no le contestó. Salieron y los envolvió el fresco aire nocturno. Kennedy desterró parte de la rabia mientras caminaba y entró en la cafetería donde se habían tomado su primer café. Se sentó en uno de los reservados rojos y pidió un café solo.

—¿Y para usted? —preguntó la camarera.

—¿Sirven raciones de humildad? Porque me da en la nariz que voy a necesitar una.

—¿Cómo dice?

Nate agitó una mano en el aire.

—No me haga caso. Té con limón, por favor. Y una toallita desinfectante.

La camarera lo miró sin dar crédito.

—¿Está bromeando?

—No.

La chica puso los ojos en blanco, pero volvió con una toallita, con la que él procedió a limpiar la mesa.

—La cantidad de gérmenes que hay en los restaurantes públicos es alarmante. ¿Sabes cuántos restaurantes se limitan a pasar una bayeta húmeda por la mesa cada vez que se va un cliente? Sin jabón ni desinfectante.

Kennedy estaba que se subía por las paredes cuando por fin se desfogó:

—Seguro que es estupendo poder juzgar a otras personas que intentan averiguar qué hacer con su vida.

Nate parpadeó.

—¿Eh?

—¿Por qué crees que una manicura no está a tu nivel?

Nate se sacudió como si le hubiera pegado.

—No es así. Puede que no lo entienda, pero seguro que se requiere una preparación. Ella ha dicho que tenía que estudiar. Es un trabajo honrado. El problema no iba por ahí.

—¿Y por dónde va?

—Connor dijo que las mujeres que trabajan en la industria de la belleza son infieles. No puedo casarme con alguien así.

Kennedy plantó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Un momento. ¿Tu hermano cree que todas las mujeres que son peluqueras o maquilladoras ponen los cuernos?

—Sí.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

La camarera dejó las tazas en la mesa. Nate observó un buen rato el borde de la suya en busca de marcas de pintalabios antes de darse por satisfecho y llevársela a la boca para beber.

—Tuvo una novia que trabajaba en una peluquería. Le puso los cuernos y lo dejó destrozado. Después se enteró de que sus compañeras de trabajo la habían animado a hacerlo. Nunca lo había visto tan afectado por culpa de una

mujer. A partir de entonces descartó las relaciones formales. Me aconsejó que nunca me relacionara con mujeres de ese mundillo.

A Kennedy le salía la frustración por las orejas. Abrió la boca, la cerró, meneó la cabeza e intentó hablar de nuevo.

—Tu hermano tuvo una mala experiencia con una mujer en concreto, no con todas las mujeres de ese gremio. ¿Cómo te sentirías si te dijera que un científico aeronáutico...?

—Ingeniero aeroespacial.

—¿... si te dijera que un ingeniero aeroespacial me puso los cuernos y ahora no dirijo la palabra a nadie de ese sector? Ni siquiera a profesores de física. ¿Cómo te sentirías si te juzgaran a simple vista sin tener en cuenta tus circunstancias personales?

Kennedy imaginó que, en su mente, Nate procesaba la información con una serie de clics.

—No me gustaría.

—Exacto. No se puede castigar a todo un colectivo por los actos de una persona concreta.

—Cierto. Es que... —Dejó la frase a medias y bebió un poco de té.

Kennedy esperó, ya que presentía que algo muy gordo se ocultaba tras ese silencio.

—¿Qué?

—No quiero hacerle daño a mi hermano. Si llego a casa con una maquilladora, a lo mejor despierto malos recuerdos.

—Tal vez necesite superarlo. No debes dejar que los problemas de tu hermano limiten las posibilidades con las que puedes trabajar. No es justo para nadie.

—Supongo que tienes razón.

Nate bebió su té y adoptó una pose pensativa. Kennedy observó sus

elegantes facciones y esos ojos tan serios mientras él parecía buscar las respuestas en el líquido de la taza. Era un buen momento para dar un paso atrás, en parte también para poner en práctica la idea de mantener las distancias. Había descubierto qué lo impulsaba a comportarse así, aunque eso no quería decir que hubiera hecho lo correcto. Ese hombre necesitaba con urgencia un proceso de socialización, y sabía cuál era la manera perfecta de conseguirlo. De momento, sin embargo, lo mejor era marcharse. Pagar el café, desearle buenas noches y volver a casa. Se encontrarían para el siguiente asalto a plena luz del día, con las barreras en su sitio.

Ay, no. En ese momento vio dolor en sus ojos y su corazón fue incapaz de resistirlo.

—¿Cuántos años tenías cuando tu madre os abandonó? —le preguntó.

La mayoría de la gente no respondería. Nate se limitó a contar la verdad.

—Diez años. Sabía que ella no era feliz, porque lloraba mucho y discutía con mi padre. Él trabajaba en la construcción como mi hermano, así que no había mucho dinero. A mi madre le gustaban las cosas bonitas. La ropa, las joyas, las fiestas. Intentaba obligar a mi padre a salir a todas horas, pero él prefería quedarse en casa mirando la tele. —Se encogió de hombros como si no fuera nada del otro mundo, pero Kennedy sabía la verdad—. Una mañana me levanté y vi que mi madre había hecho las maletas. Me preparó el desayuno y me dijo que se iba de viaje durante un tiempo. Me besó en la frente. Yo estaba de malhumor, así que refunfuñé algo y me fui al colegio. No volví a verla más.

Kennedy sintió un nudo en el estómago. Nunca entendería por qué había tanta crueldad en el mundo ni por qué les pasaban tantas cosas malas a las personas buenas.

—No te culpas, ¿verdad?

—Qué va, mi madre tenía un pie fuera de casa desde hacía mucho tiempo.

Pero sí me arrepiento de no haberle dicho algo importante cuando tuve la oportunidad. El último recuerdo que tengo de ella es que estaba friendo beicon y huevos, con la maleta negra en el suelo, y que yo estaba cabreado porque tenía que aguantar otro día de perros en el colegio mientras que ella se iba a pasárselo en grande.

—Supongo que tu padre no lo llevó muy bien.

—Tuvo una especie de bajón. Se encerró en sí mismo, se amargó y se olvidó de que tenía dos hijos. Connor y yo apenas lo veíamos.

—Ajá —dijo ella en voz baja— Qué pena.

Nate esbozó una sonrisilla.

—Menos mal que Arilyn es la terapeuta.

—Menos mal. ¿Alguna vez has pensado en buscar a tu madre?

—No quiero hacerlo. Mi hermano y yo no necesitamos a nadie más. Por eso me aconseja que no me enamore de una mujer guapa si pretendo mantener una relación estable. Ráscate cuando te pique y luego date el piro, ese es su lema. Tiene miedo de que me la jueguen y acabe con alguien como nuestra madre.

Los cabos sueltos se unieron de repente y crearon un intrincado diseño que cobró sentido. Kennedy tragó saliva con fuerza para deshacer el nudo que sentía en la garganta y las repentinas ganas de compartir sus experiencias. La soledad que embargaba a Nate la asaltaba en oleadas, pero su fortaleza la conmovía. Era algo así como tener enfrente a su media naranja, a la espera de que ella extendiera los brazos, le cogiera las manos y le dijera que todo saldría bien.

El miedo le golpeó el estómago como un puñetazo y la dejó sin aliento. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué estaba haciendo? Nate llevaba razón: esa era la especialidad de Arilyn y ella no tenía derecho a obligarlo a confesarse cuando no pensaba ayudarlo ni mitigar su dolor. El pánico le mordió los

talones como un cachorrito juguetón. El ambiente del restaurante se volvió asfixiante.

Tenía que marcharse.

—Nate, lo siento mucho, se me había olvidado que tengo que reunirme con Kate esta noche y ya llego tarde.

—Tranquila, vete. —Nate se quedó sentado a la mesa, con la mirada perdida en sus manos, que aferraban con fuerza la taza humeante.

Kennedy se levantó, cogió el bolso de Dooney & Bourke, y titubeó un instante.

—Te mereces una mujer guapa por dentro y por fuera. Y te prometo que voy a encontrarla.

Salió disparada por la puerta. Una palabra se repetía en su cabeza como un mantra, atronándole los oídos.

«Cobarde.»

Nate se quedó quieto un instante para disfrutar del momento. Por fin aparecían los primeros indicios de la primavera y el paisaje se cuajaba de promesas. Los alegres trinos de los pájaros flotaban en la brisa y los árboles mostraban lustrosos brotes verdes en las ramas desnudas después del crudo mes de marzo. El recorrido oeste del Westchester Country Club era uno de sus preferidos. Diseñado por Walter Travis, era un par setenta y uno, con unas calles de dificultad variable. Había puntos ciegos entre los árboles que suponían todo un reto para cualquier golfista y cuatro hoyos que se consideraban los más difíciles del PGA Tour.

Las ondulantes colinas se extendían delante de él con su perfecta y cuidada belleza. Había unos cuantos carritos de golf aparcados, pero como era una

mañana entre semana, casi todo el mundo estaba en el trabajo, anclado a su escritorio con la vista clavada en la ventana, ansiando la libertad.

Cuando aceptó el trabajo en Sector Space X, insistió en disponer de las mañanas de los miércoles con esa idea en mente. No era de los que fichaban a la hora exacta, dado que según el proyecto en el que se encontrara trabajando o lo inspirado que estuviera, era capaz de dedicarse durante horas sin parar siquiera para ir al baño o sin apenas levantarse de la silla. Al final, la cantidad de horas se equilibraba, por lo que la empresa accedió sin problemas. Los miércoles por la mañana le pertenecían a él.

Y al golf.

No recordaba el momento exacto en el que descubrió la pasión y el respeto por ese deporte. Connor siempre había preferido los deportes de contacto y tampoco conocía a nadie que jugara al golf y que pudiera enseñarle. Había visto varios torneos por televisión, y en la universidad siguió a unos chicos a un par tres para jugar unas cuantas pelotas y aprender los movimientos básicos. Después tardó poco en engancharse y dedicar todo el tiempo libre a leer sobre el arte del swing y a descubrir que sus conocimientos de física podían ayudarlo a crear el golpe perfecto. Pasó horas delante de un simulador con el que usaba fórmulas que encajaran con su complejidad hasta alcanzar el swing definitivo. Estaba obsesionado y disfrutaba intentando averiguar la dinámica exclusiva del movimiento de una persona en concreto a fin de localizar el punto exacto y la postura más natural con la que desarrollar un juego casi profesional.

Se trataba de un deporte de ciencia, suerte y habilidad. Era elegante en todos los sentidos, desde la belleza de la pelota mientras surcaba el cielo hasta el lustroso paisaje verde que la enmarcaba. Honraba principios como la disciplina, la práctica y la precisión. Cada vez que jugaba, descubría algo nuevo que aprender, que mejorar o que admirar.

Se moría por llevar a Kennedy allí.

Su imagen apareció delante de él. Kennedy tenía nociones de ciencia. No parecía aburrirla y hasta comprendía los principios básicos. Había mucho tras esa preciosa cara que le encantaría poder descubrir.

Lo cierto era que había tenido que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no besarla la otra noche. En su cara veía a una mujer guapa, feliz y abierta que le provocaba un nudo en las entrañas y que desafiaba su intelecto. Por un maravilloso segundo, parecía interesada de verdad en la conversación que estaban manteniendo y, lo que era más importante, en él. Kennedy había entreabierto los labios, había soltado el aire de golpe y todo su cuerpo se había relajado. Había percibido su deseo, ese delicioso aroma almizcleño que lo excitaba y que despertaba en él un afán enloquecido de arrastrarla a la cama y explorar cada centímetro de su húmedo y ardiente cuerpo. Como no se le presentara otra oportunidad de deslizar la lengua entre sus labios y beber de su esencia, moriría. Sin embargo, se había contenido, consciente de que ella no deseaba más que un beso robado y de que él no podía perder de vista el objetivo.

La noche anterior le había contado cosas que nunca había confesado a nadie. Resultaba curioso que cada vez que se veían parecían intimar más, como si un vínculo invisible los estuviera envolviendo en su delicada telaraña. Aunque dudaba mucho que volviera a presentársele otra oportunidad. Kennedy había salido corriendo como un político que se oliera un montaje fotográfico. Tenía que concentrarse. Porque creía que su hermano llevaba razón en una cosa.

Las mujeres guapas como Kennedy Ashe nunca se darían por satisfechas con él. No a largo plazo.

Contuvo un suspiro alicaído y se concentró en el golf. Echaba de menos su grupo habitual, pero habían cambiado el partido a los martes por la tarde,

cuando él no podía jugar. De todas formas, disfrutó del silencio meditativo del aire, del sol y del ruido al golpear la pelota. Se colocó en el inicio del recorrido, realizó unos cuantos golpes para calentar, calculó el ángulo de la colina y la pendiente del suelo, y analizó la distancia. Usó el hierro 8 para el golpe de aproximación y el palo cortó el aire con un sonido sordo. La pelota trazó una trayectoria perfecta y aterrizó en el green a unos centímetros del hoyo. Embocó la pelota con un putt perfecto.

Había rechazado la presencia de un caddie, de modo que recogió los palos y se dirigió a la siguiente salida. Ensimismado, de repente se dio cuenta de que una pelota de golf surcaba el aire, directa a su cabeza. La voz llegó unos segundos demasiado tarde.

—¡Joder! ¡Agua! Digo, ¡aire! ¡Ah, agáchate, tío!

Nate se agachó justo a tiempo. Un hombre joven se acercó corriendo y se detuvo en seco. En su cara se percibía una mezcla de indignación y confusión mientras observaba cómo la pelota rodaba zigzagueando por la hierba hasta caer en el búnker, muy lejos de la calle.

Nate meneó la cabeza.

—Mala suerte. Lo siento.

El recién llegado miró la colina y luego la pelota hundida en la arena.

—Espero no haberte estropeado el juego. Esto... ¿ha sido un buen golpe? Está más o menos cerca del hoyo.

Nate soltó una carcajada, pero luego se dio cuenta de que el hombre no bromeaba.

—Pues no, ha sido un golpe espantoso. Te has salido de tu calle y te has metido en otra. Estás en el primer hoyo, ¿no? Eso quiere decir que apuntabas hacia allí. —Señaló en la dirección contraria.

El hombre encorvó los hombros.

—Sí, ya veo que no lo voy a conseguir en la vida. Gracias de todos modos.

El desconocido se alejó, pero su frustración suscitaba algo en Nate. Distinguió un tatuaje muy interesante que le subía por el cuello y se enroscaba detrás de una oreja. Parecía un tío de los que le gustarían a Kennedy, moderno y con un aura peligrosa que era imposible aprender. O se tenía o no se tenía.

Nate contuvo el desánimo que lo asaltó en ese momento.

—Oye, ¿necesitas ayuda? Puedes jugar conmigo unos cuantos hoyos, así te daré algunos consejos.

El hombre se detuvo y se volvió para mirarlo.

—No, si he aprendido algo es que la gente se toma muy en serio el golf. No quiero estropear el día con mis nociones de preescolar. Quería apuntarme a unas clases, pero mi horario es de locos. Así que opté por el método de inmersión, pero parece que no funciona.

Nate sonrió. Le gustaba la seguridad de ese hombre y que no le importara quedar como un idiota con tal de aprender. Muchos tenían un ego tan grande que no ponían un pie en un campo de golf sin pasar por un adiestramiento básico. Sobre todo en el recorrido oeste, que no estaba a su alcance.

—No te preocupes, es un día tranquilo, solo estoy matando el tiempo. No me importa.

Sus ojos azules sorprendieron a Nate por la expresión tan directa con la que lo miró. Tuvo la sensación de que lo estaban analizando en profundidad.

—Vale, siempre que no te importe.

—Coge tus palos. Te espero aquí.

—¿Qué palos? Solo he traído este.

A Nate se le escapó una sonora carcajada. Ojalá no creyera que se estaba riendo de él... En ese momento, como si se hubiera percatado de lo ridícula que era su respuesta, el hombre esbozó una sonrisa y se echó a reír.

—Lo sé, lo sé, patético, ¿verdad?

—Usaremos los míos. Me llamo Nate.

—Wolfe. —Su apretón de manos fue firme—. Te lo agradezco.

—No hay de qué. No me gustaría perder a un golfista en potencia. ¿Hay algún motivo por el que te hayas propuesto empezar a jugar?

Echó a andar hacia el siguiente hoyo, con la bolsa de los palos colgada al hombro y la cara vuelta hacia el sol.

Wolfe lo siguió.

—Trabajo en un hotel y estoy intentado ganarme a un cliente muy importante. Hace negocios con mucha gente que viene a Nueva York y se queda varias semanas, y estoy intentando que abandone el Waldorf. El único problema es que está obsesionado con el golf. Juega en su club a todas horas y solo cierra tratos durante un partido. He sido incapaz de concertar una cita, ni siquiera una videoconferencia. Así que llegué a la conclusión de que solo había una forma de lograrlo: ir a su terreno. Aprenderé a jugar, conseguiré una invitación a su grupo y luego obraré mi magia.

Nate meneó la cabeza.

—No es por aguarle la fiesta, pero la cosa no funciona así. Nadie va a un partido de golf, juega unos cuantos hoyos y cierra un trato. Eso solo pasa en las películas.

—No fastidies...

Nate se echó a reír de nuevo. Sin duda era un tipo simpático.

—Si juegas mal o desconoces las reglas, lo insultarás. Te recomiendo que te apuntes a unas clases, que te familiarices con el juego y alcances un nivel decente, y luego lo busques.

—Mmm, hay un problemilla.

—¿Cuál?

—Tengo que cerrar el trato dentro de un par de semanas como muy tarde.

Nate dejó la bolsa de los palos en el suelo y se rascó la barbilla. La

estudiada barba de dos días picaba horrores.

—Pues creo que lo llevas crudo. A menos que te den clases todos los días. Así lo conseguirías.

Wolfe gimió.

—Trabajo día y noche. Puedo tomar unas cuantas clases, sí, pero necesito la vía rápida. ¿No existen libros en plan *Golf para tontos* o *Cómo triunfar en el golf en quince días*?

—No.

—Eres de los directos, ¿eh?

—Ajá.

Wolfe lo miró con una sonrisa.

—Bien. Estoy harto de aguantar gilipolleces.

—Me lo imagino. ¿Qué hotel?

—Purity.

—Ah, sí, vais a abrir en Manhattan. Bonito sitio. Con razón necesitas aprender a jugar al golf. La mayoría de los ejecutivos de hoteles son jugadores entusiastas.

—A mí siempre me han ido más los videojuegos. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo para una pequeña empresa privada que pretende mandar a la gente al espacio. Estudio la propulsión y estoy intentando encontrar una forma más económica y barata de llegar a Marte.

—¿Eres ingeniero aeroespacial? Genial.

De repente, Nate supo que iba a ser un día estupendo.

—Sí. Oye, a lo mejor te puedo ayudar. Deja que estudie tu postura y que haga algunos cálculos. Estoy trabajando en un programa particular que parte de teoremas físicos para calcular una secuencia que mejore tu habilidad con más rapidez. Pero tendría que grabarte en vídeo.

Wolfe lo observó de nuevo y Nate esperó a que él se decidiera. Había

percibido desde el principio cierta oscuridad en su interior, pero el instinto lo animaba a ayudarlo. Necesitaba expandir sus horizontes más allá de sus colegas de trabajo y de su hermano. Emprender un proyecto especial tal vez fuera lo que necesitaba para olvidarse de su sexy y cautivadora casamentera.

—¿Seguro que no vas a perder mucho tiempo?

—Segurísimo.

—En ese caso, adelante. Muchas gracias.

—De nada.

Se sonrieron y se pusieron manos a la obra.

Kennedy se sentó en el reservado, tomó su cóctel, un margarita Skinny Girl, y bebió un buen trago. El tequila suavizó las penas del día, incluido el recuento de calorías. Desde el episodio del helado, solo se alimentaba de yogur griego y de pechuga de pavo a la brasa, y no había ingerido un solo hidrato de carbono en las últimas cuarenta y ocho horas.

A lo mejor por eso estaba tan irritable.

—Cariño, ¿otra dieta? —Kate la miró con compasión desde el otro lado de la destartalada mesa.

El círculo íntimo de Kennedy sabía de su eterno tira y afloja con la comida, aunque se alegraba de haber conseguido alcanzar un equilibrio saludable la mayor parte del tiempo. Se vigilaba constantemente y, a esas alturas, ya era capaz de controlarse cuando empezaba a obsesionarse demasiado con la ingesta diaria de calorías o si faltaba al gimnasio. Pensaba en la anorexia como en el alcoholismo. Estaba en una fase de recuperación continua y jamás se curaría. Una mirada retorcida en el espejo podía funcionar como un catalizador que la indujera a matarse de hambre, pero ya llevaba cinco años sin sufrir una recaída. Era raro, pero con Nate al lado le resultaba mucho más relajado caer en la tentación. Después de las patatas fritas y del helado, no se machacó al llegar a casa. En realidad, se sintió... más contenta y satisfecha.

Pero las antiguas ansiedades reaparecieron más tarde y tuvo que

prometerse que sería más estricta que nunca con lo que se metía en el cuerpo.

Se concentró en Kate.

—Siempre luchando contra el enemigo, los hidratos de carbono.

—Hagas lo que hagas, no abandones el chocolate. La última vez que lo intentaste, Arilyn estuvo a punto de presentar la renuncia.

La aludida se echó a reír. Su risa era tan clara como el tañido de las campanas.

—No le tengo miedo a Kennedy.

—Si sigues vistiéndote así los viernes por la noche, ya puedes empezar a tenerlo. ¿Cómo vas a pescar a un tío bueno con esos pantalones de yoga?

Arilyn parecía demasiado ufana y satisfecha.

—Ni falta que me hace. Hemos vuelto.

Kate se mordió el labio. Su expresión se volvió preocupada.

—Es genial, pero... bueno, ¿ha decidido practicar la monogamia contigo?

Arilyn se encogió de hombros y probó su martini de manzana.

—No hemos hablado del tema en concreto, pero se da por supuesto.

Kennedy se dio unos golpecitos con un dedo en la barbilla.

—Cariño, eso de «dar por supuesto» algo en temas de sexo implica una cosa: que acabas haciendo el tonto.

Arilyn frunció el ceño, lo que estropeó sus preciosos rasgos. Kennedy llevaba años intentando hacerle un cambio de imagen, pero ella se negaba. Su estilo de vida, firmemente implantado en el yoga y la meditación, la alentaba a usar algodón orgánico y productos cosméticos no perjudiciales para el medio ambiente, además de que minimizaba todos sus encantos femeninos.

—Que yo sepa, aquí tonta solo hay una.

Kate se echó a reír.

—A ver, es que estamos preocupadas. La última vez que lo pillaste con una de sus alumnas, acabaste con depresión. Queremos que seas feliz.

—Soy feliz. Pero es complicado. Después de una temporada de meditación profunda, descubrió que no puede vivir sin mí. Ya no se irá con otras.

Kennedy luchó contra el impulso de ir en busca de ese gilipollas a su centro de yoga y practicar unos cuantos movimientos de kickboxing con su cara. Al final controló la furia y se concentró en el alcohol.

—¿Cómo es que todavía no lo conocemos?

Arilyn se removió en el asiento.

—No queremos que nuestra relación sea oficial. Por lo menos de momento.

Kate intercambió una mirada con Kennedy y, como buenas amigas, llegaron a la misma conclusión telepática. Ese tío acabaría haciéndole daño a Arilyn otra vez y después les tocaría a ellas hacerle daño a él. Ambas coincidieron en que tenían que estar a favor de su amiga y seguirle el juego con entusiasmo.

—Lo entendemos. Parece un plan estupendo y puedes contar con mi apoyo —dijo Kate.

—Con el mío también.

Arilyn se tranquilizó.

—Gracias. Bueno, ponnos al día sobre Eliza Doolittle. Ming tuvo éxito y Benny lo ha bordado. ¿Verdad que dijiste que ibas a llevarlo al gimnasio?

Kennedy le quitó el paraguas al cóctel y empezó a revolverlo.

—Ajá. ¿Os suenan las clases de zumba?

Kate puso los ojos como platos.

—No. No habrás sido capaz.

—Sí.

Arilyn estalló en carcajadas.

—¡Madre mía! Eso tuvo que ser mejor que la sesión de yoga de Slade. Eres genial.

Kennedy se enorgulleció de sí misma.

—Gracias. Necesitaba superar parte de los complejos que tenía con respecto a su cuerpo. Normalmente vive ensimismado en sus pensamientos y se tortura por las ansias de alcanzar la perfección en todo lo que hace.

—Mmm, ¿seguro que no es una versión masculina de ti? —le preguntó Arilyn.

—Qué graciosa. Ser perfeccionista no tiene nada de malo. Voy a mantenerlo en la clase de zumba unas semanas.

—A ver, la piel, el pelo y el ejercicio ya están. Lo siguiente es la ropa, ¿no?

—He tenido que adelantar la terapia de juego de rol. Es demasiado intensa y suele asustar a la gente. ¿Por qué no me echáis una mano? A lo mejor podemos quedar en un bar y ensayar un poco con distintas personalidades antes de organizarle las primeras citas.

Kate pareció ponerse muy contenta.

—¡Me encanta! ¿Puedo hacer de zorrón desagradable esta vez?

Kennedy puso los ojos en blanco.

—Si te gusta...

—¿Estás contenta con sus progresos hasta el momento?

Decidió no enfrentar la penetrante mirada de Arilyn.

—Desde luego. Hay mucho bajo la superficie que la gente no llega a ver. Creo que estará preparado para la cita múltiple dentro de una semana o dos.

—Te gusta.

Las palabras de Kate sonaron como una acusación. Kennedy trató de hablar con voz despreocupada.

—Es un tío agradable. ¿Por qué no me iba a gustar?

—No, no, no me refiero a eso. Cuando hablas de él, tu expresión se vuelve rara. ¿Te pone el cerebritito científico?

—¡No! —Apuró de un trago el cóctel y rezó para no ponerse colorada. Por Dios, ella jamás se ruborizaba, ni siquiera cuando practicaba el sexo telefónico—. Ni se te ocurra emplear tus dones de bruja conmigo. Búscate una nueva pareja a la que hincarle el diente y déjame tranquila.

Arilyn suspiró.

—¡Te gusta! Te has puesto colorada.

Kennedy levantó la cabeza y resopló con altivez.

—Qué tontería. Es el alcohol y el calor que hace aquí dentro. ¿A qué esperan Genevieve y Jane?

—¡Y encima cambia de tema! —exclamó Kate entusiasmada—. ¿Por qué te asustas así? A mí me encantan los empollones. Tal vez te convenga.

Kennedy se echó hacia atrás.

—A ver, dime, ¿cómo sabes que me conviene?

En esta ocasión, fueron sus amigas las que intercambiaron una mirada y un pensamiento.

—Ken, hace un montón de tiempo que no te gusta un hombre —contestó Kate con delicadeza—. Los viernes y los sábados quedas con tíos distintos y aun así pareces desilusionada.

—Mi vida sexual va bien.

—No estamos hablando de sexo —replicó Arilyn—. Estamos hablando de entablar un vínculo. ¿Y Mark? Parecía cumplir todos tus requisitos.

—Tenía la espantosa costumbre de oler los calzoncillos y los calcetines antes de ponérselos.

—Eso se llama «ser un hombre». ¿Y Sam?

En cuanto se vio contra las cuerdas, presionada por sus dos amigas, alzó la barbilla.

—Sam tenía los pies más feos del mundo. Cada vez que nos metíamos en la cama y me rozaba con el dedo gordo, me ponía mala.

Kate enterró la cara entre las manos.

—No me lo puedo creer. ¿Y Tim?

—Estaba obsesionado con lo sobrenatural. Veía los programas de televisión sobre fantasmas y su objetivo profesional era convertirse en un investigador paranormal.

Arilyn asintió con la cabeza.

—Bueno, admito que ese era raro. Pero lo que intentamos es que veas que encuentras defectos a todos los hombres. Cuando llegas a la cuarta cita, ya tienes una lista de excusas para justificar tu decisión de dejar de verlo.

Kennedy hizo una mueca. Arilyn se había puesto en modo terapeuta, vaya por Dios. Era consciente de que sus mejores amigas tenían razón, pero no sabía qué hacer para cambiar las cosas. A todos los hombres parecía faltarles algo. Cada vez que uno trataba de acercarse demasiado, erigía una muralla interior que ni una bomba nuclear podría derribar. Era más fácil concentrarse en el plano físico. En las sensaciones, en un orgasmo, en las risas compartidas. Una relación más profunda no parecía funcionar nunca.

—¿Qué tiene que ver esto con el científico? —preguntó.

Kate la miró muy seria.

—No lo sé. Pero si te interesa, aunque solo sea un poco, lánzate. No tienes nada que perder.

El recuerdo del primer beso, dulce y apasionado a la vez, sobrevoló su cabeza. ¡Por Dios! ¿Y si se lo contaba a sus amigas? No, no volvería a repetirse, y además ellas se obsesionarían y la volverían loca. Callárselo no era mentir exactamente. Solo se trataba del instinto de supervivencia, surgido en pleno interrogatorio, tan exhaustivo como el que sufriría un prisionero de guerra. Apuró el cóctel y meneó la cabeza.

—Chicas, no es más que un cliente. No me lío con los clientes. Recordad

que esa es nuestra regla número uno, dos y tres, si queremos que Kinnections tenga éxito.

Kate esbozó una sonrisa deslumbrante. Su pelo rubio platino brillaba como si un halo le rodeara la cabeza.

—Pues yo rompí las reglas, y menos mal que lo hice.

—Slade es diferente. Sentiste el toque con él y sabías que estabais hechos el uno para el otro. Nate necesita ayuda profesional para encontrar a su pareja. Si me pica y dejo que él me rasque, puedo acabar haciéndole daño y estropeando sus posibilidades en Kinnections.

—Ah, así que te atrae...

Pasó del comentario arrogante de Arilyn y agitó una mano en el aire.

—A ver, admito que me intriga. Pero porque es un desafío. Por lo general, en la relación entre terapeuta y paciente se produce una conexión emocional. O entre un profesor de yoga y su alumno.

Arilyn la miró echando chispas por los ojos.

Kate intervino.

—Resumiendo, que estamos aquí por si nos necesitas. Y que te apoyaremos si cambias de opinión.

El mal humor de Kennedy se esfumó y fue reemplazado por la alegría ñoña de la verdadera amistad.

—Os quiero, chicas. Gracias. Y os prometo que mañana comeré pan.

—Menos mal.

Pidieron otra ronda y jugaron una partida de dardos. Cuando regresaron a la mesa, Genevieve y Jane aparecieron por la puerta y sortearon la multitud hasta llegar junto a ellas. Genevieve era amiga íntima de Kate, pero todas habían acabado formando una piña desde que fundaron Kinnections, y se habían convertido en un grupo inseparable. Genevieve se había comprometido con un médico que estaba cañón y que también era su jefe en

el Westchester Medical Center, el hospital donde trabajaba como cirujana residente. Kate estaba preocupada por su alarmante delgadez y por el agotamiento perenne que padecía, ya que trabajaba sin descanso y además estaba planeando la boda. Era una mujer menuda y llena de energía, pero esa noche parecía muy apagada. Llevaba el pelo castaño recogido en una coleta e iba vestida de negro de arriba abajo, pantalones, camisa y zapatos planos. En cuanto miró esos ojos azules tristes, esa sonrisa cansada y la estrecha cintura, Kate tuvo una extraña premonición. Algo iba mal. Genevieve mostraba una serie de síntomas que ella conocía muy bien. Luchar contra los demonios interiores robaba la luz y la fuerza del alma de cualquier persona. Se dijo que tenía que mantener una charla a solas con ella.

Jane era la hermana de Slade y había conocido a su prometido gracias a Kinnections. Kennedy estaba orgullosa de la pareja y de la serena felicidad que irradiaba el rostro de la chica. Siempre había sabido que Jane, que en el pasado carecía de atractivo en más de un sentido, era una mujer guapa que necesitaba incrementar la confianza en sí misma. La transformación que había sufrido era tanto interna como externa. Gracias a la terapia con Arilyn, a la paciencia de Kate y a las habilidades de Kennedy a la hora de hacer cambios de estilo, Jane había florecido y había encontrado el amor.

Kennedy repasaba los éxitos de otras parejas cuando el sueño la eludía por las noches. Su trabajo ayudaba a otras personas. Al final, todos los años de esfuerzo, de superación y de tristeza habían merecido la pena. Y tal vez algún día ella también encontraría la felicidad en el amor.

Recordó de nuevo los labios de Nate pegados a los suyos.

Desterró la imagen un instante después.

—¿Cómo vais, chicas? ¿Listas para las fiestas de compromiso? —les preguntó Ken.

Gen suspiró.

—Debería haber contratado a alguien para que organizara la boda, pero David dice que es mejor controlar todos los detalles, porque así nos aseguramos de que todo sale a la perfección. La gran noticia es que he decidido mudarme.

Kennedy se percató de que las miraba a todas con nerviosismo, como si temiera sus críticas. Kate soltó un gemido.

—¡Nooooo! Voy a echarte de menos como vecina. ¿Quién va a alimentarte ahora y a darte la dosis de cafeína?

Gen sonrió.

—Yo también voy a echarte de menos, pero David cree que es lo mejor. Es una tontería que vaya con mis cosas de un lado para otro, y su casa es más grande y está más cerca del hospital. Eso sí, estoy pensando en alquilar la mía. No quiero venderla.

Kennedy pensó de repente en Nate y en Connor. La idea tomó forma poco a poco, pero al cabo de un instante había alcanzado el tamaño de las habichuelas mágicas de Jack. Nate necesitaba casa propia si quería entablar una relación íntima y seria. Tenía que apañárselas de alguna manera para convencer a Nate y a Connor de que uno de los dos debía mudarse. ¿Y si les ofreciera la casa de Gen? Cambiando algunas cosas y con unos cuantos muebles de aire más masculino podía funcionar.

—Mmm, Gen, es posible que conozca a alguien dispuesto a alquilarla una temporada.

—Genial. Haré una copia de la llave y tú ya me avisas cuando quieran verla.

—Vale.

Pasaron unas cuantas horas. Ken se relajó bajo el influjo del alcohol, de la buena conversación y de las risas. A decir verdad, las amigas eran el mejor

remedio para los desafíos de la vida. Al fin y al cabo, ¿quién necesitaba a los hombres? Después del orgasmo, todo iba cuesta abajo y sin frenos.

El jaleo aumentó de repente en el bar con la llegada de un grupo de universitarios, que empezaron a beber cerveza con un embudo. Kate suspiró.

—Me estoy haciendo mayor. No aguanto tanto ruido. ¿Nos vamos?

—No, todavía es temprano —contestó Gen, entre hipidos—. ¿Y si vamos a mi casa dando un paseo? Ken, podrías hacer unas fotos con el teléfono y enseñárselas a tu amigo.

—Un buen plan. Vamos, señoras. A dar un paseo.

Salieron de Mugs al aire de la noche. Aunque eran más de las once, la calle estaba muy animada. Las luces brillaban en las tiendas, la música aún sonaba en las cafeterías, desde rock duro hasta melodías más suaves, dependiendo del estilo de la clientela. En el cielo relucía la luna llena, naranja y redonda, como si acabaran de sacarla de un libro de cuentos para niños. Las parejas paseaban por el pueblo cogidas de la mano mientras comían dulces, y las terrazas estaban llenas de grupos de gente fumando y bebiendo vino.

Kennedy agarró del brazo a Kate para evitar que ambas acabaran en el suelo por culpa de los tacones. Jane, Arilyn y Gen no paraban de reír y de cantar canciones pop desafinando. Por fin llegaron a la casa de Gen, una construcción de una planta, y entraron en el salón. Era una estancia pequeña pero limpia, y el mobiliario de líneas sencillas ayudaba a crear la sensación de mayor amplitud. Las paredes estaban pintadas de blanco mate, y salpicadas con intensos azules y amarillos. El suelo de madera estaba cubierto por una alfombra trenzada enorme que servía para delimitar el salón de la cocina, donde había una mesa rústica de pino, una isla pequeña y una encimera que hacía las veces de mesa de desayuno. Ken hizo unas cuantas fotos mientras Gen abría otra botella de vino. Se trataba de un lugar no demasiado femenino y con elementos de mucho carácter, desde los escalones

irregulares que llevaban al ático, pasando por la bañera con patas en forma de garras, hasta los ventanales de guillotina con cuarterones y contraventanas. Solo tenía que convencer a Nate de que había llegado el momento de ponerle fin al dúo fraternal.

Gen repartió las copas.

—Oye, Kate, tengo que devolverte los libros que me prestaste. Siempre se me olvida llevártelos. —Se acercó a la estantería situada en un rincón y cogió un montón de ejemplares—. El del tartamudeo es fantástico, me ha ayudado mucho con uno de mis pacientes.

—Ah, me alegro, pero puedes quedártelo si quieres. Tengo tantísimos que la estantería se me ha quedado pequeña —repuso Kate.

—David no quiere que lleve muchas cosas. Dice que casi todo lo que tengo son trastos.

—Vale, como quieras. —Kate cogió los libros—. ¡Ay! —exclamó al tiempo que apartaba las manos, dejando que los libros cayeran al suelo—. Maldita sea, el libro ese me ha soltado otra descarga.

—¿Qué libro?

Ken extendió el brazo y cogió un ejemplar con las tapas de tela morada. Era pequeño y cuadrado, y el título rezaba: *Libro de hechizos*.

Kate frunció el ceño mientras se frotaba la mano.

—Te juro que está hechizado o lo que sea. ¿No se lo ibas a dar a Izzy?

Gen se puso muy seria.

—No. Pensaba que se lo tomaría a broma y que a lo mejor hacíamos juntas ese ridículo hechizo, pero hemos discutido otra vez y ahora no me habla. No sé siquiera si vendrá a la fiesta de compromiso.

—Lo siento, cariño. Tu hermana está pasando por una mala racha, pero al final lo superará y encontrará su camino. Estoy segura de que asistirá a la fiesta. Ya verás, será estupenda —le aseguró Kate.

Kennedy abrió el libro. Al mover la tapa, captó un olor a moho. Empezó a hojearlo.

—¡La bomba! ¡Es un hechizo de verdad! Un canto a la Madre Tierra. Qué fuerte.

Arilyn resopló.

—Los hechizos solo son formas imaginativas de intentar controlar el futuro cuando nos sentimos perdidos y desorientados.

—¿A que no eres capaz de hacerlo? —la retó Kennedy.

Arilyn la miró como si hubiera perdido el norte.

—¿Cómo? Yo no necesito un hechizo de amor, estoy muy contenta con mi relación actual. Gen, Jane y Kate están comprometidas. Eres tú quien necesita encontrar a don Perfecto, guapa.

Jane soltó una risilla tonta.

—¿Os acordáis de cuando éramos pequeñas y jugábamos a la güija? Siempre nos picábamos para ver quién se atrevía a llamar a algún famoso muerto. —Fingió estremecerse de miedo—. Esos temas me ponen los pelos de punta. Me dan terror.

Gen se encogió de hombros.

—Yo lo haría si no estuviera comprometida. Vamos, Ken. ¿A que no eres capaz de hacerlo?

Kennedy dejó el libro en la mesa.

—Creo que el amor verdadero te ha atrofiado las neuronas.

—Va, sí. Ya no hacemos locuras.

Kate rio entre dientes.

—¿Os acordáis de cuando fumamos el porro de mi madre mientras veíamos *Cómo eliminar a su jefe*?

Arilyn soltó un hipido.

—Lo que nos reímos. No recuerdo la mitad de lo que hicimos aquella

noche, está todo como borroso.

—Oye, esa me la perdí —protestó Gen, indignada.

—Estabas trabajando —le recordó Kennedy.

—Además, es ilegal. Nosotras podemos hacerlo porque no somos médicos.

—Ah, vale. Pero ahora me debéis una. Hagamos algo esta noche.

Kate soltó una carcajada.

—¿El qué? Nada de drogas, no quiero cometer más delitos de momento.

Ya estamos bebiendo. Y aquí en Verily no podemos salir desnudas a la calle.

—Mmm, esa no está mal —murmuró Kennedy.

—Ni hablar.

—¡Hagamos el hechizo todas juntas! —gritó Gen.

Kate se llevó un puño a los labios. Cerró los ojos y después susurró:

—Yo ya lo hice.

Ken la miró.

—¿Qué es lo que hiciste?

—El hechizo. Hice el hechizo de amor.

—¿Antes de Slade?

Kate asintió con la cabeza.

—Ajá. Bueno, no creo que haya influido en que Slade y yo hayamos acabado juntos, pero fue un poco raro. Así que no pienso repetirlo.

Jane se echó a reír.

—Yo tampoco voy a hacerlo. Estoy loca por Tim, y no quiero fastidiar las cosas.

Gen agitó una mano en el aire.

—Yo también estoy feliz, pero lo haré. ¿Arilyn? ¿Ken? ¿Os apuntáis?

—¿Quieres hacerlo aquí? —preguntó Kennedy—. ¿Ahora?

—Claro. Léelo en voz alta y dinos qué tenemos que hacer.

Arilyn se mordió el labio inferior.

—Yo no lo tengo claro. No creo en lo sobrenatural, ni en los hechizos, ni en los falsos dioses.

—Venga ya, Ari, apúntate. Hazlo por mí, ¿vale?

Arilyn pareció notar la emoción de Gen por el hecho de hacer algo ridículo todas juntas y acabó asintiendo con la cabeza.

—Vale, lo haré.

—¡Sí! ¿Qué necesitamos?

Kennedy hojeó el libro.

—Dos hojas de papel por cabeza para hacer una lista con las características que buscamos y deseamos en nuestra alma gemela. Una la quemamos y la otra tenemos que esconderla en casa debajo del colchón. —Guardó silencio un instante, mientras hojeaba el resto del librito—. Después recitamos unas palabras a la Madre Tierra. —Leyó la plegaria.

—No suena nada mal —dijo Arilyn—. Una bendición y un agradecimiento a la Tierra. Puedo hacerlo.

Gen se levantó del suelo y desapareció por el pasillo. Regresó con folios, bolígrafos y una vela a medio consumir.

—Kate, ¿puedes traer una cacerola de la cocina?

Jane soltó una carcajada.

—Estáis locas.

Gen repartió los folios y los bolígrafos.

—Venga, todas a hacer las listas.

—Aconseja que no pienses demasiado —les advirtió Kennedy—. Que confíes en tu instinto y escribas lo que te salga del corazón.

Inclinó la cabeza y escribió el número uno. ¿Qué buscaba en un alma gemela? ¿Qué necesitaba? Animada por el agradable efecto de los margaritas que habían suavizado sus defensas y por la compañía de sus amigas, intentó no analizar ni meditar mucho. Escribió las cualidades del hombre con el que

siempre había soñado en secreto. Unas características que ningún hombre podía tener, claro. Pero jugó limpio y no trató de saltarse las normas. Al fin y al cabo, esa era la regla principal en todos los juegos de chicas. Respetar el juego por ridículo que pareciera.

Después de haber escrito las dos hojas de papel, Kate encendió la vela y la colocó dentro de la cacerola.

—Vale, Ken, lee la plegaria y después quemáis las hojas.

Kennedy leyó la corta plegaria, y después lo hicieron Arilyn y Gen. Acto seguido, quemaron las hojas, que no tardaron en acabar ennegrecidas y convertidas en ceniza. Algunos trocitos se elevaron por el aire mientras se quemaban. Todas observaron en silencio hasta que la última hoja se hubo consumido.

Kennedy extendió un meñique.

—Prometedme que vais a llevaros la segunda hoja a casa y que vais a guardarla debajo del colchón.

—Te lo prometo —dijo Arilyn con solemnidad.

—Te lo prometo —repitió Gen.

Kennedy bajó la mano. Todas se miraron, como si por un segundo casi se arrepintieran de haber hecho algo tan impulsivo y juvenil como un hechizo de amor.

Casi.

Y entonces Kennedy estalló en carcajadas. Todas la siguieron, hasta que acabaron llorando de la risa y Gen juró que se había hecho pis encima.

Un hechizo de amor.

Sí. Claro.

—Estás raro, tío.

Nate miró a su hermano. Lo acompañaban sus dos colegas de trabajo, que también estaban borrachos. Connor se llevó la tercera botella de cerveza a los labios sin quitarle la vista de encima. Nate echó mano de toda su paciencia y preguntó:

—¿En qué sentido?

—Te has cortado el pelo. A las tías les gustan los tíos con pinta de roqueros. Ahora pareces normal.

—Ser normal está bien.

—Supongo. ¿Y por qué llevas barba de dos días? Podrías haber usado mi maquinilla de afeitar.

Nate bebió un trago de cerveza, limpió la mesa y clavó la vista en los *pretzels* del cuenco de madera con cierta aprensión antes de descartarlos. Rara vez sucumbía a los aperitivos compartidos. Mucha gente no se lavaba las manos y el resultado era una propagación bestial de gérmenes.

—Llevo perilla. Me la estoy dejando crecer.

Su hermano se quedó de piedra.

—No te estarás afeminando, ¿eh, tío? ¿Te has convertido en un metrosexual o algo así?

—No. Solo he cambiado de aspecto antes de la cita múltiple.

—Vale. Aunque lo del gimnasio está bien. ¿Haces pesas?

Evitó la mirada de su hermano.

—Ajá.

Y añadió para sus adentros: «Y he bailado como una nenaza para revelar mi diosa interior. Vaya humillación».

—Bien, esos sitios son estupendos para ligar. ¿Le has echado el ojo a alguna?

—Ya falta menos.

La camarera regresó a la mesa.

—¿Otra ronda?

Connor extendió un brazo hacia sus vaqueros y le puso la mano en la curva de la cadera.

—Claro, preciosa, que no nos falte. Tú asegúrate de venir a vernos con frecuencia. Hace mucho que no veía una cara tan bonita como la tuya. Te miro y me dan ganas de ser un hombre mejor.

¿Cómo?, pensó Nate. El comentario ni siquiera tenía sentido. ¿No era de *Jerry Maguire* o de alguna otra comedia romántica? Nate esperaba que la chica frunciera el ceño o pusiera cara de asco ante una frase tan absurda. En cambio, sonrió de oreja a oreja y guiñó un ojo.

—Es parte de mi trabajo, guapo. Tú asegúrate de que tampoco falten las propinas.

Connor soltó una carcajada y se acomodó en la silla.

—Esta tiene carácter. Igual la invito a salir.

Nate estaba furioso. ¿Cómo era posible que a su hermano le funcionaran esas chorradas? Si lo hubiera dicho él, tendría el ojo morado y lo habrían denunciado por acoso. Kennedy lo habría matado si hubiera recurrido a semejante frase. ¿Era ese el ambiente de los bares? ¿Se esperaba que el comportamiento en ese tipo de establecimientos fuera más relajado?

Decidió preguntar:

—Oye, ¿alguna mujer te ha dicho que no?

Su hermano resopló.

—Qué va. Te lo repetiré otra vez, Ned... digo, Nate. Solo tienes que halagar su físico y ser directo. Las mujeres odian las pamplinas sensibleras, los rodeos y a los hombres indecisos. ¿Lo pillas?

No, pensó. Aunque dijo:

—Sí, lo pilló.

Jerry entrechocó su botella con la de Connor a modo de brindis.

—Me alegro de verte por aquí, Ned. ¿Te has tomado un descanso y has dejado los cohetes para visitar los barrios bajos con tu hermano?

Connor le dio un puñetazo en el brazo.

—Lámalo Nate.

—Ah, pues vale. Oye, Connor, me han dicho que has solicitado el puesto de supervisor. ¿Y eso?

El hermano de Nate se encogió de hombros.

—Tengo tiempo, conozco el trabajo y soy capaz de manejar bien a la cuadrilla. ¿Por qué no?

Los ojos castaños de Jerry estaban enrojecidos. Su risa era un poco gangosa y a Nate no le caía muy bien, pero era amigo y compañero de trabajo de Connor desde hacía años.

—No es por nada, Connor, pero Ed va a solicitar el puesto también. Supongo que ya puedes olvidarte.

Su hermano se puso tenso. La desilusión se asomó a su cara, pero no tardó en ser reemplazada por otra cosa. Algo que hizo que Nate contuviera el aliento. Autodesprecio.

—Ah, no sabía que Ed quería el puesto. Entonces debería olvidarme.

Jerry le dio unas palmadas en la espalda.

—Sí, tío, se lo van a dar a Ed fijo. El jefe de obra lo aprecia mucho y además tiene un título universitario. No pierdas el tiempo.

—¿Por qué va a perder el tiempo? —le preguntó Nate—. Connor tiene las mismas posibilidades que Ed.

Su hermano clavó la mirada en la botella de cerveza.

—Qué va, Jerry tiene razón. ¿Para qué pasar por todo ese rollo cuando ya está decidido? Además, tendrá que hacer muchas horas extra y asumir más responsabilidad. ¿Quién quiere eso?

—Desde luego —convino Jerry—. Con, ¿has pillado cacho ya con aquella

chica tan mona? ¿Cuándo vas a aprender a compartir y a no quedarte con todas las mujeres?

—Es parte de mi encanto —bromeó Connor sin mucho entusiasmo, y dicho esto se sumió en el silencio con la cerveza entre las manos.

Nate percibió un cambio en su energía, una nube oscura que se cernió sobre su hermano como si se tratara de un espíritu maligno dispuesto a poseerlo. Era raro, pero Connor siempre actuaba como si disfrutara mucho de ese estilo de vida tan poco exigente. Se negaba a sacarse un grado universitario a distancia, y se reía cada vez que Nate se lo proponía porque, según él, solo había un cerebro en la familia. ¿Desde cuándo estaban encorsetados en los dichosos estereotipos? Llevaban tanto tiempo que ya se había convertido en algo normal. Incluso recordaba que su madre repetía con insistencia que él tenía el cerebro y su hermano el físico. ¿Quién era ella para juzgarlos? Los había abandonado para seguir con su vida y no sabía nada sobre ellos.

Parecía que Connor enfocaba toda su confianza en ligar con las mujeres. Tal vez él podía ayudarlo a cambiar las cosas. Así que dijo en voz alta:

—Prométeme que no retirarás la candidatura para el puesto de supervisor. Pasa de los demás.

Su hermano resopló.

—¿Para qué? No te preocupes.

—Lo digo en serio. Te he visto en la obra. Sabes cómo organizar a la cuadrilla, se te da bien la planificación y eres listo.

Su hermano volvió la cabeza y lo miró con cierto resentimiento.

—No, no lo soy. Y no quiero seguir hablando del tema.

—Tú te ves capaz de asumir esas funciones, ¿no? —lo retó Nate, renuente a claudicar.

—Sí. Pero a Ed le gusta vestir con esos trajes tan elegantes y reunirse

después del trabajo con los jefes. Es miembro del club. Tiene un grado universitario. Habla tan bien como tú. Yo no juego en su liga, tío.

Había llegado el momento de sacar la artillería.

—Con. «Hazlo por mí.»

Su hermano bufó.

—Al diablo contigo. ¡No puedes pedirme eso!

—Sí que puedo, ni que hubiera reglas. No tienes más remedio que hacerlo.

—¡Eso equivale a una promesa de meñiques entre tías! Hace años que lo hablamos... ¡No puedes obligarme a cumplirlo!

Nate sonrió.

—Sí que puedo y eso es lo que estoy haciendo. Hazlo o te llamaré nenaza el resto de tu vida.

Connor lo miró, furioso.

—Es lo más ridículo que he oído nunca.

Nate bebió un trago de cerveza.

—Lo que tú digas. Si quieres fingir que no te asusta ir a por un puesto importante, adelante. Nenaza.

—¡Joder! Vale, seguiré adelante. Pero ni uno más. No me pidas nada más después de esto.

Nate contuvo una carcajada, satisfecho. Acababa de pillarlo. Llevaban años enganchados a una serie de animación del canal Cartoon Network llamada *Historias corrientes* y cada vez que un personaje le decía a otro «Hazlo por mí», se convertía en un desafío que no se podía rechazar. Si se rehusaba, el personaje se ganaba el apodo de «nenaza» para siempre.

Todavía recordaba el día que su hermano lo obligó a conducir en pelotas por la manzana para demostrarle que nadie prestaba atención a los conductores. Sí. Lo que quedó claro fue que su hermano se equivocaba al

respecto, sobre todo cuando la policía llamó a su puerta porque alguien había denunciado su matrícula.

Cabrón.

Connor estaba mosqueado, pero a él le daba igual.

Se relajó y siguió disfrutando de la cerveza.

—**L**istas, chicas?

Estaban sentadas a la barra del Purple Haze, en Verily. El bar parecía una mezcla entre el estilo informal de Mugs y la elegancia de Cosmos. La decoración estaba compuesta por varios tonos de violeta, desde los asientos hasta las paredes, mucho cristal, espejos y luces para darle un toque fresco. Había varias pantallas de ordenador, así como otras enormes de televisión, para atraer a la fauna más tecnológica que quería tomarse una copa sin separarse durante mucho rato de sus aparatos. Acostumbraba a estar muy concurrido después del trabajo pero casi desierto las noches de los martes, y les ofrecía la intimidad necesaria para que el ejercicio se realizara en el ambiente adecuado.

Kennedy esperó a que sus amigas respondieran. Se trataba de un método atrevido que nunca habían llevado a la práctica y temía que le pusieran pegas. Kate y Arilyn se miraron antes de asentir con la cabeza.

—No soy partidaria de emplear este tipo de método en circunstancias normales, pero después de lo que nos has contado, voto por ello —contestó Arilyn.

Kate suspiró.

—Cuando me enteré de que le echó en cara a la pobre Bernadette que se

acercaba a los treinta, me entraron ganas de darle una bofetada. —Esbozó una sonrisa diabólica—. Pero esto es mucho mejor.

Kennedy soltó una carcajada.

—Recordad que vamos a ir poco a poco y que actuaremos según lo haga él. No quiero asustarlo, pobre, solo llevarlo al punto en el que se pare a pensar antes de abrir la boca. Tiene buen corazón. El problema es que ha seguido malos consejos sobre cómo tratar con las mujeres y tenemos que corregirlo. Nadie se ha tomado la molestia de explicarle lo que tiene que hacer. Pero su sentido del humor es muy mordaz, es inteligente y ha tenido éxito en el ámbito profesional, algo que ahora por fin aparenta.

En ese momento, Nate entró por la puerta, le echó un vistazo al interior del establecimiento y, en cuanto vio a Kennedy al otro lado del local, se concentró en su objetivo. Ella sintió que se le aceleraba el pulso muy a su pesar y que el estómago se le revolvió y luego se tranquilizaba. La perilla despertaría en cualquier mujer el deseo de acariciarlo, de explorar esos labios carnosos, de clavar la mirada en esos ojos. Si acaso se veían detrás de las gafas. Se recordó que lo siguiente sería que utilizara lentillas y conseguirle ropa decente. Había aparecido con su uniforme habitual: bata de laboratorio, pantalones baratos de tela brillante, zapatos ortopédicos (¿tendría algún problema que ella desconocía?) y manchitas de café por toda la pechera de la camisa. Sus ojos no la abandonaron en ningún momento mientras atravesaba el bar y llegaba hasta ellas.

—Buenas.

Kennedy contuvo una sonrisa al escuchar su habitual y breve saludo.

—Buenas.

—Siento no haber tenido tiempo para cambiarme. Me alegro de verte de nuevo, Kate. Hola, Arilyn.

Kate fue la primera en hablar.

—Espero que estés disfrutando de tu aventura en Kinnections. Kennedy es un hacha a la hora de transformar a los clientes y de infundirles seguridad.

—Sí. También habría sido una experta en la tortura de prisioneros de guerra para que revelaran secretos.

Kennedy se vanaglorió por el retorcido halago de Nate.

—¿Te estás topando con problemas en el camino hacia el amor verdadero? —le preguntó Arilyn—. Si lo necesitas, puedo organizar una sesión para ayudarte a superar cualquier obstáculo.

—No, gracias. Después de que una guerrera china me reventara el cuerpo, un gay gruñón me atacara con tijeras y una clase de zumba me dejara como una piltrafa, creo que está todo solucionado. ¿Qué toca hoy?

Kate se echó a reír. Kennedy meneó la cabeza.

—No seas tan exagerado, todo ha salido bien. Vamos a trabajar con los roles. Relacionarte socialmente y mantener una conversación parecen ser tus limitaciones.

—Eso me han dicho...

—Antes de nada, vamos a repasar unos cuantos primeros encuentros con diferentes resultados para que te acostumbres a tratar con distintos tipos de mujeres y entablar varios temas de conversación.

—Y yo que he cancelado mi revisión de próstata para venir...

—¿Por qué no hacemos el calentamiento con una serie de preguntas rápidas?

Kate dio una palmada.

—Me encanta. Es como el *Jeopardy*, pero mejor.

Nate ladeó la cabeza y lo meditó. Seguro que se creía que se le iban a dar genial las preguntas rápidas, supuso Kate, porque sin duda era un experto en ese tipo de cosas. Kennedy contuvo una carcajada. Nate no tardaría en darse cuenta de lo especial que era el juego.

—¿Cómo funciona esto?

—Te presentamos escenarios diferentes y tú nos ofreces una respuesta rápida. Está pensado con la idea de que mejores tus reflejos para enfrentarte a diferentes situaciones de la forma adecuada sin titubear demasiado. Antes de empezar, dime qué te apetece beber.

—Un Darth Maultini, por favor.

Las tres lo miraron estupefactas.

—¿Un qué?

Nate les devolvió la mirada con expresión sufrida.

—Una parte de vermut dulce, otra de vodka, otra de whisky, dos partes de granadina y dos rodajas de limón cortadas en cuartos y colocadas en el borde de la copa.

Kennedy se quedó boquiabierta.

—Estás de broma. ¿Por qué no una cerveza?

Kate soltó una risilla.

—No, me he quedado con todo. Ya lo pido yo. Fan de *La guerra de las galaxias*, ¿no?

—Un poco.

Kate pidió el cóctel mientras Kennedy sacaba el chisme de su bolso.

—Bueno, ya solo queda ponerte esto para empezar.

—¿Qué diablos es eso?

Kennedy abrió mucho los ojos, con esa expresión inocente por la que se morían los hombres.

—Un sencillo aparato que nos ayudará a medir tus respuestas a través de una serie de sensores eléctricos que corregirán tu comportamiento.

Nate retrocedió como si le estuviera enseñando una pitón.

—Es un collar. Un collar para perros.

Arilyn empleó el tono de voz sereno y melódico con que solía hipnotizar a

su presa.

—No, no es un collar para perros. Considéralo una banda equipada con un miniordenador para percibir las reacciones corporales y catalogar el comportamiento.

Nate se pasó una mano por el pelo y soltó una carcajada forzada.

—Ah, sois buenas. Esto es increíble, en serio. Es un collar eléctrico para perros. Podéis vendérmelo como os dé la gana, pero no pienso ponérmelo.

Kate deslizó el cóctel de Nate por encima de la barra.

—El camino hacia el amor verdadero es tortuoso. No me parece que seas de los que abandonan, Nate. Y tal vez no te haya gustado lo que Kennedy te ha obligado a hacer, pero quiero que pienses un momento. ¿Han funcionado esos pasos? ¿Te sientes mejor contigo mismo? ¿Crees que has experimentado un crecimiento personal y que te encuentras más cerca de tu media naranja?

Kennedy echó un vistazo a sus dos amigas. Dios, juntas eran buenísimas. Su fuerza individual y su energía se combinaban hasta envolver a su cliente para empujarlo en dirección al objetivo. Esperaron en silencio. Nate permaneció inmóvil mientras las observaba y repasaba cada paso, antes de detenerse en el arma que ella tenía en la mano. Pasaron varios minutos.

—De acuerdo.

Kennedy no titubeó. Le colocó la delgada banda de cuero alrededor del cuello, cerró la hebilla y le subió la camisa de un tirón para que le cubriera casi todo el collar. Tenía el mando a distancia en el bolso. No había motivos para asustarlo más ni para ponerlo sobre aviso de lo que estaba a punto de suceder. El elemento sorpresa era esencial, y si le explicaba demasiadas cosas, Nate se largaría sin mirar atrás.

—¿Y ahora? —preguntó él.

—Tranquilo, vamos a empezar con preguntas fáciles. Primero yo. ¿Me hacen gorda estos pantalones?

Nate se puso pálido y se atragantó con la bebida.

—¿Será esa clase de preguntas? ¿Te estás quedando conmigo? Quieres que fracase desde el principio.

Kate chasqueó la lengua.

—Nate, es la pregunta más fácil del mundo. La respuesta es no. No, no te hacen gorda. No, el maquillaje es perfecto. No, son unos zapatos estupendos. No, es culpa mía, no tuya. ¿Lo vas captando?

Nate terminó de toser, se limpió la boca e inspiró hondo. Kennedy estuvo a punto de compadecerse de él, pero aquello era necesario para que consiguiera pasar al siguiente nivel. Acarició con un dedo el botón del mando a distancia.

—¿Preparado?

—Sí, ya lo he pillado.

Kennedy lo fusiló a preguntas.

—¿Me hacen gorda estos pantalones?

—No.

—¿Quieres que pague yo la cuenta?

—No.

—¿Eres gay?

—No.

—¿Buscas un rollo de una noche?

—No.

—¿Tienes algún problema que debiera preocuparme?

—No.

—¿Te resulto atractiva?

—Sí.

Kennedy le levantó el pulgar. Nate soltó el aire que había estado conteniendo, bebió otro sorbo y relajó los hombros.

—Como aperitivo, no ha estado mal. Ahora vamos a por el primer plato.

Kate, tu turno.

—Soy la camarera buenorra que te está sirviendo. Acabo de anotar tu comanda. Suéltame tu mejor frase.

—Pásate a menudo por mi mesa. Hace mucho que no veía una cara tan bonita. Te miro y me dan ganas de ser un hombre mejor.

En cuanto lo dijo, Kennedy tuvo que contener una arcada.

Así que pulsó el botón.

Nate se sacudió y se levantó de un salto del taburete. La corriente eléctrica se extendió por su piel y Kennedy se imaginó descargas de energía recorriéndole el cuerpo y provocándole el dolor justo para obligarlo a concentrarse. Vio que se llevaba los dedos al cuello antes de mirarla con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ha pasado? —masculló él—. ¡Eso duele!

—Nate, de verdad, ha sido la peor frase que he oído en la vida.

—Cursi a más no poder —añadió Kate.

—Me has electrocutado —dijo Nate sin dar crédito.

Kennedy agitó una mano en el aire.

—Solo es una técnica para corregir el comportamiento. Un ligero calambrazo para que comprendas que te has pasado de la raya.

—Estáis locas. ¿Qué clase de agencia tenéis?

Arilyn rio por lo bajo.

—Lo sentimos, Nate, pero es por un bien mayor. ¿Qué te parece si lo intentamos otra vez?

Nate las miró fijamente mientras intentaba comprender cómo era posible que esas tres féminas letales le hubieran dado el equivalente a una descarga eléctrica y se las apañaran para parecer inocentes.

—No querrás darte por vencido ahora que se pone interesante, ¿verdad? —preguntó Kennedy.

Nate se tocó el collar y entrecerró los ojos.

—Mi hermano usó esa frase anoche y a la chica le encantó. ¿Seguro que sabéis lo que estáis haciendo?

Kate suspiró, irritada.

—Esa mujer era la excepción. Las mujeres detestamos esas cosas. ¿Tu hermano es Brad Pitt? Tal vez la conociera de antes y le estuviera gastando una broma.

Nate se rascó la cabeza.

—No es ningún Brad Pitt. Pero sí, la broma la hizo reír.

—Olvídate de lo que hace y dice Connor. Tienes que enfocarlo de otra forma o te machacarán.

—Muy bien. Vamos a repetirlo.

Se miraron entre las tres. Kennedy asintió con la cabeza. Kate recuperó las riendas.

—Imagínate una primera cita. Ella se inclina hacia ti después de la comida y te pregunta qué viene a continuación. ¿Qué le contestas?

Nate parpadeó.

—El postre.

Kennedy pulsó el botón.

Nate se estremeció y soltó un taco entre dientes.

—¿Qué pasa?

—Ha sonado como si quisieras llevártela a la cama. Eso no está bien.

—Me refería al postre de verdad, por el amor de Dios, no al sexo.

—Pues a mí me ha dado repelús. Deberías haber dicho «Lo que tú prefieras». En realidad, te estaba preguntando por el siguiente paso contigo, no por la comida.

—¿Qué tontería! ¿Por qué iba a usar la comida con ese sentido?

Kennedy se encogió de hombros.

—Las mujeres somos complicadas.

Arilyn añadió:

—Vacía la mente e imagínate un lienzo en blanco.

Nate era la viva imagen de la exasperación masculina, pero volvió a sentarse y fulminó a Kate con la mirada.

—Otra vez.

Kate se removi6 en el taburete.

—Dos mujeres hablan contigo. Te sientes atraído por una, pero no por la otra. ¿Qué haces?

—Me dirijo a la mujer que me gusta y le pido su teléfono.

Kennedy pulsó el botón.

Él se llevó la mano al cuello.

—¿Qué narices he hecho mal ahora?

Arilyn lo miró con expresión triste.

—Nunca se te ocurra pedirle el teléfono a una mujer delante de su amiga. Hay que hacerlo en privado. Te expones a la mayor de las vergüenzas si no le gustas a quien se lo pides, y además, si le gustas a la amiga, la que te gusta se sentirá mal por la otra y su amiga te odiará, así que es una situación en la que es imposible ganar.

—Me voy a casa.

Nate hizo ademán de desabrocharse el collar. Kennedy se abalanzó sobre él y le cogió las manos.

—Sé que resulta desconcertante, pero solo queremos ofrecerte algunos escenarios posibles. Lo verdaderamente importante es el juego de rol.

—¿Qué tipo de juego?

—Kate será la primera. Fingirá ser una desconocida en el bar y tú te acercarás a ella. La conversación surgirá a partir de entonces y así podremos analizar cómo te relacionas con las mujeres.

Nate soltó un suspiro de hastío, pero dejó de darle tirones al collar.

—¿Va a juzgarme por la primera frase que suelte para ligar? Porque se me dan fatal.

—No, límitate a saludarla; no se mostrará hostil. El ejercicio consiste en entablar una buena conversación, no en cómo te acercas a las mujeres. Siempre enseño la primera regla cuando se conoce a otra persona: saluda, di cómo te llamas y pregúntale cómo está. Es sencillo. No hay que ser científico aeronáutico.

—Ja, me parto.

—Arilyn y yo lo observaremos desde el final de la barra.

—Genial, tengo la sensación de estar en el casting de *America's Got Talent*. Pero en vez de darme la x, me electrocutan.

—Buena suerte.

Se alejaron unos cuantos taburetes más allá. Kennedy tenía que reconocerle el mérito, porque casi ningún hombre era capaz de soportar la presión del juego de roles, y aunque la cara de Nate era la viva imagen de la desdicha, se irguió y se lanzó a la piscina.

—Buenas... Me llamo Nate, ¿cómo estás?

Kate se dio media vuelta en el taburete y lo miró con una sonrisa sensual. Se había transformado en una mujer que buscaba un rollo de una noche. En una chica que quería sexo duro, una velada durante la cual olvidar sus problemas y nada de embarcarse en una relación a largo plazo. Kate escaneó todo su cuerpo mirándolo con los párpados entornados, devorándolo con los ojos. Se trataba de una situación de lo más trillada, a la que muy pocos hombres podían resistirse. Nate incluido.

—Hola, guapo —lo saludó con voz ronca—. Soy Wanda. Y mi día de perros acaba de mejorar muchísimo.

—El mío también. —Nate se sentó a su lado con la confianza por las nubes

ante el evidente coqueteo de Kate—. ¿Vienes por aquí a menudo?

Kennedy hizo una mueca, pero lo dejó pasar. Era una frase espantosa, pero no lo bastante para hundirlo.

—Sí, todas las noches. ¿Por qué no te había visto hasta ahora?

Kate se echó el pelo hacia atrás y extendió la mano para recorrerle un brazo con un dedo. Se inclinó hacia delante y Kennedy supo que Nate tenía ante sus ojos un primer plano de su canalillo.

Él carraspeó.

—Acabo de mudarme a este pueblo. Dime, Wanda, ¿a qué te dedicas?

Mmm, le gustaba centrarse en la profesión de las mujeres.

—Soy camarera.

Kennedy contuvo el aliento.

—Es un trabajo duro. Con razón has tenido un mal día.

Kennedy soltó el aire al oír la respuesta. Buen saque. No la había juzgado ni había cortado la conversación de raíz... Supuso que Connor nunca había sufrido un desengaño con una mujer que trabajase en la hostelería.

—Pues sí. Llevo no sé cuántas horas subida a estos tacones. —Kate movió una pierna y la mirada de Nate se clavó en unos sensuales zapatos de tacón de casi diez centímetros—. Necesito relajarme. Tumbarme un ratito. Tal vez salir de aquí. ¿Qué te parece?

La expresión de Kate gritaba «sexo». Nate puso los ojos como platos, como si acabara de ganar el premio gordo. Kennedy esperó a que diera una respuesta concreta.

Cosa que no hizo.

—Bueno, me parece que deberíamos conocernos un poco mejor. Averiguar si somos compatibles, pero ¿por qué no? Vamos, vivo cerca.

Ah, sí. La cabeza inferior siempre le ganaba a la que estaba sobre los hombros.

Bzzzz.

—¡La madre que...! ¡Se me ha insinuado!

Kennedy lo animó con una sonrisa.

—Lo estabas haciendo muy bien hasta ese momento. Has perdido de vista el objetivo. Quieres conocer a tu futura esposa, no liarte con cualquiera para disfrutar de una noche de sexo sin ataduras.

—No hay nada de malo en el sexo sin compromiso si las dos partes están de acuerdo. Connor me educó en esa filosofía.

—Tienes que recordar el objetivo en todo momento. Un rollo de una noche o una aventura pasajera te apartarán del camino, y nadie quiere salir con un tío que se acuesta con todo lo que se menea. Quieres encontrar a una buena chica, ¿no?

—Por el amor de Dios, no me acuesto con todo lo que se menea. ¿Así te comportas en todas tus clases de adiestramiento? Yo creo que es ilegal.

Parecía a punto de salir por patas, pero Kate le tocó el brazo y le murmuró algo al oído. Unos segundos después, él asintió por fin con un gesto seco de cabeza. Fulminó otra vez a Kennedy con la mirada y volvió a sentarse antes de concentrarse de nuevo en Kate.

—Ha estado cerca —susurró Arilyn.

—Sí, pero creo que ya es nuestro. Lo considerará como un desafío que se niega a perder.

—¿Qué me dices, guapetón? ¿Te apetece que cambiemos de sitio?

Kennedy intentó no soltar una carcajada al oír la voz de guarrilla de Kate y supo que su amiga se lo estaba pasando en grande con el personaje. Por lo general hacía de la chica buena de toda la vida.

—La verdad es que pareces una mujer fascinante. Me gustaría conocerte mejor antes de eso. Cuéntame cosas de ti.

Kennedy sonrió. Muy bien.

Kate puso carita de pena.

—Supongo que podemos hablar un ratito más. Bueno, soy madre soltera, trabajo en Mugs e intento sacar adelante mis estudios.

—¿Qué estudias?

—Estudio para ser masajista. —Pestañeó de forma exagerada—. ¿Te apetece que practique contigo?

Nate no cayó en la trampa.

—Acabo de leer un estudio sobre el incremento de la cuota de mercado para los masajistas. Ha habido un aumento de demanda de un tiempo a esta parte. Los expertos dicen que la gente necesita formación y estudios que les proporcionen un trabajo después de licenciarse, así que ha sido una jugada muy inteligente por tu parte.

Kennedy se hinchó de orgullo. Arilyn le levantó el pulgar a su amiga.

—Me alegra conocer a un hombre que por fin lo entiende. Quiero criar a mi hija como es debido.

—¿Cuántos años tiene?

—Doce. Es listísima y muy guapa. Ojalá que le vaya mejor que a su madre.

Kate pronunció aquello con un ligero resquemor para comprobar su reacción.

Nate se puso serio.

—Me parece que le estás enseñando a valerse por sí misma, a ser independiente y a perseguir sus sueños. Debe de ser un honor tener una madre como tú.

Kennedy sintió un nudo en la garganta por la emoción. Kate puso cara de sorpresa antes de que se le saltaran las lágrimas y le diera a Nate un apretón en la mano.

—Gracias. Me caes bien. Vamos a mi casa y te demostraré hasta qué punto

me gustas.

—Vale.

Kennedy cerró los ojos. Y apretó el botón.

—¡Ay! ¿Qué he hecho ahora?

Kennedy meneó la cabeza para expresar su decepción.

—Nada de sexo, Nate. Has pasado unos minutos con ella. ¿Te bastan para saber que quieres mantener una relación a largo plazo con esa mujer? El sexo es algo muy serio, no es para tomárselo a la ligera.

Nate se frotó la nuca y masculló una palabrota soez.

—Me gustaba, ¿vale? Y no hay nada de malo en querer mantener relaciones sexuales.

Arilyn sonrió con expresión comprensiva.

—Lo entendemos. Pero en Kinnections intentamos guiar a nuestros clientes para que consideren el sexo como un punto de inflexión. Animamos a que salgan en serio con alguien y a que mantengan una relación monógama antes de lanzarse a cualquier actividad sexual.

Nate las fulminó a ambas con la mirada.

—Pues deberíais habérmelo dicho para que supiera cuáles son las puñeteras reglas. —Apuró la bebida—. Venga, terminemos de una vez.

—Mmm, yo he terminado —dijo Kate—. Arilyn, te toca.

Nate miró con mucha atención a Arilyn mientras ella se sentaba en el taburete, como si fuera un lanzador de béisbol que está listo para dejar fuera de combate a Babe Ruth. Kennedy se preguntó si todo eso no sería una idea horrible. Nate disfrutaba de la competición y también le gustaba ganar. En ese momento consideraba el collar como algo a lo que vencer o morir en el intento, y Arilyn se interponía en su camino. Kate se colocó junto a Kennedy, en el lugar que antes ocupaba Arilyn, y la miró con preocupación.

Arilyn le dio la espalda a Nate y esperó. Estaba a punto de presentar a su

cliente al siguiente prototipo de mujer: la ansiosa por el compromiso, por enamorarse esa misma noche y por vivir felices y comer perdices para siempre. Nate se inclinó hacia ella.

—Buenas. Me llamo Nate. ¿Cómo estás?

Arilyn se dio media vuelta y lo miró con una sonrisa deslumbrante.

—Hola, Nate. Yo me llamo Wanda. Un placer conocerte. ¿Qué te trae por aquí entre semana? ¿Un día difícil en el trabajo? ¿Vives cerca? ¿A qué te dedicas?

Arilyn soltó la andanada de preguntas con gran habilidad, todas pensadas para que el hombre no pudiera concentrarse. Nate las ordenó y se tomó su tiempo para contestar.

—Me apetecía desestresarme tomándome una copa. Soy ingeniero aeroespacial y acabo de mudarme a Verily.

Arilyn abandonó su habitual serenidad y adoptó una actitud más dicharachera.

—Vaya, eso es increíble. Yo tengo una pastelería en el pueblo y trabajo a todas horas, así que hoy me he dicho: «Oye, necesitas salir más y divertirme un poco». Por eso he venido al Purple Haze y ¡mira a quién me he encontrado! Parece cosa del destino, ¿no? ¿Sabes a lo que me refiero?

Nate no titubeó, concentrado como estaba en llevar a cabo la misión con éxito.

—Sí, el destino puede ser maravilloso. Y con respecto al trabajo, tienes toda la razón, es un problema. Ahora mismo estoy metido de lleno en la investigación para una empresa del sector privado que quiere lanzarse a la carrera espacial y me cuesta mucho salir y relajarme.

Kate parecía impresionada, pero Arilyn no había terminado con él.

—¿Estás casado? ¿Tienes hijos? Me encantaría sentar la cabeza y formar una familia, ¡y tu trabajo parece alucinante! Lo cierto es que hoy en día hay

muchos hombres que solo quieren descubrirse a sí mismos, que no piensan en labrarse un futuro y que son un lastre para la sociedad. Oye, por lo general no soy tan directa, pero me gustas. ¿Te apetece cenar conmigo? Me gustaría conocer a una persona que ya haya pasado la fase de salir de juerga y que quiera casarse pronto. Creo que tú buscas lo mismo, Nate. Es cosa del destino, ¿no? Bueno, ¿qué me dices?

La frente de Nate se cubrió de sudor. Kennedy se inclinó hacia delante. Parecía la fantasía de ese hombre hecha realidad: una mujer que quería una relación seria y que estaba dispuesta a considerar el matrimonio desde el primer minuto. Le había pedido a Arilyn que le ofreciera a la mujer de sus sueños para comprobar su reacción. Nate frunció el ceño mientras parecía analizar la mejor respuesta para no recibir un calambrazo. Kennedy colocó el dedo sobre el botón.

—Me encantaría cenar contigo —contestó con voz estrangulada—. Y sí, busco una relación seria.

Kennedy dejó el mando a distancia en su regazo.

—¡Estupendo! Menudo alivio. He sentido una conexión inmediata contigo y me ha parecido que tú, como hombre emprendedor, me comprenderías a la perfección.

—¿Por qué crees que un hombre emprendedor te comprendería mejor? —quiso saber Nate.

—Bueno, cuando tengamos hijos, pienso incorporarme al trabajo de inmediato y contratar a una niñera. Mi cadena de pastelerías es lo principal y no creo que deba renunciar a nada. Me gusta tenerlo todo, Nate, y espero que sea contigo. —Arilyn pronunció las últimas palabras con voz cantarina y una sonrisa confiada, y esperó que le diera la razón en todo.

Las palabras brotaron de la boca de Nate.

—No creo que una mujer deba volver al trabajo nada más dar a luz y

tampoco me gusta lo de las niñeras. Tendrás que renunciar al trabajo y quedarte en casa con los niños, por supuesto. Es la única manera de educar a los hijos como es debido.

Kate resopló. Arilyn lo miró con la boca abierta.

Y Kennedy pulsó el botón.

—¡Vaya por Dios! —Nate se levantó de un salto y se llevó la mano al cuello. Acto seguido, apretó los puños y también los dientes— ¿Qué he dicho ahora? ¡Lo he bordado!

Kennedy suspiró.

—¿Por qué narices crees que las mujeres tienen que renunciar a sus trabajos para ser madres? ¿No has oído hablar de la conciliación familiar?

—Connor me ha explicado que si las mujeres siguen en el mundo laboral, acaban por tener aventuras y por destrozar las familias. Y son los niños quienes sufren. Te aseguro que no pienso darles una vida semejante a mis hijos. No después de lo que hizo mi madre.

La tristeza se apoderó de Kennedy. Sus amigas se mantuvieron calladas mientras sopesaban las palabras de Nate. Arilyn fue quien rompió el silencio cuando dijo en voz baja y alentadora:

—Entiendo que pienses así. Pero no todas las mujeres tienen aventuras o abandonan a sus familias. De ahí la búsqueda. Quieres encontrar mujeres que compartan tus ideales, pero si te cierras en banda a otras posibilidades, puedes pasar por alto a la mujer perfecta. El amor cambia a las personas, las invita a hacer concesiones.

Nate vibraba por la tensión contenida.

—¿Por qué va a interesarme perder el tiempo yendo detrás de la mujer equivocada?

—Porque la mujer equivocada puede ser tu amor verdadero —contestó Kate—. A mí me ha pasado. Cuando conocí a mi prometido, Slade, me

pareció un hombre poco adecuado para mí. Éramos totalmente distintos y teníamos visiones de la vida muy diferentes. Pero nos enamoramos. Cambiamos. Crecimos. Y si me hubiera obcecado con la imagen de hombre ideal que había formado en mi cabeza, me habría perdido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Un anhelo descarnado se apoderó de Kennedy y la invadió por completo. Se obligó a respirar pese a la repentina emoción y la necesidad de experimentar lo que Kate había conseguido: el amor verdadero. Un amor real. Complicado y duro y precioso a cada paso del camino. Apartó la mirada y se concentró en el mando a distancia mientras intentaba recuperar la compostura. ¿Qué le pasaba? Nunca había sentido un deseo tan irracional de lanzarse a una relación sin importar las probabilidades de éxito. La larga lista de hombres que llevaba a sus espaldas se asemejaba a una sarta de fantasmas que atormentaban su futuro y le recordaban una y otra vez que nunca se había sentido satisfecha.

—Lo entiendo.

Arilyn se bajó del taburete y lo abrazó.

—Ha sido un momento crucial, Nate. Gracias por compartirlo con nosotras.

Kennedy se imaginó el rubor que le teñía las mejillas.

—De nada. ¿Hemos terminado?

—No —contestó Kate—. Le toca a Kennedy.

Ella levantó la cabeza.

Su mirada se encontró con la de Nate. Esos oscuros ojos verdes ardían con una pasión que lo prometía todo... si tenía el valor necesario para extender la mano. Esa extraña idea se coló en su cabeza, pero era demasiado rara como para analizarla, de modo que se acercó a él despacio y se sentó en el taburete.

—¿Pregunto quién tiene el mando o mejor no?

—Lo tiene Kate. Y es justa.

—¿Y qué debo esperar de ti?

Kennedy esbozó una sonrisilla. Nate había dejado de usar esa espantosa colonia. Su perfume natural le inundó las fosas nasales y la envolvió con su aroma almizcleño aderezado con notas de jabón y cítrico.

—Todo lo que detestas.

Nate le devolvió la sonrisa. Y habló con voz más ronca.

—Adelante.

A Kennedy se le puso la carne de gallina. Apretó los muslos para contener el repentino ardor húmedo que sintió entre las piernas cuando la excitación del desafío le erizó la piel. Todo su cuerpo cobró vida para la batalla mental que estaba a punto de comenzar y respondió como si él acabara de arrancarle la ropa, tumbarla en la barra del bar y darle placer sin tregua con la lengua, los dientes y las manos.

—Como sigas mirándome así, vas a conseguir más de lo que buscas —dijo Nate.

Kennedy se estremeció al oír aquello.

—Adelante.

Nate masculló algo ininteligible.

—Vale, chicos, comenzad.

La voz de Kate rompió la burbuja que los envolvía. Kennedy le dio la espalda a Nate y esperó a oír su voz.

—Buenas. Me llamo Nate. ¿Cómo estás?

—Hola, Nate. Yo me llamo Wanda. ¿Qué te cuentas?

Nate se apoyó en la barra y se puso cómodo.

—Aquí estoy, relajándome tras un duro día de trabajo. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy estilista, trabajo para una agencia de citas asesorando a los clientes que necesitan un cambio de aspecto.

Nate ni siquiera parpadeó.

—Seguro que conoces a mucha gente interesante. Las agencias de citas cada vez son más importantes. Has sido muy lista al elegir ese sector.

La sonrisa de Kennedy fue deslumbrante.

—Muchas gracias. Me encanta mi trabajo. Es lo más importante de mi vida. No renunciaría a él por nada del mundo.

Nate se colocó de tal modo que rodeaba el taburete de Kennedy con ambas piernas. Con ese movimiento demostraba su fuerza y la obligaba a acercarse más de la cuenta a él. Fascinada, Kennedy se dio cuenta de que la miraba con una sonrisa afable mientras acortaba la distancia que los separaba. Podía ver la curva perfecta de sus labios.

—¿Por nada? —murmuró él—. ¿Ni siquiera por amor?

Kennedy esperó a que recibiera un calambrazo por el comentario, pero no.

—La persona que me quiera de verdad nunca me pediría que renunciara a él.

—*Touché*. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre, Wanda?

—Cualquier cosa que implique esfuerzo físico. Escalada, barranquismo, senderismo... Detesto los deportes pasivos.

—¿Como cuáles?

—Como el golf. El golf apesta.

Nate notó un tic nervioso junto al ojo, pero desapareció al instante.

—¿Estarías dispuesta a probarlo? A lo mejor te gusta.

—Lo dudo. Me desagradan los hombres aburridos.

—¿Qué hombres consideras aburridos?

Kennedy esbozó una sonrisa dulce.

—Ya sabes, los frikis empollones. Ingenieros, contables, cualquiera que

trabaje en algo relacionado con la ciencia o las matemáticas. Uf. Me gustan los hombres apasionados, los artistas y los creativos. Un actor carismático, un escritor apasionado o un profesor de yoga con mucha inspiración. ¿A qué te dedicas, Nate?

La mirada de Nate atravesó todas sus barreras y las hizo añicos.

—Soy ingeniero aeroespacial. Me encanta el golf. Me considero incapaz de escribir dos frases seguidas, no tengo un pelo de artista y las clases de zumba se me dan de pena. Pero creo que eres una mujer increíble y me gustaría conocerte mejor. Cena conmigo.

Kennedy notó que la cabeza empezaba a darle vueltas. Se aferró a la barra del bar para no caerse, pero él ya se le había adelantado y la sujetaba del brazo con una mano fuerte y firme. Kennedy apretó los labios y se mantuvo en sus trece.

—Somos polos opuestos. No creo que vaya a funcionar. Pero te agradezco el rato de conversación.

Una carcajada ronca brotó del pecho de Nate.

—Vamos a hacer una cosa. Contéstame una pregunta. Si aciertas, quedará demostrado que al menos estamos hechos para compartir una cena. Si fallas, me retiraré sin rechistar y te daré las gracias por tu tiempo.

Una vez más, Kennedy esperó el calambrazo, que no llegó. «Haz algo, Kate.» Intrigada, lo observó con los párpados entornados.

—¿De qué pregunta se trata?

—Primero tienes que aceptar el trato. Si aciertas, te invito a cenar. ¿Trato hecho?

—¿Qué pasa si miento sin más y digo que no sé la respuesta?

Nate se acercó para susurrarle al oído:

—No lo harás. Confío en ti.

Un escalofrío le recorrió la espalda al percibir ese tono tan íntimo. El

aliento de Nate era cálido y dulce y le agitó el pelo junto a la sien.

—Vale. Suelta la pregunta.

—Soy físico y trabajo en la investigación de la propulsión avanzada de los cohetes. Baso muchas de mis teorías y descubrimientos en la tercera ley del movimiento de Newton.

Fingió estar aburrída.

—¿Y qué?

—¿Cuál es la principal hipótesis de la ley de Newton?

El aire escapó de sus pulmones con un siseo. La sorpresa se apoderó de ella y la dejó sin palabras. Al darse cuenta de que tenía la boca abierta, supo que parecía una idiota. La cerró de golpe.

—No puedes hacerme esa pregunta.

—¿Por qué no? —quiso saber él, alargando las vocales.

—Porque... porque es imposible. Una estilista no entiende de ciencia ni de física ni de nada de eso. Pregúntame otra cosa.

—Pero es lo que hemos acordado —le recordó él—. Si no sabes la respuesta, lo entenderé. Recuerda que confío en que me dirás la verdad.

Lo fulminó con la mirada y enseguida lo odió por ponerla en esa tesitura. Por el amor de Dios, ¿cómo se había percatado de algo que ninguna otra persona sabía de ella? ¿Cómo se había dado cuenta de que detrás de esa ropa tan femenina, del coqueteo y del ingenio sarcástico se escondía una friki empollona? Sí, estuvieron hablando de la velocidad mientras comían el helado, pero eso parecía distinto. En aquel momento estaba distraída, envuelta en una falsa sensación de seguridad por culpa del subidón de azúcar, pero en ese instante estaba muy sobria. Y Nate la desafiaba con los ojos, como si la obligara a admitir que sabía cosas que no debería. Cosas que rehusaba conocer. Su pasado cobró vida para atormentarla. Todos los años que había estado encerrada en su habitación, sola, la habían convertido en

una friki de los libros. Los límites bien definidos de las matemáticas y la física habían calmado su necesidad de obtener respuestas al tiempo que alimentaban su cerebro, pero se había obligado a convertirse en otra persona y se había asegurado de reemplazar la teoría de la dinámica aeroespacial y las leyes del movimiento de Newton con sus conocimientos sobre los Manolo Blahnik y las últimas tendencias en bolsos.

Mentiría. Nate nunca lo sabría. Además era un escenario ridículo de todas formas, y Kate ya tendría que haber pulsado el dichoso botón. Apretó los dientes. Abrió la boca. Y habló:

—En cualquier interacción, hay dos fuerzas que actúan sobre los dos objetos en cuestión. La fuerza ejercida sobre el primer objeto es igual a la fuerza ejercida sobre el segundo. La dirección de la fuerza del primer objeto es opuesta a la dirección de la fuerza del segundo objeto. La fuerza siempre va de par en par. Por lo tanto, la ley de Newton supone que cada acción siempre conlleva una reacción igual y contraria.

Un brillo triunfal asomó a los ojos de Nate. Kennedy lo miró fijamente, espantada pero, por algún motivo, incapaz de apartar la mirada. Él remató la faena cogiéndole la mano y llevándosela a los labios para darle un beso ardiente en la palma.

—Gracias, Wanda. Y ahora será todo un placer llevarte a cenar.

—Yo... yo... yo...

—¡Ha sido increíble! —chilló Kate. Corrió hacia ellos dando prácticamente saltos de alegría—. No puedo creerlo. Nos has prestado atención y has seguido las instrucciones al pie de la letra. Te has mostrado abierto, centrado, gracioso e inteligente. Kennedy, ¿a que lo ha bordado?

Kennedy se obligó a esbozar una media sonrisa.

—Sí. Ha sido estupendo.

Arilyn se acercó con paso lento.

—Ha sido una maravilla. Estoy deseando verte en la cita múltiple que te organizará Ken. Creo que te sorprenderá la cantidad de posibles candidatas que vas a encontrar. Gracias por mantener una mente abierta. Y sentimos mucho lo del collar eléctrico.

Nate sonrió.

—Tranquila. Supongo que necesitaba una intervención más dura.

Kate soltó una carcajada y colocó una mano en el hombro de Kennedy y otra en el de Nate.

—Creo que... ¡Ay! —gritó, y cayó al suelo, desmadejada.

Nate volcó el taburete con las prisas, en su afán por ayudarla, y se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien?

Kennedy vio que Kate abría sus ojos azules con cara de espanto. Ay, no. Seguro que se había tropezado con los altísimos zapatos de tacón que ella la había obligado a comprar. Se arrodilló junto a Nate en el suelo, y ambos rodearon a Kate.

—Lo siento, Kate, no debería haberte obligado a comprarte esos zapatos. Son trampas mortales. Deja que te ayude.

—¡No! Esto... Qui-qui-quiero decir que no, gra-gra-gracias. Puedo yo sola. —Se puso a cuatro patas y luego se levantó de un salto—. Mmm, lo si-siento, chicos, se me ha olvidado que tengo una cita importante a la que no puedo faltar. Arilyn, ¿me acompañas?

Arilyn la miró sin comprender.

—Claro. ¿Seguro que estás bien? Parece que hayas sufrido una descarga. ¿Ha sido el collar o algo?

—Es-es-estoy bien. —Soltó una carcajada que sonó un poco histérica—. Quedaos vosotros y terminad. Nos vemos mañana. Se te ha dado muy bien esto de los roles, Nate.

Salió corriendo del restaurante. Arilyn se despidió saludando con la mano y la siguió.

—Qué raro —dijo Kennedy—. Seguro que se debe al jaleo de la boda. Organizar una vuelve loca a cualquiera.

—Seguro.

Se miraron fijamente. El tintineo de las copas al brindar y el de las conversaciones le llegaron a los oídos. A su alrededor, oleadas de calor intentaban envolverla.

—Lo has hecho bien.

—Me debes una cena.

Se le paró el corazón, y luego empezó a latirle tan fuerte que le resonaba en los oídos.

—No, Wanda te debía una cena. Estábamos interpretando unos papeles.

—Conoces la ley del movimiento de Newton.

La rabia se apoderó de ella.

—¿Y eso qué más da? Todos la aprendemos en el instituto. Acordarse de algo así no es nada del otro mundo.

—Mientes sobre ti, Kennedy. Finges ser alguien que no eres porque te parece que es más fácil. Crees que así te estás protegiendo.

La rabia se convirtió en ira.

—Vaya, así que ahora eres un experto en mi persona, ¿eh? Que seas mi cliente no significa que tengas derecho a conocerme en profundidad. Déjame tranquila. Mi trabajo es encontrarte el amor verdadero y eso es lo que pienso hacer.

—¿Y si ya lo has hecho?

La pregunta traspasó las defensas de Kennedy y arrasó con todo. Era incapaz de respirar y de hablar, y por primera vez en la vida estaba al borde de un ataque de nervios. Meneó la cabeza y desmintió sus palabras.

—Ni se te ocurra ir por ahí. Solo acabarás sufriendo. ¿No lo entiendes?

La frustración brilló en los ojos de Nate, se reflejó en su cara. A continuación, escogió las palabras con mucho tiento, como si hubiera llegado a un punto de inflexión y hubiera tomado la decisión racional de dar un salto al vacío.

—¿Y si creo en el riesgo? ¿Y si creo que esa mujer merece la pena?

Poco a poco el pánico dio paso a una certeza amarga y a la tristeza, algo con lo que no quería lidiar. Por Dios, ni siquiera sabía cómo lidiar con esas emociones. De alguna forma extraña, Nate se había colado entre sus defensas y había alcanzado una parte de ella cuya existencia desconocía. Pero sabía que se trataba de una ilusión. Le había prometido que encontraría su felicidad, y no era con ella. Nate se merecía a una mujer de gustos similares con la que sentar la cabeza, tener hijos y envejecer. Alguien que no tuviera problemas gordos. Ella era rutilante por fuera, pero por dentro estaba hecha polvo y nunca podría ofrecerle la intensidad que se merecía. Su castigo en la vida consistía en un anhelo constante de dar un paso más, de buscar algo que ni siquiera existía, la paz y la estabilidad con el hombre a quien no parecía encontrar. No, no era adecuada para él, y tenía que protegerlo de la debilidad temporal que suponía la atracción sexual.

Endureció el corazón. Se aseguró de hablar con voz firme y distante.

—No la merece, Nate. Y nunca la merecerá. No contigo.

Nate dio un respingo. Tensó los hombros. Y asintió con la cabeza.

—Entendido.

Aunque ocultó el dolor que aquella respuesta le había causado, Kennedy supo que el comentario había dado de lleno en la diana y lo había herido en lo más profundo.

—¿Qué haremos a continuación?

—Nos vemos el sábado. En el centro comercial. ¿A las diez?

Ojalá sus ojos no la taladrasen, no la desnudaran y no dejaran al descubierto lo mentirosa que era. Se aseguró de mantener la deslumbrante sonrisa. El silencio opresivo crepitaba por las palabras que no habían pronunciado.

—Vale. —Nate se marchó sin decir nada más.

Kennedy se abrazó con fuerza en busca de calidez mientras se recordaba que había hecho lo correcto para los dos.

—O dio los centros comerciales.

Kennedy lo miró. Nate estaba de mal humor. ¿Por qué los hombres nunca se alegraban de comprarse ropa nueva y cambiar de aspecto? A lo mejor la población masculina carecía del gen adecuado. Se compadecía sinceramente de ellos.

—Alégrate. Tenemos un plan concreto y no voy a arrastrarte a cientos de tiendas. Lo primero es la óptica.

Entró en el comercio con paso firme y habló con la mujer encargada del mostrador de recepción.

—La doctora Murphy lleva un poco de retraso. ¿Por qué no se sientan?

—Claro. —Llevó a Nate hasta la sala de espera, pero él no tomó asiento, sino que se puso a pasear de un lado para otro—. Madre mía, ¿te has pasado hoy con la cafeína o qué?

—No me gustan los optometristas.

Kennedy soltó una carcajada, hasta que comprendió que estaba hablando en serio. El pánico brillaba en sus ojos, aunque apenas era visible tras la gruesa montura.

—No va a hacerte daño. Solo quiero asegurarme de que te recomienda unas lentillas apropiadas.

—Nada de lentillas.

Lo miró con atención. La perilla definía su mentón y su labio superior y le daba un aire de chico malo. El entrecejo había desaparecido por fin y las ondas de su pelo resaltaban los reflejos rubios, que a su vez suavizaban su tono de piel. Pero la *pièce de résistance* eran las gafas, y tenía que disipar sus temores.

—¿Por qué no?

Él apretó los dientes.

—No me gustan.

Kennedy no abandonó la actitud paciente.

—¿Por qué?

Nate se inclinó hacia delante y masculló en voz baja:

—No me gusta tocarme los ojos, ¿vale? No pienso meterme los dedos en los ojos. Olvídalo. Vámonos de aquí.

Kennedy contuvo una sonrisa.

—Vale. Todo el mundo le tiene miedo a algo. Lo mío es el ginecólogo. Es ver los estribos y echarme a temblar.

—No necesito saber esas cosas, Ken.

Ella se echó a reír.

—Lo siento. A ver, deja que la doctora te examine y luego hablamos. No quiero obligarte a hacer nada que detestes, pero la oferta de lentillas de hoy en día es muy amplia. ¿Me prometes que vas a intentarlo? Si no te gusta nada, elegiremos una montura nueva y ya está.

Nate soltó un suspiro irritado.

—Vale. Pero que sepas que no va a gustarme.

—¿Nate Dunkle?

Tras mirarla con cara de pocos amigos, Nate siguió a la doctora hasta la consulta. El examen fue corto y después se dirigieron al mostrador de las lentillas para probar distintos modelos. Una chica muy guapa le mostró varias

opciones. Tenía los ojos de un increíble verde azulado que contrastaba muchísimo con su pelo negro. Se presentó como Tracey y no tardó en soltar un discurso sobre la forma de llevar las lentillas, las que recomendaba la doctora y cómo manipularlas.

—¿Cuál es la estadística sobre el daño ocular provocado por el uso de lentillas? —preguntó Nate.

—Mmm, no estoy segura, pero siempre y cuando siga las instrucciones sobre cómo manipularlas, la cifra es muy baja.

—¿Cuánto?

Kennedy le dio un apretón en la mano por debajo del mostrador. Un buen apretón.

—Nate, casi todo el mundo las usa. Pruébalas.

Tracey pareció captar su miedo y esbozó una sonrisa alegre.

—Estará estupendo. La montura que lleva se ve un poco anticuada.

—¿Cuántos casos hay de ceguera causada por heridas en la córnea debido al uso de lentillas?

Tracey parpadeó.

—Mmm, estoy segura de que podré proporcionarle ese dato si lo busco en Google.

Kennedy le dio otro apretón.

—Pruébalas. Ahora mismo.

Nate refunfuñó pero cogió las lentillas. Tracey lo guio durante el proceso hasta que las tuvo bien colocadas. Él empezó a parpadear sin parar y se miró en el espejo.

—¿Le molestan? Le quedan estupendas —dijo Tracey.

Nate tardó un rato en contestar.

—No está mal. De hecho, no noto nada.

La respuesta alegró a la chica.

—¿Lo ve? Ya se lo dije. ¿Por qué no se las deja todo el día? Si le gustan, pediremos las necesarias para tres meses.

Él seguía mirándose en el espejo como si la cuestión lo fascinara.

—Joder, lo veo todo muy nítido. Veo mejor que con las gafas.

Tracey asintió entusiasmada con la cabeza.

—La montura limita su campo de visión. Me alegro mucho de que le gusten. Está estupendo.

Kennedy contuvo una risilla tonta. Parecía que la chica solo conocía ese adjetivo. «Estupendo.» Pero qué narices, diría que Nate le gustaba. Otra buena oportunidad para comprobar si él había aprendido algo.

—¿A que sí? —preguntó con voz meliflua—. Será como un imán para las mujeres.

Tracey parecía confundida.

—¿No están casados?

—No, Nate es soltero y sin compromiso.

La dependienta lo miró con detenimiento. Se fijó en el pelo, la cara y los ojos. Kennedy se percató de que torcía un poco el gesto al echar un vistazo a su ropa, pero de momento fue capaz de pasarlo por alto.

—Es estupendo. Bueno, Nate, aquí tienes mi número para que me llames con cualquier duda.

Nate estaba tan intrigado mirando su reflejo que ni siquiera respondió. Kennedy le dio un empujón. Y luego otro aún más fuerte.

—¡Ah! Sí, me parece bien. Supongo que también las hay de colores. Me gustan las que tú llevas.

Tracey negó con la cabeza.

—No llevo lentillas, es mi color natural.

—Tienes unos ojos preciosos, Tracey —dijo Kennedy.

—No, son lentillas. Veo el borde alrededor de la pupila. Tienes los ojos

marrones.

Tracey dejó de sonreír.

—Se equivoca.

Oh, oh.

—No, no me equivoco. Igual que tu pelo. Es obvio que no es negro porque se te ven las raíces de otro color. ¿Por qué te lo tiñes? Me gusta el cabello castaño con los ojos marrones.

Tracey se quedó helada. Su voz adquirió un tono gélido.

—Señor Dunkle, ahora mismo le doy el tíquet. Si tiene algún problema, puede llamar al servicio de atención al cliente. —Se alejó con un golpe de melena mientras Kennedy enterraba la cara en las manos y gemía.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

Kennedy se preguntó si otra sesión con un collar para perros con descargas más fuertes serviría de algo.

—Otra vez has roto la regla fundamental. Otra vez. ¿No dices que lees *Cosmopolitan*?

—Y lo hago. No he dicho nada sobre su físico. Ni sobre su peso o su edad. Era un halago.

Kennedy bajó la voz y masculló:

—Era un halago envuelto en una crítica. Has mencionado que se le notan las raíces. Y la has llamado mentirosa. Si sigues así, vas a conseguir quedar con alguien mañana por la mañana...

Su mente analizó la situación un instante y al final soltó un gemido.

—Mierda. Es verdad. Lo siento, estaba distraído por lo bien que veo. Me parece curioso darme cuenta de que el mundo es tan nítido.

—Olvídalo. Vamos a comprarte ropa nueva.

Evitó las tiendas donde sonaba música rap a todo volumen y solo ofrecían ropa adolescente, y se decidió por J. Crew. Sorteó la multitud habitual de los

sábados con la facilidad de una experta. Él la seguía a duras penas, mientras trataba de no perderla de vista y murmuraba «Lo siento» una y otra vez a montones de personas antes de llegar a su destino.

Kennedy sentía el subidón de la adrenalina en la sangre y tuvo que respirar hondo para mantener la calma. Dios, le encantaba ir de compras. La idea en sí la aceleraba. Las infinitas posibilidades de las rebajas, los cambios de aspecto, la confianza y la esperanza. Y los zapatos. ¡Los zapatos!

—¿Ken?

—¿Qué?

—Tengo miedo. Se te ha quedado una cara muy rara.

Ella puso los ojos en blanco.

—Espera aquí. —Se acercó a la caja registradora y volvió con la cinta métrica—. Tengo que comprobar tu talla. Extiende los brazos y no te muevas.

Él la miró como si le hubiera ordenado que se desnudara y bailara en mitad de Times Square.

—Yo te la digo.

Kennedy blandía la cinta métrica como si fuera un arma.

—Es evidente que llevas la talla equivocada. Los pantalones te quedan grandes.

—¿Cómo dices?

Ella contuvo otra carcajada. En cierto modo, era un hombre bastante gracioso.

—No en la entrepierna. En la cintura. —Nada más decirlo bajó la mirada y dejó de reírse.

De repente, su mente conjuró una imagen de Nate desnudo, una que la obnubiló. «Atrás, Satanás», se dijo. Fantasear con su científico aeronáutico estaba prohibido.

—Extiende los brazos.

En esta ocasión, la obedeció. Y su mirada la abrasó mientras lo medía. La devoró. Se dio un festín. Le temblaron los dedos un poco cuando rodeó la cintura con la cinta métrica. Ese olor tan peculiar le saturó las fosas nasales y tuvo que contenerse para no apoyarle la cara en el pecho y aspirar profundamente. Sintió cómo Nate tensaba los músculos bajo su contacto. Intentó respirar y mantener la calma. ¿Qué estaba pasando? Jamás se había sentido tan atraída por un cliente, y mucho menos tratándose de ese tipo de hombre.

—Setenta y seis centímetros —dijo con voz ronca antes de incorporarse.

¿Cómo había podido pensar que no estaba cachas? Seguro que la culpa era de la ropa holgada. En realidad, tenía el pecho muy ancho y por debajo del algodón percibía un tono muscular maravilloso que ansiaba explorar. ¿Qué tipo de amante sería? ¿Entregado y serio? ¿Puntilloso? ¿O tan decidido a darle placer que obviaría todo lo demás?

Sintió un escalofrío en la espalda.

—Ciento uno —anunció con voz chillona.

Nate la miró sin parpadear y se percató de que el deseo iluminaba esos oscuros ojos verdes.

—Por lo visto, lo de las clases de zumba está haciendo efecto.

Kennedy se controló y rodeó su cuello con la cinta métrica. Después de tragar saliva, lo midió y alzó la vista.

Sus labios eran el sueño de cualquier mujer. Carnosos, definidos y rodeados por esa perilla que los envolvía como si fueran un regalo de Navidad solo para ella. Libres de la voluminosa montura de las gafas, sus rasgos destacaban más. Los pómulos afilados y el mentón fuerte le conferían ese aire de tío duro que siempre la había vuelto loca. Sus hombros y sus bíceps le parecieron enormes de repente, con la fuerza suficiente para levantarla del suelo y hacerlo contra la pared hasta que...

¡Por Dios! O lo dejaba ya o aquello sería un desastre.

—Hemos acabado. —Le quitó la cinta métrica del cuello y se alejó de él.

Sin embargo, la mirada de Nate se negaba a abandonarla y esperó a que dijera algo, cualquier cosa que pusiera fin a la tensión sexual que la tenía electrificada como el toque de Kate.

—Qué va —la corrigió con una sonrisa—. Todavía no.

Ese no era un científico aeronáutico tímido y empollón. Era un hombre hasta las cejas de testosterona, listo para reclamar a una mujer. La semana anterior se había rendido y alejado, dejándola sola, frustrada y triste, pero segura de que había tomado la decisión correcta. Jamás podrían formar una pareja. Sin embargo, allí estaba Nate, totalmente seguro de sí mismo y mirándola como si fuera una piruleta y estuviera deseando llevársela a la boca. No era tan tímido como ella creía.

Decidió pasar por alto sus palabras con la esperanza de recobrar la normalidad.

—Ahora mismo vuelvo.

Una vez en la caja registradora, se obligó a respirar profundamente varias veces hasta que el corazón empezó a latirle más despacio. Había llegado el momento de concentrarse en la búsqueda de la futura esposa de Nate. Que no era ella. Regresó a su lado con una estrategia clara y la mente y el corazón tranquilos. Ninguna escenita más. Porque no les reportarían nada bueno.

—Estas son las reglas básicas. Yo te voy dando prendas y, cuando tengamos bastantes, vamos a los probadores. Sin preguntas, quejas ni protestas. Te lo pruebas todo; si no te gusta, ya lo discutiremos.

—¿Y...?

—Nada de preguntas. Vamos.

Se dirigió al primer perchero. Sus dedos volaban sobre las perchas mientras las movía, sacaba las prendas y las evaluaba. Hablaba consigo

misma en voz baja, como si estuviera en trance, y no paraba de darle cosas a Nate.

—¡Esa camisa es carísima! —Nate intentó que se fijara en la etiqueta, pero ella pasó de él y se negó a romper el ritmo—. Puedo comprarme lo mismo en Target por la mitad de precio.

—¿Tienes un sueldo de seis cifras?

—Sí.

—Entonces puedes permitirte esta camisa.

—Pero...

—No se habla.

Kennedy percibía las oleadas de frustración que lo asaltaban, pero ni se inmutó. Fueron de la ropa informal a la formal, hasta que los colores, los estampados y las texturas la rodearon con un reconfortante halo que le recordó un poco a la sensación que le provocó el porro que se fumó con Kate y Arilyn. Al final, se dio media vuelta y lo descubrió mirándola por encima del montón de prendas que llevaba en los brazos.

—Vamos a descansar un poco.

—Estás loca. Piensa en los niños que pasan hambre en África. En los trabajadores de las fábricas de China. En los despidos masivos que se producen en nuestro país.

Ella enarcó una ceja.

—La economía necesita con desesperación que los norteamericanos reactiven el consumo interno de bienes y servicios. Así que estoy cumpliendo con un deber patriótico. Sígueme al probador. —Tras dejarlo en el del rincón, salió para sentarse en el banco emplazado justo delante—. Quiero verlo todo. Pruébatelo en orden, porque he elegido pantalones a juego con las camisas. Lo he colgado todo tal como debes ponértelo.

—¡Estos vaqueros cuestan más que mi coche!

—Eso es porque necesitas uno más caro. Además, no seas tan exagerado. Un Tesla cuesta mucho más que esos pantalones. Cierra la puerta, Nate.

La atravesó con la mirada y luego obedeció. Kennedy contuvo una carcajada. Tardó bastante rato antes de salir. Indignado, se plantó delante del espejo con el ceño fruncido, una expresión que rivalizaba con las caritas de Kennedy. Ella lo miró de arriba abajo, analizando la esperada transformación.

Estaba como un tren.

La tela vaquera oscura le rodeaba el culo como si lo adorara. Era estrecho de caderas y si bien su altura no era extraordinaria, tenía un porte imponente. No encorvaba los hombros ni agachaba la cabeza. Se había colocado delante del espejo como si fuera el dueño del lugar. Esa aura sexual tan misteriosa era algo difícil de enseñar, pero en él parecía innata. El problema radicaba en que quedaba oculta por la ropa inadecuada y las gafas.

La camisa era ajustada y tenía un motivo bordado en la parte delantera y en los puños. Le quedaba ceñida en el pecho y en los hombros, y eso haría que cualquier mujer ansiara desabrocharle un botón o dos para ver lo que había debajo.

Sí, señor.

Nate Ellison Raymond Dunkle acababa de llegar.

—En la vida me he puesto ropa así. Me veo raro. ¿Parezco tonto?

—No. Estás estupendo.

Él la miró furioso a través del espejo por haber empleado la misma palabra que usaba Tracey.

—¿Te sientes cómodo?

—Supongo. —Se tiró de los puños de la camisa y se puso de perfil—. ¿Los vaqueros no son demasiado ajustados?

Ella sonrió.

—No.

Nate puso los ojos en blanco.

—Mmm... Connor siempre dice que mi trasero no es gran cosa y que es mejor disimularlo con ropa ancha.

—Connor se equivoca.

Nate se dio media vuelta al oír aquella afirmación, que ella había pronunciado con un hilo de voz. Kennedy carraspeó y cambió de tema.

—Hablando de tu hermano, quiero discutir contigo sobre cierta posibilidad. —Tenía que abordar la cuestión de forma impecable o él se pondría a la defensiva—. Sé que lleváis un tiempo viviendo juntos y me parece genial. Siempre quise tener una hermana. Pero también sé que un compañero de piso puede afectar a una relación romántica. Tú quieres encontrar a tu futura esposa. Ella quiere saber que vas en serio y que buscas un compromiso a largo plazo. Si tiene la impresión de que te gusta vivir en un piso de soltero con tu hermano mayor, tal vez decida salir corriendo.

Nate asintió con la cabeza.

—¿Qué me sugieres que haga?

—Mi amiga Genevieve tiene una casa preciosa en Verily. El alquiler es barato. Acaba de mudarse a casa de su prometido, pero ahora mismo no quiere venderla. Me ha dicho que está dispuesta a alquilársela a Connor. —
Contuvo el aliento.

Nate guardó silencio y no se movió mientras su cerebro procesaba las distintas variables de la propuesta. Kennedy se lo imaginó sopesando los pros y los contras hasta dar con la solución final. Lo vio negar con la cabeza.

—No, no funcionaría. Connor no podría instalarse en Verily. Trabaja en la construcción y el apartamento donde vivimos está cerca de la obra. Los fines de semana frecuenta un bar que está en la misma calle. Lleva una rutina y es feliz. Por eso me cuesta tanto decirle que se vaya.

Ah, así que quería que Connor se fuera del apartamento. Eso encajaba

perfectamente con su estrategia.

—Lo entiendo. ¿Y si te mudas tú a Verily?

Su mirada la atravesó.

—¿Cerca de ti?

Ella asintió con la cabeza.

—Casi todas las citas múltiples que organizo para los clientes se celebran en el pueblo. El trayecto hasta el trabajo no es muy largo. Y tendrás la intimidad que necesitas para empezar una relación a largo plazo.

Él la observó en silencio, y Kennedy intentó no removerse inquieta. Dios, cuando la miraba con tanta atención era como si la estuviera apuntando con un láser y no hubiera un sitio donde esconderse.

—Vale.

—¿Eh?

Nate sonrió.

—Dalo por hecho. Gracias por la oferta.

—De nada. —La conexión cobró vida, chisporroteó y la abrasó. ¿Por qué le parecía tan sensual su franqueza?—. Y ahora, a seguir probándote ropa.

Pagaron las compras y fueron a Brooks Brothers. El vendedor le tomó las medidas, confirmó la talla y después le ofreció una selección de trajes. Entretanto, Nate no paraba de quejarse.

—Ken, no necesito trajes. En el trabajo llevo una bata de laboratorio y siempre me mancho cuando como.

—En el armario de un hombre no pueden faltar dos trajes de marca.

—No pienso ponerme nada rosa. Connor se reirá de mí hasta que me muera.

—Me parece bien.

Kennedy le hizo un gesto con la cabeza al vendedor, que pareció

desilusionado, pero que no tardó en elegir una corbata de color rojo intenso para combinarla con el clásico traje gris pizarra con chaqueta de tres botones.

—Me gustan las americanas con doble botonadura. Las que llevan en las películas de la mafia.

Kennedy puso los ojos en blanco y con la mano indicó que descartara la chaqueta. El vendedor obedeció y la devolvió a su sitio.

—Nada de doble botonadura. Es demasiado para ti. Te sentará mejor el corte italiano.

—¿Es mi cuerpo o no?

—Pero yo sé cómo vestirlo mejor.

El vendedor soltó una carcajada.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

Kennedy enmudeció. Alzó la vista. La mirada de Nate la atravesó, la atrapó y la silenció.

—No lo bastante —fue la respuesta de Nate.

El vendedor sonrió.

—Bien. Confíe en su mujer. Vamos a probar con el azul marino.

Cuando él entró en el probador, ella todavía era incapaz de hablar. Al cabo de un momento, Nate salió y se colocó en la plataforma situada delante de los tres espejos de cuerpo entero.

—¿Qué te parece?

Sus partes femeninas alabaron la vida y le suplicaron atención.

Nate Dunkle estaba espectacular.

El traje azul marino con raya diplomática era de líneas ajustadas, lo que acentuaba el contorno elegante de su cuerpo. La corbata roja le daba un toque estiloso y la almidonada camisa blanca resaltaba el tono moreno natural de su piel. Era un bombón delicioso envuelto en papel de regalo para la afortunada mujer que ella estaba a punto de presentarle.

—Perfecto. Estás... perfecto.

El vendedor le ajustó la chaqueta y le sonrió a través del espejo. Nate observó su reflejo y después la miró a ella.

—Nos lo llevamos —dijo.

Bajó de la plataforma y regresó al probador, cuya puerta cerró nada más entrar. Kennedy soltó un suspiro entrecortado y apretó los puños con fuerza. La transformación había llegado a su fin. Estaba preparado para conocer a la mujer de sus sueños.

Hizo caso omiso de la punzada de pánico que le atravesó el corazón y la atribuyó a una mala digestión. Nate tenía razón. Comía demasiadas ensaladas.

A continuación, lo llevó a la zapatería, donde compraron tres pares de zapatos para él y uno para ella. Nate cogió las bolsas y protestó:

—Me muero de hambre. Y estoy agotado. Me duelen los brazos de cargar con tantas bolsas. ¿Podemos comer ya?

Kennedy se echó a reír.

—Qué poco aguante tienes, golfista. Las mujeres hacemos esto durante horas sin descansar y sin beber agua.

—Yo me rindo. ¿Te apetece una pizza?

—¿Qué te parece si pedimos algo más saludable?

—Vale.

Entraron en el restaurante de comida rápida y se sentaron junto a una de las mesas de la terraza. Nate extendió unas cuantas servilletas sobre la superficie de formica y después apoyó los codos en el borde. Un grupo de adolescentes ocupaba uno de los rincones. Los tatuajes, el exagerado maquillaje y los piercings los encasillaban en el grupo de los rebeldes. O tal vez pertenecieran a los guays; a saber a esas alturas cuál era la moda. Menos mal que su época de estudiante había quedado muy atrás, pensó Kennedy.

—¿Pasabas mucho tiempo en el centro comercial cuando estabas en el instituto? —le preguntó Nate, antes de darle un mordisco a su sándwich de rosbif.

Ella se encogió de hombros y pinchó un trocito de pechuga de pavo con el punto de horneado perfecto. Estaba harta de comer carne magra. Miró el sándwich de Nate con deseo. Tal vez si pedía algún encurtido conseguiría alegrar a sus papilas gustativas.

—¿No lo hacen todos los adolescentes?

—Qué va. Recuerdo que una vez fui a uno un viernes por la noche y traté de encajar. Acabé recibiendo una paliza en el aparcamiento. Después me robaron el videojuego para el que había estado meses ahorrando.

Kennedy alzó la vista. Nate estaba contando la historia sin la menor emoción, como si estuviera leyendo un párrafo de un libro, pero despertó algo en su interior que salió a la superficie en busca de luz.

—¿Te acosaron en el instituto?

—Sí —contestó él mientras se llevaba una patata frita a la boca—. No los culpo. Me salté un curso, así que era más pequeño en edad y en físico. Los profesores me querían mucho y siempre me usaban de ejemplo para el resto de la clase. Además, era un desastre desde el punto de vista social. De no haber sido por la protección de Connor, podría haberme pasado algo malo. Los chicos de esa edad son muy crueles.

«Oye, gorda, si eres buena con nosotros, seremos buenos contigo. ¿Lo pillas?»

—Sí.

Nate señaló la pechuga de pavo que aún estaba en la bandeja a medio comer.

—¿Cómo puedes tragar eso sin pan? Toma, cómete el mío. Y coge patatas fritas. —Las empujó hacia ella.

Las patatas quedaron frente a sus ojos y la tentaron, recordándole una y otra vez que si no se mantenía delgada, nadie la querría. Recordándole todas las ocasiones en las que se había mirado en el espejo y había odiado a la persona que veía reflejada. Atrapada en un cuerpo que despreciaba y en una mente que pedía ayuda a gritos.

La ira la desbordó y levantó la barbilla.

—Deja de ofrecerme esa comida basura —masculló—. Que tú puedas comer cualquier cosa no significa que los demás podamos hacerlo.

Nate frunció el ceño.

—No te entiendo. Me ha dado la impresión de que te apetecían. Ken, no te hará daño comer unas cuantas patatas, aunque no sean saludables. Tienes un cuerpo perfecto.

—¡No soy perfecta! —le soltó—. ¿Quieres saber lo que hacía mientras los demás estaban en el centro comercial? ¡Me quedaba en casa comiendo pizza, refrescos, patatas fritas y cualquier cosa que pudiera llevarme a la boca! Salir a dar una vuelta en coche para mí significaba ir al McDonald's en busca de dos Big Macs, unas patatas fritas extragrandes y un batido. Encima me quedaba con hambre. No podía entrar en el centro comercial, tenía que comprarme la ropa en tiendas de tallas grandes porque no me servían las normales. Todos los días me ponían la zancadilla, me torturaban, me acosaban y me recordaban que era fea. Que estaba gorda. —Le temblaban las manos de rabia, pero las palabras seguían saliendo de su boca como si vomitara algo oscuro y feo—. Acabé pronto con el problema. Dejé de comer. Perdí veinte kilos matándome de hambre y conseguí un montón de amigos. Los chicos me deseaban. Todo era genial. Hasta que me di cuenta de que había perdido tanto peso que las costillas me sobresalían, dejó de venirme el período y me estaba consumiendo, tal y como había deseado siempre. — Agotada por el exabrupto emocional, parpadeó varias veces para evitar que se

le saltaran las lágrimas—. Tardé mucho tiempo en salir del agujero. Fui a terapia, aprendí a comer y a hacer ejercicio para mantener un equilibrio adecuado. Por fin puedo mirarme en el espejo. Puedo recordar que soy una mujer sana que ha alcanzado el éxito. Pero no he olvidado. A veces, la comida me arrastra al abismo. No soy perfecta ni mucho menos.

En ese momento comprendió lo que acababa de hacer, y fue como recibir una patada en la cabeza. Por Dios, ¿qué le había dicho? Acababa de soltarle el veneno que llevaba dentro a un cliente, en la terraza de un restaurante de comida rápida. ¿Cómo iba a seguir trabajando con ella? ¿Cómo iba a respetarla después de haber hecho semejante confesión? Nate acababa de descubrir que no era más que un fraude, un espejismo en el mundo de los perfectos y los fabulosos. La humillación amenazó con ahogarla, pero levantó la cabeza y enfrentó su mirada sin flaquear.

«Orgullo», se dijo.

Sus ojos verdes como el musgo le devolvieron la mirada con una ferocidad que la petrificó. Nate extendió un brazo por encima de la mesa y tomó su mano. Esos dedos cálidos y fuertes se entrelazaron con los suyos en señal de amistad. De apoyo. Y de algo más. De algo profundo, precioso y tan frágil que Kennedy contuvo el aliento por temor a que desapareciera como una voluta de humo.

—Lo siento. No lo sabía. He visto cómo te alegras cuando te desmelenas un poco y pensé que merecías ser feliz. Pero te entiendo. —Se inclinó hacia delante—. Lo sé, porque yo también lo he vivido. Has luchado, has sobrevivido y has tenido éxito. Le has dicho al mundo que se podía ir al diablo y no has dejado que te pisoteara. Eso es ser perfecta, Kennedy. Eso es la perfección absoluta.

Ella parpadeó, incapaz de apartar la mirada de él. El roce de sus dedos sobre la piel la hacía desear más. El pulgar de Nate le acariciaba ese lugar tan

sensible de la muñeca donde latía el pulso, lo masajeaba, lo presionaba. Le clavó las uñas en la palma con suavidad y ella soltó un gemido ahogado, fruto de un anhelo y de un deseo que nunca antes había experimentado. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no levantarse, acercarse a él y sentarse en su regazo. Para no atrapar sus labios y conseguir por fin lo que quería: el sabor de su esencia en la lengua. Él, dentro de su cuerpo.

El estruendo de una bandeja metálica que golpeó el suelo rompió el hechizo.

Kennedy dio un respingo y apartó la mano. Pasó los siguientes minutos ordenando su bandeja y tapando la botella de agua. Tiró los restos al cubo de la basura. Nate no se movió, siguió sentado sin dejar de mirarla, como si no supiera qué decir. Se produjo un silencio incómodo.

—Creo que podemos estar seguros de que ha sido una jornada productiva —comentó ella a la ligera—. ¿Estás listo para irnos?

—Todavía no. —La miraba con un brillo decidido en los ojos—. Antes vamos a dejar las bandejas en su sitio.

—¿Y luego?

Lo vio sonreír lentamente.

—Luego he decidido cobrarme el favor que me debes.

Nate la acompañó hasta el simulador y rezó para poder concentrarse. Por más que odiara los centros comerciales, ese tenía una zona lúdica cubierta que incluía una montaña rusa, videojuegos, una bolera y un simulador de golf de última generación. A esas alturas ya casi no los usaba, pero no quería llevar a Kennedy a un campo de golf sin haberle enseñado antes lo básico y sin haberse hecho una idea de su capacidad.

Por lo general el golf lo calmaba cuando se sentía demasiado alterado, y en

ese momento necesitaba una distracción con urgencia. Lo mismo que le sucedía a Kennedy. La humillación que había visto en su cara después de su confesión había hecho trizas su autocontrol hasta el punto de desear abrazarla para que se sintiera segura. La fuerza de voluntad que había demostrado Kennedy lo había dejado sin aliento, pero la vulnerabilidad que ocultaba su verdadero yo lo había aniquilado.

Estaba loco por ella.

Un enorme suspiro alcanzó sus oídos. Kennedy movió el trasero y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. Ese día llevaba unas sandalias negras de tacón con tiras adornadas con pedrería y las uñas pintadas de rojo. El famoso anillo que lucía en su dedo gordo brillaba con descaro y lo retaba a hacer algo atrevido.

—¿De verdad tenemos que hacer esto ahora? Hay demasiada gente.

Él la empujó con delicadeza hacia la parte delantera de la cola.

—Necesito comprobar tu habilidad innata para golpear la pelota y así poder ayudarte cuando estemos en el campo de golf. Esto nos dará un punto de partida para empezar a trabajar.

—Eso suena muy serio, lo contrario de divertido. ¿Por qué insistes en torturarme con algo que odio?

Nate esbozó una sonrisa traviesa.

—La venganza se sirve bien fría.

Cuando les llegó el turno y entraron en el simulador, Kennedy observó la enorme pantalla situada en la pared, las hileras de palos que descansaban en un lateral y el ordenador.

—¡Qué bien! Una habitación cerrada y oscura donde tendré que golpear una pelota y comprobar cómo lo hago en el campo de golf falso de la pantalla. ¡Qué emoción!

Nate pasó de ella y eligió la opción para principiantes.

—¿Qué sueles repetir durante las sesiones? Que tenga una actitud abierta. Que confíe en ti. Que me preste a traspasar mis límites.

Kennedy resopló.

—Vale. ¿Para qué sirve este chisme?

—Si quieres analizar y mejorar tu swing, esta es la mejor manera de hacerlo, gracias al ordenador. Calcula la velocidad, el ángulo, la distancia, el giro, la trayectoria y demás. La pelota y la pantalla cuentan con radares y sensores de movimiento.

—Vaya, es más avanzado que una Wii, ¿verdad?

—Sí. —Cogió unos cuantos palos, eligió uno y se lo ofreció—. Usaremos este. Cógelo para que te acostumbres a su peso y muévelo un poco para practicar.

Kennedy agarró el palo, lo levantó e hizo unos cuantos movimientos.

—Hala, ¿puedo probar ya?

—No. Antes tengo que enseñarte la postura correcta y el agarre adecuado. Ven.

Ella se acercó y Nate se colocó detrás. Se pegó a su cuerpo, le rodeó la cintura con los brazos y le cubrió los dedos con los suyos. Kennedy se tensó.

—¿Qué haces?

—Intentando enseñarte la manera correcta de colocarte en la salida. — Contuvo un gemido porque ella meneó el culo otra vez. Tenía la maravillosa curva de su trasero pegada al paquete. Su perfume lo envolvía, una mezcla de mandarina y sándalo que le hacía la boca agua. Sentía el roce sedoso de su pelo en la mejilla. Apartó la mente del cuerpo unos instantes y repasó unas cuantas series matemáticas hasta que fue capaz de concentrarse otra vez—. Pon una mano sobre la otra con los índices hacia abajo. Aprieta el palo.

Le ajustó la posición y después le levantó los brazos por detrás de la cabeza.

—Esto es incómodo —se quejó ella.

—Es normal al principio. Aquí, más o menos, debes detener el movimiento. Ahora echa las caderas hacia atrás. El golpe debe surgir de las caderas y de las piernas. —Sintió el roce de sus muslos, enfundados en los ajustados vaqueros, y se le escapó un gemido.

—¿Qué pasa?

—Nada. Ahora hazlo todo seguido. Mantén los ojos en la pelota y golpéala.

Ella lo obedeció.

—No has mirado la pelota.

—¡Sí que lo he hecho!

—No, has pensado que la mirabas. Es normal entre los principiantes. ¿Qué es lo mejor que has visto en la vida?

—¿Cómo?

Nate soltó un suspiro impaciente.

—Una imagen. Una foto. Algo que hayas visto alguna vez y que te resultara tan magnético que no pudieras apartar la vista.

Se puso colorada.

—Mi prima me enseñó un día un número del *Play girl*. Fue la primera vez que veía a un hombre desnudo.

Nate apuntó al suelo con un dedo.

—Esa pelota es tu primer hombre desnudo. ¿Vale?

Ella soltó una risilla tonta.

—¿Sus pelotas?

—Concéntrate.

—Lo siento.

—Venga, otra vez. —La obligó a practicar el movimiento varias veces, hasta que se aseguró de que había entendido cómo debía sujetar el palo,

colocar el cuerpo y mirar la pelota—. Bien. Vamos a intentarlo ahora con el simulador. Colócate en la plataforma de salida y prepárate.

—¿Ese trozo de césped?

—Sí. Relájate, respira y concéntrate en la pelota.

Ella refunfuñó algo, pero obedeció. Meneó las caderas, agarró el palo y miró la pelota. Nate se preguntó quién sería el hombre al que estaba imaginándose desnudo. La idea lo enfureció, de modo que la desterró.

La vio golpear.

La pelota se estrelló contra la pantalla con una buena trayectoria. Kennedy miró la pantalla mientras la pelota se alejaba hacia la calle, desviándose un poco hacia la izquierda, aunque acabó cayendo en un buen sitio para después entrar en el green. La vio fruncir el ceño.

—¿Está bien? ¿Cómo es que se ha quedado tan lejos del hoyo?

—Es estupendo para ser un primer swing. Vale, te escoras hacia la izquierda, así que tenemos que corregirlo. La velocidad es un poco baja. La trayectoria, decente. Ahora vas a golpear para llevarla al green.

Le dio las instrucciones necesarias, le recolocó la postura y el agarre, y se alejó.

Con la vista clavada en el imaginario hombre desnudo, Kennedy se mordió el labio inferior, levantó el palo y golpeó.

La pelota acabó en el green, a poca distancia del agujero.

—¡Sí, señor! Lo he hecho bien, ¿verdad? Ahora tengo que meterla en el agujero.

—Se dice que tienes que embocarla. Has corregido el golpe a pesar de que este hoyo tiene un *dogleg*.

—¿Un qué?

—Se trata de un hoyo con inclinación. No he visto a ningún principiante capaz de salvarlo. ¿Puedes embocarla?

Ella levantó la barbilla.

—Por supuesto. Me gusta jugar al minigolf. Es divertido intentar sortear los molinillos de viento y las fuentes.

Él puso los ojos en blanco y cogió el putt.

—Toma, este es el palo adecuado.

Kennedy se colocó, ajustó la postura y embocó a la perfección.

—¡Bien! ¿He ganado?

—Aquí no se gana. Es un juego que consiste en ver cuántos golpes necesitas para meter la pelota en el agujero. Tus estadísticas son impresionantes. Vamos al siguiente.

Completaron los nueve hoyos. Nate analizó los resultados y comprobó que las estadísticas mejoraban con cada hoyo. Estuvo a punto de subirse las gafas por el puente de la nariz, pero recordó que llevaba lentillas. Qué raro. Kennedy demostraba una habilidad innata para el swing. Algo imposible, por supuesto. ¿La suerte del principiante tal vez? Eso sí, el ordenador no mentía.

—¿Nate? ¿Podemos irnos ya?

—Dentro de un minuto. —Todos los golfistas rezaban para mejorar su swing y pocos lo conseguían sin esfuerzo. Su agarre era espantoso. Pero ¿hasta qué punto podría llegar cuando su fuerza aumentara y practicara más? ¿Mejoraría o empeoraría? Hizo ademán de sacarse el bolígrafo, pero descubrió que no llevaba el protector de bolsillo.

—Nate, me he cansado del golf. Quiero irme.

Él salió del trance.

—Claro. Oye, ¿tienes un rato el miércoles por la mañana? ¿Puedes quedar conmigo en el campo de golf? Quiero llevarte a un green de verdad.

Ella entrecerró los ojos y lo miró con recelo.

—¿Cuántas lecciones más tendré que sufrir hasta que consideres que te he devuelto el favor?

—Tres veces en el green. Si lo prefieres, podemos quedar el fin de semana.

—El miércoles me va bien. Puedo reorganizar la agenda del día.

—Genial.

—Por cierto, ¿tienes ropa de golf adecuada? —le preguntó ella—. Se nos ha olvidado comprar ropa deportiva.

—En realidad, mi ropa de golf es de marca y de la mejor calidad.

Eso la alegró.

—Muy bien. Siempre he querido ponerme el vestido de tenis que tengo colgado en el armario.

Nate la siguió hacia la salida e intentó no gemir. Genial. Ser testigo de cómo se le levantaba la falda cada vez que se inclinara para golpear la bola acabaría matándolo. Kennedy estaba con él porque quería que encontrara a su media naranja. Enamorarse de ella no sería bueno para ninguno de los dos. Compartían un pasado similar y se entendían a un nivel distinto. Y quería acostarse con ella.

Muy mal.

Eso no significaba que hicieran buena pareja o que ella quisiera algo más. Sí, juraría que en unas cuantas ocasiones Kennedy también había percibido la conexión y había deseado besarlo. Pero no había durado más que un instante, y ella no era de las mujeres que se dejaban llevar por los impulsos si eso afectaba a su trabajo. Tenía que concentrarse en el plan original y encontrar a la mujer adecuada. Una que quisiera sentar cabeza, compartir su vida y quererlo tal como era. Con sus rarezas y demás. Una que se quedara a su lado y que no se fuera detrás del primer tío guapo que pasara.

—¿Estás bien? —le preguntó Kennedy.

Se obligó a sonreír.

—Sí, en realidad estoy... ¡estupendo!

Las carcajadas de Kennedy fueron un bálsamo para su alma mientras

salían.

—¿Te mudas?

Nate dio un respingo y mantuvo la cabeza gacha, mientras cerraba la caja con cinta adhesiva y anotaba el contenido con rotulador negro.

—Te lo dije ayer. Me han ofrecido una casa de alquiler en Verily, cerca de Kinnections. Creo que un poco de privacidad nos vendrá bien a los dos.

—Tío, no me importa que traigas mujeres a casa. —Connor paseaba de un lado a otro entre las cajas—. ¿Qué quieres que haga ahora? No puedo pagar el alquiler yo solo.

—Tranquilo, yo lo pago. No es justo que te haya dicho esto así de repente.

—Puedo pagar mi parte.

El resentimiento que percibió en la voz de su hermano obligó a Nate a alzar la vista.

—Ya lo sé. Pero esto no tiene nada que ver contigo. Es solo que no quiero que mi futura mujer me tome por un juguista siempre dispuesto a irse de marcha con su hermano.

—Sí, te he enseñado bien. ¿Dónde has dejado las gafas? Estás cegato sin ellas.

—Llevo lentillas.

Su hermano resopló.

—¿Te has metido algo en el ojo? Joder, vas en serio con esto del cambio de aspecto. ¿Se te han irritado o algo?

Nate intentó no torcer el gesto. Caray con el afán protector de los hermanos mayores...

—No. Y no quiero hablar del tema para no pensar en ello más de la cuenta. No noto nada.

—Vale. A ver, Ned...

—Nate.

—Lo siento. Me tienes preocupado. Creo que estás demasiado obsesionado con eso de buscar una relación seria y tarde o temprano te va a pasar factura. ¿Por qué no te lo tomas con tranquilidad? Piénsatelo un tiempo. Estoy seguro de que puedes pillar cacho con el cambio de look que te has hecho.

Nate observó a su hermano. Por lo general parecía un tío tranquilo y sencillo cuyo único objetivo era echar un polvo. Pero ese día Nate captaba algo raro en él, como si hubiera otra cosa más seria de fondo. La verdad, parecía triste. Nate suavizó su tono de voz y dijo:

—¿No te cansas de echar polvos sin más? ¿No quieres algo más en tu vida? ¿Más... en todos los sentidos?

Su hermano dio un respingo.

—Donde se ponga una tía buena, que se quite lo demás.

—No todas las mujeres son como mamá.

Connor dejó de moverse de un lado para otro y se puso colorado.

—No menciones a mamá. No sabes lo que pasó.

—Nos abandonó. Pero eso no significa que todas vayan a hacerlo.

La ira se esfumó, pero al desaparecer quedó solo la sombra del hermano que él conocía. ¿Qué le pasaba a Connor? Cuando lo miró, sus ojos verdosos carecían de expresión.

—Sí, todas se largan.

—Lo que tú digas.

Nate cogió la última caja y el rollo de cinta adhesiva. Sabía por experiencia que a Connor se le daban bien los discursitos sobre la familia. Acostumbraba a citar los defectos de sus padres, las estadísticas de divorcio y la tendencia instintiva del macho de la especie a buscar pastos más verdes. Todo bastante deprimente. Porque su hermano tenía razón en muchas cosas. Si se

analizaban a fondo, el amor y el matrimonio no obedecían a la lógica. La tasa de fracaso tal vez fuera mayor que la de éxito. Sin embargo, allí estaba él, un científico que había dedicado su carrera al análisis lógico, dispuesto a arriesgarse, mientras que Connor se negaba a correr el riesgo de que le hicieran daño otra vez.

—El camión de la mudanza vendrá esta semana. Te he dejado el frigorífico lleno. Tendrás comida de sobra hasta que cobres la primera nómina.

—No necesito caridad, hermano.

—No es caridad. —Colocó la última caja encima del montón y se limpió el sudor de la frente—. Me pagaste la universidad y te encargaste de que no me faltara nada. Déjame pagar el alquiler del apartamento una temporada. Joder, cuando seas supervisor, tendrás que invitarme a cenar en un asador.

Connor esbozó una sonrisa.

—¿Carne de la buena?

—Un chuletón en Delmonico's. Ni más ni menos.

Su hermano refunfuñó.

—Como quieras. ¿Te apetece salir esta noche? Podemos ir al bar y quedar con Jerry, tomarnos unas cervezas y después ver *True Blood*.

—Hoy no puedo. He quedado con Kennedy para ir al gimnasio.

—¿Otra vez? ¿A qué viene tanto ejercicio? ¿Seguro que no te la estás tirando?

Nate tuvo que hacer un esfuerzo para contener la ira por la crudeza de las palabras de su hermano.

—Seguro. Tan solo me está ayudando a sacar lo mejor de mí mismo. La semana que vienen conoceré a un grupo de mujeres en una cita múltiple, y quiere que esté preparado.

—¿Preparado? Tío, eso ya lo hice yo. Mis consejos son los mejores.

—Tal vez lo sean para ti —murmuró. Todavía se estremecía al recordar las

descargas del collar en el bar. Eso sí que era terapia agresiva y lo demás tonterías—. Busco algo más que un rollo de una noche. Quiero algo real. ¿Es pedir demasiado?

Connor le dio la espalda.

—Haz lo que quieras. Es tu vida.

Salió dando un portazo.

Nate refunfuñó. Oh, diablos. No quería herir los sentimientos de Connor ni insultarlo. Pero necesitaba ser él mismo y dejar de parecer el clon de su hermano. Los remordimientos le atenazaban las entrañas, pero no tardó en oír que también se cerraba la puerta del apartamento y comprendió que su hermano había salido. Seguramente fuera al bar de siempre para ahogar sus penas en cerveza y poner verde a su desagradecido hermano pequeño.

Le echó un vistazo al reloj. Le quedaba poco tiempo para acudir a la clase de zumba con Kennedy. Ya arreglaría las cosas con Connor después. A lo mejor lo invitaba a cenar fuera y pasaban un buen rato. Se puso unos pantalones de deporte, una camiseta de manga corta y las zapatillas deportivas. Después, se miró en el espejo.

Qué gracia. Tenía una pinta... normal. Se veía incluso medianamente atractivo. Sus ojos parecían más interesantes sin las gafas enormes, y la perilla, que antes despreciaba y había sentido deseos de afeitarse, ya le había crecido y le quedaba estupenda. Se había acostumbrado a hacer pesas después de la clase de zumba mientras practicaba con Kennedy y los músculos que ya había desarrollado antes parecían más abultados y definidos.

Se podía decir que ya resultaba aceptable desde el punto de vista social. Le estaban organizando una cita múltiple para el viernes por la noche. Las tres dueñas de Kinnections lo habían declarado apto para dar el siguiente paso.

Si pudiera aprender a no meter la pata al más puro estilo de Pedro Picapiedra, la vida sería perfecta.

Cogió la chaqueta y echó a andar hacia la puerta. Ojalá no deseara que Kennedy Ashe fuera su Wilma, dispuesta a aceptarlo y a quererlo con todos sus defectos.

Pero no estaban en la Edad de Piedra, y esos dibujos animados eran una reliquia del pasado.

Hizo caso omiso de la dolorosa punzada que sentía en el corazón y se dijo que estaba ilusionado con la cita múltiple.

Nate observó a Kennedy con avidez mientras la veía bajarse del coche con el cortísimo vestido de tenis agitándose bajo la brisa primaveral. En realidad, esperaba que le mandase un mensaje de texto con alguna excusa que la librara de ir al campo de golf una mañana entre semana. Sus caderas se contoneaban con esa sensualidad innata tan suya. Se detuvo delante de él. Sus uñas pintadas de rojo intenso suponían un erótico contraste con el blanco del vestido.

—No creía que vendrías

Ella enarcó una ceja castaña.

—No me rajo cuando prometo algo. Estoy lista para jugar al golf.

El desdén con el que Kennedy pronunció la última palabra estuvo a punto de arrancarle una carcajada. Nate se animó y, de repente, le sobrevino una enorme emoción al pensar en las horas que tenían por delante. No podía ser más tonto...

—Estoy ayudando a una persona con su swing, pero va a llegar tarde. Puede que se una a nosotros después. Vayamos al campo.

Movió la bolsa de los palos, ayudó a Kennedy a subirse al carrito de golf y condujo hasta la primera salida. Los pinos y los abetos salpicaban el extenso paisaje de césped verde bajo un cielo despejado. La brisa resultaba algo más

fría de la cuenta, pero el sol brillaba con fuerza, derramando su alegría. El susurro de Kennedy flotó en el aire.

—Un sitio precioso. Y muy tranquilo.

—Lo mejor es venir entre semana. Podemos relajarnos y jugar con tranquilidad. No tomárnoslo tan en serio.

—¿Alguna vez has pensado en jugar profesionalmente?

Nate negó con la cabeza mientras soltaba la bolsa de los palos.

—Qué va, no me interesa. Pero sí me gusta ayudar a los demás y siempre estoy buscando formas de reducir un par de golpes en cada hoyo. Es un desafío mental, pero también me ayuda a relajarme. Aquí puedo dejar la mente en blanco.

Kennedy tomó una honda bocanada de aire y sonrió.

—Sí, ya sé a qué te refieres. Yo me paso el día preparando lo que tengo que hacer a continuación, aunque esté sola, y se me olvida lo que significa vivir el momento sin más.

—Debe de ser duro intentar esparcir el amor por el mundo.

Kennedy hizo un mohín con la nariz.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. Creo que te debes a un poder mayor que el que me mueve a mí con mis cohetes. Yo hago que la gente llegue al espacio. Tú la ayudas a encontrar el amor.

Kennedy dio un respingo, sorprendida, y sus maravillosos ojos ambarinos adoptaron una expresión más dulce.

—Gracias.

—De nada. ¿Te acuerdas de lo que hablamos del agarre?

—¿Te refieres a esto?

Nate se pasó unos minutos repasando las reglas del golf y las nociones básicas.

—Usa este palo para el golpe de aproximación. ¿Sabes cuál es el objetivo?

—Oh, ¿puedo llevar la pelota a esa bonita playa de arena?

—No, eso es un obstáculo. Un búnker de arena. Es bonito, pero mejor lo evitas. —Señaló hacia la derecha—. ¿Ves la bandera que hay allí?

—¡Está a tres pueblos de aquí!

—No vas a llegar con el primer golpe. Apunta hacia allí y nos acercaremos paso a paso. Cada paso es un golpe. Ahora mismo quiero que te concentres en tu swing natural. Hemos aprendido mucho con el simulador, pero esto es distinto. No apartes la vista de la pelota.

—Hola, Channing Tatum desnudo.

—Gracias por insertar esa imagen en mi cabeza. Acabo de vomitar hacia dentro.

La risilla de Kennedy lo encandiló en lugar de irritarlo. La vio levantar el palo, girar con elegancia y moverlo hacia delante, trazando un arco completo muy bonito.

La pelota realizó un vuelo perfecto y cayó en el borde de la calle.

Muy cerca del green.

¿Cómo narices lo había hecho?

—Ay, Dios, ¡se me da fatal! Ya te dije que yo no sirvo para esto.

—Ken, ha sido un golpe estupendo. Casi todos los hombres a quienes les doy clase tardan unas cuantas semanas en conseguirlo. ¿Has estado practicando?

Ella resopló.

—¿Con qué? Oye, tenemos que hablar de cosas serias. Creía que me habías dicho que tu ropa de golf era de diseño. ¿Cuándo vas a empezar a hacerme caso con lo de la vestimenta?

Nate la ignoró. Analizó la zona a la que quería mandar la pelota e hizo unos cálculos mentales. ¿Cómo había hecho un primer lanzamiento tan bueno si se

trataba de una novata? Su swing natural era increíble. Esta vez se sacó el lápiz del bolsillo y usó la tarjeta de puntuación para realizar unos cálculos. Una vez más, demostraba una tendencia a desviarse hacia la izquierda, pero era un vicio fácilmente corregible.

—Tierra llamando a Nate.

—¿Qué?

—Los pantalones naranjas. Es un crimen ecológico. Estás asustando a los pájaros.

Nate levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Estás de broma? Son de la colección de Rickie Fowler. Valen una pasta gansa.

—¿Quién es Ricky?

—Uno de los mejores golfistas del mundo.

Kennedy puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, ¿por qué diseña ropa si se dedica a jugar al golf? Los golfistas tienen un gusto pésimo. No te pongas esos pantalones nunca más.

—Vale.

—Te toca, ¿no?

—Sí. —Dejó la mente en blanco, acompasó la respiración y golpeó la pelota. Vaya por Dios, acabaría con un *bogey* como no hiciera un buen golpe la próxima vez. Había sorteado el obstáculo por los pelos y había acabado en la hierba justo al lado de la calle, cerca de la pelota de Kennedy.

—Bien, buen golpe. Genial, estamos juntos.

—Vamos.

Se dirigieron al lugar donde habían caído las pelotas. En esa ocasión, observó la postura que adoptaba Kennedy. Su golpe fue espectacular, y el palo trazó un arco precioso y elegante que impactó con la pelota a la

perfección. Era raro que las mujeres consiguieran darle a la pelota con la fuerza suficiente para que llegara lejos, y mucho menos con los ojos clavados en el objetivo. La pelota de Kennedy voló por el aire y cayó justo al lado del hoyo.

¡Ni hablar!

Casi se le salieron los ojos de las órbitas. Kennedy hizo unos pucheros dignos de una estrella de cine.

—Oh, he fallado.

Se volvió para mirarla.

—¿Que has fallado? Si solo tienes que empujar la pelota para que entre en el agujero. Has conseguido un par tres.

—¿Eso es bueno?

—Es algo casi imposible para un novato. O eso creía.

Kennedy esbozó una sonrisa deslumbrante mientras daba un bailecito para celebrarlo. La falda se agitó y dejó al descubierto unos muslos musculosos y bronceados, así como un trasero precioso. Los calcetines blancos y las zapatillas deportivas que llevaba le daban un aire juvenil. Sus turgentes pechos se tensaban contra la tela del vestido y se agitaban al ritmo de sus pasos. Nate masculló un taco y se mordió la lengua a propósito. El dolor lo ayudó a concentrarse.

Estaba pasando algo por alto. ¿Qué tenía ella que le faltaba a la mayoría de los novatos en el golf? ¿Cómo era capaz de colocar el cuerpo con tanta precisión sin esforzarse siquiera y lanzar la pelota tan lejos?

—¡Te toca! —dijo ella con voz cantarina.

—Vale. —La pelota trazó un arco irregular que la alejó del hoyo y la lanzó al búnker de arena.

—Vaya, lo siento. Eso no es bueno, ¿verdad?

La irritación empezaba a pasarle factura.

—Pues no. Te toca. Usa el *putter*.

—Genial, me gusta más el palito pequeño. —Kennedy agitó el culo y, tras un empujoncito con el palo, metió la pelota—. ¡Sí, lo conseguí!

—Bien por ti...

—¿Cómo vas a salir de la arena esa?

—Ahora lo verás.

Acostumbraba a ser un hacha para salir de los obstáculos de arena, pero en esa ocasión necesitó dos golpes para conseguirlo. Cuando por fin embocó la pelota, se preguntaba si le estaban haciendo una broma con cámara oculta.

La pesadilla continuó. Kennedy se impuso en cada hoyo, con un swing que no flaqueó en momento alguno y que la ayudaba a hacer pares perfectos mientras que él apenas si atinaba a golpear la pelota. Kennedy se fue emocionando más y más a medida que Nate se iba irritando, pues empezaba a notar una erección dolorosa y un tremendo dolor de cabeza.

Cuando iban por la mitad del recorrido, decidió que no podía más.

—Quizá deberíamos hacer un descanso. No quiero que te agotes la primera vez que pisas un campo de golf —le sugirió él.

—Buena idea. Oye, no ha estado tan mal como me temía. Repetiré.

—Hurra —dijo Nate con cara de pocos amigos.

Se montaron en el carrito y se alejaron del hoyo. Nate se preguntó si podría escabullirse dentro de una hora y terminar el recorrido. Seguro que se había alterado tanto por culpa de la energía sexual. Le mandó un mensaje de texto a Wolfe para decirle que tendrían que verse en otro momento a lo largo de la semana y decidió volver al trabajo antes de tiempo.

—¿Nate?

—¿Qué?

—¿Siempre quisiste ser ingeniero aeroespacial?

Esa pregunta lo pilló desprevenido y lo devolvió al presente.

—No. Quería ser un superhéroe. Siempre creí que podía modernizar un montón la Batcueva, por no hablar del Batmóvil, que también necesitaba unas cuantas mejoras.

Eso mereció otra de sus roncas carcajadas.

—Seguro que siempre has sido muy listo.

—Sí. En el colegio me aburría enseguida, así que me adelantaron un año. Y claro, una vez que me presentaron los conceptos matemáticos más avanzados, entendí pronto a lo que se referían. Nunca tuve problemas y estudiaba las fórmulas en mi tiempo libre. Así que pasé de querer convertirme en el siguiente Batman a querer ayudar al hombre a llegar al espacio. Cuando el programa de la NASA desapareció, me pasé al sector privado que pretende poner los viajes espaciales a disposición de cualquier persona. Los ricachones empezaron a fundar sus propias empresas con ese fin, y por eso volví a Nueva York.

—¿Connor estaba aquí?

—Sí, crecimos cerca de Westchester, así que aprovechamos la oportunidad de encontrarnos los dos en el mismo estado. Echaba de menos a mi hermano. Es el único familiar que me queda.

Ella asintió con la cabeza.

—Yo siempre he querido tener hermanos. Por eso estoy tan unida a Kate y a Arilyn. Nos conocimos en la universidad, conectamos y se convirtieron en mi familia.

—¿Y tus padres?

La cara de Kennedy se ensombreció y la alegría que se le notaba por lo bien que había jugado desapareció un instante.

—No hablamos mucho. Es mejor así.

Nate asintió con la cabeza sin exigir más detalles. El leve traqueteo de las ruedas del carrito era lo único que rompía el silencio.

—Sé que estás investigando la propulsión, pero ¿qué intentas encontrar exactamente? ¿Te han contratado para construir un cohete específico?

—No. Buscamos la manera más eficiente de crear naves espaciales. Estoy desarrollando nuevas fórmulas que desafían las ideas existentes. Algo llamado ecuación de propulsión.

—La ecuación de propulsión depende del flujo de masa que atraviese el motor y de la velocidad de salida, ¿no?

La miró con los ojos entrecerrados. Kennedy se comportaba como si acabara de decirle que le gustaba el color rojo.

—¿Has cambiado la revista *Vogue* por *Science Today*? —preguntó a la ligera. Temía asustarla después de la otra noche, pero, por el amor de Dios, lo estaba matando.

—Busqué tu empresa en Google para saber en qué consistía tu trabajo.

A Nate le dio un vuelco el corazón. Ni una sola persona en toda su vida se había preocupado por él lo suficiente para averiguar qué hacía todos los días. Se le formó un nudo en la garganta.

—¿Por qué?

—Quería hacerme una idea de quién eres. Para emparejarte con la mujer adecuada, claro. El trabajo es una parte importante de tu vida y también supone ciertas expectativas para tu futura esposa.

Controló la extraña amalgama de emociones que lo consumían.

—Solo soy el empollón que se esconde detrás del cuaderno de notas.

—¿Nate?

Llegó a la zona principal y aparcó.

—¿Qué?

—Los empollones están infravalorados.

El vínculo que se estaba formando entre ellos lo asaltó y lo dejó sin aliento. Vaya con Kennedy. Cada vez que intentaba ponerse en pie, ella lo dejaba

tirado de nuevo. Se dio cuenta de que lo miraba con expresión dulce, como si lo deseara, pero no era así, y en cambio a él le daba vueltas la cabeza y se le había puesto tan dura que hasta le dolía. De repente, le dio igual lo que estaba bien y lo que estaba mal, lo que era o no era racional. Se inclinó hacia ella, inhaló su embriagador perfume y le tomó la cara entre las manos.

—No puedes decirme eso y creer que no voy a besarte, Ken.

Se apoderó de sus labios y ella soltó ese gemidito que seguro que emitía cuando tenía un orgasmo. Se abrió bajo su asalto y él le metió la lengua en la boca para beber de su esencia, entrando y saliendo de entre sus labios como le gustaría entrar y salir de entre sus muslos. El sol los bañaba con su luz, los pájaros trinaban, las pelotas de golf volaban por el aire, la gente hablaba y nada de eso importaba salvo su piel, su sabor y su olor.

Kennedy le devolvió el beso. Le acarició la lengua con la suya. Se entregó en la misma medida que recibía.

Ella se apartó demasiado pronto y lo miró. Tenía el labio inferior hinchado y brillante por la humedad.

—No hagas eso.

Nate quería echarse a reír por la advertencia, pero estaba tan excitado que le dolía todo el cuerpo.

—Lo siento, pero no me arrepiento.

—Te he organizado una cita múltiple. Con suerte, encontrarás a tu esposa. Vamos a fingir que esto no ha pasado, porque te prometo que no volverá a suceder, Nate. ¿Entendido?

Esos ojos ambarinos brillaban de furia y también a causa de la pasión que él se moría por saborear, pero hizo lo correcto y asintió con la cabeza.

—Entendido.

Kennedy se bajó del carrito de golf a toda prisa, como un fogonazo de blanco y piel desnuda.

—Nos vemos el viernes. En la cita múltiple.

Nate no replicó. Se limitó a observarla cuando se alejaba, mientras se preguntaba si conocería alguna vez a una mujer que se le pareciera un poquito.

El viernes por la noche Nate entró en Cosmos como si estuviera a punto de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento.

El grupito de mujeres se encontraba en un rincón y bebía vino mientras conversaba como si fueran amigas de toda la vida en vez de estar a punto de competir por su atención. Claro que él no se sentía precisamente como un premio. De hecho, el estómago se le encogió al pensar que no solo tenía que mantener una conversación agradable con desconocidas sino además ingeniosa, y que después tendría que elegir a una con la que quedar. Debía de estar loco para haber accedido a eso. Desvió la mirada hacia el objeto de sus pensamientos, de sus sueños y, últimamente, de sus fantasías. Se había puesto un traje amarillo de tweed que parecía hecho a medida, con una minifalda cortísima y unas sandalias del mismo color. La pulsera de oro que llevaba en el tobillo destellaba, como si le estuviera haciendo un guiño, y se había dejado suelta la preciosa melena castaña con reflejos caramelo. Kennedy se movía por la estancia como una mariposa, brillante y rápida, e imposible de pasar desapercibida.

Después de que hubieran jugado juntos al golf, Nate se había concentrado en ese evento y había canalizado su energía hacia un futuro real. Con la mujer con la que se casaría y tendría hijos, a la que amaría hasta que la muerte los separase. Su cabeza se regía por una regla inamovible: Kennedy Ashe era su celestina, nada más.

Ojalá también pudiera imponerles una regla a sus partes bajas.

Nate se acercó a Kennedy.

—Buenas.

Kennedy sonrió.

—¿Qué tal lo llevas?

—Uf, de maravilla.

Ella se echó a reír. Esa carcajada ronca le acarició todo el cuerpo y provocó una explosión.

—No te vayas a rajar ahora. Hemos escogido a estas mujeres una a una. Son muy agradables y están ansiosas por conocerte. Primero te presentaré a todas y luego las acompañaré por separado a una mesa privada para que puedas pasar un tiempo a solas con ellas. Estás genial.

—Gracias. —Los pantalones gris oscuro y la camisa de seda despedían una elegancia sencilla que le gustaba. Y los zapatos eran tremendos. Nunca había tenido muy buena opinión del cuero italiano, pero ya no se veía capaz de ponerse otra cosa—. Tú también.

Kennedy abrió la boca para replicar, pero de repente un tío enorme la abrazó con fuerza. Sus manos la sujetaron por el trasero como si nada. Un impulso violento sacudió a Nate como un coche averiado que se negara a cambiar de marchas y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no intervenir y apartarle las manos de mala manera.

—Hola, guapa. ¿A qué hora terminas? ¿Quieres tomar algo después?

Ella lo miró con expresión coqueta, pero meneó la cabeza.

—Lo siento, esta noche no puedo.

—Tanto trabajo y tan poca diversión deja insatisfecha a una mujer, Ken.

—Eso lo dices por experiencia, Ron.

El tío soltó una sonora carcajada que irritó a Nate.

—Estaré en la cocina si quieres tomarte un descanso. Pásate un rato. —Le

guiñó un ojo—. Te prometo que esta vez esa ropa tan bonita no acabará llena de masa.

—Sí, sí, y yo me lo creo... —canturreó ella.

El tío se alejó con una estúpida expresión lasciva en la cara mientras se abría paso entre la multitud. Su enorme corpachón conseguía abrirse paso entre la gente sin problemas, pero su ego y sus malas maneras eran más que evidentes. Desde luego, había sido un matón en el instituto. Kennedy apartó la mirada de su espalda y se concentró en Nate.

—Vale, ¿estás listo para conocer a todo el mundo?

—¿Quién era ese? —le preguntó.

Kennedy parpadeó.

—¿Ron? Ah, trabaja en la cocina. Hacemos muchas citas múltiples aquí.

Nate reprimió la rabia a duras penas.

—No me gusta cómo acaba de hablarte.

La sorpresa más absoluta hizo que Kennedy pusiera los ojos como platos.

—Es inofensivo. Trata igual a todas las mujeres. ¿Te suena de algo?

El dardo se clavó en la diana y la atravesó con precisión. Nate se removió, avergonzado. Todos esos espantosos comentarios en los que nunca había reparado antes acudieron a su mente. ¿Cuántas veces había tratado a las mujeres como objetos siguiendo los errados consejos de su hermano? Claro que Connor no tenía la culpa. Él nunca se había parado a pensar en cómo querían los demás que los trataran. A lo mejor solo era egoísta.

—No te mereces que ningún hombre te rebaje, Kennedy. Ni siquiera yo.

La expresión de Kennedy se suavizó y, de repente, fue como si estuvieran solos en una cálida y liviana burbuja.

—Pues menos mal que tengo el collar eléctrico.

Se sonrieron y Nate se olvidó del grupo de mujeres que lo esperaban, una

de las cuales podría convertirse en su futura esposa. Se preguntó si a ella también se le había olvidado.

Kennedy pareció percatarse del rumbo de sus pensamientos y meneó la cabeza.

—Ya te he pedido un Darth Maultini. Las mujeres a las que vas a conocer esta noche se llaman Mary, Sue, Vera y Sally. Todas son profesionales con estudios universitarios y derrochan sentido del humor. A dos les encanta el golf. Una tiene conocimientos de física. No te preocupes por las ventajas o las desventajas ahora mismo. Límitate a hablar y a pasártelo bien, y comprueba si conectas con alguna. ¿Recuerdas las reglas?

—No mencionar la edad ni las partes del cuerpo, no preguntar sobre el futuro y no criticar antes de mantener una conversación más larga.

—Bien. ¿Preparado?

Miró a la mujer que deseaba y mintió.

—Sí. Vamos allá.

Nate inspiró hondo y se internó en la multitud.

Kennedy estaba sentada en un extremo del local, controlando a Nate, pero también ofreciéndole la intimidad y el apoyo moral que necesitaba. De momento, la cosa iba de maravilla. Todos parecían estar pasando un buen rato y Nate ya estaba manteniendo su tercera charla privada. Kennedy tenía la sensación de que Mary era la mejor candidata y esperaba que Nate pensara igual. Era curioso, pero nunca había tenido tantos problemas a la hora de preparar una cita múltiple. Durante el proceso de selección de candidatas, había encontrado algo en cada una de las mujeres que no terminaba de cuadrarle. Seguro que su ansiedad por tener éxito se debía a que había pasado varias semanas de adiestramiento intensivo. Lo de esa noche sería bueno para

los dos. Probablemente estaban demasiado unidos, y eso hacía que aflorasen sentimientos extraños. Como la atracción sexual.

Sintió que se le erizaba la piel. Cuando Ron se alejó un rato antes, se percató del brillo posesivo tan masculino que había asomado a los oscuros ojos verdes de Nate. Era como si estuviera celoso y no quisiera que Ron la tocara. Sin embargo, su propia reacción la alteró más. Porque le había gustado. La idea de que él intentara enseñarle algo, de que concentrara toda esa feroz atención en proporcionarle placer, le provocaba un estado de ignición, como si fuera uno de los motores con los que él trabajaba. La idea de que un científico aeronáutico tan racional perdiera los papeles por completo la ponía a mil.

Tal vez hubiera llegado el momento de concentrarse en su vida amorosa. O en su ausencia. Un asalto con Ron mataría el gusanillo, pero necesitaba una cita real con posibilidades. ¿Cuándo había sido la última vez que experimentó esa oleada de emoción con un hombre? No había nada tan estimulante como ese primer momento de atracción sexual, ese salto al primer beso, ese afán por llegar a la cama y encontrarse algo... más.

Bebió un sorbo de su pinot noir y observó a Nate. Se defendía bastante bien. En cuanto lo vieron entrar en el restaurante, las mujeres se habían animado y se lo habían comido con los ojos. Era su perfecta Eliza, transformado, pulido y preparado para encontrar el amor. Se movía con la elegancia de un depredador, con la vista clavada en cada mujer mientras hablaba como si ella fuera todo su universo y no tuviera que ir a ninguna otra parte.

En los vis a vis se desenvolvió todavía mejor. Su lenguaje corporal se notaba relajado y, además, era evidente que contestaba con algo más que monosílabos. Sue acercó un poco más la silla y jugueteó con su pelo, enroscándose un mechón en un dedo con el ademán universal de toda mujer

que pretende echarle el guante a un hombre. Él también parecía bastante interesado. No desvió la atención en ningún momento. Sue se echó a reír y le tocó el brazo. A él pareció gustarle.

Kennedy se llevó la lengua al paladar y sopesó esa pareja. A Sue le encantaba el golf y su padre era científico, de manera que compartían antecedentes y también intereses. Aun así, Sue tenía un aire muy conservador y podía ser un poco estirada. Se preguntó si un desliz de Nate le haría perder interés. O si juzgaría el dudoso comportamiento del hermano de Nate. Mary tenía un ramalazo de chica mala que lo equilibraría mucho más. A lo mejor debería susurrarle su opinión al oído.

Se quedó de piedra. ¿En qué estaba pensando? Esa era la regla de oro del sector: ofrecer todas las posibilidades a los clientes y dejar que ellos escogieran. De repente, la terrorífica voz de las películas de *Saw* resonó en su cabeza: «Tú decides». Jamás debería haberse tragado ese dichoso maratón nocturno de cine.

Nate se levantó sonriendo y Sue regresó con el grupo. Las mujeres parecieron hacer un chiste y todas se echaron a reír. Por fin le llegó el turno a Mary de sentarse a solas con él. Kennedy repasó sus mensajes de texto, bebió más vino y esperó a que saltara la chispa entre ellos. Siempre había tenido muy buen instinto y había estudiado a Nate más que a ningún otro cliente. Mary era la adecuada.

Cuando Nate terminó con las charlas privadas, Kennedy se acercó al grupo. Habló un poco con las mujeres para asegurarles lo mucho que cada una había impresionado a Nate antes de acompañarlas a la puerta. No había motivos para que esperasen mientras él se decidía. Resultaría muy incómodo. Kennedy pidió otra copa y se sentó con Nate en un rincón íntimo.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó.

—Bien. —Frunció el ceño—. Muy bien. No creo haber metido la pata ni

una sola vez. Y me han gustado. Todas encajan con el tipo que busco.

—Me alegro mucho. ¿Has sentido un vínculo especial con alguna en particular? Quiero que empieces con las citas individuales.

—Sí, con Sue.

Se quedó callada un momento.

—¿Qué me dices de Mary?

—Mary también es muy agradable. Pero me gustaría salir con Sue.

Kennedy silenció las protestas.

—Estupendo. Me alegro de que hayas conectado con alguna. Puedo organizarte una cita para este fin de semana. Tú te encargas de elegir el sitio. No la lles a un evento de trabajo ni a tu casa. Asegúrate de que es lo bastante íntimo para poder conoceros mejor y nada de elegir un sitio raro, como una bolera.

—¿Temes que la lleve al campo de golf a medianoche?

—Puede.

Nate sonrió. Se le fueron los ojos hacia el carnoso labio inferior. Kennedy contuvo el impulso de acariciar la perilla que le enmarcaba la boca. Recordaba la deliciosa sensación de ese vello contra la mejilla mientras la besaba. Recordaba las embestidas de su lengua, la presión de sus labios y el sabor de su pasión masculina. Nate frunció el ceño mientras fingía considerar la idea.

—Sue está loca por el golf, así que a lo mejor no le importa.

—Nate...

—Era broma. Soy capaz de organizar una cita. ¿Qué pasa con las demás?

—Me aseguraré de decirles que estarías dispuesto a salir con ellas si no te va bien con Sue y les confirmaré que te han impresionado muchísimo. También redoblaré los esfuerzos por encontrarles pareja.

—Es un negocio bastante peliagudo. ¿Cómo te las apañas para no herir sus

sentimientos?

Se encogió de hombros.

—Se me da bien mi trabajo. Me han rechazado tantas veces que se convirtió en mi mantra y en mi cruz. Me aseguro de que todos mis clientes sientan seguridad en sí mismos y de que sepan que yo creo en ellos. Todo lo que hacemos en Kinnections gira alrededor de que la gente asuma el rechazo de forma saludable sin permitir que la destruya.

Nate la miró con sorna.

—¿Qué sabes tú del rechazo? No me imagino a un hombre vivo capaz de hacerlo.

El dolor la asaltó, pero desterró la sensación.

—No me conocías hace diez años.

Con un gesto amable, Nate le levantó la barbilla. Sorprendida, Kennedy clavó la vista en los pozos insondables que eran sus ojos.

—No me hace falta. Seguro que eras tan guapa como ahora. Pero no lo sabías.

Ansiaba inclinarse hacia él y dejar que la abrazase. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre la consoló sin que hubiera sexo de por medio? Sin embargo, apretó los puños y se obligó a sonreír.

—Me pondré en contacto con Sue por la mañana para que puedas quedar con ella.

—Vale. Será mejor que me vaya. Le prometí a Connor que nos tomaríamos una cerveza juntos y ya llego tarde. —Nate se detuvo un instante—. Gracias por todo. Sue parece una mujer increíble.

Lo observó mientras se alejaba y mantuvo la deslumbrante sonrisa en la cara, como la personificación de la casamentera que está a punto de alcanzar el éxito. Y se preguntó por qué su corazón no parecía verlo así.

Kennedy estaba en su despacho, cavilando.

Tenía frente a ella el salvapantallas del ordenador, con el alegre logo morado y plateado de Kinnections. A su derecha descansaba un enorme montón de carpetas con un sinfín de nombres y de posibilidades para emparejar. Por lo general era un proceso que atacaba con gusto. El momento en el que pulía y perfeccionaba a cada cliente hasta que alcanzaba el potencial máximo constituía una fuente de alegrías. En ese instante, sin embargo, se examinó las uñas y se preguntó adónde llevaría Nate a Sue esa noche.

Era su cuarta cita en solo dos semanas.

La primera fue una cena íntima. Sue no paraba de alabar a Nate. Se explayaba sobre lo educado que era. Lo simpático. Lo gracioso. Lo inteligente.

La segunda fue una partida de golf. Kennedy lo llamó y le echó la bronca cuando se enteró de sus planes, pero él le juró que fue Sue quien lo sugirió y habían quedado para un domingo al mediodía, así que no podía decirse que fuera una cita romántica. Más bien se trataba de una de esas reuniones tontas tan típicas de los hombres para ver qué tal iba la cosa. Lo dejó pasar porque Sue se veía emocionada y fue ella quien lo puso en marcha.

La tercera fue un almuerzo. Nate la llevó a la orilla del río, donde les

dieron de comer a los patos y disfrutaron de una mariscada. Ella halagó la originalidad de Nate y su habilidad para progresar en la relación sin presionar más de la cuenta. Pero la cuarta cita era importante. Normalmente era la decisiva, la que cimentaba la relación o provocaba la ruptura.

¿Adónde la llevaría esa noche? ¿Pasarían a tener relaciones físicas? Se alegraba por ellos, de verdad, pero no quería que Nate acabara sufriendo un desengaño sentimental por ir demasiado rápido. La última vez que se encontraron en la clase de zumba, se percató de que llevaba la perilla perfecta. Admitió que iba a ver a Benny por voluntad propia, un detalle que debería haberla puesto eufórica, pero que en cambio le sentó fatal. Porque se sintió apartada. Descartada. Desechada como si fuera un pañuelo de papel usado, arrugado y arrojado a la basura sin una simple despedida. Nate ya no quería quedar con ella los miércoles para jugar al golf ni le pedía consejo. Supuso que a esas alturas era Sue quien lo sabía todo sobre él. Y eso era bueno. Era genial.

En serio.

Metió la mano en el cajón de la mesa y sacó una botellita de licor, robada de un hotel. Ron. Una buena opción. Desenroscó el tapón, se la llevó a los labios y bebió un buen trago.

En ese momento, Kate entró en el despacho.

Su amiga reparó en lo que veían sus ojos, cerró la puerta de un puntapié y se sentó en el sillón. Acto seguido, extendió un brazo.

—Dame una de Baileys.

—No sé si me queda alguna.

—Pues busca.

Kennedy cogió la botellita y se la lanzó a Kate, que bebió con más delicadeza.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Kennedy al ver la mala cara de su amiga.

—Un cliente tonto. Los nervios de la boda. La preocupación por Gen. Robert tiene otra infección de orina, pero está bien. Slade se ha quedado hoy en casa con él. Como ha destrozado el conejito morado, ha tenido que ir a un montón de tiendas hasta encontrar uno exactamente igual. El pobre no puede dormir sin él.

Slade se había enamorado del perro parapléjico que había rescatado Kate, Robert. Los tres habían formado una familia de verdad.

—¿Me hablas de Robert o de Slade?

—De los dos. El uno no duerme si el otro está mal.

—Lo entiendo. —Kennedy suspiró—. Sabes que te echaré una mano con la boda. Si quieres, me encargo de todo, así que no te preocupes, cariño.

—Lo sé, pero es que hay cosas que me desquician, y Gen está muy rara.

—Sí, quería hablar con ella, pero no tengo tiempo. Le pasa algo.

—Lo achaca al trabajo y a la fiesta de compromiso, pero yo creo que va demasiado rápido. Lo de mudarse a vivir con David y cambiar su vida así de repente. No sé, antes solía venir a casa a tomarse un café y ahora ya no la veo. Me siento desconectada.

—Tenemos que quedar con ella. En algún lugar tranquilo. A lo mejor se sincera.

—Es posible. —Kate bebió otro sorbo de licor y se acomodó en el sillón. Sus ojos azules la miraron con una extraña intensidad—. ¿Cómo estás tú?

—De malhumor.

—¿Has comido?

—Yogur y fruta. Pero tengo pensado tomarme una fajita con patatas fritas. Eso me alegrará.

—¿Cómo está Nate?

Kennedy titubeó.

—Bien. Está saliendo con Sue.

—Ah, entonces estarás contenta. Eufórica. ¿Se lo ve feliz?

La pregunta de Kate le produjo cierta indignación.

—Acaba de conocerla, así que no sabemos qué pasará. No estoy segura de que sea adecuada para él.

—Ah.

Kennedy se inclinó hacia delante, por encima del escritorio.

—¿Qué significa ese tono?

—Nada. ¿Por qué no crees que sea adecuada para él?

—Creo que Sue es demasiado inflexible y que él no se sentirá cómodo para actuar con naturalidad. Aunque hayamos mejorado su aspecto físico y sus habilidades sociales, tiene una personalidad única que no debería cambiar por el simple hecho de que a ella no le guste.

Kate torció el gesto.

—Ah.

—¿Otra vez?

—Es que creo que lo proteges demasiado. Oye, ¿sientes algo por él?

Kennedy escupió el sorbo de ron y empezó a toser. Tuvo que limpiarse las lágrimas.

—¿Estás loca? Por supuesto que no siento nada por él. Es mi cliente. Le he dedicado mucho esfuerzo, y no quiero que se lleve un varapalo.

—¿Cuántas veces hemos discutido sobre este tema? Nuestros clientes sufrirán desengaños porque el amor es un viaje doloroso. Lo único que podemos hacer es prepararlos y guiarlos en la dirección correcta. A lo mejor necesita sufrir un desengaño antes de encontrar a su alma gemela.

—No mientras yo esté al cargo —masculló Kennedy.

—Me he pasado por su casa nueva. Parece que se ha aclimatado bien y que está contento.

La avidez por saber más la consumió.

—¿Se sorprendió al verte?

—Le dije que vivía en la misma calle y que podía contar conmigo si necesitaba algo.

—¿Ha cambiado la decoración?

Kate hizo memoria.

—No, todo está igual. Pero se ha llevado un montón de libros. Sobre golf y ordenadores. Y, por supuesto, tiene un televisor nuevo y un sistema de sonido fantástico, como todos los tíos.

—Típico. ¿Has detectado algún detalle femenino? ¿Alguna pista de que Sue lo visite? Porque eso sería incumplir las reglas que establecí.

Kate la miró con una expresión rara.

—Ken, ¿cuánto hace que no sales con un hombre?

Ella se encogió de hombros.

—Una semana. Tal vez unas cuantas. Creo que un mes.

—¿Sabes por qué?

Kennedy la miró con rabia.

—¿Hoy estás haciendo de Arilyn? Madre mía, ¿por qué me psicoanalizas? He estado ocupada.

Kate extendió las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

—Déjate de tonterías. Si hago memoria, no recuerdo un fin de semana en el que no quedaras con alguien. Desvarías si no tienes a un tío comiéndote de la palma de la mano, pero me da en la nariz que has dedicado toda tu energía al científico aeronáutico.

—Ingeniero aeroespacial.

Kate enarcó una ceja.

—¿Lo quieres para ti?

—¡No! En absoluto. Tan solo pasé por un bajón, pero ya lo he superado.

Creo que tienes razón, llevo mucho tiempo sin un hombre. Necesito concentrarme en mi vida amorosa y animarme un poco.

En los labios de su amiga apareció una sonrisilla misteriosa. Como si conociera un jugoso secreto que no quisiera compartir.

—Estoy segura de que lo harás.

—¿Qué pasa? Sabes algo y no quieres decírmelo.

Kateapuró el Baileys y se levantó.

—No sé a qué te refieres. Invitaré a Gen a tomar un café esta semana. Tú también deberías venir. —Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta y se volvió—. Haz lo que te haga feliz. Te lo mereces.

Kennedy clavó la vista en la puerta cerrada. ¿A qué narices venía eso? Ya era feliz. Sus decisiones y elecciones le producían satisfacción. Sabía que se lo merecía. Esa era la primera regla de la terapia. Creer que merecía cosas buenas y que el futuro se las depararía.

Y lo creía.

Cogió el iPhone y buscó entre sus contactos. Había llegado el momento de reconectar con su faceta sexual y de ser todavía más afortunada. Se detuvo al dar con un nombre y lo sopesó. Tal vez. Derek era guapo y lo había conocido en una feria del sector a la que asistió como representante de Kinnections. Se trataba de un ejecutivo, amante de la buena vida, y parecía interesado en ella. Habían hablado, coqueteado e intercambiado números de teléfono. Pero ahí quedó todo. Había estado demasiado ocupada.

Pero ya no.

Abrió la aplicación de mensajería y escribió un mensaje. Cómo le gustaban las nuevas tecnologías. Ya no había que exponerse a llamadas incómodas ni había que esforzarse por interpretar las inflexiones de voz. Con un simple: «¿Te apetece quedar?», y un sencillo intercambio de información bastaba.

No tardó mucho en obtener respuesta. Al cabo de un cuarto de hora, se

había citado para esa noche.

Era oficial.

Había vuelto al mercado.

Nate acompañó a Sue hasta su nueva casa y se preguntó por qué el cerebro le advertía a gritos de que estaba cometiendo un error. La cena había estado bien. Sí, se había manchado la camisa nueva de J. Crew con el pinot noir, pero a ella le apetecía vino y no se atrevió a decirle que él prefería cervezas artesanas o un martini modificado. La vio analizar la carta como si fuera una experta, y pedir el vino adecuado para cada plato, lo que denotaba mucha clase. La conversación fluía. El hecho de que el padre de Sue fuera científico suponía una baza para que entendiera su trabajo, y aunque no parecía muy interesada, al menos sabía de qué iba la cosa. Y también le encantaba el golf. Se le daba bien, aunque tenía una postura un tanto rígida y acataba demasiado las reglas, de manera que se le escapaban la elegancia y la belleza que hacían del golf un deporte maravilloso. Aunque su swing era técnicamente perfecto, carecía de la habilidad innata y de la efervescencia de Kennedy.

Claro que no estaba pensando en ella ni mucho menos.

Sue estaba disponible. Le había dejado claro que buscaba una relación estable y que quería casarse, tener hijos y sentar cabeza. Le gustaba su profesión y era de la opinión de que uno de los miembros de la pareja debería dejar su trabajo para criar a los niños. Por supuesto, él había cambiado de opinión al respecto gracias a la labor de Kinnections. Al fin y al cabo, Kennedy seguramente sería una madre perfecta y jamás renunciaría al suyo. Otra opinión ridícula que Connor le había metido en la cabeza. Se recordó que debía dejar de pensar en Kennedy y concentrarse en Sue. Era republicana, creía en las obras benéficas y parecía una intelectual de verdad.

Su mirada recorrió el coqueto interior de su casa, aunque acabó frunciendo el ceño.

—Muy mona —dijo con alegría mientras recorría las distintas estancias—. Es temporal, ¿verdad? Acabas de mudarte del apartamento de tu hermano, así que esto es lo que podríamos llamar un alojamiento temporal, ¿correcto?

Esa costumbre de usar la palabra «correcto» en forma de pregunta empezaba a irritarlo. Aunque prefería eso a que hablara en argot o dijera palabrotas. Fue a la cocina para preparar café.

—Sí, he decidido que los dos necesitábamos nuestro propio espacio. De momento estoy contento aquí.

—Cuando decidas comprar, ¿te plantearás hacerlo en Manhattan? Verily es un pueblo pintoresco, pero los mejores colegios y la cultura están en la ciudad.

—Es posible. —Siempre había pensado que se instalaría en la ciudad, pero de un tiempo a esa parte se había acostumbrado al pueblecito situado junto al río.

Era mejor dejar esa opción abierta, sobre todo porque Sue tenía cualidades de líder y le gustaba hacer planes con antelación. Se había percatado de que cuando jugaban al golf, cenaban o llamaba por teléfono, prefería seguir un orden establecido. Algo genial, porque él hacía lo mismo.

La oyó soltar una carcajada seca mientras se sentaba en el sofá azul.

—Lo siento, tiendo a ir por delante de las cosas. Pero te juro que no soy una de esas que congela los óvulos y ya ha elegido la vajilla.

Nate se relajó, encendió la cafetera y sonrió.

—No pasa nada. Yo también soy bastante sistemático. Somos tal para cual.

Se sentó a su lado, dejando una distancia respetable. La había besado unas cuantas veces, pero esos besos habían sido más bien educados, del tipo comedido para no llevarse un bofetón. No podía decirse que fueran

apasionados, pero sí agradables. Con su pelo castaño rizado, su baja estatura y sus serios ojos oscuros, Sue le resultaba atractiva. Era elegante y para alguien como él sería un gran partido.

Se preguntó por qué insistía en catalogar sus características como si fuera una agencia de citas online.

—Gracias otra vez por la cena —dijo ella en voz baja—. Me lo he pasado muy bien. Hace mucho que no me sentía a gusto con un hombre. Creo que de verdad me entiendes y me respetas.

—Desde luego. Ha sido agradable, sí.

—Sé que es un poco pronto, pero quiero preguntarte si te gustaría acompañarme a una gala benéfica la semana que viene. Mi padre se dedica a la investigación, como tú, y va a celebrarse en el Museo de Historia Natural. ¿Te apetece?

Se imaginó vestido de punta en blanco y manteniendo conversaciones forzadas durante una larga velada en la que solo podría comer tartaletas secas de cangrejo. Pero eso era lo que quería, ¿no? Algo verdadero. Asistir a fiestas y a eventos sociales formaba parte de una relación de pareja.

—Claro. Parece divertido.

Ella se animó y se acercó un poco más.

—Ahora sí que lo será. —Le tocó el brazo—. Me alegro mucho de que nos hayamos conocido.

—Yo también.

Ella levantó la cabeza. Tenía unos labios bonitos, carnosos y definidos, y los llevaba pintados con un tono suave. También usaba un perfume sutil, su piel olía a lavanda.

—¿Quieres café? —le preguntó.

Ella esbozó una sonrisa.

—Ahora no, Nate. Bésame.

Ah. Vale. No lo había pillado. Kennedy le habría soltado una buena descarga. Desterró el pensamiento y la obedeció. Sus labios encajaban a la perfección. Esta vez, Sue los separó, invitándolo a ir más allá. Todos los libros que había estudiado, las novelas eróticas que había leído como si fueran un manual, los artículos que había memorizado y los test de *Cosmopolitan* que había hecho eran para eso. Había llegado el momento de sacar la artillería.

Aceptó la oferta y le introdujo la lengua en la boca. Sue le puso las manos en los hombros y le devolvió el beso. Besaba de maravilla. Respondía a las caricias de su lengua, la presión de sus labios se le antojaba adecuada y sus dedos lo acariciaban levemente sin clavársele en la piel. Prolongó el beso un rato y después se apartó despacio.

Ella le sonrió.

—Vamos a la cama.

«¿Cómo?»

La miró en silencio. ¿No era demasiado pronto? Cuatro citas no parecían suficientes para pasar al sexo, ¿no? Un momento, ¿qué tenía de malo? Una mujer atractiva, inteligente y soltera a la que le gustaba quería hacerlo con él. Dios, hacía demasiado tiempo que no oía esas palabras. Era genial.

—¿Crees que es apropiado que lo hagamos en la cuarta cita?

Ella parpadeó y su sonrisa se esfumó.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, cuando firmé el contrato con Kinnections, me dijeron que evitara el sexo hasta que la relación estuviera consolidada y hubiéramos decidido ir en serio.

Sue soltó una queda carcajada y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Creo que nos dirigimos precisamente a ese punto. Además, si tú no lo comentas en Kinnections, yo tampoco lo haré. —Le guiñó un ojo.

—No estoy seguro de querer comprometerme en serio en la cuarta cita. ¿No sería como limitar las opciones?

Un destello de rabia iluminó los ojos castaños de Sue.

—No. Pero parece que me estás diciendo que prefieres esperar por si se presenta alguien mejor.

Oh, oh. Eso merecía una descarga doble.

—No, no, lo siento, no me refería a eso. Tan solo que me gustaría cumplir con el contrato.

—Nate, el contrato me da igual. ¿Cuál es el verdadero problema? ¿Es que no te gusto?

El sudor le cubrió la frente y tuvo que controlar el impulso de secársela con la mano.

—Me gustas mucho. Eres preciosa.

Ella suspiró.

—Bueno. Creo que no debemos hablar más del tema, ¿no te parece?

—Sí.

—Vamos al dormitorio.

Huy. ¿Qué le pasaba? Sí, había sentido la punzada del deseo durante el beso, pero no se le había levantado en lo más mínimo y la presión a la que lo estaba sometiendo Sue no lo ayudaba mucho en ese sentido. A lo mejor la quinta cita sería el empujón que necesitaba. A lo mejor...

Sue gritó.

Nate se levantó del sofá de un salto, listo para pedirle perdón, y la vio señalando hacia la ventana situada junto a la puerta.

—¡Hay alguien ahí fuera!

Nate miró en esa dirección. La cara de su hermano estaba pegada al cristal y lucía una enorme sonrisa.

Menos mal.

Abrió la puerta y tiró de él para que entrara.

—¡Connor! ¡Qué sorpresa, tío! Bienvenido, pasa, pasa.

Su hermano parecía asombrado por la calurosa bienvenida. Sue se puso tensa en el sofá y esbozó una sonrisa forzada mientras se ponía en pie. Connor sonrió con timidez.

—Lo siento, no sabía que tenías visita. Se me ocurrió venir a buscarte para salir a tomar una cerveza porque Jerry me ha dejado tirado. Espero no haberte cortado el rollo. —Se volvió hacia Sue para mirarla con amigable admiración, un gesto que la mayoría de las mujeres encontraba atractivo—. Encantado de conocerte. Soy el hermano mayor de Nate, Connor.

Ella le tendió la mano, que Connor procedió a estrechar con entusiasmo.

—Encantada de conocerte. Qué sorpresa más agradable.

Su cara decía que era cualquier cosa menos agradable, pero Sue hacía gala de unos modales exquisitos. Nate se preguntó por qué le aliviaba tanto que su hermano hubiera interrumpido su única oportunidad de echar un polvo. A lo mejor necesitaba hablar con Arilyn.

—Oye, qué casa más bonita. Un poco femenina, pero eso se puede arreglar. Bueno, preciosa, ¿cómo os habéis conocido? ¿En el sitio ese de las citas?

—Pues... correcto.

—A lo mejor me apunto yo también si me presentan a un bombón como tú.

—Connor atravesó el salón en dirección a la cocina, cogió una cerveza Sam Adams del frigorífico y la abrió.

Nate era consciente de que Sue se había fijado en las botas de trabajo, en los vaqueros desgastados y en la camiseta de manga corta. Los músculos de su hermano llamaban la atención y su pelo rubio despeinado le daba ese aire de roquero que tanto les gustaba a las mujeres, pero ella había torcido el gesto como si acabara de oler algo podrido.

En ese momento, Nate decidió que ya no le gustaba.

—¿Te ha dicho Nate que trabaja con cohetes? ¿Que empezó currando en la NASA? Es un tío importante.

—Sí que lo es. ¿A qué te dedicas tú, Connor?

—Trabajo en la construcción. ¿Has visto el edificio que se está levantando en Westchester County? Soy el capataz de la cuadrilla.

—Qué bien. Resulta agradable ver a dos hermanos tan... unidos.

Connor soltó una carcajada y le dio un apretón en un hombro a Nate.

—Le he enseñado todo lo que sabe, preciosa. Tú ya me entiendes... —Le guiñó un ojo con naturalidad.

Sue abrió la boca, espantada.

Nate contuvo un gemido y se despidió de la posibilidad de echar un polvo esa noche.

—Sue, ¿te acompaño a la puerta?

La indirecta, tan poco sutil, no fue una buena idea. La temperatura del salón cayó unos cuantos grados por culpa de la gélida mirada de Sue.

—Claro. No quiero interrumpir la reunión familiar. ¿Hablamos mañana?

—Sí, te llamo.

—Vale. Un placer conocerte, Connor.

—Lo mismo digo, nena.

Sue tensó los hombros mientras se alejaba. Nate cerró la puerta una vez que ella salió y miró a su hermano. Connor bebió otro trago de cerveza, se limpió la boca y sonrió.

—¿Has mojado?

Nate no pudo evitarlo. Estalló en carcajadas. Connor era un machista de manual y no iba a cambiar en la vida. Qué más daba. La familia era la familia, y si alguna mujer criticaba a su hermano, no merecía la pena acostarse con ella. Connor era un trozo de pan.

—Qué va.

Su hermano guardó silencio un instante.

—Lo siento, tío. ¿Te he fastidiado la noche?

Nate negó con la cabeza.

—No. Vamos a Mugs. Creo que te va a gustar.

Se marcharon muy sonrientes.

Kennedy cruzó las piernas y observó que ese gesto atraía la mirada de su acompañante, porque llevaba una falda muy corta. Bien. Su cuerpo funcionaba de nuevo y estaba lista al cien por cien. Esa noche a lo mejor decidía echar un polvo.

Una recompensa por no haber comido hidratos de carbono durante toda la semana.

Se había vestido con esmero, consciente de la delgada línea que separaba la elegancia sexy de la provocación hortera. Aunque la falda negra era corta y ajustada, la blusa roja de Donna Karan tenía las mangas anchas y era cerrada de escote. Los zapatos rojos de tacón decían a gritos: «Ven a mí si te atreves». Era una especie de juego del escondite, y ella siempre ganaba.

Siempre.

Derek le pidió otra copa. Era un magnate del sector inmobiliario y sabía cómo hacerse con el control. Llevaba el pelo bastante corto y un traje carísimo confeccionado a medida, y sus ojos azules la miraban con deseo. A Kennedy le hacía gracia su actitud depredadora y su atractivo físico, e incluso esperaba descubrir que tenían algo en común después de una buena conversación.

—Bueno, ¿cómo va tu cupo matrimonial? —Se llevó el martini a los labios y la miró con sorna—. ¿Es lucrativo?

Ella sonrió enseñando los dientes. Jamás toleraría una crítica a la profesión que tanto le gustaba.

—¿Qué tal llevas la burbuja inmobiliaria, corazón?

Él se echó a reír.

—Me gustan los desafíos. —Le brillaban los ojos—. ¿A ti no?

—Siempre. Por eso apuesto para ganar todos los días. En la actualidad, y teniendo en cuenta el porcentaje de divorcios, lo de encontrar el amor me parece cosa de valientes.

—Una teoría interesante. Todavía no entiendo por qué te instalaste en Verily. Te estás perdiendo la emoción y los desafíos de Manhattan.

Kennedy movía el pie al ritmo de la música rock.

—Me gusta el ambiente de los pueblos pequeños. Y aquí nos va mejor con nuestra clientela.

—Dame un toque cuando quieras cambiar de residencia. Tu belleza merece un ático en el Upper East Side, no una casita de mala muerte a orillas del río Hudson.

Intentó concentrarse en el halago en vez de en el menosprecio por su elección. No funcionó.

—Acabas de poner un pie en el pueblo. ¿En qué te basas para criticarlo?

Derek se inclinó hacia delante y aspiró por la nariz.

—Tengo la intención de explorar a fondo este sitio. A menos que te apetezca dar una vuelta por mi nuevo hogar. Tiene una bañera de hidromasaje que te encantará.

—Te noto un poco subidito, ¿no?

Derek bebió otro sorbo de martini.

—No, simplemente soy un tío maduro. Hace mucho que no conocía a una mujer que me intrigara tanto como tú. Formamos un equipo estupendo.

Sí. Hacían buena pareja. Derek parecía un calco de ella, pero en versión

masculina. Enfocado en su trabajo y directo. Era evidente que le gustaba vivir al límite y disfrutaba de las cosas bonitas. Se pasó gran parte de la noche asegurándole que ella le gustaba mucho, sin llegar al punto de cosificarla. Poseía un encanto arrollador. Era muy distinto de Nate.

Como si su mente lo hubiera invocado, Nate apareció por la puerta de Mugs acompañado de un hombre corpulento. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿No había quedado con Sue? Vio que se sentaba en un reservado e imaginó que pediría un Darth Maulini. Después, se figuró que tendría que explicar cómo preparar el cóctel. Ah, sí, ese era definitivamente su hermano. Más alto y corpulento que Nate. Vestía ropa informal, tenía el pelo tirando a largo. El parecido era evidente en sus rasgos faciales.

La risa de Derek la devolvió a la realidad.

—Cualquier otra mujer habría aceptado al instante. Vas a hacerme sudar para conseguirlo, ¿verdad, nena?

Kennedy esbozó una sonrisa.

—En palabras de Thomas Paine, no apreciamos aquello que conseguimos sin esfuerzo. El valor de las cosas se mide por lo que nos cuesta obtenerlas.

—Me rindo. Un cuerpo de infarto acompañado de un buen cerebro. Soy tuyo.

Kennedy esperó sentir la punzada de felicidad que siempre experimentaba cuando lograba conquistar a un hombre. El toma y daca preliminar siempre conseguía excitarla y la animaba para dar el siguiente paso. Sin embargo, no sintió nada en las entrañas ni se le endurecieron los pezones. Uno de sus mayores problemas radicaba en la emoción de hacerse con la atención masculina. Gracias a la terapia, sabía que se debía a su afán de buscar la aprobación del sexo contrario que había experimentado en el pasado. Cuando perdió peso, fue como si hubiera entrado en una tienda de chucherías y los

atracones se asemejaran a la solución fácil para resolver el resto de problemas. Hombres guapos y placer físico. ¿Había algo mejor?

Pero esa noche no estaba en su salsa.

Miró de nuevo hacia el reservado. Les habían servido las bebidas y estaban hablando con las cabezas muy juntas. Nate se apartó de su hermano y soltó una carcajada. Connor sonrió.

—¿Kennedy? —dijo Derek.

Ella dio un respingo.

—¿Qué?

—Tengo que atender esta llamada. No tardaré nada. ¿Me disculpas?

—Claro. Te espero aquí.

Derek salió de Mugs con el móvil en la oreja, mascullándole órdenes a su asistente o a su socio. Bueno, era ridículo no acercarse a saludar a Nate. Para conocer a Connor. Solo sería un momento.

Cogió la copa, se bajó del taburete y echó a andar hacia el reservado.

—Buenas.

Nate alzó la vista. El placer asomó a sus ojos cuando se percató de su atuendo, pero aquello era más que un cumplido. Parecía mirar y saber quién era ella de verdad, más allá de su forma física, de la que estaba tan orgullosa.

—Buenas.

—Creía que habías quedado con Sue.

—Sí, hemos salido. ¿Estás con las chicas? —le preguntó él.

—No, tengo una cita.

Nate apretó los labios.

—Ah. Qué bien. Este es mi hermano Connor. Connor, te presento a Kennedy, de Kinnections. Mi asesora sentimental.

Connor le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Venga ya. No sabía que las asesoras sentimentales necesitaran

extintores.

—¿Extintores? —le preguntó ella.

—Cariño, estás tan buena que necesitas un extintor para ir apagando los incendios que provocas.

Nate dio un respingo.

Kennedy observó a su hermano e hizo lo único que podía hacer dadas las circunstancias.

Estalló en carcajadas.

—Creo que es el comentario más malo que he oído en la vida. Por favor, dime que no has ligado con él.

Connor echó mano de su orgullo masculino.

—Pues no, pero eres la primera asesora sentimental que conozco. —Le guiñó un ojo—. Tenía que sacar la artillería pesada.

—Menos mal. Me alegro de conocerte. Nate habla muy bien de ti. Dice que trabajas en la construcción.

—Sí. Hace poco que hemos acabado un edificio en Westchester. Es posible que el siguiente sea en Tarrytown.

—¿Te refieres al edificio de la administración?

La pregunta lo alegró visiblemente.

—Sí, ese es el que hemos terminado.

—El diseño arquitectónico es espectacular. Pero en esa zona hay riesgo de inundaciones. ¿Tenéis que hacer algo especial con ese tipo de edificios para protegerlos de las inundaciones?

—La verdad es que los cimientos llevan incorporado un sistema de drenaje y una protección especial para soportar la presión. Se trata de una técnica nueva que usamos en los edificios grandes.

—Qué interesante. Siempre me ha gustado ese tema. ¿Has leído sobre el proyecto que están planeando llevar a cabo para salvar Venecia?

—Joder, sí. El proyecto Moisés. Trabajan las veinticuatro horas del día y se estimaba que tardarían cinco años en terminarlo, aunque van con retraso. Han diseñado unas esclusas de contención que evitarán que el agua del mar entre en la laguna cuando la crecida sea demasiado alta. No mucha gente lo sabe. Oye, ¿por qué no te sientas con nosotros?

—Está acompañada.

La voz de Nate salió demasiado brusca. Kennedy miró hacia la puerta y distinguió a Derek paseando de un lado para otro, con el móvil aún en la oreja.

—Lo han llamado por teléfono. Me quedaré un rato si no os molesto.

—Qué va, no estábamos haciendo nada. —Connor le dejó sitio en el asiento—. ¿Cómo es que no te has acostado con mi hermano?

Nate escupió el cóctel.

—¿A qué viene eso?

—Bueno, eres un partidazo. La verdad, no lo entiendo. —Se volvió hacia Kennedy—. Os pasáis no sé cuánto tiempo en el gimnasio, le obligas a hacer ejercicio. Le compras ropa nueva, le pones lentillas para que esté más presentable y ¿no te lo tiras?

Vaya, la franqueza de los hermanos Dunkle era un soplo de aire fresco.

—Lo del gimnasio es normal entre nuestros clientes. ¿Te ha dicho Nate lo bien que se le dan las clases?

—Hago pesas —la interrumpió Nate—. No voy a ninguna clase.

Kennedy ignoró su mirada furiosa e intentó no soltar una risilla.

—Sí, claro. Levanta pesas. Es la estrella del gimnasio.

—Ha tenido un buen maestro.

—Sí, pero como se trata de un cliente, no puede haber nada entre nosotros.

Connor asintió con la cabeza.

—Tiene sentido. A ver, se me ha ocurrido una cosa. En vez de una agencia

de citas para que la gente se case, ¿por qué no montas una agencia de rollos de una noche? Eso les facilitaría mucho las cosas a las personas que busquen un ligue fácil.

Nate suspiró y cogió la copa.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza.

—En realidad, Connor, es una idea fantástica. Ganaría un montón de dinero. Solo tengo que cambiarle el nombre por «burdel». O por «agencia de acompañantes de alto *standing*». Mi nombre acabará impreso en las portadas de todos los periódicos, seré la protagonista de alguna película de sobremesa y tendré que usar mi fortuna personal para pagar la fianza y así poder salir de la cárcel. Gracias por la idea.

Connor meneó la cabeza y Nate soltó una carcajada.

—Eres única, preciosa. A lo mejor dejo que me busques pareja y todo.

—Solo si estás abierto a encontrar el amor.

—Eso es un espejismo. Una noche perfecta de placer parece más realista.

—En realidad, ese es el verdadero espejismo —lo corrigió ella—. La oscuridad esconde muchas cosas. No hay que contar secretos, ni lidiar con problemas, ni aguantar el aliento matutino. Lo que se ve a la luz del día es lo complicado. Eso es lo realista.

Nate se incomodó. Su mirada la atravesó y, de repente, Kennedy sintió que se quedaba sin aliento, que el corazón se le aceleraba y que el tiempo se detenía. Dios, sus ojos eran puro fuego y la abrasaban, la obligaban a reconocer que había algo entre ellos. Sus palabras quedaron flotando en el aire, cargadas de promesas. ¿Qué había hecho? ¿Qué había dicho?

Connor carraspeó, como si fuera consciente de que estaba interrumpiendo algo importante.

—Muy profundo. Bueno, ¿y si le das plantón al tío ese y nos vamos a Paradise City?

—¿«Paradise City»? ¿Dónde está eso?

Connor bajó la voz para contestar:

—En mi casa, cariño. ¿Qué te parece?

Nate se frotó la frente como si tuviera un terrible dolor de cabeza. Kennedy se echó a reír, encantada. La cosa mejoraba por momentos.

—Espantoso, espantoso. Aunque siempre me ha gustado ese tema de Guns N'Roses, no me apunto.

En ese momento, Derek entró y recorrió el local con la mirada.

—Tengo que irme. Ha vuelto. —Kennedy se levantó del asiento—. Un placer conocerte, Connor. Nate, mañana hablamos.

—Claro. Adiós.

Kennedy se alejó y se preguntó por qué se sentía más viva después de una conversación de dos minutos con Nate que durante todo el rato que había pasado con el hombre con el que a lo mejor acababa en la cama.

Joder.

Nate apuró el cóctel e intentó prestarle atención a su hermano, que le estaba contando la historia de los cuernos que le había puesto a Jerry la ex. No deberían haber ido a Mugs. ¿Cómo narices se iba a imaginar que ella estaría allí, con un hombre? Y no con uno cualquiera, no. Con uno que parecía perfecto para ella. Se asemejaba a un modelo de ropa masculina, era más alto que Kennedy y acababa de ponerle las manos en un muslo, como si tuviera derecho a manosearla.

Capullo.

Se sumió en sus pensamientos, siguió bebiendo y fantaseó con que le estampaba un puñetazo en su cara de guapetón. Esa tendencia violenta surgía de un lugar oscuro situado en su interior cuya existencia desconocía hasta ese

momento. Estaban charlando en la barra y saltaba a la vista que la conversación resultaba chispeante y animada, un coqueteo en toda regla, de manera que se le retorcieron las tripas. Apostaría lo que fuera a que ese tío nunca tartamudeaba, ni decía idioteces, ni se manchaba la ropa cuando comía. Seguro que tampoco recibía las descargas de un collar eléctrico para perros.

La depresión se cernió sobre él. Debería haberse acostado con Sue. ¿Qué más daba que fuera un poco crítica con su hermano? Muchas mujeres salían corriendo en cuanto Connor abría la boca. Al final, se habría acostumbrado a él y habría acabado tomándole afecto. Él habría tenido un orgasmo y estaría contento en vez de frustrado y deprimido.

Mierda.

El hombre la invitó a bajarse del taburete, la cogió de las manos y la acompañó a la parte trasera del local. Genial. Seguramente quería darse el lote con ella antes de irse a su casa, donde tendría lugar la apoteosis final. O a la casa de Kennedy. El recuerdo del beso que habían compartido bajo la lluvia flotó en su cabeza. Le había parecido apasionado, ardiente y precioso. Pero claro, para ella no había significado nada. Se estaba quitando el sabor de la semana allí atrás y forjando nuevos recuerdos. Era un gilipollas. Perseguir a alguien del calibre de Kennedy solo lo conduciría al fracaso.

Se acabó. La llamaría por la mañana y concertaría una nueva cita. Mary era su segunda candidata y parecía encajar mejor. Con ella se mostraría más sincero y menos crítico. Esta vez echaría un polvo y punto.

Siguió sentado mientras Connor llegaba al final de un nuevo capítulo sobre lo malas malísimas que eran las mujeres bonitas, hasta qué punto al final acababan destrozando el corazón de los hombres.

—¿Estás bien? Te veo raro.

A lo mejor fue la tercera copa. A veces no toleraba bien el alcohol.

—Tengo que ir al baño. Y después creo que me iré a casa.

Se abrió camino entre la muchedumbre, hizo lo que tenía que hacer en el lavabo y se dispuso a regresar con su hermano. Pero se detuvo. ¿Estaría Kennedy todavía allí? ¿Tan imbécil era que necesitaba ver cómo se besaba con otro con sus propios ojos? Sí. A lo mejor de esa manera la imagen se le grababa en la mente... y más abajo, y por fin dejaba de fantasear con ella.

Echó a andar hacia la puerta trasera mientras refunfuñaba y salió a la calle. La terracita estaba a oscuras y silenciosa. Se habían ido. Seguramente a esas alturas estuvieran ya en su casa, quitándose la ropa uno al otro para meterse en la cama. Cabrón.

—No.

Fue un susurro que flotó en la brisa. Nate se detuvo y ladeó la cabeza. Oyó unos murmullos procedentes del lateral del edificio, oculto detrás de unos arbustos frondosos. Una carcajada. Mierda, nada más lejos de su intención que interrumpir en mal momento. No se recobraría en la vida.

—No te hagas la estrecha. A menos que seas virgen. Sabías que íbamos a acabar así desde que empezó la noche.

—Quítame esas asquerosas manos de encima.

Un golpe.

—Vale, si te gusta en plan bruto, genial. Quítate la blusa. Enséñame las tetas.

Un gemido.

—Sé que lo deseas. —El sonido de la tela al rasgarse—. Bonitas tetas, nena. Estás muy buena.

—No.

Un susurro agónico, no precisamente de placer.

Nate salió disparado.

En cuestión de segundos, le había quitado a ese tío de encima, que trastabilló hacia atrás meneando la cabeza.

—¿Qué estás haciendo, tío? Te estás metiendo donde no te llaman.

Nate miró a Kennedy. Estaba apoyada en la pared, se aferraba la blusa desgarrada. Tenía los labios hinchados y respiraba con dificultad, como si estuviera excitada. Y entonces vio sus ojos.

Inexpresivos.

Lo miró como si estuviera en otro sitio, en un lugar donde no quería estar, como si estuviera atrapada en un infierno creado por su imaginación. Por Dios, ¿qué había pasado? Se esforzó por contener la rabia que lo inundaba y se concentró en ella.

—Ken, ¿estás bien? —preguntó con delicadeza.

Tardó unos segundos, pero su expresión cambió por fin. Parpadeó como si estuviera saliendo de un trance.

—¿Qué?

Se acercó a ella y le acarició una mejilla. Le temblaba la mano mientras la observaba, en posición defensiva.

—¿Te ha hecho daño este tío?

El capullo protestó con voz aguda, visiblemente disgustado:

—Por el amor de Dios, solo estábamos tonteando, Lanzarote. Nos has fastidiado la noche.

Nate miraba a Kennedy y le acariciaba la mejilla.

—¿Quieres que le parta la cara? ¿Que llame a la policía? Dime algo, Ken.

Cuando habló, lo hizo con voz ronca.

—No. Solo quiero irme. Quiero... irme.

—¿Con él?

—¡No!

Al ver que Kennedy empezaba a temblar de arriba abajo, se le cayó el alma a los pies.

—Tranquila, no pasa nada. Yo te protejo. —Le colocó una mano en la

espalda y la invitó a alejarse de allí.

—Ah, ni hablar. —Derek se colocó delante de ellos con una sonrisilla ufana en los labios. Era unos centímetros más alto que Nate y tenía los hombros más anchos—. Yo la llevaré a casa. No he hecho nada malo y no pienso dejar que me trates como si fuera un repugnante violador. Kennedy, no me dejes en evidencia. Dile a este tío que estábamos tonteando.

La humillación asomó al rostro de Kennedy, pero fue la segunda emoción que vislumbró. La primera era el miedo, lo que lo ayudó a tomar la decisión de liarse a puñetazos con ese gilipollas si era necesario.

—Déjalo, las cosas se nos han ido un poco de las manos. Nate, ¿puedes llevarme a casa?

—Ah, vamos, nena. No seas así. Lo hablaremos. No dejemos que una noche tan buena se estropee.

Kennedy dio un respingo al darse cuenta de que Derek se acercaba. Nate se interpuso entre ellos y extendió un brazo.

—Voy a decirte lo que vas a hacer. Vas a largarte de aquí y no vas a llamarla nunca más. Yo la llevaré a casa. ¿Te enteras?

El capullo se puso chulito.

—Ni hablar. De las tías con las que salgo y de mis asuntos me encargo yo.

Nate trató de mantener la calma, lo intentó de verdad, pero la pesada bola de plomo que se le había ido acumulando en las tripas explotó de repente y la ira invadió su torrente sanguíneo.

—Te lo advierto por última vez, como no te largues, te parto la cara.

El capullo se rio.

—¿Tú y quién más? Esto va a ser divertido. Llevo mucho tiempo sin darle una lección a alguien.

—Lo mismo digo. Ha llegado el momento de enseñarte que cuando una mujer dice que no, es no.

—¡Nate! —El grito alarmado de Kennedy le llegó al alma—. Por favor, vámonos. No quiero que acabes herido.

—Quédate aquí, Ken. Ahora mismo vuelvo.

—Pero...

El capullo se abalanzó sobre él con un movimiento patético, tratando de asestarle un puñetazo. Nate lo esquivó y atacó. Y dio en el blanco. Derek parpadeó varias veces. El ojo empezaba a hinchársele. Soltó un taco y se envalentonó.

—Vas a pagármelas.

Nate soltó un suspiro aburrido y supuso que su siguiente movimiento sería un gancho seguido de una patada en las rodillas. Todo muy trillado. Decidió contraatacar con un paso lateral y un par de puñetazos rápidos en la barbilla. Se oyó el crujido de un hueso. Había dado en la diana.

El idiota de Derek cayó al suelo, pero se levantó. Se abalanzó sobre él con todo el cuerpo al tiempo que soltaba una palabrota. Nate le puso la zancadilla y le dio un puñetazo en la cara.

Fuera de combate.

Lo dejó tirado en el suelo, sangrando, junto a los arbustos. Kennedy, con los ojos como platos, lo observó acercarse. Nate se quitó la chaqueta, se la colocó sobre los hombros y se la abrochó para cubrirle la blusa desgarrada.

—Vamos, yo te acompaño.

—Dentro no. Así no.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé. Rodearemos el edificio y nos iremos andando.

Kennedy no replicó. Nate le echó un brazo por encima de los hombros para mantenerla abrigada y juntos recorrieron las calles de Verily de camino a su casa. Durante el trayecto, ella mantuvo la cabeza agachada en vez de disfrutar del paisaje y de los sonidos de la bulliciosa noche, y Nate decidió apretar el

paso. No le preguntó por qué la dejaba sentada en el sofá del salón, ni tampoco protestó mientras él hervía agua para prepararle un té. Le envió un mensaje de texto a su hermano para decirle que lo había dejado plantado y que había vuelto andando a casa, y le prometió hablar con él al día siguiente. Kennedy se quedó sentada, dócil, con la vista clavada en la pared. Decidió dejarla sola con sus pensamientos.

Sin embargo, la ira ardía en su interior.

Aplacó la rabia y tranquilizó sus pensamientos mientras vertía el agua en una taza amarilla que Genevieve había dejado en la casa, en la que ya había puesto una bolsita de manzanilla con miel y vainilla. Una vez que el agua se tiñó de un color precioso, sacó la bolsita con una cucharilla. No le echó leche, miel ni limón, ya que sospechaba que Kennedy prefería las infusiones como el café: solas. Limpió las gotas de agua del exterior de la taza, cogió un platillo y echó a andar hacia el salón.

—Bébeteste esto.

Ella extendió las manos al instante para aferrar la taza.

—No me gustan las infusiones.

—Lo sé. Pero esta te relajará.

La vio beber un sorbito y esperó. Al cabo de un instante, Kennedy alzó la vista y asintió con la cabeza.

—Está buena.

—¿Te apetece una galleta para acompañarla? Tengo una caja en la despensa.

—No, gracias. —Bebió otro sorbo—. ¿Qué tal ha ido tu cita?

Nate se sentó a su lado en el sofá, casi lo mismo que había hecho unas horas antes con Sue. Sin embargo, en ese momento todo parecía distinto.

—No muy bien. Connor no le ha gustado. Creo que no voy a quedar más con ella.

Kennedy clavó la mirada en la taza.

—Me temía que fuera demasiado inflexible. Lo siento. ¿Te gustaría citarte con Mary?

—Tal vez.

—Me cae bien tu hermano. Necesita que le digan qué ha de decir y qué no, pero parece un tío honesto. Y se preocupa por ti. Se preocupa por sus seres queridos. Eso me gusta.

Que Dios lo ayudara. Estaba loco por ella. Acababa de firmar su sentencia de muerte. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Sí. Una vez que lo conoces es un tío genial. Supongo que tu cita tampoco ha ido más allá, ¿verdad?

Ella soltó una carcajada desdeñosa.

—Supongo que no. Le has dado con ganas.

—Eso creo.

—No sabía que fueras tan bueno peleando. Ha sido una mezcla de Bruce Lee y *El club de la lucha*.

Nate contuvo una sonrisa.

—Qué va, yo no hago ruidos raros. Es fácil. La constitución física y la fuerza son solo una parte del éxito. Lo importante es la actitud, la agilidad y la estrategia. Connor me enseñó lo básico para aprender a defenderme. Un día llegué a casa con un brazo roto por culpa de una paliza y después de salir del hospital, Connor me llevó al gimnasio. Me enseñó a dar patadas y a usar mi habilidad natural para pelear. Después de aquello, estudié artes marciales y boxeo y refiné el proceso.

—No dejas de sorprenderme, Nate Dunkle.

—Lo mismo digo, Kennedy Ashe.

Ella alzó la vista, sorprendida. Debió de notar algo peligroso en sus ojos,

porque se inclinó hacia delante y se concentró en la infusión, que apuró antes de dejar la taza en el platillo con mucha delicadeza.

—Será mejor que me vaya. Gracias por ayudarme.

—¿Qué fue lo que pasó?

Kennedy se quedó petrificada. Apretó los puños y después los relajó con gran esfuerzo. Le tembló la voz, aunque acabó controlándola, pero Nate se percató de ese detalle.

—Un beso que se nos fue de las manos. Me avergüenza que tú lo vieras. Es mejor que olvidemos el episodio.

—Le dijiste que no bastante claro. ¿Por qué te avergüenzas?

Atisbó el primer indicio de su fuerte temperamento. La vio levantar la barbilla como si tratara de ganar fuerza y recuperar su naturaleza combativa.

—Porque por regla general me habría ocupado sin ayuda. Yo también he perfeccionado mis movimientos a lo largo de los años. Algo me asustó y... me dejé llevar por el pánico. Me fastidia que te vieras involucrado.

—Estuvo a punto de hacerte daño. Como lo vea otra vez, lo mato.

Kennedy se quedó boquiabierta. Nate se fijó en esos labios, suaves y húmedos, que le recordaban a un melón dulce antes de darle un bocado. Parecía desconcertada por la violencia de sus palabras, pero esa era otra parte de sí mismo que ocultaba. Tantos años de abusos y de abandonos en busca de algo mejor habían dejado un montón de cicatrices. De manera que había aprendido a categorizar, a usar la lógica y la razón para no caer en la oscuridad. Pero cualquiera que le pusiera una mano encima a su mujer, lo pagaría con creces.

¿A su mujer? ¿Qué le pasaba?

Respiró hondo. Su cuerpo se encontraba en estado de alerta por el subidón de adrenalina, lo que por lo general se traducía en excitación sexual. Una respuesta básica. Claro que si Kennedy estaba en la misma habitación que él,

tampoco le extrañaba. Se sentía zarandeado por un torbellino de emociones y su cuerpo respondía a la sobreestimulación de la dichosa noche.

—No te pongas así. Me dijo algo que... Es ridículo, lo sé, pero despertó un recuerdo que quería olvidar.

Nate supuso que no se lo explicaría, y no le importó. Pero no quería que pasara esa noche sola. No cuando los monstruos del armario habían salido.

—Quédate aquí esta noche. Conmigo.

—Oh, no puedo...

—No conmigo, déjame explicarme. Sé que no te intereso. Dormiré en el sofá. Acuéstate unas horas, descansa y por la mañana podremos olvidarlo todo. ¿Vale?

Vio que Kennedy titubeaba, pero el alivio que brilló en sus ojos dejó clara la cuestión. Nate no iba a permitir que se fuera a su casa para pasar la noche sola. Aunque no pudiera abrazarla, ni colocarse entre sus muslos o prometerle que mataría todos los dragones que la acecharan, sí que podía asegurarse de que estuviera a salvo.

—¿Estás seguro?

Nate no respondió. Fue hasta el armario del pasillo, sacó una manta y una almohada y las dejó en el sofá.

—Sí. Vete a la cama, Ken. Encontrarás camisetas de manga corta en el primer cajón. Si me necesitas, llámame.

Kennedy lo miró en silencio un buen rato. Sus pestañas eran larguísimas, oscuras y espesas. Acto seguido clavó la vista en el suelo como si todavía considerara la posibilidad de conservar su orgullo regresando a casa. Al final, se levantó y echó a andar hacia el dormitorio. Su docilidad le destrozó el corazón, pero estaba seguro de que recuperaría su fuerza en cuanto amaneciera.

La puerta de la habitación se cerró con suavidad.

Nate se sentó en el sofá y enterró la cara en las manos. No pegaría ojo. Se sentía zarandeado por unas violentas emociones, como si estuviera descendiendo en barca por unas aguas muy agitadas. A decir verdad, era raro que se le presentara la oportunidad de cuidar a alguien. Podía ser amigo de Kennedy y ofrecerle su apoyo. No iba a arruinarlo todo pensando en el sexo o deseando que sucediera algo que entre ellos era imposible. Al día siguiente, ella seguiría saliendo con capullos, pero al menos durante unas cuantas horas sería suya. Dormiría en su cama, con la cabeza en su almohada, y dejaría su perfume en las sábanas.

Eso era suficiente.

Se tranquilizó. Recogió la taza de la infusión, apagó las luces y se acostó en el sofá con el oído atento.

Iba a ser una noche muy larga.

Kennedy se acostó entre las agradables sábanas de algodón y clavó la vista en el techo. Las luces estaban encendidas y sabía que Nate se encontraba justo al otro lado de la puerta, pero su cerebro insistía en recordar aquellas palabras.

«Enséñame las tetas.»

Le temblaba el cuerpo, pero su mente hervía de indignación a causa de su débil comportamiento. Solo habían sido unas palabras pronunciadas por un imbécil en pleno subidón hormonal. Resultaba ridículo sufrir una regresión al pasado. Lo peor de todo era la parálisis en la que se había sumido, que la había dejado incapacitada para luchar y procesar lo que sucedía. ¿Y si Nate no hubiera llegado? Sintió un escalofrío en los brazos y se tapó con la manta hasta la barbilla para entrar en calor. Rara vez se equivocaba con los hombres, pero había metido la pata hasta el fondo con Derek. Las mujeres no tenían una segunda oportunidad.

¿No lo había aprendido hacía ya mucho?

A veces, lo peor de todo eran los sonidos. La tela al rasgarse, las carcajadas. La humillación provocada por la impotencia que la dejaba paralizada mientras se aprovechaban de ella, como si cuerpo no le perteneciera. Recordaba haber mirado después los libros de matemáticas y de ciencias, tirados en el suelo. Los había recogido mientras deseaba ser guapa en vez de inteligente. Guapa y delgada para tener poder.

Se le escapó un gemido. Las luces no la ayudaban. Necesitaba desterrar el recuerdo, olvidar los fantasmas, y solo había una forma de conseguirlo.

Salió de la cama y abrió la puerta.

—¿Nate?

—Estoy aquí —contestó él. Se incorporó, apartó la manta y le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Kennedy se zambulló en busca de consuelo, temblando porque la camiseta le dejaba las piernas al aire. Agradeció la calidez que la envolvió en cuanto los brazos de Nate la rodearon para estrecharla con fuerza, con el torso pegado al suyo.

La ternura de su contacto disipó el entumecimiento que sentía y se relajó a su lado. Sus músculos se derritieron en contacto con la dureza de los pectorales, los bíceps y de los poderosos muslos más abajo. Él le susurró palabras de consuelo al oído y le apoyó la barbilla en la coronilla. Se sentía a salvo en la oscuridad. Con él, a oscuras, abrió las puertas del pasado y lo compartió.

—Había un chico en el instituto. Me esperaba en los pasillos y me decía cosas. Cosas sexuales. Me llamaba gorda y decía que necesitaba aprender cosas sobre el sexo o nunca tendría novio, que las chicas listas y gordas siempre acababan solas. Me daba miedo, pero nadie me ayudaba. A todos les

parecía gracioso. Muchas veces se le unían otros chicos y se reían de mí cuando intentaba huir.

Nate se puso tenso, pero siguió acariciándole el pelo y ella siguió hablando apoyada en su torso, en la oscuridad.

—Me... me obligaba a enseñarle el pecho. Me decía que si no lo hacía, mandaría a sus amigos a buscarme y que ellos no serían tan agradables. Estaba asustada. No sabía cuándo ni dónde aparecería. De repente, notaba que me miraba con una sonrisa y esa actitud asquerosa, y siempre me decía lo mismo: «Enséñame las tetas». Al principio, me negué, pero me amenazó. Me dijo que me mandaría a su pandilla para que jugasen conmigo. Así que al final lo hice, Nate, accedí porque no sabía qué otra cosa podía hacer y porque después me dejaba tranquila un tiempo. —Jadeó en busca de aire y lo estrechó con fuerza.

»Un día me siguió después de clase y me empujó hasta un callejón. Pensé que me haría lo mismo de siempre, pero lo estaban esperando dos chicos. Me rodearon. Tironeaban de la camiseta mientras me decían que les enseñara las tetas. Me eché a llorar, pero les dio igual, me rompieron la camiseta y el sujetador y me manosearon. Se rieron de mi barriga. Me dijeron que las gordas tenían que saber hacer buenas mamadas porque así conseguían gustarles a los hombres. Me obligaron a ponerme de rodillas y me tocaron, pero luché contra ellos, y entonces alguien los vio y los obligó a dejarme. — El corazón le latía desbocado y estaba sudando, aunque temblaba de arriba abajo y se había pegado por completo a él en busca de calor.

»Los odié por asustarme. Por robarme mi cuerpo, mi voluntad y mi cordura. Se lo conté a mi madre y lo denunciarnos a la policía. Lo denuncié en el instituto. Después de eso, dejé de comer. Estaba convencida de que si era guapa y delgada tendría poder. Acabé enferma, así que al final fueron

ellos los que ganaron. Pero fue la última vez. Recuperé las fuerzas y la salud, y, por decirlo a mi manera, volvía a ser la dueña de mi cuerpo.

—No ganaron —protestó Nate con voz desabrida—. Nunca ganarán. Eres una mujer valiente y dulce. —Le besó la sien y la estrechó con tanta fuerza que ella supo que nadie volvería a hacerle daño mientras él estuviera cerca.

¿Cuánto tiempo hacía que un hombre no la consolaba y le daba ánimos? Era la primera vez. Usaba a los hombres como compañía, para disfrutar del sexo, para distraerse. Pero nunca le había contado a nadie la verdad sobre su pasado, salvo a Kate, a Arilyn y a su psicóloga. Ellas la ayudaban a mantener la cordura, pero acababa de romper la regla fundamental y Nate había pasado a formar parte del círculo más íntimo.

—Cuando cierro los ojos, lo veo de nuevo. Necesito sacármelos de la cabeza. No permitiré que ganen esta noche. Ayúdame.

—¿Cómo, preciosa? ¿Cómo?

—Hazme el amor.

El silencio vibró como si hubiese cobrado vida y sus palabras quedaron suspendidas en el aire a la espera de que Nate reaccionara. Kennedy sabía que iría al infierno, sabía que lo que hacía era egoísta, horroroso y espantoso, pero su cuerpo se había despertado, le exigía que saciara el deseo atávico que le pedía a gritos desde el alma que ese hombre la poseyera. Una noche. Solo una noche con su científico aeronáutico y después lo dejaría marchar.

—¿Estás segura? —le preguntó él, y enseguida la obligó a levantar la cabeza. La presión de sus dedos fue delicada y maravillosa—. Ken, no soy un santo. Te deseo desde hace mucho tiempo, pero no tienes que liarte conmigo para conseguir lo que necesitas. Te seguiré abrazando, te besaré y te arroparé para mantenerte a salvo, y podrás irte por la mañana. No me ofrezcas nada tan solo porque te sientes culpable.

Sus palabras la enfurecieron.

—¿Cómo te atreves a acusarme de ofrecerte sexo por lástima? —masculló—. ¡Si llevaras el dichoso collar en el cuello te daría una descarga doble! Te deseo, Nate Dunkle. Quiero reemplazar esos horribles recuerdos con algo bueno y decente y dulce. Y sé que estoy hecha polvo, que soy tu casamentera, y que esto es lo peor que puedo pedirte, pero me da igual. Así que un simple sí o no me vendría muy bien.

—Sí —dijo, y buscó sus labios sin más.

Kennedy no se lo esperaba. Nate se limitó a conquistarla, a apoderarse de su boca, a enterrarle las manos en el pelo para mantenerla inmovilizada. Le acarició los labios con la lengua para invitarla a que los separara y le diera lo que quería. Después se la introdujo y ella gimió por el sensual asalto de sus dientes, de sus labios y de su lengua. Succionó usando la fuerza perfecta, le exigió y se entregó al mismo tiempo, hasta que todo empezó a darle vueltas y notó que se humedecía por el deseo. El sabor y el olor de Nate saturaron sus sentidos, pero se dejó llevar, cautivada por su hechizo, segura de que no tenía por qué luchar. Él la besó una y otra vez, tomándose su tiempo para descubrir todos los secretos de su boca. Kennedy arqueó la espalda y se aferró a sus hombros, pero él mantuvo el ritmo pausado, como si se tratara de un experimento científico que quisiera analizar y memorizar sin importar las horas que le llevara.

Al final, Nate levantó la cabeza. Kennedy abrió los ojos haciendo un gran esfuerzo. El cuerpo le ardía de deseo, desde los endurecidos pezones hasta la humedad que sentía entre los muslos.

—Ken, quiero follarte. Despacio, fuerte, de todas las formas posibles, hasta que no quede una parte de tu cuerpo que no te haya acariciado a fondo. No creas que va a ser un polvo rápido con besos tiernos y educados. He esperado demasiado tiempo. ¿Lo entiendes?

Por Dios, ¿quién iba a pensar que su científico aeronáutico hablaba de esa

forma? El deseo le corrió por las venas y la boca se le secó.

—Sí.

—Bien.

Sin decir una sola palabra más, la levantó del sofá, se dirigió al dormitorio y la dejó estirada en la cama. Le quitó la camiseta con rapidez y una que vez que estuvo cubierta solo por el sujetador negro y el tanga, la devoró con la mirada, inmóvil a un lado de la cama como si fuera un guerrero conquistador a punto de disfrutar del botín de guerra. Su quietud la excitó aún más, acrecentada por la mirada de esos oscuros ojos verdes, que le prometían un sinfín de cosas. Se estremeció de emoción. Estaba acostumbrada a ser ella la agresora, a tomar lo que quería, a guiar a sus amantes para que supieran lo que le gustaba. Esta vez comprendió que sería Nate quien llevaría las riendas.

Y eso le encantaba.

—Cariño, mereces varios orgasmos al día. El cuerpo femenino está diseñado para el placer, de un modo que resulta imposible para el cuerpo masculino. —Mientras hablaba, le pasó la palma de una mano por el abdomen y descendió hasta sus temblorosos muslos en dirección a las pantorrillas. Se detuvo sobre la pulsera de plata que llevaba alrededor del tobillo, que rodeó con los dedos para obligarla a doblar la rodilla—. Hay muchas zonas erógenas que los hombres pasan por alto en su búsqueda del todopoderoso orgasmo. Debería ser delito saltarse los preliminares. Cada paso del camino nos acerca a una explosión más intensa.

Ni siquiera la había tocado y a Kennedy ya le faltaba el aliento. Tenía los pezones tensos bajo el encaje del sujetador de corte balconet y exigían que los chupara. Era como un hechicero del sexo.

Separó los muslos, con la esperanza de animarlo a hacer algo ya, pero él le sujetó el pie con las dos manos.

—Por ejemplo, el pie femenino. Hay ciertos puntos de presión que

estimulan la excitación sexual. —Empezó a presionar, a frotar y a acariciar en ciertos puntos de la planta, evitando en todo momento hacerle cosquillas. Después inclinó la cabeza y le mordió el dedo gordo mientras acariciaba esa zona tan sensible con la lengua, hasta que le arrancó un gemido.

Qué maravilla. ¿Cómo es que nunca había descubierto que un masaje en los pies podía excitarla tanto? Siempre le habían parecido relajantes, como en el spa, pero en ese momento los escalofríos del pie iban directos a su sexo.

—¿Te gusta? —le preguntó él con voz ronca y exigente—. Necesito que me digas lo que te gusta y lo que no.

—Sí. Me gusta.

—Bien.

Continuó con el masaje un rato, hasta que ella sintió que se le derretían los músculos y se hundía en el colchón. Después Nate le soltó el pie, se quitó de un tirón la camiseta y los calzoncillos y se colocó, desnudo, delante de ella.

«Madre mía», pensó Kennedy.

—Mmm... ¿Nate?

—¿Qué?

—Estás muy... bien dotado.

Vio que sonreía de una forma muy masculina y seductora, capaz de conquistar por completo, la sonrisa sola, a una mujer.

—Para complacerte mejor, querida.

—O para matarme.

—Me aseguraré de que estás preparada. —Le brillaron los ojos—. Con tres orgasmos previos debería bastar.

—¿Có... cómo?

—Calla. Estoy ocupado. —Le separó las piernas y se colocó de rodillas sobre el colchón, entre ellas.

Kennedy suspiró de placer, lista para que la devorara, pero él inclinó la

cabeza y empezó a mordisquearle un tobillo.

—Mmm... un poquito más arriba, por favor.

Un mordisco un pelín más agresivo en la parte posterior la silenció. La recorrió un escalofrío electrizante.

—Otra zona erógena tristemente desatendida. La parte interior de las rodillas y, por supuesto, la de los muslos. Vamos a ver cuál prefieres, ¿te parece bien?

Kennedy jadeó mientras sus dedos le acariciaban y le exploraban las zonas íntimas, al mismo tiempo que mordisqueaba y lamía la generosa curva de un glúteo. El clítoris le palpitaba reclamando atención, y sentía pequeñas descargas eléctricas que recorrían su cuerpo como respuesta a cada movimiento de su lengua y de sus dedos.

—Mmm... qué interesante. Parece que tu parte derecha es más sensible. Tendré que recordarlo.

Si tuviera a mano el protector de bolsillo, ¿sacaría el lápiz y el cuadernillo para anotarlo? ¿Cómo era posible que esa fuera la experiencia más erótica de su vida?

—Nate, por favor, necesito...

—Voy subiendo posiciones. El monte de Venus. —Presionó dicha zona con la lengua y respiró hondo.

Kennedy levantó las caderas al instante y suplicó más. El deseo le había empapado el tanga de encaje. Se depilaba de forma regular y la aspereza de la perilla sobre esa piel tan sensible hizo que se aferrara a las sábanas y que estuviera a punto de suplicar clemencia. A punto. Nate ni siquiera había empezado y había conseguido ponerla más cachonda que cualquier otra experiencia sexual que recordara haber tenido.

—Hueles de maravilla, joder. Miel, almizcle y especias, todo mezclado. — Le quitó el tanga de encaje con gran pericia y después bajó de nuevo la

cabeza—. Me gusta que estés depilada, eso me facilita el acceso a toda tu deliciosa anatomía. —La acarició con la nariz y con los labios, pero no llegó a la zona más sensible y necesitada de atención—. Si te acaricio aquí, tu cuerpo recibirá la señal para exigir más, y eso aumentará la segregación de flujo vaginal... exactamente lo que te está pasando. Estás preciosa tan mojada e hinchada.

Esa letanía tan instructiva sobre el cuerpo femenino la estaba poniendo a mil. Al parecer, solo soltaba palabrotas cuando estaba enfadado o excitado, y ese era otro rasgo de su amante que le encantaba haber descubierto.

—Dios, ¿podemos avanzar un poco?

Nate chasqueó la lengua sobre su monte de Venus, y ese simple gesto casi le provocó un miniorgasmo. Casi.

—Por supuesto, retomemos las zonas más importantes.

Le metió la lengua en el ombligo y después le mordisqueó alrededor. Entretanto, le introdujo las manos por detrás de la espalda y le desabrochó el sujetador con una mano.

Sus pechos quedaron libres de toda restricción y el aire fresco le acarició los pezones. Kennedy se retorció para acercarse más a él, ansiosa por sentir su lengua en ellos y porque se los chupara. En cambio, Nate dejó una lluvia de delicados besos en su canalillo y le frotó los pechos con la perilla.

—Los pechos son la primera zona a la que los hombres prestan atención, pero además de los pezones hay muchos otros sitios que atender. Por ejemplo, las areolas. Las tuyas tienen un precioso tono oscuro y una deliciosa textura. Si las acaricio con los dientes sin tocar el pezón, ¿qué se siente?

Kennedy gimió, atrapada entre el cielo y el infierno, a las puertas de un orgasmo.

—Duele un poco, pero es agradable. Más.

Él la obedeció y se cambió al otro pecho para repetir lo que acababa de

hacer. Evitó el contacto de la lengua en todo momento e utilizó los dientes para tirar apenas del pezón mientras acariciaba el otro pecho con una mano. Kennedy se dejó llevar por las sensaciones que experimentaba mientras era el objeto de su estudio y se preguntó si moriría antes de que la penetrara siquiera.

—Tan preciosa y sensible a las caricias. Me gustaría pasarme horas lamiéndote los pechos y chupándotelos hasta que te corras sin tocarte en ningún otro sitio. Pero ahora mismo no tenemos tiempo para eso.

Kennedy gimió. Intentó mover las piernas para frotarse contra su muslo en busca de un poco de alivio, pero él la mantuvo inmóvil, negándole lo que quería.

—Ah, los pezones. Llevo mucho tiempo soñando con ellos, con su color y su textura, pero veo que me he quedado corto. —Pasó el pulgar sobre un pezón. Kennedy dio un respingo y él entrecerró los ojos, satisfecho y embargado por el deseo—. Perfecto. Rojo como una cereza. ¿Será dulce o agria? Hay hombres que usan pinzas en los pezones para restringir la circulación de la sangre y aumentar la sensibilidad, pero con unos cuantos pellizcos y prestándoles la suficiente atención se logra el mismo efecto. Voy a demostrártelo.

Ah, y cómo se lo demostró. Usó la lengua para acariciárselos y lamérselos mientras se los pellizcaba con la fuerza justa para mantenerla en la delgada línea que separaba el placer exquisito del dolor. Kennedy solo atinaba a gemir y suspirar pidiendo más, hasta que él se compadeció y subió un poco.

—La nuca y el cuello. Otra zona erógena subestimada. Una caricia en la nuca puede extender sus ramificaciones en cualquier otra parte del cuerpo, y especialmente en el clítoris. Me apuesto lo que quieras a que eres más sensible en la parte derecha.

Usó los dientes y la lengua hasta dar con el sitio exacto. Tal como le había

prometido, los pequeños estremecimientos de placer se extendieron por todo su cuerpo y se concentraron en ese punto lleno de terminaciones nerviosas situado entre sus muslos.

—Por favor, por favor, ¿has acabado ya? Te necesito dentro.

—Te lo advertí, Ken. No pienso precipitar las cosas ahora que te tengo desnuda, abierta de piernas y a mi merced. La última zona erógena. Los labios. Abre la boca.

Ella lo hizo y él le dio un beso apasionado y ardiente, introduciendo y sacando la lengua como si estuviera robándole la inocencia a su boca. Inmovilizada sobre el colchón y derretida, Kennedy se rindió por completo y dejó que hiciera lo que quisiera.

Nate descendió por su cuerpo y separó sus labios vaginales con los pulgares. Su mirada la abrasó mientras examinaba su sexo, que quedó totalmente expuesto a su escrutinio, tras lo cual sopló con delicadeza sobre sus labios.

—¡Nate!

—El primer orgasmo suele proceder de la estimulación del clítoris. Vamos a ver cuánto aguantas antes de estallar. —En ese momento, por fin, la acarició con la boca. Le lamió los labios vaginales y la exploró sin inhibiciones con la lengua.

Ella gritó y se retorció, enloquecida de placer. Un simple roce y...

Nate le acarició el clítoris con los dientes, después se lo lamió y acto seguido lo succionó.

El orgasmo fue inmediato, brutal y arrollador. Su cuerpo se estremeció con violencia mientras gritaba, en las garras de un placer interminable. El clímax se prolongó, pues él siguió acariciándola con los labios, de manera que cuando creyó que había acabado, descubrió que la asaltaba un segundo orgasmo.

Cuando por fin se recuperó, Nate la estaba observando, devorándola con esos ojos de mirada intensa que derribaban sus defensas y le llegaban al alma. A esas alturas, estaba demasiado agotada como para esconderse. Una deliciosa languidez se había apoderado de sus huesos, dejándola totalmente sumisa. La carcajada de Nate le dio a entender que no habían acabado todavía.

—Me has echado a perder. Te corres con la misma intensidad que lo haces todo en tu vida. Con una entrega absoluta, sin contenerte. Tendré que hacerlo varias veces al día. ¿Te ha gustado?

Su voz fue un leve susurro.

—Sí.

—Bien. Ahora vamos a por el punto G.

Kennedy no tuvo tiempo para protestar ni para suplicar. Nate la penetró con los dedos y empezó a acariciarla por dentro, hasta dar con un punto concreto que le provocaba intensas oleadas de placer.

—¡Oh!

—Justo ahí. —Sonrió con evidente satisfacción y sus caricias adoptaron un ritmo enloquecedor.

Kennedy intentó sentir sus dedos más adentro, pero él mantuvo la cadencia sin perder el ritmo en ningún momento, hasta que sintió que sus músculos se contraían y todo su cuerpo se tensaba. El orgasmo estaba tan cerca que apenas podía respirar.

—Ah, casi estás. Sí, joder, así. Córrete para mí. Así.

Kennedy se corrió de nuevo entre gemidos.

Acto seguido, cerró los ojos y se rindió con un suspiro.

—Para ya. No puedo más.

Otra carcajada. El crujido del plástico al desgarrarse. Y después sintió su enorme erección en la empapada entrada de su cuerpo.

—Ahora sí estás preparada.

La penetró sin titubeos, centímetro a centímetro hasta que estuvo enterrado en el fondo de ella. Kennedy movió la cabeza a un lado y a otro, asaltada por la deliciosa sensación de tenerlo en su interior. La llenaba de tal manera que apenas podía respirar, ni forcejear, ni ocultarse. Pero a él le daba igual. Ella intentó quitárselo de encima, pero Nate le aferró las muñecas, le colocó los brazos por encima de la cabeza y se los sujetó con una mano.

—Ken, abre los ojos y mírame.

Lo obedeció.

Sentía la presión de todo su cuerpo encima de ella. Estaba atrapada debajo de él, desvalida bajo el asalto de su cuerpo, de su polla, de esa mirada ardiente que exigía que se entregara por completo en ese momento, en ese lugar.

—Esta noche eres mía.

Y empezó a moverse. Dentro y fuera de su cuerpo, reafirmando sus palabras con la posesión física, dispuesto a erradicar todos los recuerdos de su mente salvo ese momento, mientras él la follaba y se adueñaba de su cuerpo y de su alma. No le soltó las muñecas en ningún momento, como si presintiera que necesitaba que la sujetase, y Kennedy no dejó de arquear el cuerpo, exigiéndole más. Nate soltó un gemido ronco y aumentó el ritmo de sus embestidas al tiempo que se frotaba contra su clítoris hasta que la tensión llegó a un punto insostenible y estalló.

Se corrió en su interior, gritando su nombre mientras la penetraba hasta el fondo, extrayendo hasta la última gota de placer de sus cuerpos. Al final, se desplomó sobre ella y le soltó las muñecas.

Kennedy intentó recordar cómo se respiraba mientras escuchaba los latidos del corazón de Nate contra la oreja. Tenía la piel caliente y húmeda por el sudor, y notó el olor penetrante a hombre y sexo.

Salió de ella despacio, pero sin apartarse en ningún momento, porque rodó llevándola consigo, de manera que sus piernas siguieron entrelazadas. Los minutos fueron pasando. Poco a poco recuperaron el aliento. Kennedy se preguntó si había muerto y llegó a la conclusión de que le daba igual.

Nate la besó en la frente.

—Descansa. Esto solo ha sido el principio.

«Por Dios.»

Nate Ellison Raymond Dunkle era una máquina.

Kennedy enterró la cabeza en la almohada blanda y suspiró. Qué sueño más perfecto. Sin cambiar de postura (estaba boca abajo sobre el colchón), tensó una pierna y el pequeño ramalazo de dolor que experimentó en los músculos le arrancó una sonrisa. Qué raro, se sentía como si hubiera disfrutado de una noche de sexo. De mucho sexo. Notaba un dolor palpitante entre los muslos, como si deseara que la penetrasen. Todavía era de noche y estaba cansada y feliz, no quería abrir los ojos y dejar que la realidad se entrometiera. Una extraña satisfacción le corría por las venas y no deseaba que desapareciera. Volvería a dormirse y...

«Por Dios», pensó.

Sintió un lametón en la parte posterior de los muslos y un par de manos, firmes pero delicadas, que la instaban a separar las piernas. Su cuerpo se espabiló al instante y exigió más: anhelaba más caricias, más besos húmedos. Esas manos se trasladaron a su trasero y empezaron a masajearle los glúteos, separándoselos mientras la lengua seguía avanzando, cada vez más cerca de ese lugar empapado que ansiaba sus caricias. Se mordió un labio y gimió contra la almohada.

«Oh, por favor, no quiero despertarme, por favor, por favor...»

Sintió el asalto de unos dientes en el trasero.

El inesperado mordisco la sobresaltó. Dio un respingo, pero el descarnado placer la dejó sin aliento.

—¿Qué te ha parecido? ¿Demasiado?

La voz áspera de Nate le inundó los oídos. Las vívidas imágenes de lo que habían hecho tomaron forma por su cabeza y la espabilaron al instante.

—Duele. Pero después es agradable. ¿Qué vas a hacer?

—De todo. He desatendido la parte posterior de tu cuerpo, y eso es un crimen. Sabía que me había dejado atrás una zona erógena.

Kennedy sintió un nudo en las entrañas. Era... imposible.

—No te habrás tomado una Viagra o algo así, ¿verdad?

Nate soltó una carcajada ronca y la vibración contra su cuerpo le provocó otro escalofrío.

—Te tengo a ti. No necesito nada más. He estudiado los principios tántricos para no perder el control. Un poco de dominación, sumisión y sadomasoquismo. Varias posturas que facilitan la estimulación.

Le hizo algo tan erótico y sensual en el trasero que Kennedy gimió. Normalmente, odiaba que los hombres le miraran el culo. Era la única parte de su cuerpo que le parecía demasiado grande a pesar de lo mucho que la ejercitaba.

—Estoy más cómoda tumbada de espaldas.

—Pues yo no. Extiende los brazos y agárrate al cabecero.

La orden la confundió, pero lo obedeció.

—Nate, no creo que pueda tener otro orgasmo.

Otra carcajada sedosa. Esos dedos diabólicos se introdujeron en su vagina, jugaron y la excitaron.

—Mentirosa. Me encanta tu culo. Firme, respingón y precioso. Quiero

probar una cosa. Avísame si no te gusta.

—Pero... ¡oh!

Mientras sus dedos seguían penetrándola, le dio una cachetada en el culo con la otra mano. El sonido resonó en el dormitorio. Dio un respingo, pero el ramalazo de calor se extendió por su trasero y le llegó al clítoris.

—¿Sí o no?

Apretó los dientes y contestó a verdad.

—Sí.

—Joder, se te ha puesto rosita. Necesito más. —Le dio unas cuantas cachetadas más y después sus dedos empezaron a acariciarle las doloridas nalgas.

El placer y el dolor se mezclaron hasta excitarla y enloquecerla.

—Eres increíblemente preciosa. Nunca he sentido predilección por la sumisión y la dominación, pero me encantaría atarte y darte placer hasta que me supliques.

Kennedy gimió.

—Ya te estoy suplicando. No puedo más.

—Tienes una espalda muy elegante. La curva lumbar, los hoyuelos por encima del culo...

La lamió de arriba abajo y la mordisqueó mientras seguía acariciándola, frotándola y excitándola. De repente, se colocó sobre ella y apoyó todo su peso encima.

La parte delantera de su cuerpo quedó pegada a la espalda de Kennedy, que sintió su erección en la húmeda entrada de su vagina. El roce abrasador de su aliento le acarició una oreja mientras le apartaba el pelo. Acto seguido, se la lamió y se la mordisqueó mientras sus manos le torturaban la parte lateral de los pechos. Estaba atrapada y desvalida a la espera de su siguiente movimiento, y en ese momento comprendió que ostentaba más poder sobre

ella que cualquier otro hombre que hubiera conocido en la vida. Su mente se asemejaba a un torbellino y su cuerpo gritaba exigiendo que lo complaciera, pero él siguió llevándola al límite, penetrándola tan solo con la punta.

—Quiero follarte otra vez.

—¡Sí!

—¿Cuánto lo deseas?

A Kennedy se le escapó un gemido.

—Haré cualquier cosa. Por favor.

—¿Hasta jugar más al golf?

—Cabrón.

Nate se retiró al instante y le dio un mordisco en un hombro. El cuerpo de ella se estremeció por entero.

—¡Sí! Jugaré al golf contigo, te lo prometo.

—Buena chica. Suelta el cabecero y ponte a cuatro patas.

Se colocó tal como él le había ordenado y oyó que rasgaba el envoltorio de un condón que no tardó en ponerse. Después, la penetró con delicadeza hasta que estuvo enterrado en ella hasta el fondo. La llenaba por completo y la dejaba sin aliento. Kennedy movió las caderas, desesperada. El gemido de Nate le provocó una enorme satisfacción.

—Vas a matarme.

—Me alegro. ¿Podemos seguir, por favor?

—Qué impaciente. He leído en *Cosmopolitan* que si se hace a cuatro patas, aumenta la probabilidad de alcanzar el punto G cada vez que el hombre se mueva.

Kennedy arqueó la espalda e intentó obligarlo a hacer algo. Lo sentía palpitar en su interior, y eso le provocaba una especie de descargas de placer continuas que estimulaban sus terminaciones nerviosas.

—Me parece una idea magnífica. Puedes empezar cuando quieras.

La risilla de Nate le dio mala espina.

—Todavía no. Antes necesito estimularte como es debido.

—Estoy estimulada, te lo aseguro.

Sin apenas mover el cuerpo, Nate empezó a penetrarla unos escasos centímetros y a salir de nuevo, como si fuera una especie de aperitivo, mientras le acariciaba la espalda y, después, los pezones. Sus delicados pellizcos los endurecieron y los estimularon al máximo. Kennedy se percató de que le temblaban las manos, desvalida y ansiosa como estaba por recibir la siguiente caricia. Esos dedos tan diestros se demoraron a placer en sus pechos antes de trasladarse de nuevo a su espalda. Una vez allí, se la acarició con las palmas de las manos, y luego se inclinó para lamerla siguiendo la espina dorsal, al tiempo que le separaba los glúteos, cosa que provocó que se retorciera de deseo, que gimiera y le rogara.

Nate la aferró con fuerza por las caderas, salió de ella un momento y después la penetró hasta el fondo.

El placer se extendió por el cuerpo de Kennedy y se concentró en su palpitante clítoris. Nate salió de nuevo y repitió el movimiento. Y después una vez más.

La quinta embestida dio en el blanco. Kennedy gritó, mientras el placer se adueñaba de todos sus músculos.

—Ah, lo encontré. Agárrate, preciosa.

Kennedy se aferró a las sábanas y se rindió. Cada una de las embestidas de Nate estimulaba ese punto preciso, aumentando la tensión que la embargaba hasta que sintió un nudo en la garganta y creyó que iba a morir allí mismo. En ese momento, Nate se inclinó para meterle una mano entre las piernas, le pellizcó el clítoris con fuerza y después lo soltó.

—¡Ah!

El orgasmo la tomó por asalto. Las oleadas de placer la arrastraron sin que

parecieran terminarse nunca y Nate siguió moviéndose, provocándole un segundo clímax, hasta que acabó desplomándose sobre el colchón. La acarició mientras le murmuraba palabras de consuelo y la estrechaba contra su torso. Kennedy cerró los ojos y se preguntó si su científico aeronáutico la había destrozado para siempre.

Nate percibió el momento exacto en el que se impuso la realidad.

Entreabrió los ojos y se encontró a Kennedy moviéndose por el dormitorio mientras intentaba vestirse. Andaba de puntillas sin dejar de echar vistazos hacia la cama con gesto preocupado, como si temiera que él extendiera los brazos para retenerla. Disfrutó de la escena mientras ella intentaba ponerse el tanga sucio, pero enseguida soltó un taco y acabó haciendo con él una bola, que guardó en un puño. Después, se mordió el labio como si hubiera tomado una decisión y se puso la minifalda sin ropa interior.

Bravo.

Nate se preguntó qué haría con la camisa, pero vio que sacaba el sujetador de debajo de un cojín, se lo ponía y se acercaba al armario. Acto seguido, miró de nuevo hacia la cama, sacó una camisa blanca de una percha, se la puso y abrochó hasta el último botón. Le quedaba más larga que la minifalda, pero no pareció importarle. Entró en el cuarto de baño y, mientras seguramente se peinaba un poco y se enjuagaba la boca, Nate oyó correr un hilillo de agua. Tenía un cepillo de dientes extra en el armarito, pero supuso que era mejor que lo encontrase ella sola para no arruinarle la huida.

De momento.

Reparó en la brillante luz que se filtraba por las rendijas de las persianas. Los pájaros trinaban alegres, encantados de recibir a la primavera, pero la

mañana le había puesto fin a su fantasía. Lamentaba no haberle hecho el amor una última vez, mirarla a la cara mientras se corría y su cuerpo se retorció bajo él con la certeza de saberse el causante de un placer tan arrollador y con la sensación de ser más poderoso que un dios griego.

Kennedy quería olvidarlo. Fingir que no había sido más que un desliz sin importancia y que podrían retomar las cosas tal como estaban hasta ese momento. Pero él sabía que ya era demasiado tarde.

Estaba enamorado de ella.

La abrumadora conclusión no llegó acompañada de harpas, un coro de ángeles o una alegría incontenible. Más bien se sentía fatal. Deprimido. Indefenso.

Cabreado.

Repasó todas sus opciones. Podía admitir sus sentimientos y suplicarle que le diera una oportunidad. Kennedy se dejaría llevar por el pánico, le soltaría un sinfín de motivos por los cuales lo suyo no saldría bien e incluso dejaría de trabajar con él con tal de escaparse.

Opción descartada.

Podía fingir que había sido una noche de sexo genial y que ya había pasado página. Saldría con Mary o con cualquier mujer que quisiera quedar con él, y seguiría por la senda trazada. Desde luego, Connor le aconsejaría esa opción. Si lo hacía, se convertiría en un semental y mantendría el ego intacto.

Descartada esa también.

Podía no hacer nada. Se negaría a hablar del tema y vería qué pasaba a continuación. El hecho de no analizar lo sucedido le daría a Kennedy la cuerda necesaria para aferrarse a la negación, pero no la suficiente como para cortar de raíz cualquier interacción futura. En resumen, dejaba todas las puertas abiertas.

Esa era la mejor opción de todas.

La puerta crujió.

Kennedy salió de puntillas, se dio cuenta de que estaba despierto y se quedó helada. En sus labios apareció una sonrisa deslucida. Nate se moría por tumbarla en la cama, besarla hasta que perdiera el sentido y proporcionarle el cuadragésimo orgasmo que ella había rechazado entre súplicas la noche anterior.

En cambio, dijo lo primero que se le ocurrió.

—Buenas.

La sonrisa de Kennedy se volvió real. Dio un tironcito a la camisa.

—Hola.

Nate carraspeó y apartó las sábanas. Sin prestarle atención a su erección matinal, se levantó de la cama, se puso los calzoncillos y se dio la vuelta. Kennedy abrió los ojos como platos en cuanto vio su erección, algo que solo consiguió que se le pusiera más dura todavía.

—Ay, Dios. Esto... mejor me voy. Es bastante tarde. Gracias por lo de anoche.

Enarcó una ceja al oírla.

Kennedy se tapó la boca con una mano.

—Quiero decir que gracias por dejar que me quedara aquí. Quiero decir que... Ya sabes lo que quiero decir. ¿Verdad?

Era un encanto. No había mujer sobre la faz de la Tierra con tantas capas. Y le parecía una complicación muy sexy.

—Verdad. Pero todavía no te puedes escabullir.

—¡No me estaba escabullendo!

—Nena, estás haciendo todo lo que se hace a la mañana siguiente para no verle la cara al otro. Aunque tampoco me estoy quejando. Pero anoche me ocupé muy bien de ti, así que me debes una. Me debes una muy gorda.

Kennedy desvió la vista hasta su erección. Se dio cuenta de que tragaba

saliva, pero el deseo que asomó a sus ojos estuvo a punto de acabar con él.

—Creía que estabas satisfecho.

Nate dio un paso al frente.

—Esta mañana solo hay una cosa que puede satisfacerme.

—No estás siendo muy caballeroso —protestó ella con voz entrecortada y un deje excitado.

Nate inspiró hondo y su aroma le llenó las fosas nasales.

—Creo que ya has tenido de sobra —añadió ella.

—Me interrumpiste y me impediste hacer algo, y ya sabes lo que es.

Kennedy se estremeció. Sacó la lengua y se humedeció el labio inferior.

—A lo mejor si me lo preguntas como es debido...

Un par de centímetros más y la tuvo delante. Le levantó la barbilla. Sus ojos ambarinos se nublaron y Nate supo que bastaría un empujoncito para tenerla de rodillas. A ella le gustaría. A él le encantaría. Podrían retrasar la inevitable luz del día durante una hora más. O dos.

—En ese caso, te lo ruego.

Le recorrió el mohín de los labios con el pulgar humedeciéndolo y se llevó el dedo a la boca para lamerlo. Kennedy gimió.

—Adelante.

—Quiero que...

—Sí.

—Desayunes conmigo.

Se apartó de ella y la confusión se reflejó en la cara de Kennedy.

—¿Cómo?

—Desayunar. Me muero de hambre y en la cocina no hay nada que merezca la pena. Deja que me dé una ducha rápida y nos vamos.

—No tengo ropa.

—Nos pasaremos por tu casa para que te pongas unos vaqueros. Salgo

enseguida.

Cerró la puerta una vez que estuvo en el cuarto de baño y luego abrió el grifo para que el agua saliera lo más fría posible. El truco estaba en desequilibrarla. A lo mejor, con el tiempo, Kennedy llegaría a la conclusión de que estaba loquita por él. Tal vez él no estuviera a su altura, pero desde luego no era una nenaza. Sabía cómo presentar batalla, y la suya con Kennedy sería épica.

Iba a ser una mañana tremenda.

Una hora después estaban sentados muy juntitos en un reservado del restaurante Dish and Spoon. Nate había pedido una toallita desinfectante, había limpiado la mesa de acuerdo con su estándar de higiene y se había relajado en el asiento como si no hubieran hecho el amor un montón de veces esa noche.

Por motivos que se le escapaban, Kennedy había seguido el plan sin rechistar. Se había puesto unos vaqueros respetables, una camiseta limpia y unas zapatillas deportivas, y se había recogido el pelo con un moño alto y suelto. Su plan original había sido salir pitando, poner distancia y luego mantener la «conversación».

El sentimiento de culpa y el de satisfacción se mezclaban en su pugna por el poder. Le estaba concertando citas con otras mujeres de Kinnections y no tenía derecho a meterle líos en la cabeza. ¿Cómo iba a salir con otra mujer con la mente y el corazón abiertos después de la noche de sexo salvaje que habían compartido? Al despertarse, Kennedy se había jurado que aquello no volvería a pasar. Se lo confesaría todo a Kate y a Arilyn, y dejaría el resto del camino de Nate en sus expertas manos.

En cambio, él la había confundido con ese cuerpo que le hacía la boca agua y esos comentarios tan picantes. Ni siquiera se opuso a su elección de restaurante. Siempre desayunaba fruta y yogur griego. Solo ver los huevos fritos, el beicon crujiente y las patatas grasientas del plato de Nate le habían dado escalofríos. Se ciñó a lo que había pedido en un principio y mordisqueó una fresa madura mientras se preguntaba por qué, de repente, estaba de tan mal humor después de un millón de orgasmos.

—¿Sabes la cantidad de grasa que hay en ese plato? —preguntó—. Es más de la ingesta de calorías recomendada para un día entero.

—He hecho ejercicio. Igual que tú. —Pinchó con el tenedor un poco de huevo con la ayuda de un trozo de pan de centeno tostado. La parte superior, cubierta de mantequilla derretida, brillaba—. Un polvo normalito al estilo misionero quema unas trescientas calorías por hora. Un orgasmo quema unas cien calorías adicionales. Si calculamos la cantidad de posturas, el número de orgasmos y las horas empleadas, estamos hablando de unas dos mil calorías quemadas. Un huevo con beicon supone alrededor de ciento treinta y seis calorías. Añade las patatas y la tostada, y verás que sigo muy por debajo de las calorías que quemamos anoche. Toma, cómete media loncha de beicon. Necesitas proteínas.

La cabeza de Kennedy se mareó con la cantidad de datos y cifras que acababa de soltarle con respecto al sexo. Bebió un sorbo de café solo; le flaqueaban las fuerzas. Por Dios, ¿era posible quemar tanto en una sola noche de placer?

—Pero ni siquiera es beicon de pavo —protestó. Intentó no gimotear.

Nate esbozó una sonrisilla. Y entonces cortó media loncha de beicon y un cuarto de huevo, y añadió una rebanada de pan de centeno.

—Necesitas cereales y proteína pura, cariño. Come un poquito.

Kennedy se humedeció los labios y observó la comida que tenía en el plato

como si estuviera analizando a su enemigo.

—Un bocadito nada más. —Se le escapó un gemido en cuanto sus dientes tocaron la crujiente loncha de beicon. Incluso el olor la volvía loca, de modo que cerró los ojos para saborear cada bocado—. Está de muerte.

Nate soltó una obscenidad, pero estaba demasiado ensimismada como para prestarle atención.

—¿Qué tienes previsto para hoy? —le preguntó él.

—No mucho. Limpiar. Trabajar.

—Necesito pareja de golf.

Kennedy resopló.

—Lo dudo mucho. Además, trabajas los sábados, ¿no?

—Me hace falta un descanso. Igual que a ti. Y anoche me prometiste un favor, así que pienso cobrármelo.

Kennedy mordisqueó el crujiente borde del pan impregnado de mantequilla. Se dio cuenta de que debería sentirse irritada o molesta porque él le recordase algo que había dicho en mitad de un polvo, pero la combinación perfecta de huevo, tostada y beicon le había derretido el cerebro.

—Vale. Pero luego todo esto queda zanjado. ¿Entendido?

—¿El golf? Sí, claro, no volveré a pedirte que juegues conmigo al golf.

—Y lo demás. Todo lo demás.

—¿El sexo? Siempre podemos hablar del tema más adelante. No arruinemos un desayuno estupendo. Toma, tienes que comerte aunque sea una patata.

—Ay, no...

Nate se la dejó en el plato.

—Una sola. Son diminutas.

—Bueno, a lo mejor una. En cuanto a lo de anoche... Creo que...

—Llevo un tiempo dándole vueltas a una cosa. Wayne, mi compañero de laboratorio, está convencido con respecto al nuevo y revolucionario descubrimiento de los cristales de tiempo. Se trata de una teoría muy controvertida. La propuso un tío del MIT, Wilczek, y ha creado dos facciones y un lío tremendo en la comunidad científica. Si se demuestra que se pueden crear cristales de tiempo, estaremos contradiciendo toda la base de la simetría. Wayne cree que puede cambiar el mundo. Yo creo que hay demasiados problemas inherentes desde el principio. Aunque no pienso negar que me emocione el hecho de cuestionar las teorías físicas ampliamente aceptadas y llevar el campo al siguiente nivel.

Respiró aliviada. Nate no quería hablar de sexo ni de su relación. Tal vez creyera, como ella, que no había sido más que una noche fantástica que no deberían llevar más allá. Tal vez ya hubiera aceptado que pasarían unas cuantas horas más juntos en el campo de golf y que luego se despedirían sin volver a hablar de lo ocurrido durante la noche. Quizá incluso empezaría a salir con Mary. Eso estaría bien.

Dios, la patata estaba deliciosa. Pero era diminuta. A lo mejor unas pocas más...

—De momento aseguran que es posible, pero no lo confirman —dijo ella—. Ni que estuviéramos hablando de viajes en el tiempo. Pero el hecho de disponer de un sistema de registro de horas espacial sería algo revolucionario. La energía existe en el estado mínimo posible, de modo que no habría un movimiento perpetuo. Me gustaría leer más investigaciones al respecto antes de hacer suposiciones. Me sorprende un poco. Siempre te he considerado como una mente más progresista.

Bañó una patata en el ketchup, que tenía poquísimas calorías, y sonrió cuando el sabor de la sal y de la patata le explotó en la boca. Era superfeliz.

—Soy progresista. Pero también un clasicista.

Kennedy puso los ojos en blanco al oírlo.

—Lo que tú digas.

—¿Cuánto tiempo llevas estudiando física, Ken?

La patata resbaló de los dedos. Mierda. Le bastó una miradita a la cara de Nate para darse cuenta de que era la viva imagen de la concentración. Tenía esa misma expresión la noche anterior, cuando estaba entre sus muslos y la llevaba al orgasmo. Se le tensó el cuerpo y se dio cuenta de que estaba húmeda. ¿Cómo era capaz de conseguir excitarla con una sola mirada?

—¡Qué dices! Lo vi en un blog de ciencia cuando buscaba la web de shoedazzle.com.

—¿Por qué mientes? —preguntó Nate en voz baja—. ¿Qué tiene de malo admitir que las matemáticas y las ciencias se te dan bien?

De golpe, Kennedy echó la cabeza hacia atrás. No pensaba hablar de ese tema. Ya se había ido de la lengua.

—No quiero decepcionarte, pero no sé mucho de esos temas. Recuerdo cosas del instituto y de vez en cuando leo un blog en internet, pero no intentes convertirme en algo que no soy. Te llevarás una decepción.

Esos oscuros ojos verdes se clavaron en los suyos. Se estremeció ante tanta concentración y se le secó la boca mientras intentaba mantener las distancias. Esos labios carnosos enmarcados por la perilla le daban un aire de tío duro que la ponía a mil. La chaqueta vaquera de Calvin Klein, la camisa y los vaqueros ceñidos resaltaban su musculoso cuerpo. Claro que no le hacían falta recordatorios. No, se conocía cada centímetro de Nate, desde la tableta de chocolate que eran sus abdominales hasta esos tonificados bíceps capaces de sujetarla mientras la penetraba una y otra vez. No se parecía en nada a un friki empollón. De hecho, parecía tan sexy como un modelo recién salido de una revista.

Tomó una entrecortada bocanada de aire. Nate quería que le expusiera su

brillante mente y ella no pensaba hacerlo. Esperó y se preparó para una batalla a pecho descubierto. Se iría y se terminaría todo en ese preciso momento.

Sin embargo, Nate relajó el cuerpo poco a poco y asintió con la cabeza.

—Vale. ¿Has terminado? Quiero llegar al campo antes que los grupos numerosos.

—A lo mejor no es buena idea. —Hizo una pausa—. Quizá deberíamos dejarlo para otro día.

—No, lo prometiste. Vamos.

Nate cogió la cuenta y se acercó a la barra para pagar mientras ella intentaba controlar el apetito sexual y físico. Unas cuantas horas jugando al golf no le harían daño. Era un día precioso, haría un poco de ejercicio y luego cada uno se iría por su lado.

Unas cuantas horas después, se vio obligada a admitir que Nate Dunkle era un tío listo de mucho cuidado.

Salvo por el mosqueo que se pilló cuando ella consiguió hacer algo que se llamaba «birdie», fue el acompañante perfecto. Le enseñó a modificar el agarre del palo y a colocar los pies para que el golpe adquiriese más fuerza. Sus dedos la rozaron, la acariciaron y la calmaron. Insistió en pegarse a ella de manera que notara lo dura que la tenía y en rodearla con los brazos con la excusa de enseñarle a mejorar el swing. Mientras pasaban de un hoyo a otro, Nate mascullaba e incluso anotaba ridículas fórmulas en el cuaderno que llevaba. Todo resultaba desconcertante. Cada vez que creía haberlo hecho muy bien, él empezaba a refunfuñar. Y a punto estuvo de perder los estribos cuando su pelota acabó en un precioso lago. Una reacción que a ella le resultó bastante interesante. Y que la puso a mil.

En vez de despedirse en cuanto terminaron, la obligó a hacer una parada en una de las cafeterías del campo. Él se bebió una cerveza artesana y ella una copa de vino, mientras a su alrededor la gente observaba, bromeaba y hablaba de un sinfín de temas. Después se detuvieron en un mercado local y la invitó a cerrar los ojos mientras compraba una serie de ingredientes secretos que se negó a enseñarle. Cada vez que intentaba espiar a hurtadillas en una de las bolsas marrones, Nate la cerraba con más fuerza. Allá él. A lo mejor iba a prepararle una comida especial a Mary. Eso estaría bien.

Una vez que hubieron regresado al pueblo, la arrastró hasta una exposición de arte, donde hablaron de sus artistas preferidos y él se explayó sobre una ridícula teoría según la cual Monet usó una famosa fórmula matemática para generar la aleatoriedad de sus nenúfares.

Claro, claro.

Estaba anocheciendo cuando por fin la acercó a su puerta. Kennedy se devanó los sesos en busca de una despedida amigable y de la manera adecuada de dejar atrás su noche de sexo salvaje. Decidió ir de frente.

—En fin, muchas gracias por un día tan fantástico, pero estoy muerta, así que mejor entro ya. —Esbozó una sonrisa deslumbrante, experta como era en darles largas a los hombres como una profesional, pero Nate no le hizo caso y entró.

—Me gusta tu casa —dijo. Recorrió con la mirada la decoración moderna de líneas rectas, el diseño tan caro.

—Gracias. Esto... Nate...

—Sé que estás cansada, pero necesito un favor. ¿Recuerdas que te dije que no cocino demasiado? Quiero intentarlo. Desarrollar el paladar es la clave para una buena educación culinaria. —Dejó las bolsas en la encimera de la cocina—. Necesito una catadora ciega.

Kennedy cerró la puerta de la calle y lo miró.

—¿Cómo?

Él agitó una mano.

—Bueno, no me refiero al sentido literal. Es muy sencillo: te vendo los ojos y tú me dices a qué sabe lo que he comprado. Me gustaría preparar una cena completa. Ampliar horizontes. ¿Qué te parece?

La cabeza ya le daba vueltas.

—Esto... creo que aprender a cocinar es una idea estupenda. Pero es tarde. Y no sé en qué puede ayudarte que yo pruebe las cosas.

—Necesito una opinión femenina del menú que pretendo preparar. No tardaré mucho. ¿Por favor?

Kennedy miró las bolsas con expresión recelosa.

—¿Por qué tengo que estar con los ojos vendados?

—Es algo que vi en *La cocina del infierno*. Estarás más abierta a cosas nuevas si no ves ingredientes que te desagraden. De ese modo serán las papilas gustativas las que lleven la voz cantante de tus sentidos.

La emoción le provocó un hormigueo en la piel. La cosa estaba bien clara. Tenía que rechazar el plan, conseguir que se fuera de su casa y meterse pronto en la cama. Sola.

—Vale. Lo haré.

Nate esbozó una sonrisa deslumbrante. Se quitó la chaqueta y la colgó en el armario con cuidado. Los vaqueros oscuros se ceñían a su espectacular trasero. Kennedy vio que se remangaba la camisa azul turquesa como si estuviera preparándose para algo gordo. Se lavó las manos y apartó una silla de la mesa.

—Puedo sentarme en el taburete —le dijo ella.

—No. La silla es más resistente. Hazme caso.

¿Más resistente para qué? Se encogió de hombros.

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Puedes traer un pañuelo, por favor?

—Pervertido.

—Puedo serlo.

Kennedy se echó a reír, sacó un colorido pañuelo morado y se sentó.

—Ahora voy a vendarte los ojos y luego prepararé algo de comida. —Le cubrió los ojos con cuidado e hizo un nudo flojo—. ¿Ves algo?

—No.

—Vale, dame un momento.

Kennedy oyó que abría y cerraba cajones. El ruido de las bolsas. El olor de varias hierbas aromáticas, todas mezcladas. La puerta del frigorífico chirrió y luego se quedó en silencio. Los sonidos de la cocina la relajaron poco a poco y dejó que su mente vagara a la espera del primer bocado.

Notó su presencia cuando se arrodilló delante de ella. Su poderosa aura masculina la envolvió como un puño invisible. Su aliento cálido le rozó los labios. El corazón empezó a latirle desacompasado.

—¿Estás lista para el primer bocado?

Esas palabras tan sensuales le resonaron en los oídos. El estómago se le encogió.

—Sí.

—Abre la boca.

Separó los labios. Esperaba el frío tacto de una cuchara, pero Nate usó los dedos. Le colocó algo pequeño y untuoso en la lengua. El sabor del océano, de la sal y del humo afloró en su boca. El primer mordisco hizo explotar el zumo. La amalgama de potentes sabores la abrumó de placer y su cuerpo reaccionó como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

—Ostras. —Esbozó una sonrisilla al captar el regusto a limón—. El equilibrio es impresionante.

Nate le enjugó las gotas del labio inferior.

—Buena chica. Era una ostra. ¿Te ha gustado?

Se acordó de cómo le había pellizcado, mordisqueado y lamido los pezones antes de hacerle la misma pregunta. Se esforzó por conservar la cordura.

—Sí.

—El siguiente.

Esperó, con los sentidos alerta.

—Ábrela para mí.

Kennedy relajó los muslos, como si estos quisieran obedecer la orden, y Nate le metió el trocito en la boca. Un queso cremoso y potente, combinado con una pizca de ajo, de aceite de oliva, de albahaca y tomate fresco; como si acabara de cogerlo de la mata. Sus papilas gustativas gimieron de gusto.

—Queso —murmuró—. Mozzarella. Y tomate. Dios, está buenísimo.

Las manos de Nate empezaron a acariciarle la cara y los hombros, sumiéndola en un trance más relajado todavía. Separó los muslos y sintió que se humedecía. La sencillez de los sabores la envolvió, la invadió, y echó la cabeza hacia atrás. Nate le susurró algo al oído.

—Se te da muy bien este juego, cariño. —Le tomó los pechos entre las manos y empezó a masajearse los por encima de la camiseta—. ¿Quieres más?

—Sí.

—Quiero quitarte la camiseta.

Su osada petición traspasó la línea roja. Se merecía un bofetón, un calambrazo y también que lo echara a patadas. Pero la había excitado tanto que fue incapaz de articular palabra durante un minuto entero.

—Hazlo por mí.

Nate gruñó. Le pasó la camiseta por la cabeza. El aire frío le rozó los pechos y le endureció los pezones. Kennedy tuvo ganas de echarse a llorar por esa sensación tan pecaminosa. Estaba sentada en la cocina, con los ojos

vendados, sin camiseta, mientras Nate le daba de comer. Él le acarició los pezones con los pulgares por encima del encaje del sujetador y, acto seguido, sintió sus labios contra la piel, ardientes y húmedos, que succionaban un pezón y lo acariciaban con la lengua. Kennedy gritó y se arqueó hacia él, aferrándose a su cuerpo con las manos. Nate le acarició el otro pecho y luego se alejó. Kennedy oyó algo que chocaba contra la encimera de granito. El frufú del papel. Cada segundo aumentaba la tensión que le atenazaba el estómago.

Algo tan simple como respirar era un lujo para ella en ese momento. Jadeó en busca de aire y agitó las piernas, pero él preguntó en voz baja y calmada:

—¿Lista para el siguiente bocado?

Kennedy asintió con la cabeza.

—Abre.

Ah.

Sushi. La textura era fresca y suave, pero el pescado tenía cierta untuosidad que la desconcertaba. Mordió con fuerza. El punto de la salsa teriyaki acentuó el gusto del pescado sin matar su sabor natural, y al masticar se deshizo en pequeñas láminas.

—¡Salmón! Es salmón, estoy segura.

—Muy bien.

Mientras masticaba y tragaba, él le desabrochó el sujetador. Los pechos llenaron las manos que los esperaban, y la combinación de sus caricias con el placer de la comida la desgarró.

—Creo que te mereces una recompensa antes del siguiente bocado. —Le desabrochó el botón de los vaqueros. Los dedos de Nate le acariciaron el abdomen y trazaron la cinturilla de los pantalones—. Levanta las caderas, cariño. Voy a quitarte los vaqueros.

Kennedy esperó a que la voz de la razón gritara como una *banshee* y le

dijera que ni hablar. Ni borracha. Que no.

—Sí.

Nate deslizó los pantalones por las piernas y se los quitó. Kennedy le oyó inspirar con fuerza.

—Por Dios, eres preciosa. —Le acarició las pantorrillas y siguió un camino ascendente al tiempo que le separaba las piernas—. Y estás empapada. —Le recorrió las bragas con un dedo.

Kennedy dio un respingo y se estremeció como si estuviera al borde del orgasmo.

—Nos quedan dos pruebas más. Voy a buscar algo con lo que bajarlas.

Gimió cuando Nate se apartó. Oyó que la puerta de un armario se cerraba. El sonido del líquido al caer en la copa resonó en sus oídos.

—Bebe un sorbito. Dime qué te parece.

Nate le cogió la barbilla con una mano y le acercó la copa a los labios. El vino le bajó por la garganta, sabroso y con cuerpo, y el aroma de las moras le llenó las fosas nasales al tiempo que le impregnaba la boca. Se le antojó un regalo sensual en todos los sentidos, áspero por los taninos e intenso.

—Vino tinto. ¿Algún tipo de baya? ¿Higos?

—Moras. Muy bien. Bebe un poco más.

Bebió otro sorbo justo cuando Nate le colocaba la mano entre los muslos.

Levantó las caderas, el vino le bajó por la garganta y estuvo a punto de correrse. Nate le acarició el clítoris con el pulgar mientras le tocaba la vulva con los otros dedos, hasta que su humedad le empapó las bragas y su olor flotó en el ambiente.

—Magnífico —murmuró, como si ella fuera uno de sus experimentos científicos—. Cada vez que pruebas algo que te encanta, tu cuerpo responde. Seguro que eres capaz de llegar al orgasmo con los sabores adecuados.

A Kennedy se le escapó una carcajada entrecortada. Estaba loca. Él estaba

loco. Joder, los dos estaban locos para recrear una escena sexual con comida, pero era incapaz de parar, necesitaba que él la llevara hasta el final del camino que habían emprendido. ¿Por qué no se sentía avergonzada o vulnerable? Estaba desnuda mientras que él seguía totalmente vestido, pero se sentía a salvo en su compañía, como no se había sentido en toda la vida. Nate antepondría sus necesidades a las de él. Y en ese preciso instante, ella solo ansiaba más.

—Deja de atormentarme —gimió—. Necesito...

—Sé lo que necesitas, nena. Levanta.

Le quitó las bragas.

Esperó a sentir sus manos o su boca, pero solo sintió un aire frío y vacío.

—¿Nate?

—Un bocado más.

Iba a morir. Apretó los muslos en busca de alivio.

—Las piernas separadas. Nada de trampas.

Obedeció, incapaz de resistirse a su hechizo. Nate le acarició las mejillas y el contorno de los labios.

—Abre para mí, Ken. Más. Más. Sí, así.

El corazón de Kennedy latía como el de un purasangre a punto de llegar a la línea de meta. Esperaba con los músculos en tensión la última cucharada.

Los dedos de Nate pasaron entre sus labios y sus dientes, y le dejó el objeto en la lengua.

Chocolate.

Con un punto amargo, potente y cremoso, el chocolate se le derritió en la lengua y la llevó a lo más alto.

—¡Ay, Dios!

Nate le arrancó la venda de los ojos y se apoderó de su boca con un beso

feroz, metiéndole la lengua entre los labios al tiempo que le metía los dedos entre las piernas, bien adentro.

El orgasmo fue brutal y se estremeció contra la silla, asaltada por un millar de sensaciones. Nate masculló algo contra sus labios, la levantó en brazos de tal manera que sus piernas le rodearon las caderas y la llevó a trompicones al dormitorio. En cuestión de minutos, la tumbó en la cama, se quitó la ropa y se puso el condón.

Ella seguía estremeciéndose por ese primer orgasmo cuando él le separó las piernas y la penetró de una sola embestida.

Su cuerpo lo aprisionó y le dio la bienvenida en lo más profundo, cerrándose en torno a él. Nate le hizo el amor de forma salvaje y ella disfrutó de cada segundo y le arañó la espalda cuando se corrió por segunda vez. Él gritó su nombre mientras la besaba y sacudió las caderas contra ella al correrse.

Kennedy intentó moverse, intentó hablar, pero era demasiado y las emociones la abrumaban. Una extraña opresión en el pecho la consumió. Se le atascó un sollozo en la garganta.

Oh, no. ¿Por qué tenía ganas de echarse a llorar de repente?

Nate la acunó contra su pecho y le quitó las horquillas del pelo con cuidado. Le acomodó los mechones sobre los hombros y la besó en la sien. No dijo una sola palabra; solo parecía esperar algún tipo de reacción. Como si supiera que ella estaba a punto de contarle algo importante.

Se le daba tan bien guardar secretos, incluso a sí misma, que tardó un momento en darse cuenta de que se moría por confesarle algo muy íntimo. En ese instante, en la oscuridad, con un hombre que la hacía sentirse totalmente a salvo, quería decirle la verdad.

Las palabras salieron en tropel de su boca.

—No solo era gorda. Era lista. Muy lista. Me encantaban las matemáticas,

la ciencia y la historia. Podía controlar todas esas cosas, pues tenían sentido. Asistía a un montón de grupos de empollones. El día que me atacaron, recuerdo ver todos los libros tirados por el suelo. Y me di cuenta de que los libros, las asignaturas que me encantaban, no habían conseguido protegerme. De hecho, habían empeorado el asunto. Ser inteligente no le servía para nada a una mujer; ser guapa y perfecta era la clave. Volví a casa y tiré todos los libros, dejé los grupos y empecé a ir mal en el instituto. Me obsesioné con las cosas que ayudaban a una mujer a ser guapa. Desvié el interés hacia el diseño de moda, la ropa y cualquier cosa que mejorase el aspecto del mundo. Me convertí en mi propia Frankenstein. Mi madre estaba en el séptimo cielo: detestaba a aquella hija lista y gorda, pero en cuanto empecé a perder peso, me animó a que siguiera haciéndolo. Comenzó a llevarme a galas benéficas y parecía orgullosa. Fue mi padre quien me obligó a ir al psicólogo cuando se dio cuenta de que me estaba matando poco a poco. Mi madre aseguraba que estaba bien. —Relajó los dedos que le agarraban el brazo y terminó—. Tuve una psicóloga genial. Un día comprendí que no quería morirme. Quería una vida, una vida real, no el lugar sombrío que había estado habitando, en el que la comida se había convertido en el enemigo y tenía que evitar los espejos. Estaba destrozada, así que decidí recomponer los pedazos. Mis padres acabaron por divorciarse y mi padre se volvió a casar. Hablamos muy poco. Mi madre se mudó hace años a casa de su nuevo marido. Me quedé sola, pero creo que fue para bien. Kate y Arilyn me ayudaron, y descubrí que el diseño y la organización de eventos se me daban genial. Me concentré en desarrollar ese talento e intenté olvidar el pasado. Pero a veces me asalta a traición.

Se quedó callada y el vacío la abrumó. De repente, todos los secretos y miedos acumulados se liberaron y se alejaron. Lo único que quedó en su lugar fue una enorme tristeza... por la chica vulnerable que había sido y por todas las cosas a las que había renunciado porque no creía merecerlas.

Kennedy intentó rodar por el colchón, pues necesitaba distanciarse, pero los brazos de Nate se lo impidieron. Su calidez y su olor la envolvieron y le proporcionaron consuelo. Poco a poco, dejó de resistirse y aceptó lo que él le ofrecía.

—Tal vez ha llegado el momento de reconocer la verdad, Ken. La verdad que vi en cuanto te miré.

—¿Qué verdad?

—Que eres ambas cosas. Lista y guapa. Por dentro y por fuera. Ya no tienes que elegir entre ser una cosa o la otra. Puedes ser tal como estaba escrito que fueras. Y, joder, creo que eres perfecta.

Kennedy cerró los ojos y enterró la cara en su pecho.

—Soy un desastre con patas.

—Chitón. Duerme, cariño. Todo se arreglará por la mañana.

Una sonrisa asomó a los labios de Ken. La oscuridad se cernió sobre ella antes de rendirse y dejar que el sueño la venciera.

Nate observó cómo Wolfe clavaba la vista en la pelota, echaba el palo hacia atrás y golpeaba. La cara del palo de golf era cuadrada. La pelota se quedó un poco corta, pero cayó pegada al green. Un golpe muy decente, sobre todo para un novato.

Wolfe lo miró, ya que no se fiaba de que el golpe hubiera sido bueno. Nate sonrió.

—Bien hecho. Has mejorado muchísimo la postura y ya llegas al green. Llevamos mucho tiempo sin meternos en el agua o en la arena.

Wolfe soltó una carcajada mientras echaban a andar.

—Joder, ya llego al green y encima me quedo en la calle correcta. Parece un milagro.

—No, tienes un swing buenísimo. Seguro que es por el tatuaje.

—Puedes deberías ver lo que hace un piercing. Sobre todo en un lugar doloroso.

Nate hizo una mueca.

—Creo que paso.

Jugaron los siguientes hoyos sumidos en un silencio cómodo. Nate echaba de menos tener amigos. Wayne rara vez hablaba de algo que no estuviera relacionado con el trabajo, y luego estaba su hermano, pero Connor no contaba porque era familia y tenía que aguantar sus rollos lo quisiera o no.

Nunca habría dicho que Wolfe era la clase de tío que querría ser su amigo. Había supuesto que pasaría de él después de unas cuantas lecciones, pero parecía interesado en seguir con las clases de golf e incluso sugirió quedar para tomarse algo después del trabajo la semana anterior.

—¿Cuándo tienes la reunión para jugar al golf? —quiso saber Nate. Su palo cortó el aire con un elegante arco que dejó la pelota a un paso del hoyo. «Sí. Ojalá Ken pudiera ver este golpe.»

—He conseguido meterme en su grupo para el viernes por la mañana. Te juro que ha sido más difícil que infiltrarse en la CIA. Es un deporte durísimo.

—Estarás preparado. ¿Cómo le va a Purity?

Wolfe golpeó la pelota. Se escoró hacia la izquierda, pero se enderezó lo justo para no caer en el obstáculo.

—La gran inauguración será dentro de unas semanas y he reclutado a un montón de famosos de primera categoría. He decidido convertirlo en una gala benéfica para devolverle algo a la comunidad. Nueva York es un mundo aparte, así que tengo que hacer algo distinto a lo que hice en Milán, y mi padre está de acuerdo en que es cosa mía. Se trata del primer proyecto que dirijo al completo.

—Tu padre parece un buen tío. ¿Os veis a menudo?

—Vive con Julietta, mi madrastra, en Milán. Es la directora de La Dolce Famiglia, la pastelería, y acaban de tener un bebé, pero estoy seguro de que se las arreglará para venir a la inauguración. Es muy persistente.

A juzgar por la expresión que puso, Nate supuso que la quería mucho. Sintió el aguijonazo de los celos en el estómago. ¿Qué se sentiría al poder contar con un progenitor que se preocupaba por ti y por tu vida? Al menos Connor estaba a su lado, y eso era mucho más de lo que la mayoría de la gente tenía.

—Se me acaba de ocurrir algo genial.

—¿Qué?

—Dulces como pago por las clases de golf. Me encantan los dulces.

Wolfe sonrió.

—Hecho. Hay dos cosas que nunca fallan con una mujer, y una de ellas es la comida.

—¿Y la otra?

—Un animal peludito y mono.

Mmm... Nate se preguntó si debería invertir en un precioso cachorrito y pedirle ayuda a Kennedy para elegirlo. La idea tenía su gracia. Bah, por Dios, estaba loco. ¿A quién se le ocurriría comprar una mascota con la idea de retener a la mujer que amaba? Se sentía atormentado por la fuerza y la vulnerabilidad de Kennedy desde la noche que ella le confesó su pasado. También era consciente de que ella no se daba cuenta.

Se había despertado el sábado por la mañana en la cama de Kennedy, pero ella ya había huido. Duchada y vestida, lo saludó con una sonrisa tan falsa que le molestó muchísimo. Debería haberla desnudado y arrastrarla a la cama, donde siempre le hacía caso, pero el instinto le gritaba que le diera espacio. Sin pronunciar una sola palabra, se despidió de ella con un beso y se marchó. Esperaba que, después de pasar un día rumiando acerca de su relación, ella llegara a la conclusión de que eran perfectos el uno para el otro. Pero lo dudaba mucho.

No lo llamó. Tampoco se presentó para la clase de zumba el lunes por la noche. Y ya estaban a mitad de la semana y aún no había asomado la nariz. Necesitaba alguna señal para saber qué hacer. El instinto le pedía que fuera directo, pero a veces las mujeres requerían un poco de sutileza. Y él jugaba para llevarse el premio final.

Miró de reojo el tatuaje tan chulo de Wolfe, su aura de seguridad y sus

pintas de modelo. Siempre llevaba unas pulseras de cuero en ambas muñecas que aumentaban su atractivo. El puñetero hacía que pareciera sencillo.

—Wolfe, una cosa.

—Dime.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

Wolfe se puso tenso. Apartó la vista de la pelota y lo miró a los ojos. Esos ojos azules de repente tenían una expresión atormentada, pero contestó la pregunta.

—No. —Wolfe lo observó—. Te han cazado, ¿eh?

Nate se pasó una mano por el pelo cortado a la perfección.

—Sí, literal y figuradamente. Y es la parte figurada la que me está dando problemas.

Su amigo se echó a reír.

—Solo un científico podía dar con el quid de la cuestión. ¿Le gustas?

—Creo que sí. Solo que tiene fobia al compromiso. Le da miedo pararse a examinar bien las cosas, como si ya estuviera convencida de que van a terminar mal. No sé cómo convencerla de que la quiero a largo plazo. De que me quedaré a su lado. De que ella merece la pena. Ah, joder, ¿tiene sentido lo que digo?

—Sí. —Wolfe clavó la mirada en el horizonte y se quedó callado.

Nate reconoció en ese silencio a otra alma que necesitaba analizar las cosas y llegar a una conclusión, y de repente se dio cuenta de que Wolfe ocultaba mucho tras esa fachada de modelo multimillonario.

—A veces la gente no cree que merece un final feliz. La mayoría no lo consigue. ¿Le has dicho lo que sientes?

—No. Supuse que ahí se acabaría todo. La muy puñetera es capaz de cambiar de nombre y mudarse a otro estado con tal de librarse de mí. Así que

pensé en ir con tranquilidad. En no presionarla. En dejarle espacio para pensar y eso.

—Es complicado, Nate. Podría provocar el efecto contrario. Pero tengo algo claro: puede que luches con todas tus fuerzas por ella y que al final pierdas. ¿Sigue mereciendo la pena?

—Sí.

—Me alegro de no estar en tu pellejo.

—Gracias, doctor Phil.

Otra carcajada seca.

—Al final, tendrás que decírselo. Porque debería saberlo. Si sale corriendo, te toca esperar. A lo mejor tienes que demostrarle que no te asustas así como así.

Nate intentó contener un suspiro cobarde.

—Es posible...

—Oye, ¿qué haces este sábado?

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Ya te gustaría a ti.

Nate sonrió.

—Solo tengo planeado jugar al golf.

—Debo asistir a una fiesta de compromiso. Un evento grandioso que será divertido. ¿Por qué no me acompañas?

Nate se sorprendió. Le daba en la nariz que era algo muy importante que su nuevo amigo lo invitara a su círculo más íntimo.

—¿No le importará al novio?

—En realidad, soy amigo de la novia; y no, cuantos más, mejor. Oye, te vendrá bien conocer a gente nueva. Si las cosas no te funcionan con esa mujer, es bueno saber que cuentas con otras alternativas. La familia de Gen es estupenda y así te despejarás la cabeza un rato.

—¿No sería mejor que llevaras a una pareja?

—No, acabo de salir de un rollo de fin de semana... Estoy agotado. Ahora mismo necesito un colega. ¿Te apuntas?

—Sí. Gracias.

—De nada.

Terminaron de jugar y salieron del campo. Nate se metió en el coche, se puso el cinturón de seguridad y oyó el sonido del móvil. Como un adolescente enamorado, comprobó quién le había mandado un mensaje de texto.

Hola, Nate, soy Mary, de la cita múltiple. Kennedy me dijo que me pusiera en contacto contigo para concertar un día. Dijo que te morías por conocernos mejor. Estoy libre el viernes y el sábado por la noche, así que dime lo que sea. Tengo muchas ganas de volver a verte... Me encantó hablar contigo el otro día. ¡Que tengas un buen día!

Apoyó la cabeza en el volante. En fin, Kennedy por fin había movido ficha, y menudo jarro de agua fría. Concertarle una cita con otra mujer después de acostarse con él desde luego era una señal.

Una señal que no quería aceptar.

Su siguiente movimiento sería crítico. Había llegado el momento de leer el último número de *Cosmopolitan* y rezar.

Kennedy alzó la vista y miró la enorme mansión emplazada en mitad de la extensísima propiedad antes de volverse hacia Kate.

—Madre mía. Alexa ha tirado la casa por la ventana, ¿no? ¿Puede ser mi hermana adoptiva?

Kate se echó a reír y le cogió la mano a su prometido, Slade, que llevaba

alegremente el regalo envuelto en dos bolsitas rosas con la figura de Barbie, pero se las apañaba para parecer viril.

—Puedes ser la mía, Ken —dijo él.

Le lanzó un beso al hombre que le había robado el corazón a su mejor amiga y echó a andar por el elegante camino de piedra.

—La casa de su madre era demasiado pequeña y David vive en un apartamento. Han estado hablando de varios sitios, pero Gen quería algo con un toque hogareño —le explicó Kate.

—Ajá, los seis mil metros cuadrados parecen muy acogedores. Es impresionante.

—La diseñó Nick. Se me olvidaba que nunca habías estado aquí. Vendrá toda la troupe, así que la cosa se animará. ¡Madre mía! ¿Eso es un pavo real?

Una preciosa criatura azul y morada pasó junto a ellos en dirección al cuidado jardín. Había sombrillas blancas diseminadas entre parterres de rosas blancas y amarillas. Una orquesta de siete instrumentos tocaba música clásica en un estrado flanqueado por esculturas de mármol. Una arpista ataviada con un largo vestido blanco y flores en el pelo tocaba las cuerdas como recién salida de un cuento de hadas.

—Ay, ay, ay, voy a recordárselo a Gen toda la vida. ¿Eso de ahí es una fuente de champán? Vamos.

Slade se echó a reír.

—Esa es mi chica: ve licor y se emociona.

—Seguro que es del bueno —comentó Kennedy—. Allá que voy contigo.

Se internaron entre la multitud sin perder de vista el objetivo. Slade se dio la vuelta en el último instante.

—¿Eso son tartaletas de cangrejo? Nena, tienen tartaletas de cangrejo.

—Sí, cariño, respira un poco. El bufet consiste en bistec de Nueva York y colas de langosta.

—Me encantan las fiestas de compromiso. Nos vemos.

Kate se echó a reír en cuanto vio que Slade se iba derecho a un camarero muy elegante.

—Ese hombre se pirra por la comida. Huy. ¿Estás lista?

—¿Para una copa de champán? Claro.

—Para el caos. Uno, dos, tres y...

—¡Kate! ¡Ha venido Kate! ¡Ha venido Kate!

Dos niñas atravesaron el jardín corriendo y chillando. La mayor llevaba unos zapatos blancos de charol, un largo vestido rosa y el pelo azabache peinado con tirabuzones. La más pequeña corría detrás de ella, con los lazos del pelo medio deshechos, el vestido roto y manchado, y descalza. Kate se arrodilló para abrazarlas a ambas y cayeron al suelo entre risas.

—¡Hola, chicas! ¿Os acordáis de mi amiga Kennedy?

Las niñas la miraron con sonrisas de oreja a oreja. Ken recordaba bien a las hijas de Alexa. La mayor, Lily, era muy sofisticada, mientras que la pequeña se asemejaba a un espíritu libre. Maria la señaló con un dedo.

—¡Como el Ken de Barbie! Pero eres una chica.

Lily resopló.

—Maria, se llama Kennedy. Creo que es un nombre precioso. —Recorrió con la mirada el ajustado vestido de color amarillo citrino de Kennedy, sus relucientes joyas y las sandalias de tacón de nueve centímetros—. ¡Me encanta tu conjunto!

—Gracias, cariño. Lo mismo digo.

—¿Dónde están vuestra tía y vuestra madre, niñas?

—En el porche trasero. Kate, ¡voy a llevar la cesta con flores de la tía Gen! ¡Puedo tirar pétalos de flores por toda la iglesia! —exclamó Maria.

—Solo por el pasillo —la corrigió Lily.

—¿Nos has traído regalos, Kate?

—¡Maria, eso es de mala educación! —la reprendió Lily.

Kate le dio un tironcito a un mechón rebelde enganchado en un lazo.

—Pues sí. Si podéis encontrar a Slade y le dais un beso y un abrazo enorme, seguro que lo conseguís.

—¡Yuju! —Maria salió corriendo por el jardín.

Lily suspiró.

—Gracias, Kate.

—De nada, preciosa. Anda, ve a buscarlo, que ya nos encargamos nosotras de encontrar a tu madre.

Lily se alejó.

—Su madre está aquí mismo.

Kennedy observó a la voluptuosa mujer de pelo oscuro que tenía delante y sonrió. Alexa era la hermana mayor de Gen y la persona más dulce y amable que había conocido en la vida. Cada vez que acompañaba a Kate y a Gen, la trataba como si fuera de la familia. Se abrazaron.

—¿Dónde está Slade? —preguntó Alexa.

—Persiguiendo las tartaletas de cangrejo. Este sitio es la leche, pero de verdad. Has hecho un trabajo increíble.

Alexa puso los brazos en jarras.

—Me ha encantado organizarlo todo. Como mi boda fue una farsa, estoy volcando todo mi entusiasmo acumulado en la de Gen. ¿Os han gustado los pavos reales? Son de una granja que se dedica a la conservación de animales y están muy bien cuidados. Los cisnes se ponen muy nerviosos cuando hay mucha gente, pero los pavos se pasean tan tranquilos.

Ken se preguntó si la había entendido mal. Kate puso cara de sorpresa.

—Me encantan. Eh... ¿tu boda fue una farsa? —preguntó Ken.

La hermana de Gen agitó una mano para quitarle hierro al asunto.

—Ya da igual. Ha acabado siendo real. Tengo que encontrar a la invitada

de honor. Solo hemos pasado un minuto juntas antes de que la perdiera de vista.

—Seguro que está saludando a todo el mundo —dijo Kennedy—, también por parte de David. Las fiestas de compromiso son muy duras.

—Sí, seguro que tienes razón. Mis padres están dorándoles la píldora a los padres de David. Puede que se imponga a Nick como yerno predilecto, y eso lo cabrea. —Entrecerró los ojos al notar que algo cruzaba el jardín—. ¿Por qué está Maria descalza y llena de barro?

—Porque mi hijo y ella estaban corriendo detrás de los pavos reales y se han caído en un charco. Hola, guapas.

La mejor amiga de Alexa y tía postiza de Gen, Maggie Conte, se unió al grupo. Llevaba un mono negro que ni las modelos de Versace eran capaces de lucir tan bien. Con el pelo castaño cortado con precisión a la altura de la barbilla, era la personificación de la elegancia más esplendorosa. Siempre había sido un ejemplo para Kennedy y jamás había rehusado darle consejos en cuestión de moda. Se dieron un rápido abrazo.

—¿Has traído a uno de tus macizos? —preguntó Maggie—. ¿Y por qué nadie bebe todavía?

Ken se echó a reír.

—Nos han interceptado de camino a la fuente de champán. Y hoy he venido sola.

Maggie hizo un mohín con la nariz.

—Qué pena. Tus parejas suelen estar de escándalo. ¿Ha visto alguien a Gen? David la está buscando.

Alexa frunció el ceño.

—Desaparecida en combate otra vez. Está tan estresada por el trabajo que le he dicho que se lo tome con calma.

—Supongo que eso es lo que pasa cuando eres una brillante cirujana

residente. Ken y yo llevamos toda la semana intentando hablar con ella, pero siempre cancela en el último momento. ¿Va a venir Izzy? —preguntó Kate.

Maggie y Alexa se miraron.

—No lo sé. Será una sorpresa.

La gemela de Gen estaba peleada con la familia. Izzy se había aislado del clan MacKenzie y había desgarrado la unidad familiar. Se hablaban de varios factores como causa. Las drogas. Las fiestas locas. Relaciones destructivas. Nadie sabía a ciencia cierta lo que la mantenía apartada de los suyos. Kennedy se preguntó si ese no sería otro motivo de estrés para Gen. Había acabado eligiendo a Kate como dama de honor, así que tal vez Izzy se lo había echado en cara.

—¿Qué va a ser una sorpresa? —preguntó una nueva voz.

La cuñada de Maggie, Carina, se unió al grupo. Tenía a un bebé en un brazo y una bebida en la mano libre. El pelo oscuro le caía sobre los hombros en sedosas ondas. Los ojos almendrados se iluminaron con una energía y una pasión que ninguna madre primeriza con un recién nacido debería irradiar. De inmediato, todas empezaron a hacerle carantoñas al pequeño.

—La gemela de Gen, Izzy. No sabemos si vendrá. ¡Tía, tienes las tetas enormes! Seguro que Maximus está contentísimo —dijo Maggie.

—¿A quién te refieres? ¿Al padre o al hijo? —preguntó Alexa.

Se echaron a reír. Max júnior estaba envuelto en un arrullo de crochet azul y llevaba un gorrito en la cabeza. El pelo negro asomaba por debajo y sus ojos adormilados se abrieron para mirarlas un momento antes de dormirse de nuevo. Kennedy se moría por enterrar la nariz en su cuerpecito y aspirar el perfume a polvo de talco y abrazarlo para siempre.

—Oye, puedo tomarme una copa mientras esté dando el pecho, ¿no? —quiso saber Carina—. Y no digáis que no, porque ya me la he bebido.

—No pasa nada por una copa de champán, cariño. ¿Cómo lo llevas? —

preguntó Maggie.

Carina puso los ojos en blanco.

—Yo bien. Pero Max es un manojito de nervios. Los primeros días, después de volver a casa, lo pillé varias veces mirando al bebé con expresión maravillada.

—Ay, qué dulce —musitó Kate.

Carina enarcó una ceja.

—Sí, pero no hacía otra cosa. Se negaba a cambiarle el pañal, a vestirlo o a bañarlo. Temía romperle algo al bebé. Seguramente el pene. Así que me tocaba hacer todo.

Kennedy hizo una mueca.

—Yo habría acabado de los nervios. ¿Qué hiciste?

Maggie y Carina se miraron con expresión traviesa.

—Me fui.

—¿Cómo? ¿Dejaste a tu marido? —preguntó Kate.

—Solo fue un día. Le dije que Maggie me iba a llevar al spa para que me dieran un masaje y me hicieran la manicura y la pedicura. Le entró el pánico y me suplicó que no me marchara, pero le dije que había llegado el momento de que estrecharan lazos.

Maggie sonrió con orgullo.

—Creedme, no hay nada como unos pañales sucios para estrechar lazos. Ha funcionado.

—Ajá. Por la noche, cuando volví, lo estaba meciendo para que se durmiera, y Max júnior llevaba un pañal limpio y sujetaba un pelele. A veces tienes que empujar a tu marido de golpe al agua para que aprenda a nadar.

Alexa se echó a reír.

—Sois la leche. Nick me dijo una vez que cogiera a Lily mientras él iba a

buscar algo, y se dio el piro. ¡Se fue en el coche! Digamos que pagó con creces esa jugarreta.

Kennedy se echó a reír. Dios, le encantaban esas mujeres. Pasionales, descaradas y con lazos familiares muy fuertes. No quería otra cosa para cuando por fin sentara la cabeza. Algún día.

Tal vez.

La imagen del hombre con quien había compartido sus secretos más íntimos, al que había aceptado con su cuerpo y cuya existencia se había negado a reconocer durante toda la semana la atormentó. Lo echaba de menos. Echaba en falta las clases de zumba y el golf. Y el sexo. Dios, el sexo. Echaba de menos cómo se manchaba la camisa y cómo la observaba con toda esa atención tan maravillosa.

Pero tenía que salvarlo.

De ella.

Echarle encima a Mary había sido una estratagema rastrera, pero no le quedó más remedio. Al poner a otra mujer en sus brazos, le estaba confirmando lo que él sospechaba de ella: jamás podría ser la pareja que necesitaba y que se merecía. Con el tiempo, todos los traumas que ella acarreaba asomarían la nariz. De tal modo que encontraría algún fallo en alguno de los dos y le rompería el corazón a Nate. Era mejor liberarlo antes de que eso sucediera. Mary lo ayudaría a olvidar.

Desterró la imagen de Nate de su cabeza y se concentró en el presente.

—¿Y si nos separamos para buscar a Gen? —sugirió Kate.

Accedieron a hacerlo. Kennedy se llenó la copa de champán y entró en la casa para buscarla. Charló un momento con los padres de Gen, conoció a los de David y se hizo con unos palitos de apio de una bandeja con verduras para comérselos de camino. Estaba segura de que se desmayaría si veía el bistec,

así que trazó el plan de quedarse en el exterior, donde el aire libre neutralizaría los fantásticos aromas.

En la planta baja no había ni rastro de la futura novia, de modo que subió la escalera. La enorme escalinata era una obra maestra de la arquitectura, con una reluciente araña de seis brazos de color oro envejecido como foco central. Se asomó a varias habitaciones, pero todo el mundo estaba fuera o en la planta baja, de modo que dudaba mucho que fuera a encontrar a alguien. Estaba a punto de darse la vuelta cuando un débil crujido le llamó la atención.

Abrió la puerta despacio. Era la habitación de Lily. Estaba decorada en un alegre y brillante tono amarillo, una preciosa colcha cubría la cama con dosel y había una impresionante colección de muñecas y de peluches por todos los rincones. El enorme ventanal estaba abierto, de modo que entraba la brisa, y en la estancia resonaban las risas del exterior y se percibían los sabrosos olores.

Gen estaba sentada en la mecedora blanca, con la vista clavada al otro lado de la ventana.

—Esto... Gen...

La aludida dio un respingo. La sorpresa se reflejó en su cara, aunque de inmediato las emociones desaparecieron de su expresión. Kennedy miró a su amiga mientras el instinto le gritaba a pleno pulmón que algo iba fatal.

—Ay, Dios, lo siento mucho, Ken. ¡No te he oído!

La carcajada de Gen se notó demasiado forzada, y no dejaba de toquetearse el anillo de compromiso, que se sacaba hasta el nudillo. Iba vestida de forma impecable, con una blusa color vainilla y una falda larga de color crema que le confería un aire de inocencia mística. Tenía el pelo oscuro y se lo había recogido en un elegante moño, y unos pendientes de diamantes relucían en sus orejas. Sus ojos, al igual que los de Alexa, eran de un azul penetrante.

Irradiaba una energía nerviosa y esquiva que rayaba en el miedo más que en la emoción.

—Tranquila, cariño. ¿Qué haces aquí?

Gen miró por la ventana con una sonrisa torcida.

—Necesitaba un momento a solas. David me ha presentado a un montón de amigos y de colegas suyos, algo que me resulta muy duro, porque ahora los conozco de igual a igual. David ha sido mi jefe durante dos años, así que es todo un poco raro. No quiero decepcionarlo.

Kennedy se acercó a ella y le cogió las manos.

—Vamos a sentarnos un momento. Quiero hablar contigo. —Se acomodaron las dos en el alféizar acolchado, junto a los tres cojines de volantes rosas—. ¿Por qué crees que vas a decepcionarlo? David te quiere y tú no podrías defraudar a nadie en la vida. ¿Qué pasa? Nos tienes preocupadas, cariño.

Gen le devolvió el apretón de manos con mucha fuerza. Habló con especial cuidado.

—Hay demasiada gente que espera mucho de mí. No quiero decepcionar a nadie. —Alzó la barbilla y la miró a los ojos—. No quiero fracasar.

A Kennedy se le rompió el corazón. Otra mujer preciosa y con éxito que tenía miedo de dar el paso equivocado. La vida podía ser muy abrumadora en ocasiones. ¿Era David el hombre indicado para ella? ¿No debería su amiga estar en el séptimo cielo mientras planeaba su boda? ¿O solo se trataba de la presión social para que todo saliera a la perfección?

—No vas a fracasar en nada —repuso—. Alexa, Kate y yo te ayudaremos a organizar hasta el último detalle de la boda. Eres de la familia. Tienes que retroceder un paso y observar lo que te estás haciendo. Demasiada presión no te hará feliz, ni tampoco hará felices a David ni a tus pacientes, cariño.

Gen asintió con la cabeza.

—Sé que tienes razón.

—¿Has hablado con David? Quizá podáis encontrar la forma de relajar las cosas un poco.

Gen le apretó las manos con más fuerza. De repente, empezaron a sudarle las palmas.

—¡No! Sufre muchísima presión en el trabajo porque acaban de doblar sus responsabilidades. Siempre está yendo y viniendo de Manhattan. Hace lo que puede. Todo se arreglará.

Kennedy observó a su amiga con atención y se lanzó a la piscina.

—¿Eres feliz con David?

Gen dio un respingo.

—¿Qué dices? ¡Me voy a casar con él!

—Pero no te he preguntado eso. Ni siquiera te he preguntado si estás enamorada de él. Quiero saber si David te hace feliz.

Esos ojos azules se abrieron como platos. Pasaron los segundos. Kennedy tenía la sensación de estar a punto de descubrir algo extremadamente importante y tenía miedo hasta de respirar por si el momento se esfumaba. Su amiga inspiró profundamente. Abrió la boca y...

—Oye, ¿la fiesta es aquí arriba?

El delicado instante quedó hecho añicos y se perdió para siempre. Wolfe estaba en el vano de la puerta, con la cabeza casi rozando el dintel. A Gen se le iluminó la cara y corrió hacia él para darle un enorme abrazo.

—Ya era hora de que aparecieras —le dijo con descaro. Y en un abrir y cerrar de ojos, la Gen de siempre había regresado.

Wolfe se echó a reír y le acarició el lóbulo de una oreja.

—Bonitos pedruscos. ¿Los residentes cobran ahora en especie?

—Pues claro. Me los ha regalado David.

—Qué detalle... —dijo Wolfe con retintín—. Hola, Ken, hace tiempo que

no te veo. ¿Cómo te va? ¿Te estás forrando emparejando a desgraciados que buscan el amor?

Ken puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo vas a sacar la bandera blanca y vas a convertirte en cliente mío? Wolfe, te lo digo en serio, nunca habría escogido a la última mujer con la que te vi. ¿Seguís juntos?

—Qué va, solo me quería por mi cuerpo. Yo pretendía que me respetase.

Gen resopló.

—Era horrorosa. Ni sabía lanzar los dardos.

—Ya que has sacado el tema, me debes la revancha. Siempre me dejas tirado. No puedo beber y lanzar armas puntiagudas yo solo.

—Lo siento, Wolfe. Te prometo que quedaremos la semana que viene. ¿El miércoles por la noche? Mi turno termina pronto.

Una voz gélida resonó en la habitación.

—No creo que puedas, Genevieve. Tenemos la reunión de las enfermeras y la gala benéfica para recaudar fondos.

Se hizo el silencio. Gen dio un respingo y corrió junto a David, como si este la llevara siempre con una corta correa y el paseo diario se hubiera terminado. Wolfe apretó los dientes, y también los puños, pero se obligó a mirar al prometido de Gen con una sonrisa.

—Me alegro de verte, David. Enhorabuena.

David tenía una presencia poderosa, pero también un aura totalmente distinta de la de Wolfe. Llevaba un traje hecho a medida de color gris claro. Camisa blanca. Corbata conservadora. El abundante pelo rubio estaba peinado hacia atrás. No había asomo de barba y su cara mostraba facciones patricias y elegantes. Kennedy observó, fascinada, cómo esas energías masculinas tan opuestas se enfrentaban en dos esferas distintas. Joder. Se detestaban.

Se puso de pie y se acercó a él.

—Hola, David. Ya nos han presentado, soy Kennedy, amiga de Gen. Enhorabuena.

David esbozó una sonrisa impecable. Llena de blanquísimos dientes.

—Gracias, Kennedy, es un placer que hayas podido venir. —El deje acerado de su voz se suavizó al mirar a Gen—. Cariño, siento interrumpir. Hay unas personas abajo que necesito que conozcas... Están en la junta directiva. Nos perdonas, ¿verdad, Wolfe?

—Claro.

David cogió a Gen del codo.

—Te prometo que pronto tendrás tiempo para pasarlo con tus amigos.

—Claro, no hay problemas. Os veo luego —dijo Gen, y siguió a David con el cuerpo tenso.

Kennedy captó la expresión de Wolfe. «Cabreado» lo definía perfectamente. Joder, allí había tema. Era evidente que se odiaban, pero ¿por qué ambos competían por la atención de Gen? ¿O acaso el sutil duelo verbal ocultaba algo más gordo?

Decidió hablar del asunto con Wolfe mientras estuvieran solos, pero en ese momento se oyó la descarga de una cisterna y luego una puerta que se abría, y poco después alguien que se acercaba a ellos. En fin, de todas maneras tenía que hablar con Kate. ¿Dónde había dejado la copa de champán? Se dio la vuelta para recogerla.

—Ah, ya has vuelto. Oye, Ken, te presento a mi amigo Nate.

Se quedó helada al oír el nombre. Volvió la cabeza. Y su mirada se clavó en Nate Ellison Raymond Dunkle.

¡Por Dios! Estaba... ¡Mmm!

Aguantaba muy bien el tipo junto a Wolfe en la categoría de «Carne de la buena». Nada de tatuajes, de piercings ni de una altura extraordinaria, pero a

Nate no le hacía falta nada de eso. Sus oscuros ojos verdes brillaban con pasión e intensidad, y ese fuerte mentón sumado a los pómulos gritaba poderío. Una camisa de seda negra hecha a medida cubría sus anchos hombros. Ella la había elegido personalmente. La tela brillaba bajo la luz y resaltaba su fibroso y musculoso torso. La llevaba remangada, lo que dejaba a la vista la piel bronceada, salpicada de vello rubio, típica de un jugador de golf. Ese espectacular trasero quedaba remarcado por los vaqueros, que llevaba con un cinturón ancho con hebilla de plata. Estaba... de diez. La energía crepitó a su alrededor en un desafío sensual que le era familiar y que los acompañaba desde el primer día. Aunque ella no había estado preparada para verlo ni para aceptarlo.

Y seguía sin estarlo.

Nate abrió los ojos como platos apenas verla. De modo que no lo había planeado. Ah, no, era una broma pesada del universo, que le gustaba reírse de ella y torturarla. ¿Qué probabilidades había? ¿Y cómo narices conocía Nate a Wolfe? Trató de decir algo, pero le costó varios intentos que le saliera la voz. Claro que no tenía que haberse preocupado, porque Nate dijo lo que estaba segura que diría, sin importar la situación en la que se encontrase.

—Buenas.

Lo peor de todo fue que se le ablandó el corazón.

—Buenas.

Wolfe los miró, primero a uno y luego al otro.

—¿Os conocéis?

—Sí —contestaron al unísono.

Nate añadió una explicación.

—Kennedy es mi asesora sentimental.

—Anda ya. ¿Te has apuntado a Kinnections? Tío, no me lo habías dicho.

—El mundo es un pañuelo —murmuró Nate.

Su mirada la recorrió, apasionada, ardiente y... certera. Sabía que le encantaba que le mordisqueara y le lamiera la unión entre el cuello y el hombro. Sabía qué presión usar en sus pezones para llevarla a ese límite entre el placer y el dolor. Sabía cómo mover los dedos de la manera precisa al penetrarla para provocarle un orgasmo rápido.

Sabía demasiado.

—¿De qué os conocéis? —quiso saber Kennedy.

—Nate me ha salvado enseñándome a jugar al golf. Estoy intentando atraer a un importante cliente para Purity, y la única manera de acercarme a él es en el green. Claro que soy pésimo jugando, pero él se ha apiadado de mí. Tiene un método científico o algo así para mejorar el swing.

—Sí, es todo un maestro.

Nate se quedó callado.

El aire entre ellos crepitó por la tensión, la excitación y todo lo que no se decían. Wolfe pareció percatarse de que pasaba algo raro, porque no dejaba de mirarlos en un intento de adivinar de qué se trataba.

—Nate es un cliente estupendo. Estoy emocionadísima por su próxima pareja.

Nate cruzó los brazos por delante del pecho.

—Sí, Mary parece perfecta. Lástima que siga colado por la última mujer con la que he estado. ¿No crees que necesito un poco de tiempo para aclararme las ideas? ¿O para convencerla de que nos dé una oportunidad?

Kennedy meneó la cabeza con fuerza.

—Tienes que ver la escena en su conjunto. Mary te conviene más, la otra te romperá el corazón.

Nate dio un paso hacia ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es un desastre con patas.

—A lo mejor me gustan los desastres.

—A lo mejor no sabes lo que te conviene porque te ha nublado la cabeza en la cama.

Wolfe silbó.

—Bien hecho, Nate.

Nate siguió hablando mientras fijaba la mirada en ella con todo lo que sentía.

—A lo mejor ella tendría que reconocer que sé lo que quiero y que veo la situación perfectamente. A lo mejor le da tanto miedo arriesgarse a entablar una relación de verdad porque nunca ha mantenido una.

—A lo mejor ella solo ve las cosas como son e intenta protegerte.

—A lo mejor ella solo dice tonterías —Nate dio otro paso hacia delante. Echaba chispas por los ojos a causa de la rabia y la frustración—. A lo mejor es que no quiere reconocer la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó ella.

—Que la quiero.

Kennedy jadeó. Se le paró el corazón. Y luego empezó a latirle desbocado. La habitación se puso a dar vueltas y casi se le escurrió la copa de entre los dedos.

—Vaya, tío, cuando te dije que admitieras tus sentimientos, me refería a que se lo dijeras a la mujer en cuestión, no a tu celestina.

Nate y ella se miraron fijamente y pasaron de Wolfe.

—No digas eso —susurró ella—. No es verdad.

—No puedes decirme lo que siento. Puedes echarme encima a un montón de mujeres, esconderte y fingir algo que no es, pero ya estoy harto de mentiras. La quiero y no voy a dejar de quererla. Vamos, oblígame a salir con Mary, con Sue o con cualquier otra mujer que se te ocurra, pero eso no cambiará nada. La quiero.

Kennedy empezó a estremecerse sin control. Nate acababa de decir que la quería. Se creía enamorado de ella. Pero ¿cómo era posible? ¿Cómo, después de conocer todos sus secretos, podía seguir creyendo que era la pareja adecuada para él? Los hombres deseaban su cuerpo, su cara, su personaje. Les encantaba cómo llevarla del brazo y también su carrera profesional y que no necesitara de un hombre para ser feliz. No veían su alma herida y no se enamoraban de su lado oculto. ¿Cómo iban a hacerlo cuando ni siquiera ella misma lo apreciaba?

El frío la caló hasta los huesos. Ya no podía seguir así. Se había convertido en alguien demasiado importante en su vida y estaba cayendo rendida bajo su hechizo. Tenía que cortar los lazos que los unían.

—Ya se te pasará.

Las palabras cayeron entre ellos como un jarro de agua fría. Nate dio un paso atrás, como si lo hubiera abofeteado, y el corazón de Kennedy se rompió en mil pedacitos tan pequeños que mucho se temía que jamás podría recomponerlo.

—¿Tan cobarde es?

—Es realista —repuso ella con voz entrecortada—. Tienes que salir con Mary.

Wolfe carraspeó.

—Vale, esto me supera. Mejor os dejo a solas.

Nate apretó los dientes. Su cuerpo derrotado irradiaba decepción y algo más profundo que ella no quería nombrar.

—No, Wolfe, tranquilo. Ya hemos terminado. —Se dio media vuelta y se detuvo en la puerta—. Le mandaré un mensaje a Mary y la llevaré a cenar el fin de semana. Gracias por el consejo, Ken. Eres una asesora sentimental de primera.

A Kennedy le temblaban las piernas mientras los veía alejarse por la

puerta. Se tambaleó hacia el alféizar acolchado de la ventana y se apoyó para recuperar la compostura, mientras intentaba contener las náuseas. ¿Qué había hecho? Lo correcto. Lo único que podía hacer. ¿Verdad?

Algo mareada, se sentó y colocó la cabeza entre las piernas mientras inspiraba hondo. Oyó que alguien la llamaba a lo lejos, pero no levantó la cabeza; estaba concentrada únicamente en que los pulmones se llenaran de oxígeno. Cuando levantó la mirada, Kate estaba arrodillada delante de ella.

—Cariño, ¿ya te has pasado con el champán? Tienes que bajar un poquito el ritmo. Hemos encontrado a Gen, está con David. ¿Te encuentras bien?

—No. Ha pasado algo.

La cara de su amiga reflejó su preocupación.

—¿El qué?

Tragó saliva con fuerza.

—Me he acostado con Nate Dunkle.

—¡Ay, Dios! ¿Cuándo? No nos lo has contado. ¿Te ha gustado? ¿Eres feliz? ¿Lo tacho de la lista de clientes?

Kennedy se cubrió la boca con los dedos.

—No, es horrible. Bueno... el sexo ha sido estratosférico, pero todo este asunto es terrorífico. He cometido un error espantoso y ahora creo que le he destrozado la vida. Tiene que enamorarse de Mary, no de mí. Ah, por favor, que se enamore de Mary este fin de semana para que yo pueda recuperar mi vida normal.

Kate suspiró, rebuscó el móvil en el bolso y tocó la pantalla.

—Esto es demasiado para mí sola. Voy a llamar a Arilyn por Skype para que podamos hablarlo.

—Pero tiene gripe.

—Puede hablar desde la cama. Y seguro que le viene bien la distracción,

porque se sentía fatal por no poder venir a la fiesta de Gen. Espera un segundo.

Kennedy esperó. Después de intercambiarse mensajes de texto durante unos minutos, la pantalla se encendió. Arilyn estaba tumbada en la cama, con la nariz como un tomate, las gafas puestas, el pelo desgreñado en una especie de moño y expresión muy seria.

—Dime que no ha pasado nada trascendental. ¿Ha roto Gen el compromiso?

Kate frunció el ceño.

—No. ¿Por qué? ¿Te hueles algo?

—Gen lleva un tiempo no del todo feliz. Tengo un mal presentimiento. ¿Qué pasa?

—Kennedy tiene una crisis. Se ha acostado con Nate Dunkle.

Un ataque de tos mezclado con un jadeo sorprendido.

—¿El científico aeronáutico?

—Ingeniero aeroespacial —la corrigió Kennedy—. Sí. Con él.

—¿Una vez? ¿Dos?

—Unas quince veces el fin de semana pasado.

—Cabrona —masculló Kate—. Necesitas una cura de reposo, no un gabinete de crisis.

—Kate, céntrate —la reprendió Arilyn.

—Vale. Pero creo que mi récord está en doce. Slade tiene que esforzarse más.

—Cariño, ¿a qué viene tanto pánico? Kate se acostó con su cliente y tan felices. Vale que va contra las reglas, pero a veces hay que romperlas. Puedo ponerme en contacto con las citas que le has concertado y aclarar la situación. Seguro que todo se arregla.

Kate suspiró.

—No, Arilyn, no te enteras. Kennedy quiere que Nate se enamore de otra y ya le ha concertado una cita con Mary.

Arilyn soltó un taco.

—¿Se puede saber qué os pasa que no dejáis de mandar a los hombres que os gustan a los brazos de otra mujer? Tengo la sensación de que vamos a pasar por lo mismo que con Slade.

Kennedy meneó la cabeza.

—No, esto es distinto. No puedo empezar una relación con Nate.

—¿Por qué? —preguntó Kate.

—¡Porque no! Las relaciones a largo plazo no son lo mío. Empiezo a ponerme nerviosa y soy horrible de tratar, y él necesita a alguien dulce e inteligente que lo complemente y que le dé hijos y todas esas cosas.

Arilyn sorbió por la nariz, se sonó los mocos y la fulminó con la mirada a través de la pantalla.

—Para el carro. Tú eres todo eso. Y también te mereces ser feliz, Ken. ¿Por qué te cuesta tanto aceptarlo?

—¡No es verdad! Solo estoy siendo realista con lo que soy capaz de aceptar y de dar a cambio. Vosotras siempre decís que no paro de encontrar fallos en los hombres. No estoy preparada para un final feliz.

—Vale, dime todas los defectos que tiene Nate y por qué no funcionaría —le exigió Kate.

Kennedy resopló.

—La lista es larguísima.

—Pues dime solo una.

—Le encanta el golf.

Se hizo el silencio. Una vez más, Arilyn la fulminó con la mirada a través del Skype.

—Ya has jugado con él al golf y nos dijiste que no estuvo tan mal.

—Una vez tiene un pase. Dos, tal vez. Pero ¡no todos los fines de semana!

—Una excusa muy pobre —sentenció Kate—. Otra cosa.

—Es demasiado intelectual.

—Como tú. Eres una géminis total: dos caras de una misma moneda. Te gusta *Science Today* tanto como *Vogue*, ni se te ocurra negarlo.

—No respeta lo que elijo comer. Siempre intenta obligarme a que pruebe cosas que no son buenas para la salud.

Kate se echó a reír.

—Bien por él. Ya era hora de que te unieras a los vivos. Además, la ensalada te pone de un humor de perros. Estás perdida. Lo quieres.

—¡No! No lo quiero. —Gimió y se abrazó la cintura—. No lo quiero, y se va a casar con Mary.

Arilyn gruñó.

—Por favor, dices tantas tonterías como Kate en su momento. Te lo digo en serio, guapa, por mucho que te pongamos la verdad ante las narices, debes aceptarla tú primero. Tienes que librarte de todas las restricciones de tu pasado de una vez por todas. Te mereces lo mejor, y Nate tendrá suerte si te consigue. Confía en ti misma para corresponder a su amor.

—No.

—Cabrona —masculló Kate—. Sabía que sería la más tozuda de las tres. Estás hecha para Nate. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Kate se encogió de hombros y se negó a mirarla a la cara.

—Lo sé y punto.

—El gabinete de crisis ya no me gusta. Me duele la cabeza, estoy de mal humor y solo quiero beber para celebrar el compromiso de Gen, ¿vale?

Kate y Arilyn se miraron con expresión elocuente a través del iPhone.

—Vale —convino Arilyn. Estornudó—. Haced fotos para que las vea y

dadle a Gen un abrazo de mi parte. Os echo de menos.

—Hasta luego, Ari.

Kate cortó la llamada. Irradiaba frustración por los cuatro costados, pero se levantó y le tendió una mano a Kennedy, que la aceptó.

—Para que conste en acta, creo que tu plan es una idiotez y que vais a acabar juntos, por las buenas o por las malas. Pero voy a dejar el tema y a beber contigo. Conduce Slade. Anda, vamos a por la fuente de champán.

—Te quiero, Kate.

—Y yo a ti, cariño. Y yo a ti.

Nate rodeó la cerveza artesana con las manos mientras observaba que su hermano entraba en el bar. Había sido una semana espantosa entre la interminable jornada laboral y el hecho de asimilar que Kennedy no lo quería. Por supuesto, era el imbécil más grande del mundo. A quién se le ocurría confesar su amor como si se dirigiera a una tercera persona. Y delante de otro tío. Y encima usando un código.

Se merecía que Kennedy le diera calabazas.

Connor se sentó en el reservado y le pidió una cerveza a la camarera.

—¿Tienes un mal día, Con? Ni siquiera le has tirado los tejos.

Esperaba la carcajada habitual de su hermano y algún comentario soez, pero Connor se limitó a encogerse de hombros.

—Da igual. ¿Qué te pasa a ti?

¿Además de perder a la mujer que amaba?, se preguntó.

—Pensé que habíamos encontrado la solución de la fórmula, pero resulta que no. Wayne ha estado a punto de echarse a llorar como un bebé. Le he dicho que tenía que salir del laboratorio o se volvería loco. ¿Qué tal el nuevo trabajo?

—Bien. El mismo grupo de tíos, así que todo igual. —Resopló—. En mi vida no hay muchas sorpresas.

Nate frunció el ceño. En ese momento, llegó la cerveza y Connor se la

bebió como si fuera agua.

—¿Qué te pasa? Estás raro.

Connor se encogió otra vez de hombros.

—Nada. Jay ha pillado a su novia poniéndole los cuernos y se ha vuelto loco en el curro. Es manicura, ¿te acuerdas que te lo dije? Una rubia cañón. Ya te lo advertí, hermanito. No te acerques a ese tipo de mujeres. Te clavarán las uñas y se quedarán mirando mientras te desangras.

Increíble. Se preguntó si podría hablar con su hermano... si podría hablar en serio. El consejo de Wolfe le había resultado útil, pero después del chasco de la fiesta de compromiso, no sabía si tirar la toalla o si seguir adelante. Carraspeó y trató de no sentirse como un imbécil.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Es sobre Kennedy. ¿La recuerdas?

—Sí, la tía buena de la agencia matrimonial. ¿Qué pasa?

Ah, cómo odiaba eso de sincerarse de hombre a hombre. Sobre todo con Connor.

—Bueno, ¿recuerdas que me organizó unas cuantas citas con aquella chica, Sue?

—¿La que conocí en tu casa? Sí. Te gusta, ¿verdad?

—¿Sue? Sí, me gustaba, pero últimamente he pasado mucho tiempo con Kennedy y al final he acabado colado por ella.

Connor bebió otro trago de cerveza y se limpió la boca.

—¿En qué sentido? ¿Te refieres a que te la quieres llevar a la cama?

—Sí. Bueno, no solo eso, pero sí, hemos acabado en la cama.

—¡Bien! ¡A eso me refiero! Sue, Kennedy... y de vuelta al mundo real, colega.

Nate se pasó las manos por el pelo y contuvo un suspiro.

—No, no me estás escuchando. Con Sue no me acosté. Decidí que no era la mujer adecuada para mí, pero cuando te digo que he acabado colado por Kennedy, me refiero a algo más que al sexo. Me refiero a que me he enamorado.

Su hermano se quedó petrificado. Su voz adoptó un tono gélido.

—¿De qué estás hablando? No te puedes enamorar de esa mujer. Es tu asesora sentimental, ¿no? ¿No intentó cambiarte para que encontraras a alguien?

—Sí. Pero las cosas se complicaron. Acabamos pasando mucho tiempo juntos, he llegado a conocerla de verdad y me he enamorado de ella.

Connor meneó la cabeza.

—Espera, tienes que alejarte un poco. Has pasado mucho tiempo con ella y fue la responsable de tu transformación, así que te has quedado pillado. No le digas ni pío y se te pasará, te lo prometo.

—Ya se lo he dicho.

—Mierda. —Connor apuró la cerveza y levantó un brazo para indicarle a la camarera que le llevara otra—. Nate, la he visto, y va a destrozarte. Es como una supermodelo que irradia sexualidad. No es bueno que lleves una vida como la que tuvimos con mamá, siempre temiendo que se largue.

—No lo hará. Sé que ella no lo hará.

—¡Sí que lo hará!

Se miraron, furiosos. Nate apretó los labios.

—Debería haber imaginado que no me entenderías. No tienes el coraje para ir detrás de una mujer que merezca la pena. Prefieres imaginar que te arruinará la vida antes que arriesgarte a encontrar la felicidad. Dios, Kennedy y tú estáis cortados por el mismo patrón. ¿Es que no puedes darme un consejo para variar, en vez de soltarme las bobadas de siempre?

Connor dio un respingo. Nate masculló un taco y abrió la boca para

disculparse, pero Jerry apareció en ese momento.

—Hola, chicos. Me uno a vosotros. Siento lo del trabajo, Con, pero ya te lo dije. Lo de Ed estaba cantado. Es ridículo que busquen a alguien con un grado universitario para ensuciarse las manos. Al menos tendremos más tiempo para estar juntos. Tú no necesitas ese trabajo.

Nate miró a su hermano.

—¿No te han dado el puesto?

Connor soltó una carcajada y la amargura asomó a su rostro.

—Ya te lo dije. No pasa nada. No estoy hecho para las mismas cosas que tú, hermanito. Lo mío no es el amor ni los puestos de responsabilidad. Y no me importa. Por lo menos tengo claro cuál es mi sitio en la vida.

La tontería que acababa de decir dejó pasmado a Nate.

—Eso es ridículo. No puedes pensar así. A ver, ¿cuándo ofertarán la siguiente promoción? A lo mejor podemos...

—Déjalo correr. No quiero que vuelvas a hablar de esta mierda. Si no te gustan mis consejos, pues vale. Haz lo que quieras, acaba hecho polvo y ya está. Pero no te metas en mis asuntos. Voy a emborracharme con Jerry. Quédate o vete. Vamos, Jer.

Se puso en pie, cogió la cerveza y se acercó a otro grupo de trabajadores de la construcción que estaban en el otro extremo del bar.

Nate recostó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Vaya día de perros.

Clavó la mirada en la mesa y sopesó sus opciones un buen rato. Después, tomó una decisión.

Tenía el presentimiento de que la noche iba a ser todavía peor.

Kennedy apoyó los pies en el borde de la bañera y se hundió un poco más en

el agua y las burbujas. Qué día más asqueroso. Una ruptura, una clienta que insistía en elegir sus citas basándose en el aspecto físico y el sufrido silencio de sus mejores amigas. Todas las miradas le recordaban que desaprobaban su decisión. No sabía si Nate y Mary habían conectado ya, porque había decidido distanciarse un poco antes de llamar a alguno de los dos. Los acontecimientos se habían desbordado durante la fiesta de compromiso.

Inspiró hondo para captar el perfume del jengibre y del sándalo, y se recordó que había hecho lo correcto. Cada día que Nate pasara lejos de ella le ofrecía el distanciamiento necesario para pasar página. En el fondo no la quería, solo estaba afectado por todo el proceso. Sue no era su alma gemela, y eso no había ayudado tampoco. Tal vez...

Alguien llamó a la puerta. Una vez. Dos.

¿Quién podría ser, un día entre semana? Kate tenía llave y habría entrado sin llamar. Gen y Arilyn la habrían llamado por teléfono para avisarle.

Otro golpe. Más insistente.

¿Sería algún vecino? Salió de la bañera, cogió el albornoz de color azul verdoso y se lo ató a la cintura. El pelo le chorreaba, pero no tardó en secárselo un poco con una toalla.

Otro porrazo en la puerta, y ya iban cinco.

—¡Ya voy! —Corrió hasta la puerta y miró por la ventana.

Mierda.

Esperó un instante. Tomó una honda bocanada de aire y abrió.

—Buenas.

Kennedy soltó un suspiro impaciente.

—No deberías haber venido.

Estaba horroroso. Estaba para comérselo. Llevaba la bata de laboratorio, con dos manchas enormes en la parte delantera. De ketchup, sin duda. Se había puesto el protector de bolsillo, que iba bien equipado con un lápiz, un

bolígrafo y un cuadernillo. Tenía el cabello alborotado, pero mantenía las ondas del corte de pelo de Benny, así como la perilla. Kennedy sabía a esas alturas lo áspera que resultaba en la cara, y lo suave que tenía el pelo cuando le apoyaba la cabeza contra el pecho.

—Tenemos que hablar. ¿Estás desnuda debajo del albornoz?

—No. Es decir, no podemos seguir viéndonos así. Sí, el sexo fue estupendo y nos dijimos unas cuantas cosas, pero tenemos que dejarlo ahí. Sé que lo que dijiste la semana pasada no fue en serio, así que vamos a olvidarlo.

—¿El sexo fue estupendo o genial?

—Genial.

—Todo lo que dije fue en serio. Voy a entrar.

Pasó a su lado y cerró la puerta.

El chasquido del pestillo provocó un escalofrío en su cuerpo desnudo. Nate se detuvo en el salón con los brazos en jarras, observando atentamente cada centímetro de piel desnuda que no cubría el albornoz. Kennedy se apretó más el cinturón y cruzó los brazos por delante del pecho.

—¿Has quedado ya con Mary?

Nate soltó una carcajada.

—Madre mía. Te digo que te quiero y tú intentas liarme con otra.

—¿Lo ves? Te avisé que no éramos buenos el uno para el otro. Nate, por favor, vete.

—Todavía no. He venido a decirte unas cuantas cosas y si después no quieres verme más, vale, te dejaré tranquila.

El corazón le pedía a gritos que abrazara a Nate y no lo dejara marchar. La cabeza era la que le mantenía los pies en el suelo.

—Habla.

—Soy un imbécil. Te dije que te quería del peor modo posible, pero es normal en mí meter la pata de esa manera y, si acabamos juntos, eso no va a

cambiar. Me mancho la ropa de comida, voy por ahí murmurando ecuaciones físicas y sufro un trastorno obsesivo compulsivo con respecto a los gérmenes en los restaurantes. Digo tonterías, estoy obsesionado con el golf y te quiero, joder. Te quiero.

Kennedy sintió que se le partía el corazón y se hacía pedazos. Las lágrimas le provocaron un nudo en la garganta y creyó estar a las puertas de la muerte. Era lo más sincero, romántico y sensual que le había dicho un hombre en toda la vida. Nate la miraba sin ocultar sus emociones. El alma le pedía a gritos que se lanzara a sus brazos y que no se separara nunca de él. Pero la voz de la conciencia con la que había convivido durante tantos años se mantuvo en silencio.

—Nunca podré darte lo que necesitas.

Esas palabras se clavaron en ellos como trozos de cristal. Nate acortó la distancia que los separaba y se detuvo justo delante de ella.

—Inténtalo.

—Mereces mucho más.

Su cuerpo irradiaba una furia muy masculina. Su mirada estaba cargada de un deseo descarnado. La observó un instante y después se inclinó hacia delante.

—Has mentido.

Kennedy se humedeció los labios y se estremeció.

—¿Sobre qué?

—Estás desnuda debajo del albornoz.

Enterró los dedos en su pelo mojado y se apoderó de sus labios. El beso fue ardiente y repentino, sin explicación, seducción o disculpas. Era otra faceta del carácter de Nate, el amante frustrado y desesperado por demostrar algo, desesperado por hacerla suya. Kennedy gimió bajo el sensual asalto, incapaz de resistirse. Su cuerpo se derritió y le echó los brazos al cuello para

dejarse llevar. Como si supiera que era algo temporal, que no podía devolverle ese «Te quiero», y hubiera decidido entregar su cuerpo a modo de sacrificio.

Nate deslizó el albornoz por sus hombros y la levantó del suelo, de manera que se vio obligada a abrazarle la cintura con las piernas. Siguió besándola y le introdujo la lengua en la boca mientras salía del salón con ella en brazos, en dirección al dormitorio.

Cuando por fin la soltó, Kennedy notó la mullida moqueta en los pies. Oyó un portazo y parpadeó, tratando de ubicarse. Él le dio media vuelta sin muchos miramientos.

Y se descubrió delante del espejo de cuerpo entero.

Lo había colocado detrás de la puerta del dormitorio y lo usaba para echarse un vistazo cuando acababa de arreglarse. Su batalla con los espejos era legendaria y por lo general se relacionaba con ellos lo mínimo posible. Abrió la boca horrorizada y la excitación sexual murió al instante, nada más ver su cuerpo desnudo expuesto allí delante.

—No. —Intentó darse media vuelta, pero Nate la mantuvo inmóvil clavándole los dedos en los hombros.

—Sí. Esto es mucho más importante que una confesión de amor por mi parte. Es más importante que el sexo. Es fundamental porque crees que no te veo, que nadie te mira, ni siquiera tú misma. Así que vamos a acabar con esa fantasía ahora mismo, ¿te parece?

Inclinó la cabeza y siguió hablándole al oído. Una mano dejó su hombro para trasladarse a un pecho, cuyo pezón pellizcó hasta endurecerlo. El escalofrío le alcanzó el abdomen y, así de fácil, se excitó de nuevo y su cuerpo cobró vida otra vez. Cerró los ojos, pero él le separó las piernas con brusquedad y le mordió el lóbulo de una oreja.

—Abre los ojos. Ha llegado la hora de que sepas lo que veo yo cuando te

miro. Ese cuerpo que torturaste y maltrataste y que después curaste es precioso. Mira cómo responde a mis caricias, como si estuvieras hecha para florecer bajo mis manos.

Kennedy gimió de nuevo, atrapada entre el deseo de que siguiera y el espanto de verse expuesta en todos los sentidos. Nate no le dio tiempo para racionalizar lo que pasaba ni para pensar. Siguió acariciándole y pellizcándole el pezón izquierdo mientras le introducía la otra mano entre los muslos para empezar a torturarla.

«¡Dios mío!», pensó.

Entrecerró los ojos, pero continuó mirándose en el espejo. Notó que se ponía a cien y que estaba húmeda, y empezó a contonear las caderas al compás de los movimientos de Nate. Sus pezones adoptaron un color rojo cereza, como las guindas de una tarta, todo ello bajo su atenta mirada, que no le permitió en ningún momento escapar a su deseo. Nate tenía los brazos bronceados por el sol, lo que suponía un erótico contraste con su piel clara.

—Mírate. Con las piernas separadas, húmeda y rosada por el baño. —Su erección le presionaba el trasero, como si también tuviera sus propias exigencias—. Si fuera un artista, te pintaría así y colgaría tu retrato sobre mi escritorio para poder mirarte todo el día y recordar lo que significas para mí. —Le acarició el clítoris con el pulgar y sus músculos internos se contrajeron exigiéndole más, movidos por el deseo de que sus dedos, su lengua y su polla la penetraran.

—Nate —susurró.

—Sí, estás a punto. Córrete, nena, y mírame mientras te toco. Mira lo increíblemente preciosa que eres.

Le introdujo la otra mano entre los muslos y empezó a moverlas con un ritmo firme. Su dedo pulgar le acariciaba el clítoris en círculos y se lo presionaba sin cesar mientras le mordisqueaba el cuello y se lo succionaba.

La mujer del espejo era una criatura primitiva decidida a obtener satisfacción y placer. Sus caderas se movían, exigían más. Jadeaba con los labios entreabiertos y tenía los pezones duros, suplicando atención. Se zambulló en las profundidades de la oscuridad y el éxtasis, ajena a otra cosa que no fuera entregarse a ese hombre y darle todo lo que le pidiera.

La tensión se apoderó de sus entrañas y Nate aumentó el ritmo de sus movimientos llevándola al límite, donde la mantuvo hasta que soltó un grito, se apoyó contra él y se rindió a las sensaciones.

—¡Nate, por favor! ¡Nate!

—Sí, nena, córrete. Mírate en el espejo.

La penetró con los dedos y siguió acariciándole el clítoris.

Kennedy se corrió al instante y con un grito. Su cuerpo se estremeció mientras el orgasmo se alargaba y le mojaba las manos entre estremecimientos de placer. Él la instó a ladear la cabeza para besarla con pasión. Después, la levantó en brazos y la llevó a la cama. Tras quitarse la ropa, se puso un condón y se colocó entre sus piernas.

—Te quiero, Kennedy Ashe.

Y la penetró, sin miramientos y hasta el fondo; se hundió en ella con un ímpetu que le provocó otro orgasmo en cuestión de segundos. Cuando él se corrió, lo abrazó mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas, destrozada y expuesta, consciente de que jamás volvería a ser la misma.

Yacieron un rato en silencio, sumidos en la penumbra. Olía a jabón, a sexo y a un perfume cítrico. Kennedy seguía abrazada a Nate y se preguntaba si era lo bastante fuerte para hacer lo que debía.

—Nena, aquí lo importante no soy yo. Eres tú. Puedo perseguirte toda la vida, prometerte el mundo, pero hasta que tú no des el salto y me acompañes, no podré ganar. No solo te quiero por tu cuerpo. También te quiero por tu increíble mente, por la dulzura de tu alma y por tu fuerza de voluntad. Te

quiero por la vida que has construido para ti con tus amigas, por la profesión que has elegido. Te quiero por todo lo que eres, lo bueno y lo malo, las luces y las sombras, y pretendo compartirlo todo. Pero tienes que dejarme hacerlo.

Tenía las pestañas húmedas cuando parpadeó, pero Kennedy ya sabía la respuesta.

—No puedo —le dijo, y Nate se puso rígido bajo ella—. No estoy tratando de castigarte ni de hacerte daño. Solo que no confío lo suficiente en mí. No puedo prometerme que lo nuestro va a funcionar ni tampoco sé si seré capaz de comprometerme a comenzar una relación a largo plazo o si al final acabaría haciendo algo terrible para liberarme. No haré lo que hizo tu madre. No me arriesgaré. No contigo. No con tu corazón.

Nate guardó silencio. Solo se oía el sonido de sus respiraciones. Al final, él se apartó despacio y se levantó. Kennedy lo observó vestirse, con esos movimientos tan metódicos y lentos.

—No voy a jugar a esto. Merezco encontrar la felicidad. Y tú también. Pero si ya nos has condenado al fracaso, jamás lo lograremos. Te esperaría todo el tiempo que hiciera falta, pero me temo que sería para siempre, porque pareces dispuesta a no lastimarme. —Soltó una carcajada amarga—. Algo que, por irónico que parezca, acabas de hacer. —Echó a andar hacia la puerta—. Tú ganas. Llamaré a Mary. Adiós, Ken.

Y se fue.

Kennedy sabía que había hecho lo correcto, lo único que podía hacer. No había garantías y lo suyo no eran los finales felices de cuento de hadas.

Nunca lo habían sido.

Nunca lo serían.

Enterró la cara en la almohada y se echó a llorar.

Nate estaba sentado en el sillón rojo mientras Benny revoloteaba a su alrededor blandiendo las tijeras. Ya le había hidratado y recortado la perilla, tenía las cejas depiladas y había ganado la batalla en cuanto a su negativa a que le hicieran la manicura. Ni hablar.

Había adoptado la costumbre de visitar a Benny cada dos semanas para una sesión de mantenimiento. También detestaba admitir que habían entablado una amistad extraña y gruñona.

Más o menos.

—Esta semana ha sido un muermo, necesito cotilleos. ¿Cómo van las citas?

—Bien.

Un largo y sufrido suspiro.

—No seas un heteropetardo. Confiesa. ¿Ya os habéis acostado o no?

—Todavía no. Hemos salidos unas cuantas veces. Me gusta. Es agradable con mi hermano. La cosa va perfecta.

—Mentiroso. Sigues colado por tu casamentera.

Nate se volvió al instante. Benny lo obligó a mirar de nuevo hacia el espejo.

—¿Quieres quedarte sin ondas? He estado a punto de darte un tijeretazo. Por el amor de Dios, no te muevas.

—¿Qué sabes de Kennedy y de mí?

El estilista resopló, pero su reacción pareció emocionarlo.

—Siempre sospeché que estabais colados el uno por el otro, desde tu primera cita. La última vez que viniste, estabas bastante triste y me preguntaste así como quien no quiere la cosa si la había visto. Y cuando ella estuvo aquí el otro día, tenía un humor de perros. Vamos, que le dije que comiera hidratos de carbono, porque esa mujer está intratable. Seguro que es por ti.

La idea de que Kennedy estuviera sufriendo tanto como él lo consolaba y le dolía al mismo tiempo. No se había puesto en contacto con ella desde aquella noche. Kate lo había llamado para decirle que, a partir de ese momento, sería ella quien se encargaría de su caso, y aquel fin de semana debía quedar con Mary. Ojalá pudiera olvidar a Kennedy, porque así podría ser feliz.

Mary tenía brío, era más lista que el hambre y también muy ingeniosa. En el fondo, congeniaba mejor con ella que con Sue, y sus citas carecían de presión, pues tan solo se estaban conociendo mejor. Se habían besado unas cuantas veces, pero no habían llegado más lejos. La culpa por el hecho de no sincerarse totalmente con respecto a sus sentimientos lo estaba matando, pero había decidido pasar página. Incluso Connor le había dado el visto bueno y en una ocasión quedó con ellos para tomarse una copa en el bar.

Nate dijo con voz desabrida:

—Ha sido cosa suya. Yo me sinceré y ella me dio la patada. Fin de la partida.

Benny suspiró.

—En fin, adiós a mi buen humor. Por tu culpa me ha dado pena. Qué rabia me da.

—Ya, cuando te emocionas, pierdes el acento británico ese que pones.

—Y adiós a la pena. Eres un petardo.

—Y tú eres gay total.

Benny soltó una carcajada a regañadientes.

—Sí, pero al menos a mí me espera un amante en casa. ¿Peleaste por ella con todas tus fuerzas?

—Ajá.

—Pues entonces no tienes nada de lo que arrepentirte. Seguro que ella está sufriendo más. Quiero con locura a esa mujer, pero tiene problemas.

Nate fue quien soltó la carcajada en esa ocasión.

—Lo sé, pero yo también. Somos la pareja perfecta.

—No te preocupes. Al menos estás cañón. Ahora ve con Sally y te dará el toque final.

—No voy a hacerme la manicura, Benny. No intentes engañar a un ingeniero aeroespacial.

Benny puso los ojos en blanco y le quitó la capa.

—Lo que tú digas. Pero si alguna vez tienes una revelación de las gordas, te arrepentirás de no haberte hecho la manicura.

—Ni hablar...

—Adiós, heteropetardo.

Benny le lanzó un beso y se alejó contoneándose. Nate sonrió y fue a pagar el servicio. Qué diablos, ese tío siempre lograba animarlo.

Kennedy fulminó con la mirada el teléfono, que no dejaba de sonar, antes de descolgar.

—¿Qué?

Una pausa.

—Esto... cariño, ¿puedes venir un momento a la habitación morada, por

favor?

Kennedy soltó un suspiro irritado.

—¿Es importante? Ahora estoy liadísima organizando una cita múltiple.

—Sí. Es muy importante.

—Voy ahora mismo.

Colgó el teléfono y se levantó de la silla. Dichosas interrupciones. ¿Cómo iba a aumentar el porcentaje de matrimonios y a mejorar la campaña publicitaria de Kinnections si las citas múltiples no eran lo suficientemente exitosas? Sus tacones repiquetearon mientras recorría el pasillo hasta la sala de consultas.

Arilyn y Kate la esperaban sentadas cómodamente en los mullidos sillones. El relajante borboteo de la fuente de agua la enfadó, pero controló el movimiento del pie y se obligó a esbozar una sonrisa serena.

—¿Qué pasa?

—Siéntate, Ken.

—No dispongo de tiempo. A ver, creo que tenemos que dejar de concertar las citas múltiples en el Purple Haze. Tony me soltó un rollo sobre la posibilidad de dejar de ofrecer el vino bueno y de ninguna manera voy a obligar a mis clientes a beber vino de garrafón recién salido del frigorífico para satisfacer su objetivo de beneficios y... ¿Eso es chocolate?

Abrió los ojos como platos. Kate tenía una minúscula chocolatina de Ghirardelli negro. Se le revolvió el estómago del entusiasmo y se le hizo la boca agua.

—Siéntate. Tenemos que hablar de una cosa y la vas a necesitar.

Su mente analizó todas las opciones posibles para negarse a aceptarla, pero ya era demasiado tarde. Extendió el brazo y cogió la chocolatina de la mano de su amiga, se sentó y procedió a quitarle el envoltorio a ese tesoro de chocolate muy despacio.

—Soborno aceptado. Menudas caras tenéis, estáis muy serias. ¿Se ha muerto alguien?

—Sí —contestó Arilyn en voz baja—. Tú.

Su cerebro dio un respingo, confundido, pero el delicioso olor de la mantequilla y del chocolate le llegó a la nariz y, de repente, le importó bien poco el tema de conversación. El primer bocado se le derritió en la lengua. Su cuerpo cobró vida y apareció en su cabeza la imagen de Nate dándole de comer mientras ella estaba desnuda en la silla, y empezaron a escocerle los ojos. Pues sí que estaba sensiblera. Tenía que mantener el control. El trabajo era la solución, sí señor. Organizaría otra cita múltiple. Cuanta más gente encontrara el amor, mejor se sentiría. ¿Qué había dicho Arilyn?

—¿Has dicho que me he muerto? —preguntó.

—Ha muerto tu corazón. Cariño, no te va a gustar lo que vamos a decirte, pero tenemos que hacerlo. Han pasado tres semanas desde que te sacaste de encima a Nate. Además de mostrarte un poco... esto... quisquillosa y...

—Insoportable —sugirió Kate.

—Temperamental —la corrigió Arilyn—. Estás trabajando sin parar y te quedas aquí hasta muy tarde. Tampoco comes como es debido.

—Sí que lo hago. No me estoy matando de hambre. Consumo la cantidad perfecta de proteínas, grasas y calorías para llevar una dieta saludable y equilibrada.

—Vale, pero no te has permitido la cantidad de azúcar ni de hidratos de carbono necesaria para hacerte feliz. No estoy hablando de salud ni de sustento. Estoy hablando de alegría.

Kennedy le dio otro mordisquito a la chocolatina. Se calentó un poco más.

—No tengo tiempo para tonterías sentimentaloides. Os agradezco que os preocupéis por mí, pero os aseguro que pronto se me pasará. Hice lo correcto. Al menos puedo dormir por las noches con la seguridad de que él será feliz.

—A la mierda con esto, Ari. Ya te dije que es dura de roer y que no capta las indirectas. Ahora me toca a mí —anunció Kate. La señaló con un dedo—. Presta atención. Slade tenía la misma idea ridícula sobre nuestra relación. Creía que estaba destinada al fracaso y que su pésima experiencia demostraba que nunca llegaríamos a nada. ¿Qué fue lo que hizo? Le dije que lo quería y me abandonó. Lo mismo que tú le hiciste a Nate. Slade también se engañaba con el cuento de que estaba haciendo lo mejor para mí, pero en el fondo era un cobarde que no quería asumir riesgos.

—Yo no soy Slade.

—Cierto, no lo eres. Crees que no te mereces a Nate. Venga ya. Date una oportunidad de ser feliz. Te mereces a Nate. También una vida plena. ¿Crees que la vida consiste en esto? ¿En trabajar, dormir, estar sola y ser una mártir? No le estás haciendo un favor a nadie y ya es hora de que te plantes y luches por lo que quieres. —Kate continuó con voz más dulce—. Tienes problemas con la comida. Problemas con tu autoestima. Problemas con la perfección. ¿Y qué? ¿Por eso no mereces querer a la persona que te quiere? El amor no consiste en la perfección. Consiste en aceptar defectos, en la superación de los fracasos y en luchar por lo que anhelas. Eres la persona más fuerte que he conocido. Siempre has luchado por lo que querías. Hasta ahora.

Arilyn añadió:

—La felicidad no va a llamar a tu puerta, cariño. Tienes que salir a buscarla.

Kennedy miró fijamente a sus amigas mientras una llamita de esperanza cobraba vida en su interior. ¿Tendrían razón? ¿Era tan fácil como tomar la decisión consciente de dejar atrás el pasado y sus inseguridades para permitirse ser feliz?

En ese momento, Kate soltó el gancho demoledor que la noqueó por completo.

—Sentí el toque, Ken. Con Nate y contigo.

El aire la abandonó de golpe con un siseo. La estancia empezó a dar vueltas y se aferró a los brazos del sillón para no caerse.

—¿Qué has dicho?

—La noche del juego de roles en el bar, ¿sabes? Os toqué a los dos a un tiempo y recibí una descarga. Por eso me caí.

—Imposible —susurró Kennedy—. Eso es imposible.

Kate se mordió el labio.

—Lo siento. Sé que acordamos que nunca os diría a ninguna de las dos si sentía el toque con un hombre. Detesto la idea de manipular el destino o vuestros sentimientos. Se supone que no puedo involucrarme porque cada amante tiene que escoger a su pareja, con toque o sin él. Pero no podía permitir que dejaras pasar esta oportunidad. Nate es tu alma gemela. Te pertenece.

Kennedy gimió y se abrazó por la cintura. En cuestión de segundos, sus amigas la rodearon para arroparla y sujetarla mientras esa certeza la abrumaba de golpe.

Su destino era estar con Nate.

Kate nunca se había equivocado. Su toque era especial; aunque siempre había bromeado con el hecho de que fuera algo así como una bruja, nunca habían puesto en duda su capacidad para encontrar el amor verdadero.

Estaban hechos el uno para el otro.

Esa certeza ayudó a cimentar todas las emociones reprimidas que la habían estado bombardeando durante las últimas tres semanas. Se había equivocado en todo. Había sido una cobarde de campeonato. Incluso después de que él derribara las barreras delante del espejo, había salido huyendo despavorida y le había hecho daño al único hombre al que había querido.

Pero ya era demasiado tarde. ¿No? Una vez abiertas las compuertas, toda la

frustración, toda la rabia y todo el dolor salieron al exterior. Se levantó de un salto y empezó a andar de un lado para otro al tiempo que mascullaba los tacos más gordos que se sabía, además de algunos que había aprendido en italiano gracias a Maggie.

Arilyn, alucinada con lo que veía, esperó a que se le pasara. Kate parecía impresionada por su vocabulario.

—¿Por qué no puedo hacer las cosas como la gente normal? Chica conoce a chico. Se enamora de chico. Chica es feliz. Soy muy retorcida. ¡He conseguido que sea feliz con otra persona a propósito!

—Lo sé —murmuró Kate con voz comprensiva—. Yo intenté lo mismo.

—¡Tengo que hacer algo! Tengo que ir a verlo. Decírselo. Suplicarle que me perdone.

—Ve —la animó Arilyn.

—¿Y si ya no me quiere? ¿Y si le he causado tanto sufrimiento que nunca podrá perdonarme?

Kate le dio un apretón en la mano.

—Mi madre me dijo en una ocasión que la vida no ofrece garantías, pero que si no lo intentas, siempre estarás vacía. Dile lo que sientes, cariño. Eso es lo único que puedes controlar.

Kennedy asintió con la cabeza.

—Gracias, chicas.

Salió corriendo del despacho.

—Oye, tío, ¿te importa si me quedo aquí unas horas? —le preguntó Connor.

Nate se recolocó la chaqueta y se echó un poco de colonia. Ya era un

experto en no pasarse con la dosis.

—Claro que no. ¿Cómo es que no estás en el bar con Jerry o en el apartamento?

Su hermano apartó la mirada.

—Jerry ha salido esta noche con Ed. Como hacía mucho que no te veía, se me ha ocurrido venir a visitarte. Siento haberme presentado sin avisar.

—No te preocupes, solo voy a comerme una hamburguesa en Mugs con Mary. No tardaré mucho, ¿por qué no te quedas? Podemos hacer un maratón de *Breaking Bad* en Netflix.

—Genial. —Su hermano lo observó con una expresión muy rara—. ¿Te gusta esa chica?

—¿Mary? Es agradable. Lo pasamos bien juntos.

—¿Qué me dices de Kennedy?

Nate dio un respingo. Todavía era incapaz de oír su nombre sin que su cuerpo reaccionara. Al menos había conseguido controlar la erección inmediata.

—¿Qué pasa con ella?

Su hermano arrastró un pie y lo miró con incomodidad.

—No sé, has pasado de decir que estás enamorado de ella a no pronunciar su nombre siquiera.

La oleada de emoción que lo embargó lo golpeó como un mazazo. Dios, cómo la echaba de menos. Echaba de menos su risa, su olor, su forma de caminar. Echaba de menos estar a su lado y discutir con ella. Pero eso se acabó. Intentaba pasar página.

Irguió la espalda.

—Yo no le interesaba. Ya se me pasará.

—Ah, sí, se te pasará. Créeme, hermano, es mucho mejor comprometerte con una mujer que se parezca más a ti. Mary es agradable. Y es... segura.

—Ajá.

Basta ya, esa conversación era muy deprimente. Como no consiguiera pronto que saltaran chispas con Mary, iba a tener que confesarle que la cosa no marchaba. Quizá solo necesitaba algo más de tiempo. Superar lo de Kennedy. Ir lento pero seguro. Todo saldría bien. Si no, quedaría con otra persona, todas las veces que hiciera falta, hasta encontrar a la adecuada. Al menos se sentía más cómodo consigo mismo.

—Tengo que irme, ya voy con retraso. Nos vemos luego.

Se fue a Mugs.

Kennedy se pasó las manos por la falda y titubeó delante de la puerta. Eso de tragarse el orgullo y disculparse no era lo que más le gustaba del mundo, pero se pondría de rodillas con tal de que él la perdonase.

El coche de Nate estaba aparcado fuera. Pero cuando llamó a la puerta, fue Connor quien abrió, y su expresión era más que elocuente. Puro asco y rechazo. Uf. ¿Qué le había dicho Nate? ¿Se lo había contado todo? ¿Le había contado una parte? Quizá debería empezar disculpándose con su hermano. Ay, Dios, eso se le daba fatal, de modo que abrió la boca y soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Buenas.

—Buenas. —Connor no se movió ni un milímetro—. Nate no está.

—Ah. Bueno, vale. ¿Puedo entrar un segundo? —A Connor no pareció hacerle gracia, pero la dejó pasar. Como Kennedy no tenía paciencia para sentarse, empezó a andar de un lado para otro en la pequeña cocina—. ¿Sabes si tardará mucho?

Connor se acercó al frigorífico, sacó una cerveza y habló sin volverse para mirarla.

—Seguramente. Ha salido con Mary.

Huy. Kennedy inspiró hondo tratando de contener el pánico, pues al parecer había llegado demasiado tarde. Lo que sí tenía claro era que Connor estaba enfadadísimo con ella. Había llegado la hora de la verdad.

—No sé cuánto te ha contado Nate de lo nuestro. Tú eres muy importante para él y esperaba que pudiéramos hablar. Me gustaría explicar lo que ha sucedido. Tal vez podrías darme algún consejo...

Connor se echó un trago de cerveza a la boca, se lo bebió y se volvió para mirarla. Kennedy se estremeció. La expresión más gélida y desdeñosa que había visto en la vida brillaba en sus ojos. Lo llevaba crudísimo con él.

—No tenemos que hablar de nada, te voy a dar el consejo sin más. Hiciste un buen trabajo al cambiarlo de arriba abajo. También lo hiciste muy bien al dejarlo. Casi lo destrozas, ¿lo sabes?

—Lo siento muchísimo —susurró ella—. Cometí un error. Tengo que arreglarlo.

—Lo dije desde el principio. Las mujeres guapas se creen las dueñas del mundo. Cogen lo que quieren sin pensar en si le hacen daño a alguien y luego lo dejan tirado en el suelo como una piltrafa. Nate tenía esperanzas de que iba a funcionar. Se lo advertí, pero él quiso arriesgarse y mira lo que ha pasado. ¿Por qué has venido? ¿Para que sufra un poco más?

Kennedy empezó a temblar.

—Te juro por Dios que nunca fue mi intención hacerle daño. Me asusté. Nunca me había enamorado. Lo alejé de mí porque no quería romperle el corazón más adelante, pero me he dado cuenta de que solo tenía miedo de que me abandonara. Fui cobarde. Tengo que contarle la verdad.

—Demasiado tarde. —Apretó los dientes como si tomara una decisión—. Ahora está con Mary. Se están acostando.

Kennedy se quedó sin sangre, como si un vampiro se hubiera dado un

festín con ella, dejándola como un cascarón vacío. Demasiado tarde. Llegaba demasiado tarde. Sintió la mirada de Connor clavada en ella, que juzgaba su reacción, pero ya le daba igual. Apenas le salió la voz.

—¿Es feliz?

—Sí. No se lo estropees apareciendo de nuevo en su vida. Déjalo tranquilo.

Se las apañó para asentir con la cabeza. Connor tenía razón. Nate se merecía lo mejor, y si había encontrado la felicidad con otra persona, daba igual. Daba igual el toque. Daba igual su corazón roto.

Nate se había acostado con Mary.

Se le revolvió el estómago. Había tenido su oportunidad, pero llegaba demasiado tarde. Aparecer de la nada y destrozar algo frágil, algo que podría ser bueno para Nate y hacerlo feliz no era precisamente lo mejor. Tal vez lo haría más feliz de lo que ella podría hacerlo.

Se movió como si flotara en una nube. Se detuvo mientras ponía la mano en el pomo de la puerta.

—¿Connor?

—¿Qué?

—Lo quiero. Se merece... Se merece lo mejor.

Acto seguido, se marchó.

Nate entró en el restaurante y se sentó a una mesa. Mary todavía no había llegado, de modo que pidió su Darth Maulini. Para entonces el camarero ya no le ponía pegas, y en ese momento se dio cuenta de que estaba haciendo de Verily su hogar. Qué raro. Había estado viviendo con su hermano un montón de tiempo, más cerca del trabajo y en las afueras de Manhattan, pero nunca se había sentido en casa. Solo en un bonito sitio de alquiler.

La casita de Genevieve era acogedora y transmitía una energía positiva a la

que empezaba a acostumbrarse. Todo el pueblo lo había envuelto con su hechizo. Le encantaba pasear por las tardes y pararse a comprar un helado, o bien observar cómo la gente paseaba a sus perros por el parque. Había comprado una magnífica obra de arte en la galería local y había empezado a entablar amistades en el Purple Haze y en Mugs. Incluso tenía ganas de salir del trabajo a su hora, o casi. Wayne se estaba cabreando un poco por ese repentino anhelo de volver a casa, pero estaba jugando con fórmulas y hacía investigación fuera del laboratorio por primera vez en la vida.

Ya solo le faltaba enamorarse de Mary.

Una sombra cayó sobre la mesa.

—Hola, Nate.

La sonrisa de Mary era cálida y afectuosa, y él se levantó en el acto para darle un beso, pero ella volvió la cara en el último instante, de modo que solo consiguió besarla en la mejilla. Mary se sentó en el reservado y entrelazó los dedos sobre la mesa que él ya había limpiado de miguitas de pan.

—¿Cómo estás?

—Bien. Estás preciosa.

La rubia melena, corta, elegante y profesional, enmarcaba un rostro redondo de brillantes ojos verdes. Era delgada y atlética, y prefería la ropa más informal como los vaqueros, las camisetas y los zapatos cómodos. Muy en la línea de Nate. Mucho mejor que una adicta a la moda, que siempre lo dejaría en ridículo en eventos sociales. Esa mujer era más adecuada para él.

—Gracias. —Mary recorrió el local con la mirada y Nate se percató de que estaba nerviosa.

¿Se estaba impacientando porque iba todo demasiado lento? ¿Debería subir las apuestas esa noche? Se habían limitado a unos cuantos besos y a cogerse de la mano, sin ir más allá, pero a lo mejor Mary estaba dudando de sus intenciones. Recordó un artículo de la revista *Glamour* en el que decían que

los hombres tenían que mover ficha en la cuarta cita o las mujeres perderían interés. ¿Cuántas llevaban? ¿Seis? Joder, ya se había pasado.

Deslizó la mano por encima de la mesa y cogió la de Mary. Ella dio un respingo, se echó a reír y luego empezó a hojear la carta. Sí, iban cuesta abajo. A lo mejor debía invitarla a su casa y mandarle un mensaje a su hermano para que se fuera. Intentó contener los nervios que le atenazaban el estómago. Se le daba bien el sexo. Seguramente eso conseguiría que se estableciera un vínculo entre ellos y llegaran al siguiente nivel. ¿Verdad?

Sus partes bajas ni se inmutaron.

Carraspeó.

—Te he pedido una copa del merlot que te gusta.

—Qué mono. —Mary levantó la vista de la carta y suspiró—. Eres un hombre maravilloso. ¿Lo sabes?

—Gracias. Oye, ¿qué te parece si nos saltamos el postre y vamos a mi casa después de la cena? Para estar más tranquilos.

Mary soltó la carta y cerró los ojos.

—Tenemos que hablar.

Recordaba a la perfección al menos cuatro entradas de blogs en las que se aseguraba que lo peor que una mujer podía decir era «Tenemos que hablar». Intentó controlar el pánico.

—Claro. Puedes contarme lo que sea.

—Me lo he pasado muy bien saliendo contigo. De verdad, cuando nos conocimos en la cita múltiple, creí que haríamos muy buena pareja. Pero ya no puedo seguir viéndote.

¿Cómo? La miró fijamente mientras intentaba aclararse las ideas.

—¿He hecho alguna estupidez?

Mary se echó a reír y le dio un apretón en la mano.

—¡No, claro que no! Verás, es que he conocido a alguien en el trabajo. Y

aunque tú y yo nos lo pasamos bien juntos, no creo que tengamos la chispa necesaria para una relación a largo plazo. —Se mordió el labio—. Espero que no te hayas enfadado. De verdad que no creía que fuera a pasar nada con ese compañero, pero me ha confesado lo que siente y tengo que arriesgarme. Hemos decidido que no saldremos con nadie más, así que voy a dejar Kinnections.

Los ojos de Mary brillaban por la emoción de haber conocido a alguien con quien conectaba. Alguien que la entendía a la perfección. Alguien con quien quería pasar todo el tiempo libre y a quien echaba de menos, alguien que hacía que se sintiera viva. Nate esperó a que la decepción lo consumiera, pues había perdido a la mujer que podría haber sido su compañera. En cambio, el alivio lo inundó por entero y se apoderó de él.

Mary no estaba hecha para él.

Se echó a reír, porque era muy irónico todo.

—No, no estoy enfadado. De hecho, me alegro por ti. Eres una mujer increíble y ese hombre es un tío con suerte.

Mary sonrió.

—Eres un gran partido, Nate Dunkle. Ojalá que la siguiente mujer que aparezca en tu vida se dé cuenta.

—Ah, yo también lo espero.

Hablaron un poco más y luego Nate le dio un beso en la mejilla y la vio alejarse.

Y la pregunta le atravesó el cerebro: «Y ahora ¿qué?».

Tal vez... nada.

Bebió un sorbo del cóctel y repasó sus opciones. Si quería tener la oportunidad de ser feliz con otra persona, debía olvidarse primero de Kennedy. Salir con otras mujeres con la idea de quitársela de la cabeza no estaba funcionando. Quizá se tomaría un respiro. Le gustaba su casa nueva.

Disfrutaba de sus nuevos amigos. Ya sentía la seguridad necesaria para acercarse a las mujeres y abrirse a las posibilidades. Kennedy le había hecho esos regalos, pero hasta que su corazón volviera a ser libre, se limitaba a funcionar de forma mecánica.

Sí. Dejaría Kinnections. Perdería el depósito, se tomaría un tiempo para curarse las heridas y volvería al juego según sus reglas. No podía seguir con Kate o con Arilyn cuando en el fondo se moría por ver, aunque fuera de lejos, a su verdadera celestina. Distancia y tiempo, eso era lo que necesitaba.

Pagó la cuenta y volvió a casa andando. La noche primaveral era muy bulliciosa, ya que la gente salía y entraba de las tiendas y llenaba las terrazas de las cafeterías. Había luna llena, una preciosa esfera anaranjada que flotaba sobre el río Hudson. El puente Tappan Zee se extendía en todo su esplendor, con las luces titilando contra el oscuro cielo. Se detuvo a charlar con unos cuantos vecinos y, cuando llegó a su puerta, se sintió bien con la decisión que había tomado.

Su hermano estaba repantingado en el sofá, con una cerveza al lado y patatas fritas en la mesa, y con *Breaking Bad* en el enorme televisor.

—Oye, has vuelto pronto. ¿Todo bien?

Nate se sentó en el sofá. Dios, estaba muy cansado.

—Sí.

—¿Ha ido bien la cita?

—Qué va, ha cortado conmigo.

Su hermano se volvió de golpe al oírlo.

—Es broma, ¿no? ¿Por qué?

Nate se encogió de hombros y cogió un puñado de patatas fritas.

—Ha conocido a alguien en el trabajo. No había chispa entre nosotros. Blablablá.

—Tío, qué pena. ¿Quieres que salgamos a emborracharnos?

Nate se echó a reír.

—No, pienso lo mismo. La verdad es que es un alivio. Voy a dejar de salir con mujeres una temporada. A ver si me aclaro las ideas.

Su hermano lo miró con una cara muy rara.

—Creo que te equivocas. Tienes que echar un polvo. Salir a la calle y conocer a otra. No pararte a echar la vista atrás.

—No soy como tú. No es tan sencillo.

—Es por ella, ¿verdad? Por tu asesora sentimental. Sigues colado cuando deberías estar celebrando haberte librado de una mujer así. Esa tía es veneno.

Meneó la cabeza al oír a su hermano.

—No. Es exactamente igual que tú, Con.

Connor se levantó de un salto, boqueando como un pez fuera del agua.

—¿Qué? ¿Qué diablos me has dicho?

En fin. Menuda nohecita, pensó Nate, pero había llegado la hora de enfrentarse a la cruda realidad y ya estaba harto de soslayar el problema.

—Es como tú, Con. A los dos os hicieron daño en el pasado. Los dos tenéis miedo de confiar en los demás. Dios, ninguno de los dos creéis que os merezcáis una relación de verdad y os pasáis la vida soltando estupideces como que no queréis sentar la cabeza, o tenéis una lista larguísima de personas a las que ya habéis prejuzgado y declarado culpables. Mírate, vamos. Nada de maquilladoras, nada de mujeres guapas, nada de mujeres que sean muy inteligentes y que puedan criticarte. Es una gilipollez. Kennedy hizo lo mismo. Me repitió hasta la saciedad que no éramos compatibles o que me rompería el corazón.

—¡Es que iba a rompértelo!

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo sabes porque es guapa? ¿Porque algún día me dejaría por alguien mejor, como hizo mamá? ¡Me volvéis loco los dos! No hay garantías en la vida. En el fondo, tienes que estar dispuesto a arriesgarte.

Kennedy no lo estaba. Ojalá que algún día lo esté, pero creo que yo voy a quererla hasta que me muera. Pero ¿tú? Tú todavía tienes una oportunidad. Deja de pensar con el trasero y haz algo con tu vida.

Nate echaba chispas. Connor lo agarró por la pechera, lo levantó del sofá y lo sacudió como un perro que demostrara su dominancia.

—¡Vete a la mierda! Lo intenté y no conseguí el puesto de supervisor. No soy un brillante científico con carrera universitaria y nunca lo seré. ¡Esto es lo único que tengo!

Nate lo apartó de un empujón y apretó los puños.

—No, vete tú a la mierda. ¿Quién ha dicho que sea lo único que tienes? ¿Mamá? ¿Papá? ¿Yo? ¿Tú mismo? Decide lo que quieres hacer y esfuérzate por conseguirlo. Si para hacerte con el puesto de supervisor necesitas un título universitario, vuelve a estudiar.

Connor le devolvió el empujón y se le encaró. Echaba humo por las orejas cuando dijo:

—¡Vete a la mierda! No tengo dinero.

Nate lanzó el primer golpe. Un precioso gancho que impactó contra la mandíbula de su hermano.

—¡Vete a la mierda! Te sacrificaste y me ayudaste para que pudiera estudiar y me educaste. ¿Crees que no estoy dispuesto a pagar tus estudios o cualquier otra cosa que te haga falta? ¿Por qué no voy a poder devolverte una parte después de todo lo que has hecho por mí?

Connor apretó los dientes, se agachó un poco y lo golpeó con un potente puñetazo que le echó la cabeza hacia atrás. Nate vio estrellitas alrededor de la cabeza antes de que la habitación dejara de dar vueltas de nuevo.

—¡Vete a la mierda! No soy lo bastante inteligente como para ir a la universidad.

Nate se inclinó y lo golpeó en el abdomen con la cabeza. Su hermano jadeó

en busca de aire y cayó hacia atrás.

—¡Vete a la mierda! Siempre has sido listo, pero nunca has tenido la oportunidad de demostrarlo. Eres un administrador nato y un título universitario en gestión de empresas te facilitaría todo lo que desees. ¡Nenaza!

Su hermano se enderezó y saltó a la arena.

—¿A quién llamas nenaza?

Dejaron de hablar y empezaron a lanzarse puñetazos. Nate empleó todo lo que le habían enseñado y añadió unas cuantas mejoras de su cosecha, pero Connor era un todo un maestro y bloqueó casi todos sus golpes más brutales. Al final, los dos se dejaron caer al suelo, jadeantes, mientras la adrenalina flotaba en el ambiente.

Fue precioso.

Se le relajaron los músculos y apoyó la cabeza en el suelo mientras intentaba recuperar el aliento y clavaba la vista en el techo. Se dio cuenta de que su hermano hacía lo mismo. Un momento después, oyó la voz de Connor:

—¿De verdad me pagarías la universidad?

—Ajá.

Una pausa.

—¿Crees que puedo lograrlo?

—Sé que puedes.

—Los chicos van a una escuela universitaria local que concede descuentos en las tasas. Así podría trabajar, ir a clases nocturnas y asistir a los cursos intensivos los fines de semana para terminar antes.

—Ya lo habías mirado, ¿eh?

Se oyó un suspiro.

—Sí.

—Bien. Matricúlate esta semana.

—Vale. Oye, ¿dónde has aprendido eso de soltar un gancho de derecha al tiempo que golpeas con la rodilla?

—He cogido tus enseñanzas y las he mejorado un poquito. La ciencia ayuda.

—Genial. Oye, Nate.

—¿Sí?

—¿Sigues enamorado de esa mujer? Si ella quisiera volver contigo, ¿la aceptarías?

El corazón se le murió otro poquito, pero ya estaba acostumbrado y suponía que algún día no sentiría tanto dolor. Tal vez. O tal vez no.

—La quiero. Pero no estoy seguro. Depende. Tendrá que hacer algo muy grande para que yo crea que no va a salir huyendo de nuevo. Porque no sobreviviría una segunda vez si lo hace.

—Te entiendo.

Se quedaron callados un rato, tirados en el suelo, y luego se levantaron despacio. Cogieron sus cervezas. Y empezaron a mirar *Breaking Bad*, sentados el uno al lado del otro.

Kate se asomó por la puerta del despacho de Kennedy. —¿Estás bien?

Ella se obligó a sonreír.

—Voy tirando.

—Noche de chicas. En Mugs. El viernes. Gen ha dicho que vendrá.

Ken enarcó una ceja.

—¿Y te lo crees?

—David se ha marchado para participar en unas conferencias, así que supongo que podrá escaparse. Jane y Arilyn también se han apuntado.

—Vale. —Intentó que su voz no sonara apagada, pero llevaba una temporada de bajón.

La certeza de saber que había perdido a Nate para siempre era un golpe duro del que tardaría en recuperarse. Pero estaba haciendo ciertos cambios. Había vuelto a pedirle cita a su psicóloga y las sesiones la estaban ayudando. Durante todo el tiempo que había pasado asegurándose de que su cuerpo recobrarla la salud, había descuidado la otra mitad de su persona. Tenía que aceptarse tal como era, por entero, con lo bueno y con lo malo, gorda o delgada, lista o tonta. Estaban ahondando en sus traumas y, aunque resultaba doloroso, empezaba a notar que el peso que siempre había llevado encima disminuía.

Habían pasado tres semanas desde que perdió a Nate definitivamente.

Tanto Mary como él habían abandonado Kinnections, y esperaba que ambos fueran felices.

Kate dijo en voz baja:

—Te pondrás bien, cariño. Te ayudaremos a superarlo.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Lo que quieras.

—¿Qué pasa si dejas que tu alma gemela se vaya? Percibiste que estábamos destinados a estar juntos, pero ¿y si no funciona? ¿Estaré condenada a pasarme el resto de la vida buscando algo que nunca encontraré?

Kate negó con la cabeza.

—No. No puedes pensar de ese modo. Mi madre me explicó cómo funciona el don. No se trata de un final feliz garantizado. Es posible que dos personas no estén destinadas a estar juntas en esta vida en concreto. Ken, te juro que puedes conocer a muchas personas a quien querrás en esta vida. Además, no sabemos qué nos deparará el futuro. Lo más importante es que tú no le diste la espalda. Intentaste decirle la verdad a Nate. Te arriesgaste. Eso es lo fundamental. ¿Lo entiendes?

A Kennedy se le llenaron los ojos de lágrimas. Qué ridiculez. De un tiempo a esa parte estaba demasiado sensiblera.

—Sí. Gracias.

—De nada. He venido a decirte que hay un cliente esperando. He tratado de ayudarlo, pero solo quiere hablar contigo. Ha oído que eres la mejor.

Kennedy se enjugó las lágrimas y sonrió.

—Bueno, en eso tiene razón. Hazlo pasar.

—Ahora mismo.

Kennedy ordenó la mesa, se colocó bien la chaqueta de color marrón chocolate y adoptó una expresión profesional. Se le cayó el bolígrafo de las

manos cuando se encontró cara a cara con el hermano de Nate. El miedo la atravesó por entero.

—¿Le ha pasado algo a Nate?

—No, está bien. Solo quiero hablar contigo.

El alivio fue inmediato. Gracias a Dios. Aceptaría el golpe emocional que supondría hablar con el hermano de Nate siempre y cuando él estuviera sano y salvo.

—Siéntate.

Él acomodó su alto y voluminoso cuerpo en el sillón. Intentó colocar un tobillo sobre la rodilla contraria, pero se golpeó con la mesa, de manera que acabó meciendo el pie hacia delante y hacia atrás como si estuviera en el despacho de la directora del instituto.

—He venido a preguntarte una cosa.

—Dime.

—¿Todavía quieres a Nate?

La pregunta la paralizó, pero se obligó a contestar.

—Sí, seguramente lo querré siempre.

—Te mentí.

Kennedy ladeó la cabeza y lo miró sin parpadear. Connor empezó a golpearse una rodilla con un puño.

—¿A qué te refieres?

—Nate no se estaba acostando con Mary. Nunca lo hizo. Estaban saliendo y yo no me fiaba de ti. Te mentí para asegurarme de que nunca volverías a molestarlo.

Kennedy esbozó una sonrisilla.

—No te culpo. Es tu hermano y querías protegerlo. Yo también habría mentido.

Él dejó de mover el pie y de golpearse la rodilla, y enfrentó su mirada.

Esos ojos verdosos que en el pasado la habían acusado parecían haberse suavizado. Se notaban más compasivos.

—Cometí un error. No le he dicho a Nate que fuiste a verlo.

Ella se encogió de hombros.

—Ni falta que hace. Ahora está con Mary, es feliz. Eso es lo único que le deseo. Los dos han rescindido el contrato con la agencia, así que supongo que las cosas les van bien.

—Ya no está con Mary.

Kennedy se quedó sin aire en los pulmones. Una terrible esperanza surgió desde lo más hondo de su alma, pero la contuvo.

—¿Cómo dices?

Connor murmuró algo entre dientes.

—Nate te quiere. Nunca ha llegado a mantener una relación seria con Mary. No conectaron. Mary encontró a otro hombre y Nate decidió aparcar durante un tiempo este tema de las citas. Está intentando olvidarte, pero se pasa el día amargado. Triste. Parece un zombi. Queda conmigo y con los chicos para tomarse una cerveza, pero parece una sombra de sí mismo. Creo que me equivoqué.

El corazón le latía tan fuerte y tan rápido que estaba segura de que Connor podía oírlo.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti. Creo que te asustaste, tal como dijiste, que saliste corriendo. Supongo que te juzgué mal porque me recordabas a todas esas mujeres que me han hecho daño, empezando por mi madre. Pero ya no quiero ser así. ¿Quién soy yo para juzgarte? Todos cometemos errores. Yo soy un desastre con patas, pero Nate me ha matriculado en la universidad y pretendo conseguir mucho más. ¿Tú no aspiras a algo más?

—Sí —susurró.

—Bien. Ve a verlo. Recupéralo.

A Kennedy le temblaban las manos cuando se apartó el pelo de la cara.

—Tendré que demostrarle que puede confiar en mí. ¿Crees que me perdonará?

—Sí. Pero haz algo extraordinario. Algo épico.

La esperanza surgió con fuerza y echó raíces. Tenía otra oportunidad.

—Deja que piense.

—Puedes ir a verlo con una gabardina y, cuando te la quites, que descubra que estás desnuda. Y después le dices que harías cualquier cosa con tal de recuperarlo.

Kennedy puso los ojos en blanco.

—Tío, venga ya. Eso es ridículo y está muy trillado. Siguiendo idea.

Connor la miró echando chispas por los ojos.

—Conmigo funcionaría —murmuró—. ¡Ya lo sé! Le entregan una tarta enorme en el laboratorio, y tú sales de ella en bikini mientras suena de fondo la canción «Perdóname», y luego le pides perdón.

—Ni hablar. ¿No se te ocurre ninguna opción en la que yo vaya vestida? Tiene que ser un momento épico desde el punto de vista emocional, no físico.

—Creo que ese no es el camino.

—Me parece que como cuñado vas a ser un pelmazo.

Se miraron el uno al otro y compartieron una carcajada sincera.

Y en ese momento, de repente, se le encendió la bombilla.

—Ya sé lo que tengo que hacer. Pero necesito ayuda.

—¿Cuál es el plan?

Kennedy le explicó los detalles básicos. Connor abrió los ojos como platos y acabó asintiendo con la cabeza.

—Es bueno. Aunque no vayas desnuda.

—Gracias. Voy a hacer una llamada.

Extendió el brazo para coger el teléfono y llamar a Wolfe.

Nate miró de nuevo la hora y decidió esperar otros cinco minutos. Wolfe no solía retrasarse. Esperaba que apareciera. Desde la discusión con su hermano, las cosas se habían calmado un poco, pero la soledad y los recuerdos de Kennedy seguían atormentándolo. Le apetecía un partido de golf para ponerse a prueba y distraerse con una buena conversación entre hombres.

Oyó que lo llamaban por teléfono y se sacó el móvil del bolsillo.

—¿Me dejas tirado?

Una risa ronca.

—Lo siento, tío. Me han entretenido con un proyecto y no puedo escaparme.

—Tranquilo. Es una pena que no me dejes darte una paliza, eso sí.

—He cerrado el trato gracias a ti. Mejoré mi hándicap en dos golpes y he conseguido el trato. Fue estupendo.

Nate sonrió.

—Vaya, felicidades. Sabía que podrías conseguirlo.

—Lo logré gracias a tu ayuda. Y también descubrí que hay una oportunidad de negocio desaprovechada entre el mundo hotelero y los campos de golf. Te he dejado una cosa en la oficina. Enséñale tu identificación a Ron y te lo entregará.

—¿Tengo que identificarme? Vaya, la cosa se pone interesante.

—Que lo disfrutes. Y no me llames con excusas tontas. No puedo devolverlos.

—Me dejas con la mosca detrás de la oreja. Supongo que debo darte las gracias de antemano.

—De nada. Ah, te he encontrado otra pareja. Debería estar esperándote en

la oficina.

—Has pensado en todo. Vete ya a ganar dinero, por Dios.

—Luego te llamo.

Nate cortó la llamada y devolvió el teléfono al bolsillo. El orgullo se apoderó de él en cuanto pensó en los logros de su amigo. Echó a andar hacia la oficina, le enseñó el carnet de conducir a Ron y este lo acompañó al almacén. Allí, en mitad de la estancia, lo esperaba el juego de palos de golf más magnífico del mundo.

Se inclinó para examinarlos. La sorpresa lo había dejado paralizado. Le temblaba la mano mientras pasaba un dedo sobre las terminaciones de platino y oro macizos. Qué tipejo. El juego de palos HONMA Five Star hechos a medida eran exclusivos y carísimos. Trump jugaba con ellos. ¿Cómo narices los había conseguido Wolfe?

Se percató de que había un sobrecito pegado a la bolsa, como si su amigo hubiera presentido que iba a hacerse esa pregunta. Extendió una mano para cogerlo y lo abrió.

Nate:

Gracias por todo. Envié un vídeo con tu swing y los han fabricado especialmente para ti. Por supuesto, yo tengo mi propio juego. Al final el alumno acaba superando al maestro.

Hasta la semana que viene.

WOLFE

Tardó un rato en sentirse preparado para sacar un palo y sostenerlo en las manos. El metal relucía y el mango encajaba a la perfección en su mano, como si estuviera hecho a medida. La emoción le provocó un nudo en la garganta, pero luchó contra ella porque sabía que Wolfe refunfuñaría si se

diera cuenta de que se emocionaba y se negaría a aceptar su gratitud. Tenía mucha suerte de haber hecho semejante amigo.

La puerta se abrió.

—¿Nate? Tu pareja te espera aquí fuera.

—Voy. —Se echó la bolsa de palos al hombro, todavía alucinado, y salió de la oficina para dirigirse a la calle principal. Pero enseguida se quedó paralizado.

—Hola, Nate.

Kennedy estaba delante de él.

Mierda. Estaba preciosa. El pelo ondulado le caía sobre los hombros, iluminado por los reflejos de color caramelo. El vestido de tenis que llevaba era diferente del último que le vio puesto. Este era más corto y de color rojo intenso. Sus piernas morenas parecían interminables y estaban rematadas por un par de zapatos de golf del mismo tono.

Descubrió que se había quedado mudo. Intentó hablar, pero la voz se le quedaba atascada entre los pulmones y la garganta. Sin embargo, otras partes de su anatomía parecían funcionarle mucho mejor. Se le puso dura nada más verla, hasta tal punto que la erección resultaba dolorosa. Eso no podía estar sucediendo. ¿O sí? ¿Estaba soñando o cometiendo una estupidez al pensar que ella lo quería en secreto?

Para calmar sus pensamientos y poder caminar sin que la molesta erección resultara tan evidente, repasó un sinfín de fórmulas físicas.

—¿Qué haces aquí?

Vio que Kennedy sacaba la punta de la lengua para humedecerse los labios cubiertos por el brillo rosa, y el gesto dejó a la vista ese diente torcido que lo enloquecía.

—Jugar al golf. Wolfe no ha podido venir.

La ira se enfrentó al deseo enfermizo de estar con ella.

—¿Y te parece bien?

La vio parpadear.

—Claro. ¿A ti no?

Apretó los dientes. No. No más juegos, dolor ni esperanza por algo que ella no era capaz de ofrecerle.

—No, no me lo parece. ¿Estás intentando volverme loco a propósito? ¿Por qué has venido, Kennedy?

Ella dio un respingo, y de repente la serenidad desapareció de su rostro y fue reemplazada por la verdad. Esos ojos dorados como el whisky lo miraron rebosantes de deseo y... ¿De miedo? ¿De verdad era posible? ¿Qué estaba pasando?

—Necesito hablar contigo —murmuró ella—. Para explicarte algunas cosas.

Nate sintió que el corazón le daba un vuelco, lleno de esperanza. Sin embargo, la aplastó como si fuera un molesto mosquito.

—Creo que ya nos hemos dicho todo lo que necesitábamos decirnos. No puedo continuar con esto. Me voy a casa.

Se volvió y suplicó tener la fuerza de voluntad suficiente para llegar al coche.

Para alejarse de ella y curarse las heridas, porque después de robarle el corazón y poner su mundo patas arribas, le había dicho que no lo quería.

—¡Espera! —gritó Kennedy al tiempo que se plantaba delante de él. Empezó a retorcerse los dedos mientras lo miraba a los ojos con expresión suplicante, cosa que lo dejó sin aliento—. Por favor, dame una oportunidad. Juega tres hoyos conmigo. Si gano, escucharás lo que tengo que decirte. Si pierdo, me iré y no volveré a molestarte nunca más.

La miró, alucinado.

—¿Te estás quedando conmigo? Es lo más ridículo que he oído en la vida.

—¿A que no eres capaz? Tres hoyos. Me lo debes.

¿Que se lo debía? ¿Estaba de broma? La ira forcejeó contra su instinto de supervivencia, que insistía en obligarlo a alejarse de allí para ponerse a salvo. ¿Kennedy quería desafiarlo a jugar un partido? Muy bien. Pero esa vez iba a jugar para ganar. En el terreno sagrado que para él suponía el campo de golf, y con la intención de ponerle fin a esa relación y de pasar página para siempre. A su manera.

—Ten cuidado con lo que desees, Ken —masculló entre dientes—. He llegado al límite de mi paciencia.

Ella tuvo la desfachatez de sonreírle.

—Y yo. Vamos, va. Esta vez he traído un juego de palos.

Nate contuvo una carcajada amarga. Maldita bruja. Sin embargo, llegó a la conclusión de que era la única manera de acabar con todo. Una vez que ganara, lo dejaría tranquilo y a lo mejor podría seguir adelante con su vida. En cierto modo, era un final poético, o más bien una ópera trágica en la que todos morían, en vez de una novela romántica.

—Vale —dijo Nate—. No necesitaremos carrito. Sígueme.

Cogió la bolsa de los palos de Kennedy, ya que se negaba a permitir que cargara con ellos mientras subían la cuesta, y echó a andar. Ella lo alcanzó, pero Nate evitó mirarla. Lo único que le faltaba era ver su trasero respingón cubierto por ese ridículo vestido. ¿Por qué diseñaban ropa así para jugar al golf? Era indecente. ¿Y si tenía que agacharse para recoger una pelota?

Aunque estaba tan enfadado que le salía humo por las orejas, llegó al primer hoyo, soltó los palos de Kennedy y se concentró en el juego.

—Las damas primero.

Ella se colocó en el punto de salida. Tras clavar la mirada en la pelota, movió el cuerpo un poco hacia atrás y hacia delante, haciendo que la falda roja ondeara al mismo ritmo, levantó los brazos y golpeó la pelota, que trazó

un arco perfecto y acabó cayendo en el borde de la calle. Por regla general, no paraba de hablar y de hacer comentarios mientras jugaban, pero en esa ocasión guardó silencio, como si el partido fuera importante para ella.

Nate la entendía a la perfección.

Mantuvo sus emociones bajo control mientras golpeaba la pelota. Su swing fue perfecto y observó que la pelota caía en el green, en la posición más favorable para hacer par.

Kennedy frunció el ceño.

—Buen golpe —le dijo.

Él la miró furioso.

—Gracias.

Caminaron hasta la calle para acabar el hoyo.

Puntuación: Cuatro para ella. Tres para él.

En el segundo hoyo, Kennedy subió las apuestas, con un swing estupendo que dejó su pelota cerca del green. ¿Cómo era posible que poseyera esa capacidad innata para jugar que jamás había visto en otra persona? ¿Llevaría bragas rojas a juego con el vestido? ¿Lo descubriría si ella se agachaba? Podía olerla incluso, ese aroma a piel limpia y a deseo, almizcleño y terrenal, a mujer. Su cerebro se debatía entre el golf y el deseo, pero se juró que ganaría y logró enviar la pelota al green. Acto seguido acabó metiéndola en el hoyo, mientras que ella falló un par de intentos.

Puntuación: Cuatro golpes para ella. Dos para él.

—Se acabó —dijo Nate en voz baja—. Tendrías que hacer un hoyo en uno en el último y eso es imposible.

—Puedo hacerlo.

La frustración se apoderó de él, de manera que aferró el palo con fuerza entre los dedos.

—Se acabó —repitió con más vehemencia—. Además de meterla de un

solo golpe, yo tendría que hacer uno sobre par.

Ella alzó la barbilla, se puso de puntillas y le soltó en la cara:

—No pienso abandonar. Hemos dicho que jugaríamos tres hoyos.

Nate apretó los dientes y soltó un taco.

—Esto es ridículo e innecesario. Vale. Vamos.

Echó a andar hacia el tercer hoyo y ella lo siguió. Las suaves colinas se extendían frente a ellos, el sol brillaba sobre la tierra como si fuera un regalo de los dioses. Los pájaros trinaban como si estuvieran en una película de Disney, una ligera brisa le acariciaba la piel y él no había estado tan mal en la vida. El último hoyo. Debería haber supuesto que Kennedy no se rendiría, salvo en lo referente a él.

Salvo con respecto al amor.

Le pareció más callada y reflexiva mientras se colocaba para golpear la bola en el punto de salida y lo miraba por encima del hombro. Su swing fue perfecto y logró colocar la pelota en el green.

Pero no hizo un hoyo en uno.

Nate guardó silencio. Ambos miraron la pelota, inmóvil sobre la hierba, sumidos en una quietud palpitante. Al cabo de un rato, Kennedy volvió la cabeza y esos hechizantes ojos ambarinos lo miraron con el brillo de las lágrimas, aunque no estaba llorando.

—He perdido.

Nate sintió que el corazón se le desgarraba y empezaba a sangrar, y se preguntó si moriría allí mismo, en el campo de golf.

—Sí.

—Pero no puedo jugar según las normas. Ya no. Contigo no.

Nate soltó un grito atávico que estaba seguro de que habían inventado los trogloditas cuando sus mujeres los apaleaban, literal y figuradamente.

—No —replicó con voz desgarrada—. No puedo. No puedo aguantarlo

más.

Ella levantó las manos, un gesto de súplica. Una emoción descarnada demudaba su precioso rostro y, por primera vez desde que se conocían, Nate atisbó los rincones más ocultos de su alma, que ella le dejó entrever allí, a plena luz del sol, en el campo de golf.

—Te quiero.

—Mierda. Vas a matarme, Kennedy. —Se dio media vuelta y se pasó las manos por el pelo—. ¿Ahora has decidido que me quieres? Jugamos un partido de golf, me ves de nuevo y recuerdas lo que era estar conmigo, y ¿crees que me quieres otra vez en tu vida?

—Fui a verte hace unas semanas. Habías salido con Mary y fue tu hermano quien me abrió la puerta.

El dolor fue reemplazado por la frialdad. Era mejor así. Dolía menos.

—¿Por qué?

—Fui para suplicarte que me perdonaras. Para decirte que te quería, que creía en nosotros como pareja, en una relación real, que había sido una imbécil y que estaba asustada. Te mereces mucho más, lo sé, pero tenía que intentarlo y decirte la verdad.

Él dio un respingo mientras la miraba con intensidad.

—Te noto muy segura de esta gran declaración, ¿cierto? Entonces, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué no te quedaste y luchaste por mí?

—Porque Connor me dijo que te estabas acostando con Mary. Me dijo que me alejara de ti, que estabas intentando que tu relación con ella funcionara. Que tenías la oportunidad de ser feliz.

—No me acosté con ella en ningún momento. Mary conoció a otro y dejó Kinnections. Me he pasado todo este tiempo tratando de olvidarte.

—Lo sé —replicó ella en voz baja—. En cuanto supe que los dos dejabais la agencia, pensé que se debía a que estabais juntos.

Nate trató de encajar las piezas del rompecabezas.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué decides aparecer de repente en el campo de golf semanas después?

—Porque Connor fue a verme hace poco y me contó la verdad. Mantuvimos una larga conversación y le confesé que la culpa había sido mía, porque estaba asustada. Tenías razón. —Tomó una entrecortada bocanada de aire y levantó la cabeza—. Me inventé todo tipo de excusas. Intenté alejarte fingiendo que acabaría haciéndote daño, que era por tu bien, que no te merecía. Pero sí que te merezco. También puedo encontrar el amor y no comportarme como una cobarde, y necesito intentarlo. Te lo daré todo. Mi corazón, mi alma y mi vida. Jamás te abandonaré. Te querré mientras tú me lo permitas.

Eso lo dejó sin aliento. Observó a la mujer a la que amaba, allí plantada delante de él y mirándolo con expresión suplicante, y vio la verdad en sus ojos. Ya no quería huir más. Lo amaba. Sus sueños acababan de hacerse realidad.

Sintió la quemazón de las lágrimas en los ojos mientras se abalanzaba un paso hacia delante. La cabeza le daba vueltas. Ansiaba estrecharla entre sus brazos, perdonarla y quererla, pero todavía sentía una diminuta punzada de miedo porque sabía que, esa vez, no habría vuelta atrás. Algo blanco apareció de repente delante de él y alzó la vista.

¿Qué narices era eso?

Alguien desplegó una enorme pancarta blanca. Un numeroso grupo de personas la aferraba para mantenerla tensa, pese al viento que insistía en agitarla. En la impecable superficie blanca, podía leerse con letras negras una frase que se le quedó grabada a fuego en el cerebro y en las entrañas.

TE QUIERO, NATE DUNKLE. DE VERDAD.

En ese momento oyó detrás de él con esa voz tan suave y ronca:

—Connor y yo decidimos que tenía que hacer algo épico. Si no quieres arriesgarte de nuevo, lo entiendo. Pero yo debía decirte lo que me has enseñado.

Nate se volvió y la miró a la cara.

—Me has enseñado a ser valiente, a dejarme llevar por la alegría y a ser una persona completa. Me miraste, te diste cuenta de que estaba hecha polvo y de todas maneras me quisiste. Lo eres todo para mí. Pero lo más importante es que he aprendido que soy perfecta. Para ti. Contigo. Ya no quiero medias tintas. No quiero seguridad. Te quiero a ti. Solo a ti.

Kennedy esperó. Su sencillez y vulnerabilidad aumentaban su belleza, definían los rasgos de su cara, suavizaban su mirada y se lo daban... todo.

La abrazó mientras la besaba. Se deleitó con su dulce sabor, con su ternura y con su fuerza, mientras el sol brillaba sobre ellos y el grupo de desconocidos que había desplegado la pancarta vitoreaba en la colina. La besó durante un buen rato, y cuando por fin se separó de ella, supo que su vida ya no sería la misma.

—He ganado de todas formas —dijo.

Kennedy soltó una carcajada y su risa flotó sobre la hierba, y resonó en sus oídos como una dulce melodía.

—Esta vez. Pero te he conseguido, así que la verdadera ganadora soy yo.

Nate le enterró los dedos en el pelo y la besó de nuevo. Fue un beso largo, apasionado y ardiente.

—Te quiero, Kennedy Ashe. Vámonos a casa.

Esas palabras jamás le habían parecido tan perfectas.

Epílogo

Kennedy bebió un sorbo de té y se echó hacia atrás en el asiento.

—Creo que mi «fueron felices y comieron perdices» es un pelín mejor que el tuyo. Al fin y al cabo, tú solo conseguiste unos sillones de relax.

Kate puso los ojos en blanco y le clavó un dedo en el brazo.

—Sillones de relax de cuero con función de calor. Los campos de golf son como los aeropuertos. Están sobrevalorados.

Kennedy hizo su famoso puchero con los labios.

—¿Tú qué dices, Arilyn? ¿Cuál es mejor?

Arilyn suspiró y terminó de prepararse el té.

—Los dos son preciosos y muy satisfactorios. Ahora dejad de comportaros como niñas y probad este dulce. Está de vicio.

Arilyn lo partió en tres trozos y Kennedy lo saboreó con entusiasmo. Comer era algo maravilloso, y empezaba a disfrutar de ese placer con mayor soltura. La cálida sensación que notaba en el pecho le resultaba más conocida. Al principio, creyó que se trataba de una maravillosa indigestión. Hasta que Kate se lo aclaró.

Era felicidad.

—En fin, al menos Kinnections sube como la espuma —dijo Kate—. Tenemos un aluvión de clientes. ¿Crees que está relacionado con la historia que se filtró en el periódico local? Me pregunto quién habrá hecho algo así

después de haber acordado que mantendríamos nuestras vidas lejos del ojo público.

Kennedy se concentró en masticar. No era de buena educación hablar con la boca llena.

Arilyn meneó la cabeza con desaprobación.

—Sabemos que has sido tú, Ken. Esa dichosa predisposición genética tuya a sacar partido a la publicidad nos va a costar un disgusto.

—¿Dónde está Slade cuando necesito un abogado defensor? Me acojo a mi derecho a no declarar. Además, no vi a ninguna llorando por las esquinas cuando la lista de clientes aumentó tras la publicación de la historia.

—Vale. En ese caso no creo que te importe que grabemos un vídeo con la historia de tu relación, ¿verdad? Eso nos pondrá en boca de todos.

—No puedo. Si mi historia sale a la luz, la gente empezará a creer que la agencia de citas solo nos sirve a nosotras. Podría ser mala publicidad.

—Tiene una respuesta para todo —dijo Arilyn.

—Siempre podemos achacarlo al hechizo de amor —bromeó Kate.

Kennedy y Arilyn se miraron.

—Se me había olvidado. Claro que quién sabe si fue el hechizo. Porque Gen ya estaba comprometida y tú tienes el toque.

—¿Te acuerdas de las cualidades que pediste? ¿Las tiene Nate? —preguntó Arilyn.

Kennedy casi se ahogó con una carcajada.

—Nadie tendría todas las cualidades que buscas. Además, estaba borracha. Dudo mucho... —Dejó la frase en el aire mientras repasaba la lista mentalmente—. Huy. Qué curioso.

Kate tenía una expresión muy rara mientras dejaba la taza de té en la mesa.

—¿Qué pasa?

—Nate reúne todas las cualidades que pedí. Incluso las que creía que era

imposible que nadie tuviera.

Arilyn parecía nerviosa.

—No deberíamos haber hecho el hechizo. Lo sabía. Hemos abierto un portal o algo.

Kennedy meneó la cabeza.

—No te asustes. Vale, la lista ha acertado. Pero eso no quiere decir que el hechizo de amor funcione. Vamos a hacer una cosa, Ari, si encuentras al hombre con todas las cualidades que pediste, entonces sí sabremos que funciona de verdad. Es imposible que te conformes con un hombre que no lleve ropa de algodón orgánico, que no coma carne, que no tenga perros, que no dé clases de yoga y que no practique el sexo tántrico.

Arilyn apartó la vista.

—No sabéis lo que puse en mi lista —repuso en voz baja.

Kate enarcó una ceja.

—Es verdad. ¿Vas a decírnoslo?

—No.

Kennedy se echó a reír.

—Ya me parecía.

La puerta roja se abrió despacio y por ella salió la diminuta mujer china. Llevaba la brillante bata blanca atada con un cinturón escarlata. Sus pies descalzos parecían flotar sobre el suelo de bambú mientras se dirigía hacia ellas con una sonrisilla en los labios. Kennedy fue incapaz de contener el ligero estremecimiento de emoción y nerviosismo que la asaltaba antes de una sesión con Ming. Como bien sabía Nate.

Su amante caminaba detrás de Ming envuelto en una nube de paz y relajación. Tenía la piel húmeda y olía a una deliciosa mezcla de limón y jabón. Nate recorrió la estancia con la mirada hasta dar con ella.

Y entonces sonrió.

—Buenas.

El corazón le dio un vuelco por la emoción de verlo.

—Buenas, cariño. ¿Ha estado bien la sesión?

—Ahora mismo no sé decirte.

Ming, encantada, soltó una carcajada y le dio un empujoncito a Nate para que se acercara a ella.

—Él, buen chico. Mucho mejor esta vez.

Kennedy se acurrucó entre sus brazos, calentita y a salvo.

—Mi mujer... —dijo Nate arrastrando la lengua.

Kate se echó a reír.

—Está fuera de combate, Ken. Es imposible que no quieras a un hombre que es incapaz de aguantar una sesión con Ming.

Ming extendió un brazo y señaló a Kate con un dedo.

—Tú, siguiente.

Kate se mordió el labio.

—Eh... ¿no puede ir Arilyn primero?

—No. Tú te casas pronto, ¿no? Necesitas limpieza.

Kate se estremeció, pero se puso en pie despacio.

—Vale. O eso creo.

La penetrante mirada de Ming se clavó en Arilyn.

—Tú bebe más té y espera. ¿Tú tienes hombre?

Arilyn asintió con la cabeza.

—Sí, tengo un hombre.

Ming frunció el ceño y empezó a agitarse de malhumor.

—Tu hombre no bueno para ti. Lo sé. Tienes que refrescar aura para hombre adecuado.

Arilyn se quedó boquiabierta.

—¡No, de eso nada! Soy... feliz.

—Mientes. Hablo contigo después.

Kennedy enterró la cara en el albornoz de Nate e intentó con todas sus fuerzas no echarse a reír. Ming era fisioterapeuta y sanadora, y tenía dotes psíquicas, y nadie sabía jamás qué clase de sesión iba a recibir. Se le quitaron las ganas de reír cuando Ming se concentró en ella.

—¿Te casas con este hombre?

—Todavía no. Algún día. Ahora mismo estamos muy bien como estamos.

Nate le dio un tironcito a un mechón rebelde.

—Sí, vamos a casarnos. En cuanto la convenza —aseguró él con voz risueña.

Habían decidido vivir juntos y habían establecido una rutina maravillosa que incluía a Connor, con quien habían formado una ecléctica familia y a quien animaban a que perseverara con sus estudios.

Ming asintió con la cabeza, complacida.

—Ella dura de mollera, pero tú fuerte. Tú no abandonas.

Nate la miró con expresión tierna.

—Nunca lo haré —susurró él.

Ese hombre era capaz de decir las cosas más dulces. Kennedy sabía que los dos tenían razón. Ella acabaría cediendo y accedería, pero se tomaría su tiempo. Se lo estaba pasando en grande aceptando lo que le daba la vida y disfrutando cada segundo del increíble regalo que era Nathaniel Ellison Raymond Dunkle.

Ming se volvió hacia Kate.

—Ahora vamos.

Su amiga les dirigió una mirada desesperada antes de salir al pasillo.

—Adiós, chicos. Deseadme suerte.

La puerta se cerró.

Arilyn meneó la cabeza.

—Soy feliz —insistió—. Ming se equivoca.

—Te creo, cariño. No te preocupes. Al final todo se arreglará. —Miró al hombre al que amaba y sonrió.

—Todo será... perfecto.

Agradecimientos

Como de costumbre, empiezo dándole las gracias al equipo de Gallery Books, sobre todo a Lauren McKenna, la editora más guay del planeta. Chica, muchas gracias por salvar este libro y, en especial, por Ming. Fue increíble.

Gracias a mi agente, Kevan Lyons, por sus consejos.

¡Muchísimas gracias y besos a la pandilla Probst por su apoyo, sus ánimos y por ayudarme a darle un nombre al héroe empollón!

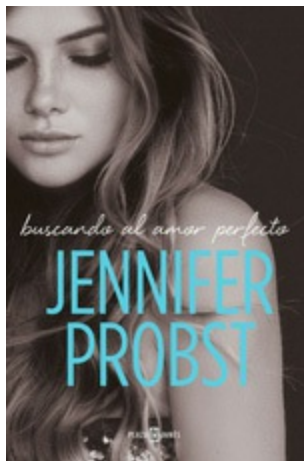
A mi amiga de la infancia, asistente maravillosa y animadora física, Lisa Hamel-Soldano. De no haber estado a mi lado, no tendría una pandilla ni sería capaz de llegar a la fecha de entrega, así que muchas gracias por ayudarme a mantenerme cuerda.

A mi maravilloso y alucinante marido, que cocina y me echa una mano en todos los aspectos, y que me hace reír a cada instante. Te quiero, cariño.

Este es un mundillo muy loco. Mis colegas escritoras son las mejores y se merecen una mención especial: Aimee Carson, Wendy S. Marcus, Abbi Wilder, Catherine Bybee, Megan Mulry, Alice Clayton, Elisabeth Barrett, Jen McLaughlin, Jenna Bennett, Jen Talty, Bob Mayer, Ruth Cardello, Kathleen Brooks, Melody Anne, Janet Lane Walters y muchísimas más a las que no podría nombrar sin escribir otro libro entero. Muchas gracias a todas por la inspiración, el apoyo y las risas. ¡Vivan las conferencias!

Segunda entrega de la nueva serie de la autora superventas de «Casarse con un millonario»

Más Amor. Más Pasión. 100% Sensual



El día en que el ingeniero aeroespacial Nate Dunkle cruza las puertas de la agencia de citas Kinnections, nada vuelve a ser lo mismo para Kennedy Ashe, su brillante experta en cambio de imagen. Nate es demasiado atractivo para ser el típico científico adicto al trabajo. Y Kennedy, decidida a convertir a su nuevo cliente en el hombre más deseado del momento, de repente se dará cuenta de que quizá no debería mover un dedo... Nate le gusta. Pero solo podrá conquistarlo si

hace frente a su pasado.

¿Será Kennedy capaz de aceptar que la mujer perfecta para Nate no es otra sino ella? ¿O permitirán sus miedos que él encuentre el amor en otra persona?

«Jennifer Probst, estrella de la novela romántica, presenta otra historia sexy y divertida, con todo lo necesario para atrapar al lector»

Kirkus Reviews

«Una historia maravillosamente conmovedora, profundamente emotiva, sensual, sexy y fantástica, llena de esperanza, superación y amor. ¡5 estrellas enormes y apasionadas!»

Sixxling Book Club

«Amo cada fragmento de este libro. Es dulce, ingenioso y de lo más hilarante. Me ha hecho reír a carcajadas, rendirme ante el héroe sexy y suspirar con esta historia tan romántica»

Under the Covers

Jennifer Probst es escritora de novelas románticas y eróticas. Sus libros han escalado las listas de los medios más importantes de Estados Unidos y las ventas superan el millón de ejemplares en todo el mundo. Desde su debut con *Matrimonio por contrato* (Plaza & Janés, 2014), que se colocó en los primeros puestos del ranking anual de Amazon y permaneció veintiséis semanas entre los más vendidos de *The New York Times*, todos sus libros se han convertido en best sellers. Las tres siguientes entregas de «*Casarse con un millonario*», *La trampa del matrimonio*, *Matrimonio por error* y *Pacto de matrimonio* (Plaza & Janés, 2014-2016), también gozaron de ventas notables y afianzaron el éxito de la serie, que se ha traducido a una veintena de idiomas.

Tras *Buscándote a ti* (Plaza & Janés, 2017), llega *Buscando al amor perfecto*, la segunda entrega de la serie «En busca de...», que está ambientada en el mismo universo, retoma algunos de los personajes de la primera serie y está haciendo las delicias de sus seguidoras en todo el mundo.

www.jenniferprobst.com

Título original: *Searching for Perfect*

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2014, Jennifer Probst

Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con la editorial original, Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, María del Mar Rodríguez Barrena, por la traducción

© 2018, Ana Isabel Domínguez Palomo, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Paola Timonet

Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02091-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Buscando al amor perfecto

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jennifer Probst

Créditos